

# FURIA INTEMPORAL

LLOYD BIGGLE, Jr.

TITULO ORIGINAL: THE FURY OUT OF TIME  
COPYRIGHT, 1965 By LLOYD BIGGLE, Jr.  
COPYRIGHT, 1969 By RUMEU EDITOR, BARCELONA (ESPAÑA)  
PRIMERA EDICION: FEBRERO DE 1969  
Edición electrónica de díaspar. Málaga Marzo de 1999

---

*A Dean Mclaughlin...*

## PRESENTE

### 1

El día empezó de un modo rarísimo.

Bowden Karvel emergió trabajosamente desde las vaporosas profundidades de un sueño alcohólico y dio su primer paso de la jornada sin caerse de bruces. Se preguntó si no sería un presagio.

Una quietud anormal saturaba la atmósfera de la llanura destinada a estacionamiento de remolques. Confuso, Karvel se llegó a la puerta del suyo y la abrió. Una ráfaga de aire fresco y racheado agitó la tela de su pijama y le arrojó contra la cara una breve lluvia de partículas de arena. El sol de noviembre, de una tibieza rayana en la frialdad, brillaba en el cielo, casi alcanzado su punto de máxima altitud. Un reactor "F-102" centelleó por el espacio, rumbo al campo de aterrizaje de la cercana base Hatch de las Fuerzas Aéreas. Karvel lo estuvo contemplando, hasta que el aparato se perdió de vista, al descender y quedar oculto por la línea de árboles que limitaba el horizonte.

Karvel permaneció un momento en el umbral de la puerta. Aceptaba, agradecido, la caricia del vientecillo. A los chiquillos de las proximidades no se les concedería permiso para retozar por allí con su acostumbrada algarabía multitudinaria hasta

que la temperatura hubiese ascendido un poco, detalle este que explicaba lo del prodigioso silencio que prevalecía en el lugar.

Karvel anduvo cojeando hasta el espejo del cuarto de baño y examinó su rostro con la desabrida indiferencia de un hombre al que se pidiera que identificase un cadáver. Se pasó una mano por la barba de tres días que velaba su semblante, mientras que, con movimiento automático, la otra cogía la navaja de afeitar. Su pulso era más firme de lo que tenía derecho a esperar.

Se rasuró despacio y se vistió con mayor lentitud todavía. Ya eran más de las doce cuando hubo terminado, pero no experimentaba apetito alguno.

Ni sed. La verdad es que nunca sentía auténticas ganas de echar un trago. Sólo bebía cuando se consideraba obligado a matar el tiempo, a falta de otra cosa mejor que hacer. Lo malo era que, por desgracia, eso ocurría casi continuamente.

Salió del remolque y, mientras el viento se esforzaba con insistencia en refrescarle, cerró la puerta con llave.

—Otro maldito día —rezongó, al tiempo que montaba en el automóvil.

La Taberna Rural de Whistler era un alargado edificio de troncos, que se alzaba a bastante distancia de la carretera, detrás de una espesa cortina de pinos jóvenes. Ningún letrero indicaba la ruta que debía seguirse. Los parroquianos de Whistler conocían la situación exacta del establecimiento, pero cualquiera que se aventurase por aquel camino estrecho, serpeante y deteriorado podía darse por perdido... A menos que fuera cliente de Whistler.

La invasión militar estaba en pleno desarrollo cuando Karvel condujo su vehículo hacia las profundas rodadas que hendían el piso de la zona de aparcamiento. Durante los días de entre semana, la taberna sólo estaba llena, rebosante y nada más; pero los sábados por la tarde se concentraba allí una verdadera muchedumbre. Los aviadores de la Base Hatch de las Fuerzas Aéreas, cumplidas sus espectaculares hazañas a bordo de los ingenios voladores, suben a cualquier cacharro dotado de ruedas y con fuerza motriz propia y se dirigen en masa a la Taberna Rural de Whistler, cuyo propietario los odia precisamente por eso.

Karvel titubeó frente a la entrada, se dijo, sin convicción, que debía comer algo y penetró en el local.

Bert Whistler, indecorosamente calvo, monstruosamente carilleno y biliosamente malhumorado, presidía la concentración, erguido detrás del mostrador como un dios del Olimpo. Proporcionaba a algunos clientes el momentáneo solaz de la cerveza, desposeía a otros de ese placer y desdeñaba todas las protestas a base de

gruñidos. Para su insolencia no existía discriminación. Insultaba a coroneles y a soldados rasos con la misma soberbia imparcialidad.

Sus ojos cayeron sobre Karvel. La arruga de su entrecejo se hizo más profunda y levantó ambas manos con gesto de desesperación. Karvel sonrió, se abrió pasos a codazos por entre la multitud situada junto a la puerta y se acercó cojeando a la cocina.

Mamá Whistler, algo sombría la expresión, se inclinaba sobre unos montones de hamburguesas rezumantes de grasa. Saludó a Karvel con una mueca que dejó al descubierto sus desdentadas encías, inconscientemente, se echó hacia atrás un delgado mechón de canas.

—¿Se ha desayunado?

Karvel denegó con la cabeza.

—Pegue un empujón a alguien, quítele la silla, acomódese y verá como enseguida le sirvo algo.

Karvel asintió y se encaminó, dando un rodeo, a una pequeña sala posterior, que tenía un rótulo escrito con toscos caracteres: CIRCULO DE OFICIALES. PROHIBIDA LA ENTRADA A LOS CABALLEROS.

—¡Comandante Karvel! —exclamó una voz—. ¡Venga a reunirse con nosotros!

Un capitán, joven y bien parecido, se puso en pie de un salto, se apartó un poco de la gran mesa circular que llenaba la estancia y propinó una palmada al teniente que tenía al lado.

—Cédele tu asiento al comandante Karvel —ordenó.

Con ademanes y expresión joviales, el teniente recogió su botella y su vaso y se levantó.

—Siéntese, comandante.

—Nada de comandante. *Señor* Karvel y basta. . Gracias.

—Karvel lanzó una mirada en torno y parpadeó, sorprendido. La jornada seguía manifestándose tan extraña como se inició. Quiso saber —: ¿Qué pretende con su acto de desafiar las leyes naturales trayendo elemento femenino a casa de Whistler?

Había tres muchachas sentadas a la mesa. Todas ellas iban ataviadas con preciosos vestidos civiles. Todas ellas eran jóvenes, guapas y atractivamente curvilíneas. El cuadro era lo bastante extraordinario como para resultar perturbador.

Whistler había perdido su apacible y amistosa clientela local cuando las Fuerzas Aéreas tomaron la comarca por asalto. En el establecimiento de Whistler, durante las horas de permiso de la tropa. Un paisano tenía que sentirse tan incómodo como un comunista en una asamblea de la Sociedad Birch, y aunque algún que otro miembro del cuerpo auxiliar femenino aparecía por allí, siempre con el correspondiente guardaespaldas, ninguna mujer ajena al Ejército se atrevía a acercarse al lugar. Hasta la propia esposa de Whistler reumática y entrada en años, clausuraba con frecuencia la cocina para ir a encerrarse con llave en sus aposentos. Y era tal la fama que tenía la taberna por los alrededores, que Whistler ni siquiera se aventuraba a contratar los servicios de una camarera.

El capitán llevó a cabo las pertinentes presentaciones.

–Señorita Sylvester, señorita Carson, señorita Drews. Comandante Bowden Karvel. El comandante Karvel está retirado y ese es el motivo por el cual se asigna el tratamiento de *señor*. Las damas son actrices de televisión, comandante. Es probable que las haya visto en la pequeña pantalla.

–A usted le consta que no –repuso Karvel.

–Actúan en el programa "Muchachas descarriadas". La señorita Sylvester es la primera figura de ese espacio.

Karvel la observó con aire grave. Era rubia, tenía una carita muy linda y unas ondulaciones corporales tan sensacionalmente proporcionadas como sus pestañas.

–No sabe lo que lo lamento –articuló Karvel en tono cortés.

Aletearon las pestañas de la joven.

–¿Qué es lo que lamenta?

–Que sea usted una muchacha descarriada.

Se remontó en el aire la risa de la joven, tan musical y alegre que resultaba desconcertante del todo, incluso para un misógino declarado como Bowden Karvel.

–¡Vaya! Pero si yo no soy ninguna muchacha descarriada... –protestó la chica –. Interpreto el papel de oficial instructor.

–Creo que la costará poco trabajo comprender el motivo de mi confusión –dijo *Karvel* –. Ni uno solo de los oficiales instructores que he tenido guardaba el más remoto parecido con usted.

La señorita Sylvester arqueó la delicada línea de sus cejas, mientras el capitán explicaba:

–No hagas demasiado caso de lo que diga el comandante *Karvel*. Lo único que le pasa es que no aprueba el que existan dos sexos.

–¡Santo Dios! –exclamó la rubia –. ¡Debe ser un hombre espantosamente anticuado!

–Opina que las mujeres están constituidas por una parte de organismo carnal y tres de ilusión óptica –prosiguió el capitán –, y has de reconocer que...

–No tiene que reconocer nada –le interrumpió *Karvel* –. La ilusión óptica es el único arte al que se rinde culto en el siglo XX y merecería que se le respetase. Puede reírse cuanto guste, pero mantenga la imaginación apartada de las consecuencias estructurales del asunto, que no le conciernen en absoluto.

–No sé quién de nosotros acaba de ser insultado –terció la señorita *Sylvester* –, pero *alguien* debe abofetearle.

El capitán soltó la carcajada y amagó un golpe juguetón hacia la barbilla de *Karvel*.

–A propósito, comandante... ¿ha visto últimamente al sargento *Walling*?

*Karvel* negó con la cabeza.

–No para de despotricar contra esa colección de cosas que ha expuesto usted en la biblioteca. Se queja de que ocupan demasiado espacio y quiere que se las lleve de allí.

–Confieren al establecimiento un tono intelectual muy importante. Creí que los muchachos las considerarían interesantísimas.

–Tal vez fuera así hace un par de años, pero han perdido el encanto de la novedad. *Walling* asegura que es un obstáculo para la concentración del lector al verse rodeado de momias insectiles, por no hablar de la sensación de tener la cabeza llena de guijarros que le agobia a uno, después de mirar día tras día aquellos pedruscos... Y por lo que se refiere a las conchas marinas...

–El hecho de que *Walling* tenga la cabeza llena de gravilla no es culpa mía. Pero, de todas formas, iré a echar una parrafada con él.

–Vale más que lo haga. Amenaza con poner los insectos a disposición de la voracidad de los pájaros. Se me ha olvidado lo que dijo que haría con las piedras y las conchas.

—No dispongo de sitio donde colocar todo eso. Apelaré a la generosidad de su naturaleza. De cualquier modo, no tiene motivo alguno para quejarse. Mi conjunto de lagartos disecados está todavía en casa.

Mamá Whistler se abrió paso hasta el interior de la salita, con el desayuno de *Karvel* en la mano. El hombre puso cara de desaliento al ver la comida.

—¡Tiene que engullírselo! —saltó mamá Whistler—. Se morirá mucho antes si bebe con el estómago vacío.

Karvel empezó a comer, masticando interminablemente cada bocado, mientras reunía el valor suficiente para tragárselo y escuchaba el zumbido burlón de la chacota que armaban los demás ocupantes de la mesa.

No pronunció una palabra más... ya había dicho demasiadas, puesto que aquel lugar no era para él. Mutilado, con la licencia y la jubilación a la edad de treinta y seis años, no podía por menos de sentirse excesivamente viejo para alternar con aquellos oficiales y con aquellas mujercitas, todos pletóricos de juventud, cuyas aspiraciones se mantenían íntegras y cuyo porvenir continuaba presentándose luminoso.

Siguió inclinando o sacudiendo la cabeza cuando le dirigían la palabra, pero por sus oídos no entraba ninguna de las preguntas; y, posteriormente, no recordó casi nada de los sucesos que se desarrollaron en el curso de la hora siguiente.

No obstante, y sin que existiera razón particular alguna que lo justificase, las contadas sensaciones inconexas que retuvo destacaron en su memoria con cierto vigor:

La extraña frase interrogante que formuló la señorita Sylvester, acompañada de un no menos extraño revoloteo de sus pestañas: "Con exactitud, ¿a qué distancia de aquí se encuentra la base?"

La torpeza del mozo nuevo e inexperto de Whistler, que pretendió servirle un "manhattann" con una aceituna dentro y que acabó volcando el líquido sobre la cara de Karvel.

La irrupción aparatosa del teniente Phineas Ostrander que, en cuanto pisó el umbral de la puerta del saloncito, dejó oír su llamada del alce en celo, seguida de un grito a pleno pulmón: —"¡Jerónimo!"

Y hubo también el episodio del paisano desconocido, que apareció repentinamente en la entrada de la taberna y preguntó:

–¡Eh! ¿Podrían decirme por donde se llega a la Autopista 4I?

Whistler, cuyo enojo despectivo había alcanzado su cota máxima, colmó el silencio inmediato con un sonoro bufido.

–¿A cuál se dirige? ¿A la 4I del este o a la 4I del oeste?

El forastero se le quedó mirando.

–¿Qué diferencia hay? Se trata sólo de una carretera ¿no?

–Señor –repuso Whistler, con una buena dosis de impertinencia guasona –, sería aconsejable que aprendiese a diferenciar el este del oeste, antes de pedir orientaciones.

Karvel se percató de que se le tendían unas manos y de que las muchachas y sus galanes se disponían a marchar. Trató de ponerse en pie, se le enganchó la pierna artificial en la pata de una silla y continuaba intentando desembarazarse de aquel estorbo cuando el grupo salía del local.

Llevó el resto del desayuno a medio consumir a la cocina y dijo a mamá Whistler que se había esforzado todo lo que le era posible. Abandonó el edificio de la taberna por la puerta de la cocina y se dirigió a la parcela de la parte posterior que era la zona que Whistler había decidido bautizar con la pomposa denominación de “jardines de la cantina”.

Todo el trabajo de jardinería de Whistler estribaba en segar los hierbajos a intervalos irregulares, pero durante los meses de verano había instalado en aquel patio trasero tres veladores, cada uno de ellos con su llamativo quitasol para uso de los clientes más favorecidos, a ninguno de los cuales le importaba un bledo el nombre que se le asignara al lugar.

Las sillas eran cómodas. El servicio y los insultos no resultaban peores que los que se recibían dentro del local, y el panorama, debido a que La Taberna Rural de Whistler se erguía peligrosamente cerca del borde de un precipicio abierto a un profundo valle, era magnífico.

Aquella tarde de sábado, las mesas no estaban en su sitio.

De todas las peculiaridades del día, aquella fue la más fastidiosa. Karvel regresó cojeando al interior de la cantina, invadió el sacrosanto territorio de detrás del mostrador y pidió explicaciones.

Whistler enderezó el cuerpo todo lo que le permitieron sus ciento sesenta y cinco centímetros de estatura, se limpió las manos con el sucio delantal blanco que cubría su barriga y contempló a Karvel en medio de un silencio patidifuso.

–Los veladores –repitió Karvel. ¿Dónde están los veladores?

Whistler agitó los brazos en ademán de protesta.

–Guardados. Hay que protegerlos contra las inclemencias del invierno.

El invierno no ha llegado todavía.

–Está al caer.

–Claro, se presentará tarde o temprano. El mes pasado ya se le esperaba, pero las mesas permanecían afuera. Cuando adquirió esos malditos muebles y los colocó en el patio, corría la estación primaveral y nadie dudaba que el invierno iba a llegar algún día. Quiero mi mesa.

–A la gente no le hace gracia sentarse a la intemperie. La temperatura es demasiado fría.

–Yo quiero sentarme a la intemperie –insistió Karvel –. El frío es una de las pocas incomodidades auténticas que no ha pervertido la civilización moderna. Debería probarlo alguna vez.

Las cuatro hileras de aviadores amontonados delante del mostrador, corearon el argumento con gritos jubilosos.

¿Qué les parece esto? –voceó un robusto sargento mayor –. Llevarse la mesa del comandante cuando ni siquiera ha asomado el invierno. ¡Whistler es lo que en mi pueblo llamamos un miserable!

Se sumaron unos cuantos más a la tarea de repetir el insulto.

–¡Whistler es un miserable!

El tabernero hizo oídos sordos. Lo inesperado del ataque de Karvel le pilló desprevenido y perdió el equilibrio, pero sólo momentáneamente. Le encantaba discutir y sus toscas facciones ocultaban un cerebro rebosante de sorprendentes recursos dialécticos. Karvel sonrió, disfrutando por anticipado de la devastadora réplica que preveía, pero antes de que Whistler tuviese tiempo de pronunciar una sola palabra, el sargento levantó los brazos e impuso silencio.

–Nadie va a tomar nada aquí hasta que se le devuelva su mesa al comandante. ¿Verdad?

–¡Verdad! –ratificaron a voz en cuello los aviadores.



Whistler se tambaleó, sacudido por la idea de que ganar aquella disputa podía costarle dinero. Fulminó a Karvel con la mirada. Luego bajó al sótano y regresó escaleras arriba, cargado con el velador.

Karvel apreciaba de veras al tabernero y habría preferido imponer su punto de vista sin el golpe bajo de la caja registradora. Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Depositó un billete encima del mostrador, dijo a los muchachos que podían beber por su cuenta, mientras durase aquel dinero, y abandonó la sala en medio de un estrepitoso orfeón, que entonaba "Es un muchacho excelente".

Siguió a Whistler hasta el patio y reanudó el debate. En esta ocasión, el tema fue la cantidad de sillas que Bowden Karvel necesitaba para ponerse cómodo. Llegaron a un acuerdo sobre la base de dos asientos. Mientras Whistler aguardaba impaciente la petición de Karvel, éste colocó la chaqueta encima de una silla, se sentó en la otra y se dispuso a decir la última palabra.

—¿Lo de costumbre? —preguntó Whistler por último.

—No. El día me es favorable. Cuando derrocho mi dinero en whisky, incluso en ese quitamanchas que usted vende como si fuera whisky, quiero sentirme lo bastante dichoso como para gozarlo a pleno paladar. Tráigame una gaseosa.

En silencio, Whistler le obsequió con un vistazo llameante. Y se retiró taciturno. El camarero sirvió la gaseosa. Karvel empezó a sorber el líquido, con parsimonia, al tiempo que admiraba el paisaje.

Los rectángulos de tierra parda y el desenfreno multicolor de las arboledas se precipitaban en la distancia, exponiendo ante los ojos un portento de dilatada perspectiva, que le dejaba a uno sin respiración. Nubes de raudo volar, destacaban su recortada blancura contra el azul inmaculado del cielo. Un viento afilado se elevaba desde el fondo del valle y sacudía el parasol de la mesa. Era un airecillo más que fresco, pero Karvel no alargó la mano para coger la chaqueta y ponérsela.

Desde la zona de estacionamiento, llegaban hasta él los ruidos de los automóviles que iban o venían. En la sala principal de la taberna, dos coros de animados aviadores empezaron a alborotar el ambiente con sus cánticos discordantes. Las irregulares ráfagas de Eolo mezclaban caprichosamente la música y la letra de "Saca rodando el barril" y "Rosa amarilla de Tejas", creando por su cuenta otra tonada nueva, que no se parecía a ninguna de las dos. El teniente Ostrander subrayaba pasajes de aquel tema musical indefinible, soltando de vez en cuando su aguda llamada del alce en celo. Un silbido penetrante, al que no tardaba en responder otro de las mismas características destrozadoras de tímpanos.

Karvel levantó el vaso con aire resignado. En tales momentos se sentía inseguro, se balanceaba entre las glorias de la naturaleza y las vulgaridades del hombre. Y en grave peligro de desplomarse por el barranco de lo nefasto.

Destinó la siguiente media hora a la noble tarea de compadecerse de Bert Whistler.

El dueño de la taberna luchaba con dos alternativas: enviar a las Fuerzas Aéreas en peso al sanatorio mental más próximo o seguir la línea de mínima resistencia hasta llegar a la orilla salvadora. Karvel meditó en aquel asunto, trazando en su mente un trágico estudio de la degradación humana. Whistler no había deseado enriquecerse; de otro modo, no hubiera abierto su establecimiento a tantos kilómetros de la civilización. Pero, después, las Fuerzas Aéreas instalaron una nueva base en las cercanías y los ingresos del tabernero se remontaron hacia las alturas como un cohete. Karvel pensó que el dinero, ganar dinero, podía convertirse en una costumbre tan perniciosa como el vicio de drogarse.

Aunque los denuestos de Whistler resultaban cómicos con mucha frecuencia, Karvel no había conocido otro hombre tan desprovisto de sentido del humor. Toleraba los chistes de los aviadores, no porque apreciase su gracia, sino porque nunca parecía captar la chispa o la segunda intención de las bromas. No dijo nada cuando el grupo de guasones colgó el cartel de "CIRCULO DE OFICIALES", ni cuando las palabras "SEAN BIENVENIDAS TODAS LAS JOVENES DEL CUERPO AUXILIAR FEMENINO QUE QUIERAN ENTRAR" aparecieron misteriosamente sobre la puerta del lavabo de caballeros. Y contempló al teniente Ostrander, sin emitir protesta alguna, cuando el muchacho enarboló un enorme gallardete, decorado con la frase: "SI DESEA ALGO, NO TIENE MAS QUE SILBAR".

Pero este letrero produjo resultados que a Whistler le parecieron totalmente innecesarios, además de muy poco divertidos. Era como un llamamiento retador para el espíritu competitivo de sus clientes. En la base, todo se hacía a golpe de silbato y la soldadesca se apresuró a escribir a casa pidiendo pitos, bocinas, sirenas, cuernos de caza, trompetas y todos los aparatos de armar ruido imaginables. Después, los muchachos rivalizaron entre sí, para ver quien de ellos pedía la cerveza con más estrépito. Whistler soportó toda aquella barahúnda infernal con bastante estoicismo, pero cuando el teniente Ostrander demostró la capacidad sonora de su llamada de alce en celo, la banderola se arrió.

Circulaba el rumor de que Whistler estaba pintando una pancarta, que colocaría sobre la puerta frontal de su establecimiento. El cartel rezaría: "PROHIBIDA LA ENTRADA AL PERSONAL DE LAS FUERZAS AFREAS".

Pero Karvel estaba convencido de que al propietario de la cantina le iba a faltar valor para poner aquel aviso. El hábito de ganar dinero le tenía encandilado.

Al cabo de un rato, Karvel apartó de la imaginación a Bert Whistler y sus problemas, para contemplar a gusto, extasiado, la belleza del escenario campestre tendido frente a sus pupilas. La mano del hombre, normalmente corrosiva, se había manifestado benigna de modo extraordinario con aquel precioso valle. Las granjas eran prósperas y estaban bien cuidadas. Los bosquecillos que salpicaban el paisaje con generoso abandono, tenían el detalle de ocultar la mayoría de los edificios contruidos por los labradores.

Sobre el borde lejano y ondulado de la parte superior del otro extremo del valle, se destacaban las minúsculas estructuras de la granja de los Mueller, presentando la delicadeza de un juego de casitas de muñecas. Pero la perspectiva ofrecía muy pocas señales de residencia humana: una carretera estrecha, con piso de grava, que ascendía por el valle y cruzaba en varios puntos el culebreante riachuelo que regaba la comarca; unos cuantos silos, que asomaban por detrás de los árboles como dedos romos y solitarios; un pajar abandonado, apenas visible en la lejanía del valle; un cuadrado blanco o rojo, que indicaba la localización de una casa o granero y que se vislumbraba a través de alguna que otra alameda; en distintos puntos, la inclinación de la techumbre que coronaba el desván de una cuadra o de un gallinero. Cabezas de ganado se diseminaban por laderas demasiado abruptas para permitir el cultivo de la tierra y pastaban la hierba silvestre que crecía por allí.

El conjunto era apacible, estupendo y *tranquilo*. Daba una ilusión perfecta de perennidad. Uno podía mirar hacia otro lado o cerrar los ojos, con la absoluta certeza de que aquella hermosura continuaría invariable cuando volviese a proyectar la vista sobre el valle.

La tarde fue transcurriendo poco a poco, despacio. Había encima de la mesa siete botellas vacías de gaseosa y el sol se hallaba muy cerca de la línea del horizonte cuando Karvel cerró los párpados y los abrió de nuevo con el tiempo justo para ver... la caída brusca de un árbol solitario.

Inclusive en un atardecer ventoso como aquel, el acontecimiento resultaba incongruente sin embargo no originó una impresión inmediata en la consciencia de Karvel. Pero a continuación una docena de chopos, alineados a la orilla de la corriente acuática, sufrieron la misma suerte del árbol solitario y se desplomaron. Eso impulsó a Karvel a ponerse en pie de un salto. Con posterioridad, no recordó haber gritado, pero lo cierto fue que, en cuestión de segundos, Bert Whistler estuvo a su lado y Karvel no pudo hacer más que señalar en silencio hacia el punto donde se desarrollaba el extraño suceso.

Los árboles seguían cayendo, en un círculo que se ampliaba paulatinamente. La mitad de un bosquecillo se vino abajo y, en un abrir y cerrar de ojos, el pajar abandonado, en el otro extremo del valle, saltó hecho astillas y se desintegró.

—¿Qué pasa? —preguntó Whistler.

Karvel sacudió la cabeza. Aquel camino de destrucción se abría en círculo cada vez más amplio, hacia fuera, con increíble rapidez. Era como una guadaña gigantesca, que lo segaba todo a su paso. Más allá de un indemne grupo de árboles, la cubierta de un silo se desvaneció en el aire bruscamente. *Karvel* forzó la vista, intentando avizorar qué había sido de los edificios de la granja, pero el arbolado formaba una cortina delante de las casas.

Seguían desplomándose árboles. Una punta de ganado salió despedida en varias direcciones y, un momento después, la destrucción llegó al borde contrario del valle y atravesó la granja de los Mueller. El granero se derrumbó y la casa quedó disuelta en medio de una nube de ladrillos disparados por el aire con inusitada violencia. Los edificios auxiliares y el silo de hormigón no sufrieron el menor daño.

–Se nos acerca, de una vuelta para otra –observó *Karvel*, dirigiéndose a Whistler –. Lo tendremos encima dentro de unos minutos. Será mejor que vaya a ordenar a todos que se refugien en el sótano.

Whistler se le quedó mirando, boquiabierto, durante varios segundos, y luego dio media vuelta y murmuró para sí:

–¡De locura! ¡Un tornado con este tiempo!

La cortina de pinos jóvenes que había a la izquierda del patio se desplomó inopinadamente y una fuerza invisible se abalanzó contra *Karvel*. El impacto le dejó tendido en el suelo, a seis metros del punto donde estuvo de pie, aturdidísimo, y ensangrentado. El velador rodaba valle abajo, aunque el parasol y las botellas fueron lanzados hacia otra parte. La taberna continuaba incólume.

Whistler acudió en ayuda de *Karvel* y le asistió mientras el comandante se levantaba.

–¡Qué huracán más extravagante! –comentó el tabernero –. Ni siquiera oí un leve rumor. ¿Se encuentra bien?

*Karvel* se abstuvo de contestar. El dolor de pecho se le agudizaba hasta la agonía cuando inhalaba aire. Tuvo la sensación de que su pierna izquierda, la sana, había sido arrancada de la articulación de la rodilla; y los ramalazos que torturaban diversos puntos de su cuerpo eran demasiado numerosos y estaban demasiado bien distribuidos para que mereciese la pena hacer un inventario de los mismos. Se enjugó con el pañuelo la humedad del rostro y se percató de que era sangre.

–Le sangra la cabeza –comunicó Whistler, sin que hiciera ninguna falta –. ¿Puede andar?

–Probaré –repuso *Karvel*.

Con el auxilio de Whistler, rodeó el inmueble de la taberna, rumbo a la zona de aparcamiento. Todos y cada uno de los pasos que daba constituía un refinado tormento y cada vez que respiraba el martirio era angustioso de veras. No obstante, se dio cuenta de que la ley de las compensaciones seguía en vigor. La intensidad de los dolores que acosaban su rodilla izquierda habían curado del todo el renquear de la pierna derecha, la artificial.

En la parte alta de la carretera, una camioneta de carga había volcado sobre la zanja de la cuneta. Momentos antes, un automóvil lleno de soldados de aviación desembocó en la zona de aparcamiento. Karvel señaló a sus ocupantes el lugar del accidente de la camioneta y emitió una breve orden.

—¡Vayan a ver si hay algún herido!

Sostenido aún por la robustez de Whistler, Karvel se volvió hacia la taberna. Junto a la puerta de entrada, por dentro, había un teléfono público. Introdujo una moneda por la ranura y, no sin cierta sorpresa, comprobó que el aparato funcionaba.

Llamó a la Base Hatch de las Fuerzas Aéreas y pidió que le pusieran con el oficial de guardia en el servicio de Operaciones de Combate.

—Aquí, el comandante Bowden Karvel —manifestó—. Me encuentro en la Taberna Rural de Whistler. Sugiero que dé una alarma general de tornado.

—¿Alarma de *tornado*?—preguntó el oficial de servicio estupefacto.

—Calculo que puede mantenerla durante cinco o diez minutos. Pongamos un cuarto de hora como margen de seguridad. Si para entonces no ha sucedido nada, ello significará que el huracán se ha desviado de la base. Pero dé la alarma inmediatamente. Creo que por aquí ha habido bajas de personal civil y militar fuera de servicio, por consiguiente, necesitaremos todo el equipo y el elemento médico humano que pueda usted conseguir. Envíe todos los hombres de que pueda disponer, para que colaboren en la tarea de socorrer a los damnificados. La mayor parte de las granjas de esta zona han quedado gravemente afectadas. Nos hará falta un oficial para que tome el mando de las operaciones de... ¡Oiga!... ¡Oiga! .

Se había cortado la línea. Karvel colgó el auricular y, con la ayuda de Whistler, avanzó por la repleta sala principal del establecimiento, hacia el Circulo de Oficiales. Los únicos ocupantes de aquella estancia eran el teniente Ostrander y su llamada del alce en celo. Ostrander se dedicaba a formar, con ademanes soñolientos, un monograma de "Oficial Piloto", a base de botellas de cerveza vacías. Karvel limpió la mesa mediante un gesto disgustado.

—Coja seis hombres y lléguese a la granja de los Mueller. Busque supervivientes.

–¿Supervivientes, Señor? –El semblante juvenil de Ostrander adoptó contorsiones de asombro. ¿Qué diablos ha sucedido?

–¡Muévase!

Ostrander se puso en movimiento. Karvel indicó a Whistler que le ayudase a volver al salón principal y, una vez allí, arrancó al sargento mayor de detrás de una botella de cerveza.

–Quiero que se lleve a cabo una revisión completa de todas las carreteras del Valle y sus accesos –declaró Karvel –. Es posible que encuentre varios automóviles destrozados y un montón de edificios en ruinas. Deje patrullas de rescate donde suponga que pueden ser útiles. Obre en consecuencia, de acuerdo con su propio criterio. Transmita informe sobre lo que descubra y particípenos la situación de los lugares donde hagan falta ambulancias y suministros médicos.

–¿Qué ha pasado, comandante? –preguntó el sargento, desconcertado.

–Si se sacude las telarañas, no tardará en averiguarlo.–Karvel miró a Whistler –. Tal vez se vea obligado a convertir la casa en hospital interino. Vaya a contar a su esposa lo ocurrido y déjela al cuidado de todo esto. Diríjase luego a la base y trate de convencer a alguien de que hemos sufrido un desastre de importancia. El idiota que estaba de guardia en el servicio de Operaciones de Combate no quiso creerme. Preguntará al oficial de meteorología, éste contestará que no es posible que se haya desencadenado huracán alguno, y se olvidarán del asunto.

Al salir del edificio, observaron que la zona de aparcamiento se vaciaba rápidamente. Karvel vio partir a la patrulla del teniente Ostrander y ayudó al sargento a organizar la fuerza de rescate y a ponerla en camino. Bert Whistler contempló la escena en silencio.

–He estado reflexionando, comandante –dijo, cuando hubo desaparecido el último vehículo –. No fue un tornado. ¿Qué pudo haber sido?

–Lo ignoro.

*Karvel* echó a andar hacia su automóvil.

–Todavía le sale sangre de la cabeza y tiene un aspecto horrible a todo serlo. Vale más que espere la llegada de alguna de las ambulancias.

–Iré a dar una vuelta por la granja de los Mueller y regresaré por la carretera del valle. Acérquese usted a la base y meta allí mucho ruido. Insista en entrevistarse con el coronel Frazier en persona y dígame que va de mi parte. Tengo el presentimiento de que la salvación de bastantes vidas dependerá de la rapidez con

que consigamos que lleguen patrullas de rescate a las casas destruidas. ¿Vio lo que pasó con la vivienda de los Mueller?

Whistler asintió con la cabeza y le ayudó a acomodarse tras el volante del coche.

–¿No puede doblar la pierna? –inquirió el tabernero.

Karvel sacudió la cabeza con impaciencia.

–Menos mal que el coche tiene mandos de mano –comentó Whistler.

Cerró la portezuela, retrocedió unos pasos y Karvel se alejó, sin una sola mirada hacia atrás.

En la granja de los Mueller encontró al teniente Ostrander y a sus hombres, los cuales se afanaban rápida y eficazmente sobre el montón de ladrillos a que había quedado reducida la casa. Un cuerpecito infantil yacía en el suelo, cubierto en parte por una guerrera de las Fuerzas Aéreas.

–Uno de los chicos más pequeños –explicó Ostrander –. El resto de la familia o ha muerto o permanecen inconscientes. No se oye ni un susurro.

El teniente había dejado de ser el dicharachero bufón de la llamada de alce. Aparecía tenso y pálido, pero se manifestaba competente en grado superlativo. Dirigió una orden en tono brusco a un par de muchachos, que se esforzaban con una viga suelta, y salió corriendo para echarles una mano.

Karvel le observó aprobatoriamente. Se dijo que tendría que escribir una carta encomiando la actuación del teniente Phineas Ostrander... pero dudaba mucho de que el Comandante en jefe de la base le prestará crédito.

Contuvo el impulso de acudir en auxilio del trío. La hinchazón de la rodilla no había disminuido aún. Estaba seguro de tener por lo menos una costilla fracturada y se sorprendió a sí mismo dando un respingo previo a la profunda aspiración de aire que el cuerpo le pedía. De la herida de la cabeza continuaba brotando sangre. Había dejado la chaqueta en casa de Whistler y en aquella punta del valle que el sol **poniente** no caldeaba desde hacía un buen rato, pronto empezó a sufrir escalofríos. Puso en marcha el motor y conectó la calefacción.

–Quiero cerciorarme de algo más, ahora que todavía puedo moverme por los alrededores –comunicó a Ostrander cuando el teniente volvió a su lado. Prosiga usted con sus trabajos, lo está haciendo muy bien.

En la granja inmediata, sólo un granero de maíz resultó dañado. Karvel pidió al labriego y a sus tres hijos que fueran a ayudar a Ostrander. Luego reanudó la marcha. Numerosos árboles caídos bloqueaban parcialmente la carretera, pero

siempre pudo arreglárselas para rodearlos y continuar su camino. Se detuvo una vez y, tras apearse penosamente, fue a examinar un automóvil destrozado junto a la cuneta, pero sólo permaneció allí el tiempo justo que necesitó para asegurarse de que el hombre, la mujer y los niños que ocupaban el vehículo estaban muertos. De cualquier modo, tampoco le hubiera sido posible sacarlos del interior del coche: hacía falta, para ello, sopletes y herramientas cortantes.

Regresó a la carretera general del valle, dio un rodeo en torno a otros árboles derribados y sostuvo con firmeza la palanca del freno durante el empinado descenso. Hizo dos breves altos para mirar en derredor. El sudario de la muerte flotaba, denso y pesado, sobre la campiña lacerada, puñados de reses yacían inertes por diversos puntos, con las entrañas fuera de sus aplastados cuerpos. Había un coche aparcado en el lugar donde la carretera se nivelaba y un grupo de lívidos aviadores hacía cuanto estaba en su mano, ante el edificio de una granja deshecha. Habían recuperado dos cadáveres. La furia empezó a desencadenarse en las proximidades de aquella casa y relatar el espanto de su violencia era algo que desafiaba a la imaginación. Las construcciones estaban pulverizadas y enormes árboles seculares sembraban el suelo.

Un sargento de estado mayor reconoció a Karvel y corrió para informarle. El comandante agitó los brazos, indicándole que no suspendiera su trabajo. Quebró una rama seca, para utilizarla a guisa de bastón, y atravesó la carretera cojeando. Se aventuró por un pastizal, hizo un alto para ponderar la naturaleza de una fuerza que podía arrancar de cuajo los postes de las cercas de alambre espinoso. Llegó al riachuelo y lo cruzó. Se desvió lateralmente para eludir las cabezas de ganado muertas y los árboles derribados. Avanzó lastimosamente en dirección al primer árbol que había visto caer.

Se sentó encima de él y, casi sin poder dar crédito a sus ojos, examinó el desmenuzado tronco y el astillado borde del tocón del que fue desgajado. Continuaba allí una hora después, cuando el coronel Frazier, comandante en jefe de la Base Hatch de las Fuerzas Aéreas, se le acercó, en compañía de su oficial de información, el comandante Wardle.

El coronel le preguntó que qué diablos creía estar haciendo y Karvel se limitó a sacudir la cabeza y a dar la callada por respuesta.

Había visto la esfera de color negro azulado, que descansaba en el fondo de una hondonada, a cosa de quince metros de distancia. El objeto tendría unos tres metros de diámetro y era tan propio de aquel tranquilo terreno de pastos como el *Empire State Building*. No podía estar más fuera de lugar. A Karvel le extrañaba mucho su presencia, pero se consideró incapaz de aproximarse y echarle una mirada de cerca. Cuando llegó junto al árbol, su estado físico era tal que el más leve



aliento le producía dolores insufribles; y le dominaba la irritante sensación de que perdería el conocimiento si osaba dar un paso más sobre su pierna herida.

Pero, más al alcance de su mano, encontró algo que picó su curiosidad tanto como la misteriosa esfera. Se trataba de una mariposa, un ser minúsculo, no mayor que la uña de su pulgar, que se había posado en el árbol junto a Karvel. Este capturó el insecto antes de que pudiera alejarse revoloteando, y se dedicaba a observarlo en el momento en que se presentó el coronel.

Si la esfera constituía un adorno improbable para un paisaje rural, aquella mariposa representaba una franca imposibilidad.

\* \* \*

## 2

Gerald Haskins permanecía sentado pacíficamente en un rincón del despacho del coronel Frazier. Tenía la silla inclinada hacia atrás, con la parte superior del respaldo sostenida por la pared y fumaba un cigarro con aire inefable. Los coroneles habían vuelto a enzarzarse en otra discusión, pero Haskins les concedía escaso interés. En realidad, a Haskins sólo le importaban dos clases de personas: las que podían decirle lo que deseaba saber y las que estaban en condiciones de hacer algo que él quería que se hiciera. Aquellos militares no entraban en ninguna de las dos clasificaciones, pero eso no sorprendía ni decepcionaba a Haskins en contadísimas ocasiones, si bien, eso sí, le servían de ayuda para encontrar a la clase de personas que le interesaban.

Había volado desde Washington con dos de ellos, el coronel Harlow Stubins, del Cuerpo de Información de las Fuerzas Aéreas, y el coronel James Rogers, oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército. El coronel Frazier los llevó de inmediato a dar un inacabable paseo por el campo y los pies de Haskins habían quedado muy resentidos tras la caminata. No experimentaba rencor alguno, pero tenía sus dudas acerca de que aquello hubiera sido imprescindible. Estaba matando el tiempo, a la espera de que surgiese alguna persona interesante, predispuesta a contarle lo que era procedente hacer.

En tono quisquilloso; el coronel Stubbins manifestó:

—No voy a precipitarme en mis conclusiones, no adoptaré determinaciones de ninguna clase hasta haber conversado con su comandante Karvel.

El coronel Frazier manifestó su conformidad con un asentimiento de cabeza.

–Como usted dice, es el testigo ocular más importante. Le advierto, sin embargo, que una entrevista con ese hombre no aclarará nada, sino todo lo contrario.

El coronel del Ejército, que desplegaba la etiqueta de reticencia castrense exigible al parecer a un invitado que se movía por un terreno extraño a sus atribuciones, se creyó obligado, pese a todo, a intervenir con una suave protesta:

–Usted dijo que era un buen elemento.

–Un elemento buenísimo –rectificó el coronel Frazier. No creo que haya habido nunca un solo jefe que le atribuyera una calificación inferior a sobresaliente. Karvel referirá lo que vio, una descripción perfecta y detallada al máximo. Pero una buena descripción no es sinónima de explicación razonable o absoluta.

Haskins se inclinó hacia adelante. Las patas delanteras de la silla chocaron, contra el suelo provocando un golpe sordo que produjo tres irritados fruncimientos de ceño.

–Me gustaría echar un vistazo a la carpeta doscientos uno del comandante Karvel.

–No la tengo –repuso el coronel Frazier.

–El hombre está destinado a esta base y usted no tiene su...

–No está destinado aquí. Se trata de un oficial en retiro... en retiro por incapacidad física. Es una historia trágica. Formaba parte del nuevo equipo de astronautas y realizaba una labor impresionante, como todo el que le conociese esperaba de él. Pero se vio complicado en un monstruoso accidente automovilístico. Mejor dicho, fue a parar a una zanja al hacer una maniobra violenta, con la que pretendía evitar que su vehículo participase en un accidente que ya había tenido efecto. Salvó varias vidas y confío en que ello le sirva de consuelo, dado que perdió una pierna en el percance. Naturalmente, la N.A.S.A. no va a poner a un hombre cojo sobre la Luna, y nuestros consejos médicos ni siquiera tomaron en consideración la idea de que un piloto al que le falta la pierna derecha pudiera subir a bordo de un reactor. Karvel pudo haber conseguido algún cargo administrativo de responsabilidad en la N.A.S.A. o en las Fuerzas Aéreas, pero se negó a aceptarlo cuando se lo propusieron. Sucede que ese hombre no pertenece al tipo burócrata. Supongo que usted aseguraría que le iba a ser imposible resistirlo, quedándose en las Fuerzas Aéreas, pero una vez se licenció, no pudo alejarse. Vive en un campamento para remolques próximo a la base y mucho me temo que se haya metido en el cangilón de una noria que desciende hasta el Averno y no vuelve a subir. Es una condenada vergüenza.

Haskins expuso bruscamente el recelo que albergaba.

–¿Dónde *está* su carpeta doscientos uno?

–En el Centro de Expedientes de la Reserva Aérea, en Denver.

–Me están entrando unas ganas locas de despellejar a su oficial médico –terció el coronel Stubbins –. ¿Por qué diablos tenía que operarle esta mañana?

El coronel Frazier sonrió.

–No se me ocurrió preguntárselo. La última vez que puse en tela de juicio el criterio de un médico yo no era más que segundo teniente. Fue también la primera. Aprendí a..

–A mí no me hizo falta aprender esa lección, siempre he sabido que no se debe discutir con los médicos –rezongó el coronel Stubbins –. A pesar de todo, lo que sucedió ayer puede ser tan importante por lo menos como lo que ocurrió en Hiroshima el año 1945, y no me hace ninguna gracia tener que esperar aquí, cruzado de brazos, a la espera de que alguien venga a decirme cuándo puedo ir a interrogar a la única persona que conoce todos los datos relativos al asunto.

–Por lo que al coronel Vukin concierne, la única consideración importante estriba en que Karvel estaba herido de gravedad y sufría dolores más que respetables.

–¿Qué clase de operación efectúa?

–Hay daños en el ligamento colateral medio –explicó Frazier –. En la rodilla. Si sabe lo que eso significa... yo no. Karvel tiene también fracturadas tres costillas y un chirlo bastante feo en la cabeza, con la correspondiente conmoción. Además de un buen surtido de magulladuras. Supongo que le habrán cosido la cabeza. Pero no sé qué tratamiento requieren las costillas y las contusiones. Según Vukin, el medio de transporte principal para Karvel, durante algún tiempo será la silla de ruedas. Le enyesaron la pierna izquierda y, a causa de las costillas rotas, no podrá utilizar muletas. Lo verdaderamente asombroso del caso es cómo pudo llevar a cabo todo lo que hizo, en las condiciones físicas en que se encontraba. Vukin asegura que sólo las lesiones de la caja torácica hubieran sido desperfecto suficiente para obligarle a tenderse en una camilla. Realizó un gran esfuerzo.

–Razón de más para que debamos entrevistamos con él cuanto antes –insistió Stubbins. ¿El golpe en la cabeza no le afectó el cerebro?

–No. Se comportó con la esplendidez acostumbrada hasta el preciso instante en que Vukin le anestesió, inyectándole algo. Fue suya la idea de enviar equipos de reconocimiento. Pensó que la ruta destructora trazaba una espiral perfecta, con esa maldita esfera...

–Objeto no identificado –murmuró el coronel Rogers.

Con el objeto no identificado en el punto central y, de acuerdo con todos los informes recibidos hasta el presente, tuvo razón. Nada desmiente esa hipótesis.

–Debió interrogarle cuando la ocasión se lo permitía –dijo Stubbins.

–Ya le informé de que me dio una descripción detallada de cuanto había visto. La fuerza X circula a increíble velocidad. Forma una espiral en constante ampliación, con espacioso boquete. Abate árboles y destroza edificios... tal como hemos visto. No produce el menor ruido y es invisible. Whistler nos dijo lo mismo que Karvel y nada de lo que refirieron nos sirve de ayuda para deducir en qué consiste la fuerza X.

Stubbins manifestó su impotencia alzando las manos.

–Vayamos al cobertizo siete.

Los otros coroneles asintieron y se levantaron. Haskins continuó sentado. Siguió contemplando pensativamente la colilla de su cigarro.

–Quisiera llamar por teléfono articuló.

–Nadie se lo impide –concedió el coronel Frazier, al tiempo que le hacía donación del despacho con un gesto circular de la mano.

–Me reuniré con usted enseguida –dijo Haskins.

Esperó hasta que la puerta se hubo cerrado, tras la salida de los militares, y luego se acercó a la mesa, descolgó el auricular del teléfono y pidió a la centralita que le pusieran en comunicación con un número de Washington, D.C. Una vez establecida la línea, no malgastó palabras.

–Comandante Bowden Karvel. –Deletreó el nombre –. Retirado de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos por incapacidad física. La maquinaria.

Gerald Haskins tenía su propia perspectiva sobre el encasillamiento general de las cosas. Era hombre práctico y "objeto no identificado" le parecía una denominación ridícula y poco apropiada para la esfera sometida a escrupulosa vigilancia en el cobertizo siete. Tener un trozo de aparato bien seguro en la mano, para empezar a desarmarlo, y ser incapaces de ponerle una etiqueta que lo defina mejor que las palabras "objeto no identificado", era algo que estaba a la altura de la ineptitud militar. Se alegró de que se encargaran del desguace sus propios hombres, jóvenes e inteligentes, elegidos cuidadosamente de entre las dos clases de personas que le interesaban.

El cobertizo siete era un pequeño tinglado de mantenimiento, pero sus reducidas dimensiones aún empequeñecían el objeto sin identificar, dándole una

insignificancia ilusoria. La esfera descansaba en el centro aproximado de la estancia, rodeada de bancos de trabajo, equipo de laboratorio y diecisiete científicos, cada uno con su buena dosis de desconcierto a cuestas.

El coronel Stubbins se llegó al banco más cercano a la entrada y preguntó:

–¿Han descubierto algo ya?

Los científicos levantaron la cabeza para mirarle, no sorprendidos, sino más bien desdeñosos. Como un solo hombre, todos decidieron hacer caso omiso de la pregunta y de quien la había formulado. Haskins se guardó para sí el regocijo, a la vez que se preguntaba si los soldados no aprenderían nunca que los *paisanos* no están obligados a ser simples reclutas sin graduación.

Se detuvo para abordar a un joven facultativo, que parecía encandilado por un grueso objeto cilíndrico.

–¿Los mandos? –interrogó.

–Uno de ellos. Una cápsula de gobierno, supongo que la llamaría usted... o un cartucho de instrumento. Se adapta y se suelta con un chasquido, como un resorte. Fácilmente. Los tres oficiales se congregaron alrededor de Haskins y el científico, para escuchar la conversación.

–No sé si están fundidas, moldeadas, hechas a máquina o acuñadas –prosiguió el científico –Nunca e visto nada semejante. Y tampoco consigo averiguar cómo se desmontan, si es que se desmontan. Llevamos una de estas cápsulas al hospital y las examinamos a través de la pantalla de rayos X. Nada. Tal vez la parte interior está recubierta por una capa de plomo... o algo por el estilo. Los cilindros vienen en dos tamaños de la misma forma exacta, con la única diferencia de la clave particular de cada uno. Sería imposible introducir cualquiera de ellos en un agujero que no le corresponda.

–¿Le da usted algún significado especial a eso? –quiso saber el coronel Stubbins.

El facultativo se encogió de hombros.

–Acaso no lo tenga. Naturalmente, puede significar que los instrumentos se despachan de algún modo y que tienen que cambiarse con frecuencia. O que el **ONI** es un artefacto que se produce en masa y las claves sirven para evitar equivocaciones en el sistema de conjunción. O ambas cosas.

Stubbins perdió el color.

–¡Producción masiva! ¡Precisamente lo que nos hace falta, una flota de esos cacharros dirigiéndose a los centros de población!

–Hasta el momento no hemos encontrado el sistema que nos permita dirigir éste... Lo digo por si le sirve de consuelo –manifestó el científico –. Tampoco hemos averiguado qué pueden gobernar estos supuestos mandos... en el caso de que se *trate* de mandos de alguna clase. Pero sí hemos tropezado con un dato interesante. No cabe duda de que ese orificio de la parte superior del cuadro de instrumentos está diseñado para una de estas cápsulas. Así que se ha extraviado un mando, o un instrumento.

Stubbins miró a Frazier.

–¿No les habrá dado a sus hombres por escamotear un recuerdo?

–Todo lo que han hecho mis hombres es vigilar ese artilugio. Ninguno de nosotros, ni siquiera el comandante Wardle, y mucho menos yo, hemos mirado dentro. Hasta que los empleados de Haskins trasladaron la esfera aquí, no teníamos la más remota idea acerca de abrir la trampilla.

–¿Y Karvel?

–Cinco metros es la distancia mínima a que ha estado del aparato. Por otra parte, desde que Karvel avistó la esfera ésta no ha dejado un momento de estar sometida a vigilancia.

–¿No pudo llegar alguien hasta la esfera antes de que Karvel la descubriese?

–Es posible –reconoció Frazier –. Pero no me parece muy probable.

–¿Qué me dice de los hombres que llevaron a cabo la tarea de rescate?

–Ya les interrogué –dijo Frazier. Cambió de tono –: ¿Sí, sargento?

–Ha llamado el coronel Vukin, señor. Ya puede ir a ver al comandante Karvel.

–Infórmele de que nos ponemos en camino ahora mismo

–repuso Frazier –. ¿Nos acompaña, Haskins? El interpelado asintió.

–¿Puedo llevar conmigo a un par de auxiliares?

–A *mí* no me importa. Pero Vukin dijo que sólo permitiría la entrada a cuatro personas, cinco como máximo. Nosotros cuatro y una taquígrafa. La sala de un hospital no es, cito sus propias palabras, "el circo romano". Disponemos asimismo de un espacio de tiempo muy limitado: quince minutos.

–¿A contar desde este preciso instante o desde el momento en que lleguemos allí? –preguntó Haskins, con una sonrisa.

Frazier se la devolvió.

–Opino que vale más que nos demos prisa.

Se detuvieron en el edificio destinado a oficinas principales del cuartel general, para recoger al sargento Gore, una dama de edad mediana y aspecto rígido, perteneciente al Cuerpo Auxiliar Femenino, que sostenía con enérgica autoridad su libreta de taquigrafía.

El teniente coronel Vukin, hombre alto y sombrío, al que cualquiera hubiese tomado por sepulturero antes que por doctor en Medicina, salió a recibirles en la entrada principal de la enorme enfermería, pero no se molestó en darles ninguna especie de bienvenida.

–¿Cómo se encuentra el paciente? –inquirió el coronel Frazier.

–No podemos quejarnos, responde bastante bien, teniendo en cuenta la conmoción cerebral, la pérdida de sangre, los nueve puntos de sutura de la cabeza, la caminata de tres kilómetros que recorrió con esa rodilla lastimada y los numerosos excesos que cometió con las tres costillas rotas. Debo recordarles que respira –y, por consiguiente, habla –con grandes dificultades y considerable cantidad de dolor. Queda terminantemente prohibido excitarle, bajo ninguna circunstancia. Aceptaré su promesa de que no va a hacerlo, puesto que es imprescindible que converse con él, pero desarrollará la entrevista por los cauces de la calma más estricta y proporcionará al enfermo todo el tiempo que necesite para responder a cada una de las preguntas que le formule. De otro modo, los expulsaré a todos del cuarto... individual o colectivamente.

–Me temo, coronel, señor –metió baza el sargento Gore, con la más páfida de las intenciones –. que no expulsará por la fuerza a una dama.

–Cualquier hembra que participe en un alboroto provocado en la habitación de un paciente, deja *ipso facto* de ser una dama y se convierte en un ser digno de que lo pongan de patitas en la calle. Vamos.

Vukin fue el primero en entrar en el cuarto de Karvel. Se le oyó exclamar automáticamente:

–¡Qué diablos...! Di órdenes severas de que...

–El comandante Karvel ya estaba acompañado. El oficial sentado junto a la cabecera del lecho, un capitán rechoncho y de festivo semblante, que lucía en la guerrera la cruz de capellán castrense, sonrió al grupo con expresión que rezumaba

inocencia. El dueño de la taberna, Whistler, al que Haskins había conocido aquella mañana, estaba atravesado a los pies de la cama, tumbado allí como si se tratara de su propio dormitorio. Karvel, incorporado y sostenido por los almohadones, disimulaba magistralmente cualquier dolor que pudiese aquejarlo, si es que sufría alguno.

–Debió haberseme ocurrido –murmuró el coronel Frazier –. ¡Un capellán castrense es la única persona que puede darle la réplica adecuada a un médico!

Vukin recobró el habla. Hizo una brusca seña a Whistler y vociferó:

–¡Fuera!

–Bah —replicó el tabernero, sin moverse –. Tendré esto presente la próxima vez que trate de que le sirva cerveza.

–¿Ha terminado? –preguntó Vukin al sacerdote, fríamente.

–Vamos, coronel... Sabe perfectamente que mis obligaciones para con sus enfermos no terminan hasta que usted los ha enviado a la tumba. Y ni siquiera entonces, claro, pero a partir de entonces puedo arreglármelas sin recurrir a sus conveniencias. –Se puso en pie y estrechó la mano de Karvel. Creo que el comandante representa un desafío mayor para mi apostolado que para su profesión, coronel. Hay hombres que tienen verdaderas montañas sobre sus almas... montañas que se ven impulsados a escalar. El comandante Karvel tiene una sierra bastante alta. Las cumbres no se encuentran fuera de su alcance, pero sí perdidas por completo entre las brumas de sus dudas internas. Hasta ahora no he sido capaz de decidir si debo ayudarle en su ascenso rumbo a la cima o mostrarle el atajo que rodea los montes.

–¿Probó alguna vez a asestarle un puntapié en las posaderas? –intervino Whistler.

El capellán sonrió.

–No es la clase de tarea que se puede considerar *acabada* alguna vez. Uno ignora siempre lo que encontrará al otro lado. Acaso más montañas. –Dirigió una inclinación de cabeza a los coroneles y un guiño a Karvel –. ¿Se viene conmigo, Bertam?

Whistler se puso en pie muy despacio.

–Debe dar las gracias por ese golpe en la cabeza –dijo a Karvel –. Al menos, ahora tiene una buena excusa.



–Un momento –propuso el coronel Stubbins –. Ya que el señor Whistler está aquí, ¿por qué no aprovechamos la circunstancia para celebrar un careo y repasar todo el asunto de principio a fin?

–Ya han hablado conmigo –replicó Whistler –. De todas formas, no me gusta permanecer en esta habitación tan pequeña y tan llena de capostotes de la milicia.

El, mejor dicho, la sargento Gore sufrió un repentino acceso de tos y para cuando el coronel Stubbins se cansó de tratar de fulminarla con la mirada, Whistler y el capellán castrense habían salido del cuarto.

El coronel Vukin indicó que entrase a un enfermero que aguardaba ante la puerta, con varias sillas. Se cumplió el requisito de las presentaciones. El coronel Frazier acomodó a los presentes y, cuando todo el mundo estuvo sentado, se produjo una breve pausa que el coronel Stubbins dedicó, por su parte, a observar recelosamente a Vukin.

–Esta reunión es confidencial –anunció.

–En tal caso, vale más que cierre la puerta –dijo Vukin.

Lo hizo así y después se apostó a la cabecera de la cama de Karvel. Los tres coroneles se encogieron de hombros y Haskins concentró su atención en el comandante Bowden Karvel.

El yeso ponía un bulto voluminoso en torno a su pierna izquierda y la otra pernera del pijama estaba recogida limpiamente bajo el muñón de la derecha. Tenía la cabeza vendada. La chaquetilla del pijama, con el cuello abierto, dejaba a la vista la ligazón del pecho.

El hecho de que su estatura diese la impresión de ser inferior a la talla media se debería probablemente a lo enjuto de su cuerpo. Había hebras grises entre el pelo que no tapaba el vendaje y el hombre parecía tener más de treinta y seis años; pero el rostro no revelaba en absoluto el aire de derrota o autocompasión que Haskins medio esperó ver. El porte del comandante Karvel era el de un hombre que pretende subir y está dispuesto a luchar lo que haga falta para llegar arriba.

–¿Habló ya con las patrullas de reconocimiento? –preguntó al coronel Frazier. En aquel tono de voz hubo cierto matiz que Haskins no consiguió clasificar.

Frazier asintió.

–No han terminado aún de explorar el terreno, pero hasta el presente todo confirma lo que usted dijo. Esa esfera –la llamamos, de momento, objeto no identificado –representa el punto central, y sea lo que –

–Fuerza X –murmuró el coronel Rogers.

–... sea lo que sea, la fuerza X partió de allí y se disparó en espiral. El árbol que usted localizó ayer por la tarde fue el primer obstáculo que golpeó.

El coronel Stubbins carraspeó ostentosamente.

–¿Me permiten una interrupción...?–Miró a los demás Nadie se opuso –. Se trata de un punto de suma importancia, comandante. ¿Observó algo *antes* de que el árbol se desplomara?

–No, señor –repuso Karvel.

–Recapacite bien, comandante; medítelo a fondo. Ese **ONI** no se materializó por generación espontánea. Tuvo que llegar procedente de algún sitio. Nos gustaría saber cómo se presentó allí.

–No puedo ayudarles, señor. Llevaba sentado cosa de tres horas en el jardín de la cantina de Whistler cuando empezaron a desencadenarse los acontecimientos, pero, como es lógico, no me pasé todo ese tiempo con la vista fija en una sola dirección determinada. –Hablaba despacio, con frecuentes pausas –. Es posible que mirase hacia aquel árbol durante un par de minutos, antes de que cayera, pero no me es posible jurarlo, y tampoco distinguí nada de particular.

–De cualquier modo, no pudo verlo –terció secamente el coronel Rogers.–Ya hice constar que el **ONI** no era visible desde el establecimiento de Whistler, ni siquiera con prismáticos. Descansaba en el fondo de una depresión.

–Pudo verlo llegar –insistió el coronel Stubbins –. Tiene que proceder de alguna parte, no iba a brotar del suelo. Si descendió suspendido de un paracaídas, por ejemplo.

–De ser así ¿dónde está el paracaídas? –preguntó el coronel Rogers.

–Fue una suposición utilizada a guisa de ejemplo. El **ONI** no fue transportado en una camioneta, ya que no había huellas de neumáticos. Si no lo arrojaron desde un aeroplano o se desprendió de algún ingenio volador. –Pero eso es imposible, ya que se habría estrellado contra el suelo, quedando destrozado o, por lo menos, hundido en la tierra. Por otra parte, el radar de la base hubiera captado la presencia del aparato. Y la esfera no llegó impulsada por su propia energía...

–No podemos estar seguros de eso. ¿Vamos a seguir adelante con ese asunto?

–Diez minutos, caballeros –terció el coronel Vukin bruscamente.

–Las condiciones de la hierba sobre la que descansaba el artefacto debe de proporcionarles una idea acerca del tiempo que permaneció allí –dijo Karvel.

–Tenemos algo mejor, comandante repuso el coronel Rogers –. Un granjero cruzó por el pastizal, a bordo de un “jeep”, poco después de la una de la tarde de ayer. Pasó a menos de seis metros del punto donde descubrió usted la esfera –lo hemos medido gracias al rastro de las ruedas –. y el hombre cree que hubiese notado la presencia del **ONI** , de haber estado allí. Somos de la misma opinión. En cuanto a las condiciones de la hierba

–No importa –le interrumpió el coronel Stubbins –. El comandante Karvel declara que no observó nada raro antes de que se abatiese el árbol. Dejemos la cosa así. ¿Qué ocurrió a continuación, comandante?

–Dudo mucho de que alguien haya visto caer un árbol del mismo modo que cayó aquel –articuló Karvel pensativamente –. Fue como si le arrancasen el tronco por debajo. Como vi con posterioridad, las ramas superiores fueron a parar sobre el tocón, y la parte inferior del tronco quedó astillada, como si un gigante hubiese descargado sobre él un mazazo descomunal, con un martillo pilón de tamaño inconmensurable.

–¿Qué creyó que había sucedido?

–Registré vagamente la impresión de que era una forma muy rara de caerse un árbol.

–¿Y luego?

–El trazado de la espiral se hizo evidente casi al instante. La... su fuerza X fue ampliándose progresivamente lo mismo que el espacio que quedaba entre las espirales. Salió del valle por la vecindad de la granja de los Mueller, pero volvió. No la vi de nuevo hasta que me alcanzó. Y tampoco volví a verla después. Para cuando Whistler me ayudó a ponerme en pie, había desaparecido definitivamente de mi vista.

–Dice que no volvió a verla más –susurró el coronel Stubbins –. ¿Acaso contempló a esa fuerza X en algún momento?

–No he hablado con propiedad –sonrió Karvel –. No, señor. Todo lo que vi fue lo que hizo.

–¿No hubo por medio una distorsión óptica o algo parecido?

Karvel sacudió la cabeza negativamente.

–¿Se produjo, cuando se acercaba a usted, algún sonido?

Karvel repitió su negativa con la cabeza.

–La destrucción resultó claramente audible, se armó bastante ruido, pero no vi ni oí a la fuerza X. Si ello le sirve de algo, diré que la *presentí*.

–¿Cómo?

–Como un vehículo silencioso, raudo e invisible.

–¿Despedía algún olor? –intervino el coronel del Ejército.

–No, señor, que recuerde, no.

–Muy bien –resumió el coronel Stubbins –. La fuerza X era invisible silenciosa, inodora y se desplazaba en espiral con rapidez. Los otros supervivientes no vieron, oyeron ni olieron nada y las brigadas de reconocimiento confirman la espiral. ¿Qué más puede decirnos?

–En lo que se refiere a hechos demostrados, poquísimo. Pero puedo ofrecerles unas cuantas conclusiones. O hipótesis.

–Nos gustaría escucharlas.

–Por ejemplo, la fuerza X se debilita gradualmente. Al principio, sacudía a los árboles y era como si les quitase el tronco de debajo de las ramas. Después, los árboles caían normalmente. Me atrevo a decir que esa debilitación paulatina fue una suerte para mí. Si la fuerza X me hubiese golpeado con la potencia de impacto que tenía en el valle, mi aspecto, cuando me encontraron, habría sido el mismo de las reses despanzurradas sobre los pastos. Y otro detalle, aunque la fuerza debilitaba su vigor, no ocurría igual con su rapidez. He reflexionado sobre ello e incluso lo debatí con Whistler. Ambos tenemos la absoluta seguridad de que la fuerza X no perdió ligereza. De hecho, su desplazamiento se aceleraba constantemente.

El coronel Stubbins necesitó unos segundos para digerir aquel dato.

–Supongo que se da perfecta cuenta de que nos presenta una imposibilidad física.

–No trato de imponer un criterio personal, señor. Sólo pretendo describir lo que presencié. La mejor analogía que se me ocurre es la de la plataforma giratoria de un gramófono. Cada punto del diámetro de un disco gramofónico tiene el mismo número de revoluciones por minuto, pero en lo que se refiere a la distancia que ha de recorrerse, el borde exterior se ve obligado a ir mucho más deprisa que cualquier punto situado próximo al centro. El borde externo de un disco situado a dos centímetros y medio del centro apenas da una vuelta de ocho centímetros de longitud. Según recuerdo, su fuerza X efectuaba revoluciones regulares, lo que

significa que la aceleración de su desplazamiento tenía que ser tremenda. De no ser así, me hubiera dado la clara impresión de que la espiral frenaba su impulso, a medida que se iba alejando del centro. Cada una de las sucesivas revoluciones habrá tardado más tiempo en cumplirse, porque la potencia debía recorrer una distancia mayor.

–Interesante –comentó el coronel Stubbins –. Lo cual no es óbice para que siga siendo imposible. ¡Piense en la resistencia que encontraba a su paso! Cada uno de los obstáculos que se interponían en su camino, todas las cosas que golpeaba y abatía debieron, *obligatoriamente*, disminuir su velocidad, aunque sólo fuera en grados infinitesimales.

–Eso por no citar la fricción del aire y del suelo –adujo el coronel del Ejército.

–¿Se deslizaba por el suelo, señor? –preguntó Karvel.

Los coroneles se le quedaron mirando.

–En el piso no dejó ninguna señal y no azotó nada a la altura del suelo. El golpe violento que recibió el primer árbol fue asestado a unos treinta centímetros por encima del nivel de la superficie terrestre. Su fuerza X seguía el contorno del piso, pero además de ir acelerándose, también se remontaba despacio. Para cuando llegó a la propiedad de Whistler, esa fuerza, o su fondo, se había elevado hasta la cintura de un hombre. Mis costillas fracturadas lo demuestran.

–Supongo que la lesión de su rodilla también demuestra que se había alzado hasta la cintura humana –se mostró algo escéptico el coronel Stubbins.

–No me alcanzó en la rodilla. Esa herida se me produjo al derribarme la fuerza X, o al chocar contra el suelo cuando me derrumbé.

Sucedió una breve pausa silenciosa, a la que puso término el coronel Vukin con las palabras:

–Cinco minutos, caballeros.

El coronel Stubbins correspondió con una mirada llameante y volvió a proyectar su atención sobre Karvel.

–Al menos, una cosa no puede discutirse: la fuerza X se debilitó paulatinamente. Los daños que ocasionaba fueron reduciéndose de manera continua, hasta interrumpirse del todo. La potencia estaría en proporción directa respecto a la velocidad.

Karvel sacudió la cabeza.

No, señor. Un disco de gramófono. Las revoluciones son tan matemáticas como el tic tac de un reloj. Estoy dispuesto a jurarlo. Si le parece imposible, cíteme una sola cosa acerca de esa fuerza X que sea posible.

—¿Está Whistler de acuerdo con usted? En lo que hace referencia a esas revoluciones regulares, quiero decir.

—Lo está. Y también hemos llegado a un acuerdo respecto al tiempo que estuvimos contemplando el fenómeno; claro que usted se negará a creer esto. Antes de que hubiesen transcurrido diez segundos, tras la caída del primer árbol, a mí se me escapó un grito. Whistler pasaba por la puerta posterior y me oyó. Salió a ver que ocurría. Dice que echó a correr, pero cuesta trabajo creerlo. Andando con viveza, cubrió el trayecto en menos de diez segundos. Durante otros veinte segundos más, continuó siendo visible la espiral, la granja de los Mueller resultó damnificada y comprendí que la taberna corría peligro. Dije a Whistler que ordenase a todo el mundo que se refugiara en la bodega y me dispuse a retroceder. Fue entonces cuando me alcanzó. Pongamos otros quince segundos. Calculo que transcurrió menos de un minuto desde el momento en que la fuerza X abatió el primer árbol hasta el instante en que llegó a la taberna; y conste que la estimación de todos estos tiempos es más bien conservadora, moderada, sin exageraciones.

—Verdaderamente. —El coronel Stubbins inclinó la cabeza con gesto meditativo—. Teniendo en cuenta su recorrido en espiral, la fuerza X cubrió una buena cantidad de kilómetros entre el primer árbol y la cantina. ¿En menos de un minuto, dice usted?

—Tampoco yo lo creería, señor, de no haberlo visto con mis propios ojos. Pero lo v

—Incluso en línea recta, hay varios kilómetros desde el árbol hasta el establecimiento de Whistler. Al seguir un curso en espiral, la fuerza X recorrió probablemente... oh, cosa de dieciséis kilómetros por cada uno de diámetro. Los agrimensores podrán proporcionarnos las cifras exactas. Por su parte, usted está declarando que la fuerza X cubrió unos ochenta kilómetros en menos de un minuto, para lo cual se necesitaría una velocidad media de... uh... algo que se acerca a los cinco mil kilómetros por hora.

—Algo así, señor —corroboró Karvel con una sonrisa.

—Y puesto que la fuerza X iba acelerando —según usted—. su velocidad debía de ser considerablemente mayor en el momento en que le derribó por el suelo, comandante.

—Eso es lo que me figuro.

El coronel Stubbins se inclinó hacia atrás, disgustado.

–Si lo hubiese embestido algo que circulara a esa velocidad, sus actuales dimensiones físicas serían las de un milímetro de espesor por una buena cantidad de metros cuadrados de superficie.

–No puedo llevarle la contraria, señor. Mi supervivencia constituye una imposibilidad, ¿pero qué significa una más entre tantas?

–Con franqueza, comandante, esperaba de usted algo mejor . –. algo racional, si se me permite decirlo. ¿Qué valoración asignaría usted a la fuerza X, como arma militar?

–No lo sé. Contra un blanco específico, su eficacia dependería del acierto del tiro. Contra una diana extensa, como un centro de población, los daños que ocasionaría me aterran.

–Por lo menos, ese es un punto en el que estamos de acuerdo. Si la fuerza X hubiese iniciado sus espirales en la Times Square de la ciudad de Nueva York, a estas horas tendríamos entre manos una catástrofe indescriptible. Lo que hemos de decidir cuanto antes es sí el **ONI** fue lanzado hacia aquí por una potencia extranjera, en cuyo caso, será cuestión de averiguar por qué se eligió precisamente esta zona... si es que se eligió. El objeto no identificado pudo tener por blanco la Base Hatch de las Fuerzas Aéreas, aunque esta base no es tan importante como todo eso. ¿Tal vez se nos conceden unos días para que comprobemos los daños sufridos, y luego se nos presentará un ultimátum, o quizás el **ONI** iba dirigido contra una ciudad importante del Medio Oeste y falló la puntería de manera tan increíble? Las consecuencias militares... ¿Qué sucede, Rogers?

–Estamos perdiendo el tiempo –declaró el coronel del Ejército –. Salta a la vista que el comandante no puede ayudarnos en lo que afecta al punto crítico, pero, de cualquier modo, pregúnteselo de una vez y salgamos de aquí.

–Ah, sí... Comandante Karvel, suponemos que el **ONI** y la fuerza X representan causa y efecto, dado que la situación del objeto no identificada era el centro exacto y preciso de la espiral. Entre otras cosas, nos gustaría saber si la fuerza X empezó a manifestarse en el momento de la llegada del **ONI** , pero como usted no vio su arribada, me temo que no podrá ayudarnos.

–No, señor. Me parece que no.

–Se acabó el plazo, caballeros –intervino el coronel Vukin.

–El coronel Stubbins fingió no haberle oído.

–¿Puede proporcionarnos algún detalle más acerca del asunto, comandante?

Karvel titubeó unos segundos, pero acabó denegando con la cabeza.

–No, señor –articuló.

–Gracias, comandante. A excepción de ese tabernero, usted es nuestro único testigo consecuente. Si recuerda alguna otra cosa, quiero que me la comunique de inmediato.

–Sí, señor.

Stubbins se puso en pie, arrastró la silla hacia atrás y echó a andar hacia la puerta. La sargento Gore cerró su libreta de taquigrafía con sonoro chasquido y le siguió. El coronel Frazier se llegó a la cama. Manifestó en voz baja:

–El gobernador me ha encarecido que le felicite. La rapidez con que reaccionó usted, la prontitud con que puso en movimiento las patrullas de rescate es algo que sirvió para salvar algunas vidas... Por no mencionar la ayuda y consuelo que se llevó a los heridos, en un espacio de tiempo inverosímilmente corto. Deseo también presentarle mis excusas por lo que le dije anoche. Al reflexionar, he llegado a la conclusión de que usted no contaba con medios de ninguna clase para saber si la fuerza X alcanzaría o no la base y, teniendo en cuenta la destrucción que había presenciado, en la duda, adoptó la medida apropiada al sugerir que se diese una alarma de tornado.

–Gracias, señor.

–También quiero felicitarle por la fortaleza de ánimo que ha debido de desplegar para resistir el apremiante deseo de esgrimir esa maldita mariposa y agitarla ante las narices del coronel Stubbins.

Gracias, señor, pero ese mérito le corresponde a usted. Me convenció anoche de que debía hacerlo.

Frazier dio media vuelta y se alejó, enigmática la expresión facial. El coronel Rogers aguardaba en el umbral.

–¿Viene? –preguntó Frazier a Haskins.

Haskins sacudió la cabeza.

–Volveré solo.

Frazier asintió y abandonó el cuarto. Haskins acercó la silla a la cama y se sentó tranquilamente. Cuando el coronel Vukin avanzó sobre él, Haskins dijo en tono jovial:



–Conmigo, nada de truculencias, coronel. No formo parte de la cadena castrense. Tengo que formular una pregunta al comandante.

–¿Cómo se encuentra Karvel? –inquirió Vukin.

–No estoy peor que hace una hora.

–Toque el timbre cuando quiera que echemos de aquí a su visitante.

–Avíseme en cuanto tenga noticias del profesor –repuso Karvel. Volvió la cabeza hacia Haskins –. ¿En qué consiste esa pregunta?

Haskins notó que, inconscientemente, llevaba la mano hacia el bolsillo, para sacar un cigarro. La retiró, de mala gana.

–¿Qué es lo que calla, comandante?

Karvel sostuvo con firmeza la mirada de Haskins. Vukin se retiró, mientras murmuraba algo que Haskins no pudo entender. Una enfermera abrió la puerta y se excusó:

–¡Oh, perdón!

La puerta volvió a cerrarse. Los ojos de Karvel continuaron fijos, sin desviarse para nada. Haskins, que había dedicado muchas horas de su vida consciente a justipreciar de forma minuciosa a los animales humanos que atraían su atención, se percató de que en aquel momento le estaban analizando a él y eso le molestó bastante.

–¿Quién es usted? –interrogó Karvel por último.

–Herald Haskins, la misma persona que le presentó hace un rato el coronel Frazier. ¿Debo pedirle que vuelva a esta habitación y me avale?

–No hace falta. Sus cartas credenciales deben producir cierto impacto; de otro modo, no habría llegado hasta aquí.

–Por lo que veo, he de repetirlo, comandante... ¿Qué está ocultando?

Karvel cerró los ojos.

En realidad, ni siquiera sé si estoy reprimiendo algo articuló muy despacio. Por primera vez, Haskins se dio cuenta de que la respiración del herido era rápida y entrecortada. Comprendió que el coronel Vukin no había estado premiando a sus superiores por el puro placer de hacerlo. Karvel se encontraba enfermo y después de su entrevista con los coroneles –muy cansado. El comandante prosiguió –:

–Hasta que lo averigüe, voy a mantener la boca cerrada. ¿Y si me permitiera a mí formular unas cuantas preguntas?

–Adelante.

¿Qué probabilidades existen de que el **ONI** proceda del espacio exterior?

–Ninguna en absoluto –respondió Haskins –, so pena de que estuviera protegido dentro de alguna otra cubierta. La superficie externa es de una aleación relativamente débil. Se hubiera quemado en la alta atmósfera.

–Supongo que, hasta que lo abran, no comprobarán si ese objeto tiene propulsión autónoma.

–Ya lo hemos abierto –informó Haskins –. No representó ningún problema. Todo lo que tuvimos que hacer fue tirar de la escotilla. Resultó un poco más complicado de lo que parece, al decirlo así, pero sólo porque nadie había visto una portezuela semejante. Opera sobre el principio de un diafragma irisado... algo parecido al ajuste de la abertura de la lente de una cámara. Lo abrimos, pero continuamos sin saber si el objeto no identificado tiene fuerza motriz propia.

–¿Escotilla? ¿Quiere decir una escotilla para permitir el paso a un *pasajero*? ¿Se trata de un vehículo diseñado para transportar viajeros?

–Fue diseñado para transportar a un pasajero.

–Entonces sí que tienen un problema *serio* entre manos. ¿Iba un pasajero en el interior del **ONI** ? En tal caso, ¿Qué ha sido de él?

–No hay ninguna clase de problemas –repuso Haskins apaciblemente –. El vehículo llevaba un pasajero y éste continuaba allí cuando abrimos la escotilla. Por desgracia, estaba muerto. Exageradamente muerto. Tan machacado como las aplastadas reses del valle, o un poco más. El **ONI** necesitó una limpieza a fondo, antes de que pudiéramos estudiarlo convenientemente. ¿Puedo ahora preguntarle una cosa?

Karvel asintió

–¿Qué es lo que calla?

–No lo sabré hasta que haya hablado con un especialista. He convocado a uno, un profesor de Instituto, que ha prometido acudir tan pronto se lo permitan sus obligaciones. Cuando llegue, si es que se presenta, usted mismo podrá interrogarle.

–Deme su nombre y dirección y le apremiaré.

–Le retiene la circunstancia de que su esposa está alumbrando una criatura – aclaró Karvel –. No pongo en duda la capacidad de su influencia, pero me temo que ni siquiera contando con ella le será posible apresurar una cosa así.

–¿Qué clase de especialista es?

–Un lepidopterólogo.

–Una clase de experto rara en extremo –comentó Haskins secamente –. Se me ocurrió la posibilidad de traer un sustituto, pero no creo que.. . ¿Dijo lepidopterólogo?... En fin, no será fácil localizarlo un domingo por la mañana. Esperaré la llegada de su profesor. Y puesto que se trata de un lepidopterólogo... eso significa que lo que oculta es...

–Una mariposa –dijo Karvel. Alzó la mano con gesto exhausto, cuando Haskins se disponía a hablar –. No ampliaré detalles, le ruego que no formule más preguntas. Por favor...

Obediente, Haskins echó a andar hacia la puerta.

–Gracias, comandante. Volveré a verle.

\* \* \*

### 3

El profesor Kent Alexander llegó poco después de las dos y le entretuvieron en el vestíbulo hasta que Haskins pudo presentarse en el hospital. El coronel Vukin formalizó las presentaciones y Alexander obsequió a Haskins con un puro, dijo que había sido niño, añadió que pesaba tres kilos y medio y quiso saber qué le había sucedido a Karvel.

–Sufrió un accidente –repuso Haskins.

–Por teléfono, me pareció un poco incoherente. Aunque tal vez fuera culpa de las conexiones. Creo que dijo que había encontrado.

–Vayamos a verle antes de hablar del asunto –propuso Haskins –. Yo mismo le enseñaré el camino. Coronel, gracias.

Sin dar tiempo a Vukin para que protestase, tiró del profesor y ambos se alejaron, dejando al coronel un tanto sorprendido.

–¿Le interesan las mariposas? –preguntó Alexander.

–Sólo esta –contestó Haskins.

El profesor se había desilusionado un tanto. Cenceño, desmedradillo, tímido y juvenil, presentaba todo el aspecto de un estudiante poco aprovechado . . . o, recordó Haskins, de un padre primerizo. Llegó a la conclusión de que lo mejor era dejar para más adelante el juicio definitivo sobre el lepidterólogo.

Kent Alexander se adelantó a Haskins en el momento de entrar en la habitación de Karvel. Rompió a reír.

–¿No crees que ya eres un poco mayorcito para dedicarte a esas cosas? ¿Cómo quedó tu adversario? ¡Peleas a tu edad! Anda... toma un cigarro.

–Ni tocarlo –declinó Karvel –. No reñí con nadie. y guárdate el puro. Transcurrirán semanas antes de que pueda respirar normalmente. ¿Por qué tardaste tanto?

Haskins cerró la puerta y, discretamente, fue a acomodarse en la silla situada en un rincón.

–Conduje despacito y con cuidado –respondió Alexander –. Quiero que mi hijo cumpla por lo menos un día antes de quedarse huérfano. Y, muchacho, estoy agotado. Anoche no pude pegar un ojo. No salí de la sala de espera del hospital. Una experiencia aterradora. Suficiente para imbuirle a uno cantidades ingentes de respeto hacia la naturaleza. ¿Quién va a desear repetir la prueba más de una vez al año?

–Probablemente, tu esposa estará de acuerdo contigo –dijo Karvel.

–Al menos, a ella le administraron un anestésico. ¿Dónde está eso, hombre? Si me has obligado a conducir a lo largo de ciento cincuenta kilómetros sólo para que investigue una de tus alucinaciones, voy a estrangularte.

Karvel abrió el cajón de la mesita de noche, sacó una caja de cartón y levantó la tapa. El profesor miró el interior de la cajita, extrajo una lupa del bolsillo y volvió a examinar el fondo del recipiente de cartón y lo que había en él. Su aliento se hizo sibilante.

–Bowden –susurró –. Bautizaré al niño con el nombre de Bowden, aunque Doris me amenace con llamarle por el apellido durante toda su vida si lo hago.

–¿Qué opinas? –preguntó Karvel.

–No sé qué pensar. Se me ha atrofiado el cerebro. Ese bicho es algo imposible. Es un monstruo. ¿Dónde lo cazaste?

–Me encontraba sentado encima de un árbol caído y revoloteó a mí alrededor un par de veces, antes de posarse junto a mí.

–¿Estás seguro de que lo viste volar?

–Completamente seguro. Lo que me gustaría saber es si una mutación tan drástica puede ocurrir de golpe o si necesita una serie de cambios evolutivos graduales, durante una buena cantidad de generaciones.

–Me has pillado. Mi especialidad no es la genética.

–¿Cuál es tu contestación como lepidopterólogo?

–Un sí para las dos preguntas. Porque los cambios *son* tan bruscos que cuesta trabajo creer que hayan sucedido totalmente en una sola mutación. Por otro lado, si una serie prolongada de transformaciones ha tenido efecto, alguna etapa intermedia debió salir a la luz y hacerse evidente. son innumerables las personas que coleccionan mariposas y alguien, en algún momento y lugar, hubiera encontrado una reina con un cuerpo como el de ésta, o con unos ojos –¿te has dado cuenta de sus ojos? –, o con unas alas, o con. .. –Hizo una pausa –. Ni siquiera ahora tengo la certeza de que no me estás tomando el pelo. Aunque lo estoy viendo con mis propios ojos, casi me resisto a creerlo. ¡Dios mío... una mariposa bípeda y bialada!

–Es auténtica. Te lo garantizo... Revoloteó un par de veces en torno mío y luego se posó a mi derecha, lo que fue un golpe de suerte colosal. Si hubiese tenido que dar un solo paso, se me habría escapado, pero aterrizó junto a mí.

–¿Por qué iba a escapársete?

–Porque no podía andar.

–Careces de verdadero espíritu científico. Yo recorrería dos kilómetros para cazar un ejemplar semejante, tanto si podía andar como si no.

–Claro que lo harías –dijo Karvel con disgusto.

Haskins eligió aquel momento para abandonar la silla.

–¿Se me permite ver eso? –inquirió.

Alexander le puso la cajita ante la nariz. Haskins escrutó la empalada mariposa, se encogió de hombros y regresó a su sitio en el rincón. Empezaba a preguntarse si Karvel no estaría tratando de pitorrearse de él, con la ayuda del profesor.

–En el caso de que hiciera falta una serie de alteraciones evolucionarias –preguntó Karvel –, ¿cuánto tiempo tardaría en desarrollarse?

–No tengo ni la más remota idea –repuso Alexander –. Ya te digo que la genética no es mi fuerte.

–Tampoco te pido una declaración rigurosamente científica. Sólo el cálculo aproximado que te permitan tus conocimientos de especialista.

–No poseo esa clase de especialidad.

–Da una opinión, pues.

–Ni siquiera eso me es posible. No obstante, efectuaré algunas investigaciones. ¿Puedo llevármela?

–¿Por qué no? –articuló Karvel –. Si cierto coronel vuelve a verla, hará todo lo posible para obligarme a que me la coma. Date prisa con esas averiguaciones, ¿quieres?

–No faltaba más. Hay un hombre en el Instituto que está en condiciones de echar una mano. Se llama Ferguson. Si él no puede responder, por lo menos sabrá a quién hay que preguntar. ¿Qué le parece todo esto, señor Haskins?

–Opino que se trata de una mariposa –dijo el interpelado.

–Eso confirma mis sospechas –repuso Alexander, mientras fruncía el ceño, confuso –. Tiene todo el aspecto de una mariposa, es una mariposa y, sin embargo, no puede ser una mariposa. Expresado de otro modo, no parece una mariposa, no es una mariposa y, sin embargo, tiene que ser una mariposa.

–¿Está seguro de que su amigo es un experto en la materia? –interrogó Haskins a Karvel.

El comandante asintió.

–Dejémonos de tonterías y explícale al señor Haskins las diferencias que presenta esta mariposa respecto a las demás.

Alexander tomó asiento en el borde de la cama, se inclinó sobre la cajita con la lupa y anunció en voz baja:

–¡Tiene dos alas!

–¿No ocurre igual con la mayor parte de sus hermanas? –preguntó Haskins –. Con una sola, lo pasarían bastante mal para revolotear de un lado a otro, ¿no es cierto?

–¡Santo Dios! ¡*Todos* los lepidópteros, polillas y mariposas tienen *cuatro* alas!

–¿De veras? Ese parece un argumento decisivo. Nunca he prestado mucha atención a las polillas y mariposas.

–Y ésta sólo dispone de dos patas –prosiguió Alexander –. Debería tener seis. El tórax es de un solo segmento. Lo normal es que tuviera tres, cada uno de ellos con un par de patas y dos con los correspondientes pares de alas. El abdomen está abreviado... no se trata simplemente de que sea más pequeño, sino que su estructura se ha simplificado y su número de segmentos es inferior. Los ojos... ¡los malditos ojos ni siquiera están combinados! No cabe duda de que se trata de una mariposa reina, pero su tamaño apenas alcanza una cuarta parte del que debería tener.

–Dicho de otro modo –manifestó Haskins –, es un fenómeno.

–*Fenómeno* es un término poco fuerte. ¡Es un endemoniado monstruo!

–En todos los seres vivos se dan anormalidades. El hombre tiene dos piernas, pero han nacido niños a los que les faltaba esas extremidades. Una mariposa con dos alas nada más.

–No estamos ante esa clase de anormalidad –protestó Alexander –. No se trata de una mariposa con dos alas de menos, sino de una mariposa con un par de alas configuradas y adaptadas para realizar la función de dos pares.

–Conforme. Usted es el especialista y no estoy preparado para formular preguntas inteligentes... Ni siquiera para eso, conque mucho menos para entablar una discusión. Quedamos en que es una mutación, una variación espontánea o acaso el resultado de un largo proceso evolutivo. ¿Podría producirse una metamorfosis así mediante radiaciones, profesor?

–Lo ignoro. Para saberlo, tendría que consultar a un experto en genética.

Haskins esbozó una sonrisa, al tiempo que sacudía la cabeza.

–Consultar a especialistas es exactamente lo mismo que contraer deudas. Una vez se empieza, no hay forma de detenerse. Colijo que se inclina usted por la teoría de la mutación, con preferencia a la del proceso evolutivo.

–No recuerdo haber manifestado tal cosa, pero supongo que es así, principalmente porque no ha aparecido jamás una mariposa que presentara *un solo* cambio de los que ofrece ésta.

–El profesor no sabe nada acerca de acontecimientos encadenados –dijo Karvel a Haskins.

Este se le quedó mirando cara a cara.

–¿Da por supuesto que los acontecimientos *están* encadenados, comandante?

–Desde luego. Nunca se encontró una mariposa con las variaciones que tiene ésta. De súbito, surge una, relacionada directamente con un objeto y unos sucesos tan extraños como el propio lepidóptero. ¿No estamos en condiciones de forjar semejante suposición?

–Sería la última persona que lo negara.

–¿De qué diablos están hablando? –preguntó Alexander.

Haskins hizo como si no le hubiese oído.

–Sí, está usted capacitado para suponer lo que guste. Las suposiciones, conjeturas o hipótesis son bichos muy útiles para trabajar, pero cuando se trata de exponer finalidades, maldito si valen un comino. ¿Puede conseguir que funcione el supuesto que ha forjado?

–Examinemos la cuestión desde este punto de vista: Un aeroplano de diseño desconocido se estrella en el valle, debajo del establecimiento de Whistler. Ignoramos su procedencia, pero descubrimos cerca del aparato una mariposa perteneciente a una especie que, hasta la fecha, sólo se ha visto en el Tibet. ¿No sería razonable dar por supuesto que el avión procede del Tibet?

–Lo dudo —respondió Haskins—. Exigiría que se me garantizase por escrito que la mariposa en cuestión llegaba efectivamente del Tibet y que ningún vecino de la comarca había visto un tipo así de lepidóptero en muchos años. Querría saber también qué viajeros transatlánticos pasaron por la región últimamente. En realidad, lo más probable es que pasara por alto la aparición de la mariposa y concentrase todo mi interés en el aeroplano. Recelo de las suposiciones en las que andan comprometidos objetos animados.

–Tiene un golpe en la cabeza —advirtió Alexander—. ¿Trata de tirarle de la lengua o es que le está siguiendo la corriente?

–Lo que intento es sondearme a mí mismo. Prosiga, comandante. De momento, daremos por sentado que la mariposa tibetana demuestra que el aparato vino del Tibet. ¿Y luego qué?

Observó a Karvel con mirada atenta. O aquel hombre tenía mejor carácter de lo que era conveniente esperar de él o poseía un dominio de sí mismo impresionante.

–¿Qué te parece, Alex? —dijo Karvel—. ¿Niegas que la mariposa *pueda* ser el resultado de un largo período de transmutaciones evolutivas?

–Pues, no, la verdad. Todo indica que la evolución avanza hacia la simplificación y la especialización: en muchas especies actuales, se prevén la mayoría de esos cambios. Hubo un tiempo en que las mariposas tuvieron seis alas, quizás ocho,



incluso. En la actualidad, tienen cuatro y, con frecuencia, las posteriores son más pequeñas y les sirven de poco a la hora de volar. Algunas especies han reducido las patas delanteras a diminutas escobillas. Es posible que la tendencia evolutiva apunte hacia una mariposa bípeda y bialada, de cuerpo simplificado. Acaso esa tendencia se haya iniciado ya, pero lo cierto es que uno no espera tropezarse, hoy por hoy cara a cara con ese producto acabado. Ni siquiera eso explica lo que ha sucedido con los ojos de esta mariposa, a menos que se desee afirmar que la evolución los ha mejorado a la fuerza, porque no podían empeorar mucho. En cuanto a los acontecimientos encadenados...

Karvel le interrumpió con un ademán del brazo.

–La razón por la cual no ha salido a la luz ninguna de las etapas intermedias de la evolución de esta mariposa *podría* ser debida a que aún no han tenido efecto. Tal vez esta mariposa no existe todavía. Existirá sólo en el futuro.

–¿Está seguro de que no nos encontramos en un sanatorio mental? –se dirigió Alexander a Haskins, en un aparte cuajado de inquietud.

–Hoy, no –repuso Haskins –, aunque no le garantizo nada en lo que se refiere a mañana. ¿En un futuro próximo o en un futuro lejano, comandante?

–Pregúnteselo a algún amigo que se haya especializado en genética. Unos cuantos años, unos cuantos siglos... tal vez unos cuantos miles de años.

Haskins consultó su reloj, mientras pensaba que ya iba siendo hora de regresar al cobertizo siete. Articuló con aire ausente:

–Continúe, por favor.

–He concluido. Si una mariposa tibetana, en relación directa con un avión, sugiere la idea de que dicho aparato procede del Tibet, una mariposa futura, en relación directa con la llegada inexplicable de un inexplicable objeto no identificado, sugeriría que tal **ONI** procede del futuro. Una suposición en funciones y provisional, claro. Si surge algo que la contradiga

–Se desecharía sin ningún esfuerzo, comandante. Y vuelta a empezar.

–Hasta el momento, no he encontrado una sola contradicción.

–¿Qué me dice de la fuerza X? ¿Vino también del futuro?

–En cierto sentido. Si un objeto atraviesa violentamente una pared, lo lógico es ver salir volando una bandada de ladrillos. Si otro objeto perfora con violencia una barrera temporal, no deja de ser razonable esperar una reacción parecida.

–¿Unos cuantos ladrillos... de tiempo?

–Un remanso de tiempo. O un remolino.

–Un remolino –musitó Haskins –. Una espiral de tiempo. Me gustaría que el coronel Stubbins estuviese aquí. Su reacción sería digna de contemplar. Interesante.

–Si se lo ha dicho a usted es únicamente porque lo preguntó.

–Exacto, lo pregunté. Y tanto si me gusta como si no, ni siquiera puedo quejarme de la respuesta. Que, dicho sea de paso, no me gusta. Una cosa, profesor: Tomando como referencia la evolución de esta mariposa del futuro, ¿qué cambios pueden desarrollarse en la raza humana?

–¡Vaya pregunta para un lepidopterólogo! Oh, apenas recuerdo con vaguedad ciertas especulaciones sobre el tema. El hombre del porvenir puede que sea completamente calvo. Es posible que desaparezcan de su cuerpo algunos apéndices y huesos. Tal vez se produzcan alteraciones en la dentadura, lo que provocará resultados devastadores en la dieta civilizada. Las restricciones corrosivas del calzado acaso modifiquen los pies de la gente. Los especialistas han preparado largas listas de cosas como estas, pero no recuerdo muchos detalles. aunque sí que la lectura de tales relaciones me produjo la impresión de que preferiría no andar por los alrededores para comprobar las hipótesis expuestas.

–El pasajero del **ONI** –articuló en voz baja, con los ojos clavados en Karvel –no tiene cabellera. A pesar de que sus manos cuentan con cinco dedos, en los pies no hay más que cuatro. Carece de dientes y el aspecto de su mandíbula ha producido pesadillas al odontólogo jefe de la base. Mide cerca de dos metros y medio de estatura. La distribución interna de su organismo resulta también muy interesante, aunque reunir todas las partes para realizar el correspondiente estudio les ha proporcionado más de un quebradero de cabeza. Un cadáver reventado constituye una de las peores clases de rompecabezas. Lo más intrigante de todo es que, hasta la fecha, no han conseguido descubrir el menor asomo de estómago. Por lo que respecta a la ropa, que uno de mis expertos ha llamado toga de dos piezas con bolsa adicional, es de una tela que aún no se ha podido identificar. En cuanto al **ONI**, sus instrumentos pertenecen a un tipo de mandos tan adelantado que mis especialistas se consideran párvulos frente a ellos. El aparato funciona a base de energía nuclear, pero no hemos conseguido determinar cómo actúa esa energía ni qué ejecuta. El sistema numérico empleado en los mandos e instrumentos –si se trata de mandos e instrumentos –es distinto a todos los métodos numerales que conocemos. suponiendo que sea un sistema numérico, claro. El objeto no identificado está construido en parte con aleaciones totalmente desconocidas para nosotros, o con metales de cuya existencia no tenemos la más remota idea. Su hipótesis...

–Sigue en pie –le interrumpió Karvel.

Haskins se levantó.

–Puede llevarse la mariposa, profesor, pero bajo ciertas condiciones: La guardará bien, no se la enseñará a nadie y no dirá nada, ni en público ni en privado, acerca del lepidóptero y de lo que se ha hablado aquí. La retratará y la examinará minuciosamente. Redacte luego un informe con sus conclusiones, del que hará una sola copia, la cual me entregará personalmente. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Alexander pareció anonadado.

–¿Significa eso que no puedo publicar...?

–Por ahora, no. Quizás el mes que viene, o dentro de un año... o de un lustro. ¿Está claro?

Alexander inclinó la cabeza.

–Por lo que respecta a su hipótesis, comandante parece tener cierta consistencia, de acuerdo con los hechos de que disponemos, pero también puede esbozarse la suposición de que el **ONI** pertenezca a una civilización antigua, no descubierta hasta ahora por encontrarse localizada en lo más profundo de la selva amazónica. Contamos ya con una larga lista de conjeturas similares y, si no le importa, conservaré la suya en el archivo, para utilizarla como último recurso. Suscita interrogantes mucho más complicadas que las soluciones que ofrece. Una de ellas es la de cómo se las arregló una débil mariposa para llegar intacta al final del recorrido, cuando un pasajero de tipo humano, vertebrado y robusto acabó hecho trizas.

–Ahora me siento mejor –aseveró Alexander –. Por un momento, creí que le estaba tomando en serio.

–Estoy comprometido en un asunto muy serio, profesor. Y, tanto si le cree usted como si no... lo tomo todo muy en serio. Estaré aguardando ese informe.

Estrechó la mano a ambos hombres y se encaminó al Ala del Cuartel General, donde se apropió del despacho del coronel Frazier. Telefonó a su número favorito de Washington, D.C.

–Léame el historial de Bowden Karvel –pidió. Escuchó, mientras daba chupadas pensativamente al cigarro del profesor y, después de colgar el aparato permaneció largo rato envuelto por el humo del puro, con los pies colocados sobre la pulida superficie de la mesa de Frazier y sumido en profundas meditaciones. Cuando el

coronel intentó recuperar sus dominios, Haskins le despidió agitando el brazo con ademanes irritados.

Se estaba preguntando si el comandante Bowden Karvel pertenecería a la clase de personas que le interesaban.

Volvió a telefonar a Washington.

—Se trata de Karvel —dijo—. Quiero que se le llame otra vez al servicio activo y que me lo asignen. No importa el problema médico. Ya sé que el hombre ha perdido una pierna y que en estos instantes se encuentra hospitalizado, pero deseo tenerlo a mis órdenes. De inmediato. Que se extienda el mandato y es probable que, si surgen complicaciones o protestas, haya terminado con él antes de que revoquen la disposición.

Colgó.

Dudaba mucho de que Bowden Karvel estuviese alguna vez en condiciones de comunicarle algo que él deseara saber. El apetito del hombre por adquirir conocimientos generales sobre todas las cosas era demasiado codicioso, y sus intereses excesivamente versátiles.

Haskins no desdeñaba ninguna de ambas cualidades, pero tampoco las favorecía. La experiencia le había enseñado que, cuando se necesita información, un aficionado sobresaliente no deja de ser un mal sustituto para un profesional bien adiestrado y conocedor de su oficio.

Tampoco se le ocurría ninguna clase de trabajo para realizar el cual Karvel estuviese cualificado. La preocupación mas inmediata de Haskins estribaba en poner al comandante bajo mando militar, a fin de poderle ordenar que mantuviese la boca cerrada. Si un hombre de sus cualidades, con su graduación y su historial empezara a referir a la prensa informaciones sobre mariposas y ladrillos de tiempo, el revuelo que se armaría iba a ser tremendo. Obligarle a guardar silencio y dominar con firmeza los temibles desvaríos de su imaginación más o menos desbordada... esos serían los problemas principales que Haskins iba a tener que solucionar. Aunque no deja de resultar extraño —musitó el hombre para sí— el hecho de que su teoría sea la única sin una sola contradicción evidente."

\* \* \*

El profesor Zimmer era un matemático y estaba exponiendo a Gerald Haskins una serie de complicadas teorías numéricas. Bowden Karvel permanecía sentado en una silla de ruedas y escuchaba con aire ausente, mientras se preguntaba si Haskins entendería algo de lo que manifestaba el profesor. Porque Karvel no comprendía absolutamente nada.

Sobre el regazo del comandante había un montoncito de retratos del interior del **ONI**. Coronaba la pila de fotografías un primer plano de la parte central de un cuadro de instrumentos bastante extraño y asombrosamente sencillo.

—¿Y si todo se redujera a "positivo" y "negativo"? —inquirió Karvel de pronto.

La sonrisa del profesor se extendió sobre su regordete semblante en forma de arrugas concéntricas. Cogió la fotografía.

—Si fuera así —dijo —, resultaría razonable esperar que los símbolos que hay a ambos lados de la norma mostrasen las correspondientes similitudes. De hecho, serían idénticos. Considero tales símbolos como representaciones de una escala de valores cuyos cambios son regulares, pero no me atrevo a aventurar una suposición acerca de si han de leerse de izquierda a derecha o viceversa. Como quiera que carece totalmente de conocimientos relativos a la función de este aparato, ni siquiera estoy preparado para afirmar que los símbolos corresponden a valores numéricos.

Devolvió la fotografía a Karvel.

—En ese caso —preguntó el comandante —, ¿qué explicación le da al detalle de que el símbolo del centro sea el mayor, con los otros disminuyendo progresivamente de tamaño en ambas direcciones?

—Esa es la razón por la cual llamo "norma" al símbolo que ocupa el centro. Tal interpretación resulta lógica y evidente. Piense en el indicador de temperatura de un automóvil. Entre los dos extremos de calor y frío existe la marca destinada a registrar el grado de funcionamiento normal. Me inclino por la idea de que ese símbolo del centro tiene un objetivo semejante.

Karvel miró a Gerald Haskins. Había llegado a pensar en él como la personificación del Hombre Anónimo. En todos los sentidos, Haskins presentaba el término medio apropiado para convertirse en un ente casi invisible, en medio de una multitud. Todo era corrientísimo en él: la estatura, la complexión, el color de pelo, el traje... Hasta su edad podía tildarse de mediana, aunque las arrugas que circundaban sus ojos sugerían que acaso fuese más viejo de lo que aparentaba.

Sólo el omnipotente cigarro constituía una nota discordante. Haskins era un fumador empedernido y el puro distaba mucho de ser barato.

En el cerebro de Karvel tomó consistencia la opinión de que una mediocridad tan estable tenía que ser deliberada.

En aquel momento, Haskins le dirigió una advertencia, sacudiendo la cabeza con moderada energía. Era la seña que ejecutaba siempre que Karvel parecía a punto de teorizar en público. El comandante murmuró un "Gracias" y emprendió la retirada.

El teniente Ostrander echó a andar presuroso tras él y se hizo cargo de la silla de ruedas. Haskins los alcanzó al cabo de unos minutos y todos se encaminaron en silencio al centro del cobertizo, donde estaba el objeto no identificado.

–Supongo que va a redactar un informe –apuntó Karvel, refiriéndose al matemático.

Haskins asintió.

–¿Sobre qué puedo informar? Ni siquiera saben en qué consiste el problema.

–¿Lo sabe alguien? –preguntó Haskins –. ¿Cuál es su interpretación de esos símbolos?

–Creo que se trata de un calendario.

Haskins dio media vuelta súbita y la silla de ruedas le propinó un golpe agudo en la tibia. Se dobló sobre sí mismo y empezó a frotarse la pierna vigorosamente, pero en la mirada que dirigió a Karvel había más sorpresa que expresión dolorida.

–¿Un calendario?

–Me parece que tres de esos instrumentos funcionan conjuntamente y que su misión estriba en seleccionar el punto de destino del **ONI**. Cuando preguntó lo de "positivo" y "negativo" pensaba en movimientos de avance y retroceso del tiempo.

Haskins dio por finalizada su tarea de frotarse la espinilla y se enderezó, con una sonrisa en el rostro.

–No puede negarse que es usted tenaz. Sin embargo, tiene que reconocer que la objeción del profesor posee su validez. Si los mandos sirvieran para medir el tiempo, los símbolos que hay ambos lados de la norma presentarían similitudes. Cinco siglos hacia el futuro, cinco siglos hacia el pretérito. Esa clase de cosas.

–Bagatelas. Si el signo central representase el año 2.500 –y conste que no lo afirmo ni lo niego de modo categórico, me limito a exponer esa posibilidad –, las

cifras hacia adelante serían seis, siete y ocho, mientras que, hacia atrás, la cuenta sería cuatro, tres y dos, ¿Dónde se encuentra la similitud?

–Eventualmente...

–Eventualmente, nada. Nuestro sistema numérico parte de sus componentes más simples, de forma que tenemos una pauta de repetición organizada a base de decenas. El sistema numérico del **ONI** emplea un signo individual para cada cifra, sin repeticiones de ceros. Al margen de ello, me atrevo a decir que sería un sistema difícil de aprender, pero no creo que constituyese problema alguno para las gentes que han construido el **ONI** , por la sencilla razón de que son mucho más inteligentes e instruidos que nosotros.

Haskins le sonrió.

–Hoy se encuentra en forma, comandante. Acompañeme a la reunión que he convocado y sacúdale al oficial de seguridad.

Karvel agitó la mano y Ostrander, obediente, dirigió la silla de ruedas hacia el despacho que se había creado en el fondo del cobertizo, mediante la elevación de unos tabiques.

Iba a ser una tertulia castrense, con la única salvedad de Haskins, y el coronel Stubbins aguardaba impaciente en el umbral. A media voz, Karvel dijo a Ostrander:

–Vaya a fumarse un cigarrillo, Phinney. Si en el subconsciente de los mandamases empieza a germinar la sospecha que tiene usted algo que ver conmigo, su carrera militar se marchitará.

Haskins emitió una risita y apoyó la diestra en el respaldo de la silla de ruedas.

–Adelante, teniente. Me encargaré del comandante Karvel. De todas formas, no querrán permitirle la entrada y como usted forma parte de mi bando, me veré obligado a insistir para vencer su resistencia. La verdad es que se trata de una reunión rutinaria, carece de importancia y prefiero ahorrar municiones.

Haskins empujó la silla a través del hueco de la entrada y el coronel Stubbins les siguió, cerrando de un portazo a continuación.

Ni uno solo de los seis oficiales presentes en el despacho concedió atención alguna a Karvel, que, por su parte, prestó muy poco interés a la asamblea. El oficial de seguridad, un tal capitán Meyers, presentó un informe inacabable, repleto de estadísticas sobre turnos de guardia, verificaciones, tarjetas de identidad y nombres a los que las mismas pertenecían. Luego expuso un nuevo plan de vigilancia, que estaba preparando para sustituir a otro que, al parecer, había sido objeto de severas críticas.

Entretanto, la imaginación de Karvel voló de nuevo al cuadro de instrumentos del objeto no identificado y, varios minutos después, se sorprendió lo suyo al oír que pronunciaban su nombre.

–Parece que hemos extraviado al comandante Karvel –dijo el coronel Stubbins en tono seco –. Lamento interrumpir sus indudablemente valiosas meditaciones, comandante, pero estoy pulsando la opinión de todos los presentes, a ver si alguien tiene algún comentario que hacer.

–Todo eso me parece muy bien, señor –repuso Karvel, pasando por alto el desbordamiento de risas disimuladas que recorrió la estancia –. Apruebo por completo la serie de elaboradas precauciones de seguridad, aunque no estoy de acuerdo en lo que concierne al motivo que las produce. Si los rusos hubiesen deseado arrojarnos el **ONI** , como algunos de ustedes parecen creer, no comprendo por qué iban a perder ahora su tiempo y poner en peligro la vida de sus agentes para invadir este recinto. Acerca del aparatito, saben tanto como nosotros. Estoy convencido de que los rusos no lo enviaron y que, a cambio de una buena descripción del mismo, estarían dispuestos a ofrecernos una hipoteca sobre el Kremlin. Por una fotografía del **ONI** , opino que tal vez nos entregasen la Tumba de Lenín y el muro berlinés. Sostengo el mismo criterio que el capitán Meyers. A dos de ustedes les he oído charlar en privado y decir que las medidas de seguridad son tan excesivas que lindan con la frontera de lo ridículo, pero así es como deben ser. Las precauciones siempre son saludables y vale más pecar por exceso que por defecto.

–Gracias, comandante –dijo el coronel Stubbins –. Todos nos sentimos más a gusto al saber que usted concede su aprobación. El siguiente...

–No he terminado, señor. No voy a afirmar que el asunto me preocupe, puesto que opino que ya da lo mismo, pero hay ciertas contradicciones intrigantes en las medidas de seguridad.

–Hizo una pausa, para asegurarse de que la atención de todos se centraba en él. Haskins había fruncido el ceño y meneaba la cabeza, pero Karvel no le hizo caso –. Si los rusos *enviaron* el dichoso **ONI** , su interés se proyectaría en el valle situado debajo de la cantina de Whistler más que en este cobertizo. Querrán saber el punto exacto donde cayó el objeto no identificado...

–Es un poco difícil mantener vigilada toda la campiña, comandante –manifestó el capitán Meyers, con un deje de impertinencia en la voz.

–... El lugar exacto y quizás la hora en punto. Naturalmente, es demasiado tarde para preocuparse ahora por ello, puesto que los supuestos agentes debieron encontrarse por las proximidades cuando el **ONI** llegó y, en cuanto lograron la información que deseaban, pusieron pies en polvorosa. Pero acaso fuera



interesante averiguar qué agentes podían ser. A tal efecto, me permito señalarle que el personal de un programa de televisión visitaba la base, con propósitos presuntamente honorables, y que el sábado por la tarde había tres actrices en el establecimiento de Whistler. Resulta extraño que se presentasen precisamente ese día, ¿no creen? Recuerdo que una de esas actrices preguntó qué distancia separaba la base de la taberna. Una pregunta que, considerada retrospectivamente, parece peculiar. Tal vez merezca también la pena investigar un poco el pasado del nuevo camarero de Whistler. Surgió un desconocido en la taberna, preguntando qué camino debía seguir para llegar a la Autopista 41; y buscar la Autopista 41 por la carretera que lleva a la casa de Whistler es como pretender encontrar la Luna en una mina de carbón. Eso le hace a uno preguntarse qué deseaba en realidad... y, naturalmente, a dónde fue cuando salió de la taberna de Whistler. Y otra interrogante que brota en el cerebro de uno es la de cuántos forasteros más se las arreglaron para perderse por el valle aquella tarde. Como he dicho, nada de eso me quita el sueño. Si los rusos no enviaron el **ONI**, lo que descubran o hayan descubierto en el valle no les habrá servido de nada; lo único que habrá hecho será aumentar sus ansias de meterse aquí. Pero si lo mandaron...

Cinco minutos después. Karvel se las ingenió para salir de la estancia sin que nadie reparase en su marcha, a pesar de que Haskins se levantó para ayudarlo a franquear la puerta y de que la silla de ruedas no contribuía precisamente a que su ocupante pasara inadvertido al ir de un lado para otro. El conato inicial de discusión se había consumido y el coronel Stubbins se dedicaba a despellejar a conciencia al capitán Meyers, frase a frase, mientras los demás se manifestaban todo lo inquietos y nerviosos que la situación merecía.

—La idea fue suya —se defendió Karvel, cuando Haskins y él estuvieron a salvo.

—Estaba a punto de darle las gracias —repuso Haskins—. Si ahora se concentran en la detectivesca labor de averiguar quién estuvo por allí el sábado pasado y nos dejan en paz, es posible que podamos hacer algo útil.

—No me parece que sus centinelas sean mejores que los pertenecientes a la milicia.

—Entorpecen el movimiento de entrada y salida, pero no le molestan a uno mientras permanece en el interior. ¿No le apetecería tomar una cena temprana?

—No. Le diré a Ostrander que me lleve algo luego. ¿Aún no encontró cables?

—¿En el **ONI**? No, ni cables ni alambres. Todas las cápsulas de instrumentos constituyen unidades herméticas e independientes. Seguimos tratando de imaginar algún medio para abrirlas sin causar daños.

—¿Sabe algo respecto al combustible?

–Trabajamos en ello.

Llegaron al primer puesto de guardia en la puerta del cobertizo, y dos hombres vestidos de paisano les cachearon rutinaria, pero meticulosamente. No volvieron a darles el alto hasta que se presentaron en el portillo de la elevada cerca de alambre espinoso tendida alrededor del cobertizo. Franquear aquello les hizo consumir mucho más tiempo.

Ostrander se reunió con ellos y ayudó a Karvel a subir al coche.

–Dejaremos al señor Haskins en el Círculo de Oficiales –le dijo Karvel –. Luego me gustaría regresar a la residencia de oficiales solteros.

Ostrander plegó la silla de ruedas, la colocó en el maletero del automóvil y, por último, tomó asiento frente al volante, con aire alegre. A Karvel no dejaba de extrañarle el modo eficiente y bien dispuesto con que Ostrander había asumido el papel de enfermero particular. En el curso de alguna encarnación previa. el muchacho debió cumplir las funciones de ayuda de cámara de algún millonario. Sin duda estuvo perfectamente adiestrado para el desempeño de aquel oficio y no había perdido facultades. Cuando Haskins sugirió que a Karvel tenía que asignársele un asistente y propuso el nombre de Ostrander, el comandante pensó que lo hacía para contar con su ayuda en el proyecto del **ONI** Pero resultó que Haskins sólo pretendía que el muchacho le auxiliase cuando fuese menester bajar o subir escaleras.

Veinte minutos después, Karvel se encontraba acomodado en su silla de ruedas, dentro de la pequeña habitación que ocupaba provisionalmente en la residencia de oficiales solteros.

–¿A qué hora desea la cena? –preguntó Ostrander.

–A ninguna. Me la voy a saltar.

–¿Quiere beber algo? El alférez **diaspar** ha conseguido un ron de Jamaica estupendo.

–No quiero nada, gracias. Hasta mañana.

Ostrander se retiró, obediente, y Karvel se sumergió en un silencio sombrío y meditabundo. A lo largo de toda una existencia de continuos desengaños, nunca se había sentido tan malogrado como en aquel momento. Estaba harto de que le arrastraran de un lado para otro en una silla de ruedas y se sentía furioso con el coronel Vukin, por haberle prohibido usar muletas. Se encontraba mentalmente exhausto de tanto exponer ideas, que el cavernoso cerebro de Haskins engullía sin meditarías lo más mínimo, y más ideas con las que contrarrestar las objeciones que le presentaban a las que había formulado anteriormente.

Experimentaba un acusado resentimiento hacia Haskins y no cesaba de preguntarse, extrañadísimo, por qué deseó su colaboración aquel agente del servicio de inteligencia... –puesto que Haskins era agente del servicio de inteligencia. A Karvel le agobiaba la apremiante urgencia de enganchar el remolque a su automóvil y marcharse de allí, prescindiendo bonitamente del hecho de que le hubiesen reincorporado a la milicia.

Cualquier punto de destino le resultaría adecuado, con tal de que se hallase a una distancia satisfactoriamente remota del maldito e inerte **ONI** del cobertizo siete.

Acabó por quedarse dormido.

Se despertó de súbito y le sorprendió encontrarse en la silla de ruedas. La movió unos palmos, se irguió, apoyándose en la pierna artificial, y giró sobre sí mismo para dejarse caer encima

de la cama. Mientras sus manos forcejeaban con los botones de la camisa, notó que la cabeza le daba vueltas.

¿Dónde estaría Haskins? El "hombre anónimo" había adoptado la costumbre de dejarse ver todas las noches en el cuarto de Karvel para echar una parrafada tranquila con el comandante. ¿Acaso entró y, al verle dormido, volvió a marcharse sin despertarle?

Pasaban diez minutos de la media noche, la residencia dormía, envuelta en un estado de silencio anormal. Karvel maniobró hasta colocarse de nuevo en la silla de ruedas y se dirigió a la puerta, mientras maldecía una vez más al coronel Vukin por su prohibición relativa a las muletas.

Nada más abrir la hoja de madera oyó ruidos tranquilizadores: la tenue vibración de unos ronquidos procedentes del cuarto situado al otro lado del pasillo, el apagado rumor de unas risas que flotaban sobre la escalera, trasladándose desde la planta baja. Hizo rodar la silla por el corredor, hacia la habitación contigua a la suya. Perteneecía a Ostrander y llamó suavemente. Aguardé un momento, repitió la llamada y luego abrió la puerta.

Ostrander brillaba por su ausencia. El lecho aparecía intacto.

Karvel se acercó al cuarto de Haskins. Su ocupante tampoco se encontraba en él y los ceniceros vacíos de colillas eran prueba incontrovertible de que el "hombre anónimo" no había estado en la habitación desde por la mañana.

Karvel cerró la puerta en silencio y regresó a su aposento. Cogió la guerrera de encima de la cama, se la puso como Dios le dio a entender e impulsé la silla hacia la escalera principal. Estaba contemplando los primeros peldaños con expresión

mustia, cuando un teniente trasnochador emergió por los escalones y se precipitó en su ayuda.

–¿Va a algún sitio, comandante? ¿Quiere que le eche una mano?

–Gracias –aceptó Karvel –. Si fuera tan amable de bajar silla y luego ayudarme... No es tan sencillo...

Dio un respingo cuando el teniente le pasó un brazo alrededor del cuerpo. Ostrander se las arreglaba para hacerlo con más habilidad y sin producirle ninguna clase de dolor.

–Gracias –repitió, una vez en la planta baja –. Ya está bien.

–Lo dudo, señor. Si va usted muy lejos...

–Al cobertizo siete.

–No puede, señor. Queda fuera de los límites permitidos.

–Para mí, no.

–Entonces será mejor que le lleve.

Hizo caso omiso de las protestas de Karvel y empujó la silla de ruedas, avanzando a paso vivo. Mientras traqueteaba por el desierto paseó sumido en densas sombras, Karvel se dijo que lo que estaba haciendo era una solemne tontería. No deseaba ir al cobertizo siete. Quería volver a su remolque, emborracharse a modo, dormir la pítima y despertarse con una resaca tal que le fuese imposible acordarse de que en el mundo existiera aquel condenado **ONI** ¿Estarían trabajando a aquellas horas los funcionarios de Haskins? Lo ignoraba. Era probable que el objeto no identificado permaneciese bajo siete llaves durante la noche.

–Teniente... –articuló.

–¿Demasiado rápido? El piso es un poco irregular por aquí.

La silla continuó adelante, llegó al bien iluminado complejo de avenidas que convergían en el Ala del cuartel General y torció rumbo a la zona del cobertizo. Era una noche sin luna, pero bastante clara y con el cielo cuajado de estrellas que parecían competir en su rutilar etéreo. No había aeroplanos en el aire. Las luces rojas de tráfico cerrado brillaban en lo alto de la torre de control y moteaban el invisible horizonte, pero las de la pista y las azules de la carretera relucían a media intensidad.

Se acercaron al portillo, donde dos solitarios centinelas montaban guardia en sus garitas. Y entonces, bruscamente, la sirena empezó a ulular. Karvel miró al teniente, vio que los labios del hombre formaban las palabras: "Alerta de instrucción", y asintió. Levantó la manga de la camisa para consultar la aguja del segundero de su reloj de pulsera.

El estruendo de la alarma aérea se mezcló con el moribundo gemir de la sirena. Se encendieron las luces del aeropuerto y el rugido de los reactores fue aumentando de volumen hasta alcanzar un primer plano estruendoso, cuando los aparatos se aproximaron por la pista. Unos cuantos espectadores corrieron hacia la valla para presenciar la maniobra. Despegó el primer aeroplano y Karvel inclinó la cabeza con satisfacción.

—Un minuto y cincuenta y dos segundos —gritó al teniente.

Contemplaron la operación hasta que el cuarto aparato se remontó en la noche y un silencio opaco se abatió sobre el campo.

—¿Listo para reanudar la marcha? —preguntó el teniente.

Karvel dijo que sí con la cabeza; pero entonces, cuando una carcajada familiar resonó, como radiante campanilla de alegría repicando en la oscuridad, cambió de idea y exclamó:

—¡Aguarde!

Con los ojos entornados, escudriñó la hilera de figuras ensombrecidas que se hallaban de pie junto a la cerca. Una de aquellas personas se percató al mismo tiempo de su presencia y dio un salto hacia adelante.

—¡Comandante Karvel! —llamó Ostrander—. ¿Qué ocurre?

—No lo se —repuso Karvel—. ¿Es que espera que ocurra algo?

—Tomaré el mando, Steve —dijo Ostrander—. Muchas gracias.

Karvel añadió su propio agradecimiento y comunicó al voluntario que era muy dueño de irse a dormir. Los demás curiosos se habían congregado a su alrededor y la señorita Sylvester manifestó en tono maravillado:

—¡Pero si es el comandante Karvel! No sabe cuánto lamenté enterarme de que había sufrido un accidente. Fue el tornado, ¿verdad? Debimos de marcharnos justo a tiempo.

—Exacto —convino Karvel gravemente—. Pero no fue ningún accidente. —El tornado lo hizo adrede.

La risa de la joven volvió a animar la noche.

–Habla con un acento interesantísimo, comandante. Jamás había oído a nadie expresarse así. ¿De dónde es usted?

–Ese es otro de los inconvenientes de la raza humana –declaró Karvel cansinamente –. Nadie sabe a dónde va, así que convertimos en una ciencia la determinación de nuestro origen. No procedo de ninguna parte y tengo un certificado de nacimiento que lo demuestra.

–No hagáis demasiado caso de lo que diga el comandante Karvel –advirtió una voz.

–Ya lo sé –dijo la señorita Sylvester –. No aprueba el que haya dos sexos. Me gustaría saber qué intenciones tiene, qué pretende hacer al respecto.

–Esta noche, nada –repuso Karvel. Dio un toquecito a Ostrander –. Vayamos al cobertizo siete.

–Muy bien –acató Ostrander, sin entusiasmo –. Buenas noches, camaradas. Hasta luego... si es posible.

Se alejaron, y Karvel rezongó:

–¿Qué se le ha perdido por aquí a esa chica?

–Hace lo mismo que todos nosotros. Observa el zafarrancho.

–Lo que quiero decir es: ¿Por qué continúa en la base?

–Están rodando un programa de televisión. Una de las "Muchachas descarriadas" ha ingresado en las Fuerzas Aéreas.

–Varias lo hicieron ya. ¿Ha verificado sus documentos el Servicio de Seguridad?

–¡Vaya! –exclamó Ostrander –. ¿Ese es el motivo por el cual Haskins estuvo hablando con ella esta noche?

–No me sorprendería ni tanto así.

Pasaron por delante de los centinelas del portillo y rodaron por el camino de cemento que llevaba a los cobertizos. Ante el número siete, recorrieron toda la escala de identificaciones y registros, hasta que, finalmente, se les permitió entrar en la construcción, que se encontraba sumida en la oscuridad. Uno de los guardas de paisano les acompañó cortésmente y encendió las luces.

–¿Buscan a alguien? –preguntó –. Todos salieron a ver el despegue de los aviones.

–¿Todos?

–Los científicos esos. De todas formas, no creo que hiciesen gran cosa. Se limitaban a estar sentados y a discutir de fútbol.

–Me da en la nariz –dijo Karvel, mientras avanzaba hacia el centro del cobertizo – que nuestros estimados científicos tienen encima un desconcierto tremendo.

–¿Y usted no? –preguntó Ostrander.

–Yo no estoy desconcertado, pero sí defraudado.

–Haskins diría que viene a ser lo mismo.

–El **ONI** ya constituye suficiente problema. No voy a tratar de comprender a Haskins.

–¿Qué supone que es?

–Sospecho que pertenece a la C. A. Conoce todas las personas adecuadas y, cuando quiere algo, nadie le pide explicaciones.

Karvel hizo una seña y Ostrander detuvo la silla junto a un archivo. El comandante cogió la carpeta en la que se guardaban las fotografías del cuadro de instrumentos. Puso a un lado las ampliaciones de los instrumentos individuales y se dispuso a estudiar una vista del panel completo. Una vista general de los mandos del **ONI**

Parecía sencillo y, sin embargo, resultaba profundamente incomprensible. Los signos trazados allí –un pequeño laberinto anguloso, serpentinas irregulares, una red asimétrica, donde se entrecruzaban las líneas rectas y las curvas –, ¿indicaban siglos, kilómetros o años luz? ¿O algún extraño concepto de velocidad, tal como siglos por minuto?

La palanquita redondeada estaba dispuesta de forma que podía deslizarse en arco de un símbolo a otro, sobre la giba del número entero –si es que era un número –que ocupaba la posición central. Ningún signo se repetía y los símbolos de los instrumentos inferiores tenían, si ello era posible, un dibujo más complicado todavía.

–¿Existe la posibilidad de que haya un sistema numérico en el que las cifras más pequeñas sean las más complejas?–preguntó Karvel.

–¿Cómo dice, señor?

–No me haga caso. Pensaba en voz alta... ¿Qué ocurre?

–Francamente, señor. Preferiría estar allá arriba.

–Ya le dije ayer que puede renunciar a este destino en el momento que le plazca. No necesito un piloto, ni siquiera un oficial para que empuje mi silla de ruedas. ¿Qué le parece? ¿Le digo a Haskins que me busque un soldado?

–Me sentiría como si le hubiese abandonado, señor.

–No tiene por qué sentir tal cosa. En menos de cinco minutos puedo adiestrar a cualquier hombre para que realice a la perfección esta tarea. Me encargaré de ello por la mañana. Veamos ahora si puedo eliminar un poco de mi frustración, antes de que amanezca. ¿Ha explicado alguien para qué sirve este agujerito que se ve en la parte superior del cuadro de instrumentos?

–Creen que se ha perdido la pieza correspondiente a ese orificio. Su tamaño es el mismo que el de los agujeros de las cápsulas más pequeñas, pero ninguna de ellas encaja.

–Claro que no, puesto que todas tienen su propia clave y sólo se ajustan en el hueco que las corresponde. Resulta interesante, aunque tal vez no sea crítico. Usted y yo sabemos que hay cierto número de instrumentos en el cuadro de un F-102, sin los cuales el aparato podría pasarse muy bien, aunque no sea conveniente volar desprovisto de ellos.

–El **ONI** volaba de maravilla... si puede llamarse volar a lo que hizo.

–No creo que podamos tildar de maravilloso a su vuelo –replicó Karvel –. Mató al piloto. Pero no importa. No vamos a averiguar cómo funciona lo que nos falta, hasta que hayamos adelantado un poco con lo que tenemos. ¿Dónde están las cápsulas?

–Quizás las volvieron a poner en su sitio.

Ostrander cogió una linterna de encima de un banco de trabajo y se llegó al objeto no identificado. La escotilla se abrió suave y silenciosamente cuando la mano se apoyaba en el picaporte y lo accionaba con movimiento circular. Se cerraba de nuevo, automáticamente, al soltar el picaporte. Ostrander abrió la escotilla e introdujo por el hueco el haz luminoso de la linterna.

–Sí –confirmó –. Las han vuelto a poner en su sitio.

–¿Trataron de manipular con esos aparatos?

–Desde luego. Dedicaron varias horas a eso. No me extrañaría que los hubiesen estropeado



Karvel impulsó su silla hacia el **ONI** y se incorporó, balanceándose desmañadamente sobre la pierna ortopédica.

–Me gustaría poder entrar ahí –dijo.

–Si me explica lo que quiera que haga, lo haré.

–Tire de tres de esas cápsulas: de la mayor, que es la que está en el centro, y de las que se encuentran a ambos lados de ella. Tal como me figuro el asunto, *tienen* que ser selectores de dirección. Quiero saber si pueden ocupar posiciones opuestas a las que ocupaban cuando llegaron.

Ostrander pasó por el hueco de la escotilla. Tomó asiento en la metálica prominencia circular que había delante del cuadro de instrumentos y se inclinó hacia adelante, contra la curvada pared. Era una postura encogida y las rodillas oscurecían buena parte del salpicadero.

–Este cacharro lo diseñaron para enanos –se quejó.

Karvel se asomó por la escotilla y dirigió hacia el interior del **ONI** el rayo de luz de la linterna.

–Interesante. Nadie me comunicó este detalle.

–Debieron observarlo. Si alguien intentó sentarse aquí, no pudo por menos de notarlo. Déjeme echar un vistazo a la fotografía.

–Saque las cápsulas de los orificios –pidió Karvel.

–Memeces. ¿Qué demostraría eso? Si no están en su sitio, ¿qué importancia pueden tener?

Karvel le tendió la fotografía.

–No las fuerce.

–Apenas ofrecen resistencia. Ya está. Colocadas exactamente en el punto contrario al que tenían al principio, de acuerdo con el retrato. Las tres.

–Que extraño... Me refiero a lo del asiento. El difunto pasajero no era ningún enanito. Según dijo Haskins, medía cerca de dos metros y medio de estatura.

–Debió de encontrarse aquí terriblemente incómodo.

–Tal vez ese bulto no es un asiento.

–Seguro que lo es. No hay más que verlo. Tiene la *forma* apropiada. Aunque, ciertamente, no se ajusta a mis posaderas. Páseme la linterna.

Karvel le cambió la linterna por la fotografía y se dejó caer en la silla de ruedas. Al cabo de un momento, la escotilla volvió a abrirse y Ostrander parloteó con voz excitada:

–¡Encontró el interruptor de la luz!

–¿Cuál es?

–Un mecanismo que hay a la derecha, el que está en el fondo, el último. Ilumina todo el interior. La proyección metálica del techo difunde un resplandor blanco. ¿Quiere comprobarlo?

–Ya lo veo desde aquí. Apague y salga.

–A la orden.

–Será mejor que no toque nada más. He averiguado cuanto quería saber, lo que no es mucho, pero por lo menos me siento satisfecho; he perdido parte de mi frustración anterior. Ya podemos irnos a la cama.

–Muy bien.

La cabeza de Ostrander cayó hacia atrás y la escotilla se cerró, dejando al teniente dentro de la esfera. De súbito, con un tremendo *suiiissh*, el **ONI** desapareció como por arte de magia. Los papeles que había sobre un banco de trabajo fueron absorbidos por la fuerza de la repentina vorágine y empezaron a girar por el cobertizo, después planearon en espiral y concluyeron por caer en el piso, quedando inmóviles.

Los alterados científicos se acercaron a todo correr, mientras formulaban preguntas y discutían a gritos. Posteriormente, llegó Haskins, acompañado del coronel Stubbins, cuyo estado de ánimo era lo que se dice furibundo.

A través de todo aquel alboroto, Karvel permaneció sentado en la silla de ruedas, con la arrugada fotografía en el regazo y sin pronunciar palabra.

\* \* \*

## 5

Otro sábado del mes de noviembre. Karvel llevaba varias horas tendido en la cama, despierto, con la vista fija en el techo del remolque, cuando sonó la llamada a

la puerta. El rostro de Phineas Ostrander, bien parecido, juvenil y aureolado por un círculo luminoso, se le aparecía suspendido en el aire, inmediatamente debajo del oscuro panel. Decoraba aquel semblante una sucesión abigarrada de colores, fruncidos de entrecejo, sonrisas, gestos, muecas burlonas... y la imagen era tan real, se manifestaba tan atterradoramente *viva*.

Se repitió la llamada. Con movimientos que rezumaban fatiga, Karvel cogió las muletas, sacadas de matute del hospital de la base, y se dirigió a la puerta. Le dolía el costado cuando utilizaba aquellas muletas, pero aquello no era nada en comparación con lo que sentía en los músculos cuando trataba de ir de un lado para otro sin ellas.

Abrió la puerta. En tono de voz natural, Gerald Haskins dijo:

–Tiene un aspecto horrible.

Y pasó junto al comandante, adentrándose por el remolque. Le siguió Bert Whistler. El tabernero comentó que la mala cara de Karvel podía curarse fácilmente con un poco de líquido balsámico.

–¿Viene a entregarme la citación para que me presente ante el consejo de guerra? –preguntó Karvel a Haskins.

–No diga sandeces. Stubbins jamás se atrevería a intentarlo. Cinco hombres le oyeron a usted recomendar a Ostrander que no tocara nada. De cualquier modo, Stubbins no tiene autoridad sobre usted. Sus servicios se me asignaron especialmente y se encuentran bajo mis órdenes.

–Fui yo quien envió a Ostrander al interior del **ONI**

–¿De veras? La misión de ustedes dos consistía en trabajar con el objeto no identificado. Formaban parte del grupo encargado de investigar el asunto. Siéntese. ¿Cuánto hace que no prueba bocado?

–No me acuerdo.

–Prepárele un poco de desayuno. Whistler

El tabernero revisó los armarios y echó un vistazo dentro del refrigerador.

–No hay nada que pueda prepararse. Sólo un tarro de café. Iré en busca de víveres.

–Hágalo –dijo Haskins –. Traiga comida suficiente para tres.

Whistler puso en marcha el automóvil y los neumáticos chirriaron sobre la grava suelta.

–Un muchacho estupendo –observó Haskins –. Si fuera posible, le regalaría a usted sus dos piernas.

–Lo sé.

–Pero conduce como un lunático. ¿Quiere un cigarro? ¿Qué ha estado haciendo?

–Escarar montañas.

–¿Escarar... ? Ah, ese cura

–Capitán Morris. Pasó conmigo toda la velada de ayer. Mi cordillera le fascina.

Haskins asintió distraído.

–Lamento que me fuera imposible venir antes a charlar con usted. Quiero preguntarle una cosa. *En realidad*, ¿qué trataba de hacer Ostrander?

–Ignoro lo que Ostrander trataba de hacer. Había tropezado con el interruptor de la luz

–Nosotros también. Probamos todos los instrumentos, pero uno por uno y con los demás fuera de su sitio. El interruptor de la luz fue el único que produjo el correspondiente resultado. Al parecer, era el único mecanismo independiente. Hubiéramos alcanzado el mismo objetivo que Ostrander de un modo gradual, lo que significa que nos habría hecho falta cierto espacio de tiempo.

–Así que la muerte de Ostrander ni siquiera sirvió para eso.

–Tonterías. Tengo la absoluta certeza de que, si no hubiera sido Ostrander, le habría tocado la china a uno de los científicos. Lo que pasa es que el **ONI** era demasiado para nosotros. Casi sabemos lo mismo ahora que cuando la emprendimos con él.

–¿Cree que existe alguna remota posibilidad de que Ostrander haya sobrevivido?

Haskins sacudió la cabeza.

–Usted no vio al otro pasajero. Ni la posibilidad más remotísima, pronosticaría yo.

–Lo que me hace sentirme peor es la idea de que estaba pensando realizar el viaje personalmente. Estoy seguro de que podía diseñarse algo para proteger al pasajero.

–¿Contra qué iba a proteger al pasajero? ¿Contra el tiempo? ¡Bueno, ya puede estrujarse el cerebro para crear un ingenio protector que le mantenga a uno al margen de los peligros del tiempo!

–No se trata del tiempo, sino de la presión. La presión a que se verá sometido un ser humano cuando franquee la barrera del tiempo. Pero no importa. Es inútil tratar de eso ahora.

–¿Qué clase de aparato tiene en la cabeza?

–Algo en la línea del equipo de inmersión submarina a bajas profundidades.

–Si –musitó Haskins –. Una cosa así podría resultar. El pasajero quedó estrujado, lo que desde luego presupone que se vio sometido a una presión puramente física. Deje constancia de esa posibilidad en un informe. Desde que vieron desvanecerse el **ONI** en el aire, se toman muy en serio su hipótesis, comandante. Los científicos la tienen muy en cuenta. ¿Le molesta el humo? Bien, abriré una ventana. Hemos logrado un beneficio significativo. Disponemos de un combustible nuclear práctico. Se trata de un sencillo líquido alotrópico de uranio, que podremos producir en cantidad tan pronto descubramos algo en cuya utilización resulte provechoso, es decir, cuando surja algo en lo que sea posible emplearlo. Pero sólo ha respondido parcialmente a mi pregunta. ¿Qué pretendía hacer?

–No estoy muy seguro. Pensé que si tres de aquellos instrumentos en forma de cápsula servían para seleccionar el destino del **ONI** en el tiempo, al colocarlos en posición contraria a la que tenían al llegar, acaso el objeto no identificado regresara a su punto de procedencia. Cabe la posibilidad de que los responsables del envío ignoren el destrozo que originó. Devolverles la esfera constituiría un modo de llamar su atención, para que se dieran cuenta del daño que hacían.

–¿Dónde estaban las tres cápsulas cuando Ostrander accionó el interruptor?

–Ostrander las había puesto donde yo deseaba, y si las hubiera dejado allí... ¿Había suficiente carburante en el **ONI** para permitirle volver a su punto de origen?

Haskins asintió.

–El depósito de combustible conservaba tres cuartas partes de su capacidad cuando llegó y sólo sacamos de él una pequeña muestra para analizarla. Aquí viene Whistler. Ustedes dos partirán hoy de vacaciones. Unas vacaciones algo prolongadas. Volveremos a examinar todo el asunto cuando estén de regreso.

–No me venga con pamemas. Gracias a usted, estoy en las Fuerzas Aéreas. Tengo que ir a donde me destinen mis jefes. Y Whistler está esclavizado por su caja registradora.

–Usted se encuentra a mis órdenes y yo le ordeno que se tome unas vacaciones. Vaya a cazar mariposas o algo así. Tómese un mes. O dos, si quiere. Su incapacidad física durará todo ese tiempo por lo menos. Whistler conducirá el automóvil y hará los –recados que le mande.

–¿Y quién va a cuidar de la taberna? –se dirigió Karvel a Whistler, que ya estaba dentro del remolque.

–¿Para qué cree que he contratado a un mozo nuevo? El establecimiento no necesita cuidados especiales –respondió

Whistler alegremente –. Mi mujer se va a visitar a sus hermanas siempre que le da por ahí, pero yo llevo varios años sin disfrutar de ninguna clase de auténticas vacaciones.

–Eso explica su repugnante buena disposición –dijo Karvel –. De acuerdo, nos iremos juntos. Pero no a cazar mariposas. Si alguna vez se posara en mi halda un lepidóptero con una sola ala, me limitaría a espantarla.

Partieron aquella tarde. Karvel trazó un rumbo imaginario, tomando por brújula el semblante sonriente de Ostrander, y eligió una ruta que, según su parecer, le llevaría en dirección opuesta. La técnica que Whistler empleaba al volante del vehículo era una mezcla de fogosidad e insolencia que ponía los pelos de punta y el promedio de marcha hubiera resultado excelente, de no ser porque el hombre insistió en hacer una visita profesional a todos los bares que encontraba en su camino. Pasaron más tiempo ante los mostradores que dentro de vehículo y en el curso de la primera parte de viaje, Karvel efectuó un sorprendente descubrimiento: Whistler nunca bebía nada que tuviese más graduación alcohólica que la cerveza y aun de ésta consumía muy poco.

–Mis interioridades me inspiran un profundo respeto –explicó.

–Me gustaría tener una parte de ese respeto hacia las mías –repuso Karvel –. ¿Cuánto whisky matarratas me ha servido en los últimos seis meses?

–¿Por qué iba a servirle whisky bueno? Los individuos que beben como usted tienen el paladar en el estómago.

Para cuando llegaron a Kansas City, *Karvel* estaba convencido de que el coronel Vukin tenía razón. Era precipitado usar muletas y, por otra parte, Whistler manejaba la silla de ruedas como si llevase un cargamento de nitroglicerina. Hizo toda una señora demostración de comodidad, maniobrando en torno a los baches, poniendo el máximo cuidado al bajar los bordillos de las aceras y deteniéndose en todas las esquinas. *Karvel* hubiese preferido más rapidez con la silla y menos velocidad con el automóvil, pero sufrió en silencio.

Otro imaginario vistazo a la brújula que Karvel parecía tener grabada en el cerebro y torcieron hacia el sur, rumbo a Oklahoma y Tejas; con el rostro de Ostrander tras ellos y la sierra montañosa personal de Karvel cubriendo todo el horizonte.

–Si no tiene intención de beber, ¿por qué derrochamos tanto tiempo en los bares? –inquirió Karvel, impaciente.

–Me gusta observar a los mozos y camareros en acción. Durante toda mi vida los he estado estudiando, por todos los sitios que he recorrido. Los buenos profesionales del ramo tienen su filosofía y no hay dos de ellos que trabajen igual.

–No es posible que existan tantos sistemas diferentes para servir una caña de cerveza.

–Está pensando en la mecánica del oficio y por eso habla así. La filosofía consiste en el modo de tratar al cliente. Mire a ese muchacho. Halaga a todo el mundo. Por mi parte, insulto a los parroquianos. La verdad es que el método carece de importancia, siempre y cuando sea auténtico. Hasta un cliente borracho se da cuenta de cuando le engañan un poco al emplear con él una filosofía fingida.

–Esto sí que es una sorpresa. Ni por asomo se me ocurrió jamás que usted tuviera algo de filósofo.

–En eso estriba mi perfección profesional –dijo Whistler.

En dirección Oeste, atravesaron Nuevo Méjico, penetraron en Arizona y, por último, alquilieron espacio en un campamento para remolques ubicado en Tucson. Durante una semana, Whistler visitó bares y tabernas, mientras Karvel se empapaba de sol y se preguntaba qué pudo haber hecho para que Ostrander no tocara una palanquita de más. Después, el aburrimiento se apoderó de los dos excursionistas, agobiándoles hasta el punto de que dejaron de insultarse el uno al otro. Y entonces, una noche, bastante tarde, llegó Gerald Haskins y llamó a la puerta del remolque. Tendió su maletín a Karvel con la misma naturalidad que si se hubiesen separado dos minutos antes.

–Sostenga la puerta –dijo.

Estuvo ausente unos minutos, para regresar con un proyector de películas y una pantalla.

–¡Estupendo! –exclamó Whistler –. Vamos a tener cine.

–Ha caído otro **ONI** –anunció Haskins.

–¿Con Ostrander? –se apresuró a preguntar *Karvel*, esperanzado.

Haskins denegó con la cabeza.

–Coloque la pantalla, ¿quiere, Bert?

–¿Ni rastro de Ostrander?

–He dicho *otro* **ONI** Arrasó una aldea del nordeste de Francia, lo que significa que pertenece a los franceses. Si nos hemos enterado del suceso, ha sido gracias a un golpe de suerte.

–¿Llevaba pasajero?

–Sí. Tan destrozado como el anterior. Los franceses están dispuestos a intercambiar información con nosotros. El coronel Stubbins se encuentra ya en Francia y le acompaña un grupo de mis colaboradores. Yo tenía un trabajo entre manos y estaba realizándolo en la Costa Occidental; me transmitieron allí los primeros informes. Se me ocurrió que, de paso que me trasladaba hacia el este, podía comunicarle la noticia y observar su reacción.

–¿Se va a Francia?

–Mañana. ¿Listo, Bert? ¿Dónde puedo enchufar esto?

Haskins ensartó la película, ajustó el objetivo y enseguida estuvieron contemplando el fondo de un valle y las ruinas del pueblecito que hubo allí. Los escombros se amontonaban en las calles, inundándolo todo, salvo el camino abierto por una excavadora mecánica. Se veían tres tiendas de campaña a lo lejos y las colinas del otro lado del valle, cuyos bosques aparecían rasgados por las vueltas y revueltas de la extensa espiral.

–¿Cuántas personas resultaron muertas? –inquirió Karvel

–Setenta y tres, según los cálculos. Todos los habitantes de la aldea. Como ve, el pueblo formaba una curva. En ese punto, la fuerza X era lo bastante amplia como para barrer la totalidad de las casas. El único superviviente fue el párroco que se encontraba ausente del lugar.

La cámara se acercó más. Vieron brigadas de trabajadores, que levantaban sillares, movían vigas y paleaban cascotes. Un joven sacerdote avanzaba con cuidado por entre las ruinas. Iba con las manos cogidas a la espalda y la cabeza agachada

Era una figura patética y solitaria, a la que no le había quedado alma alguna que atender, excepto la suya propia. El polvo apenas acababa de posarse sobre la aldea, pero ésta se hallaba tan exánime y difunta como Nínive, porque su población había perecido con ella.



–¿Cómo se llama ese villorrio? –interrogó Whistler.

–Saint Pierre de no sé qué. Un momento. Aquí lo tengo... Saint Pierre du Bois.

–Es la primera vez que oigo ese nombre.

–Es un poco menos conocido que París –repuso Haskins secamente.

–Dijo usted que está en el nordeste de Francia. Pasé por aquella zona. Durante la guerra, permanecí estacionado más de un año en la región. Y no recuerdo ningún Saint Pierre du Bois.

–No me extraña –dijo Karvel –. Sin duda era demasiado pequeño para tener taberna.

Haskins interrumpió la proyección.

–El resto es un primer plano del **ONI** –dijo. Enrolló la película en retroceso e inmovilizó la imagen en una vista general del valle –. Un labrador llamado Cras caminaba por la carretera que hay al norte del pueblo cuando la fuerza X le alcanzó. Antes de morir, el hombre hizo una declaración. Quiero que la lea.

Consistía en un solo párrafo. Cras se apresuraba, rumbo a su casa, para cenar. Aún había luz suficiente para ver la aldea con claridad, pero no miraba hacia allí directamente. Por el rabillo del ojo, vislumbró que el campanario de la iglesia se desplomaba. Un segundo antes, el pueblo había estado allí, pero cuando volvió la cabeza ya no quedaba en pie un solo edificio. Únicamente montones de escombros, cascotes que volaban por el aire y una nube de polvo que lo envolvía todo, que flotaba por todas partes. El labriego echó a correr y entonces le embistió algo... Eso era cuanto recordaba.

–¿Algún comentario? –preguntó Haskins.

Karvel meneó la cabeza.

–Sufrir el ataque de la fuerza es una cosa que usted experimentó. Compare el ejemplo del francés con el suyo y veamos cuántas conjeturas nuevas puede concebir.

Karvel se puso en pie y se llegó renqueando a la pantalla.

–Cras debía de encontrarse mucho más cerca que yo del centro de la espiral. ¿Estamos de cara al norte? En tal caso, se hallaría en algún punto a lo largo de esta carretera. ¿Dónde se localizó el **ONI** ?

–En el punto que ocupa la tienda de mayor tamaño –dijo Haskins –. Todavía no lo han movido. La tienda lo cubre.

–Aquí está el trazo que destruyó la aldea, y en la vuelta siguiente abatió este árbol de la orilla de la carretera... Cras no pudo encontrarse *tan* próximo... A continuación, tenemos esos otros árboles del sur del pueblo. Sin duda, Cras andaba por aquí, lo que significa que la fuerza X llegó hasta él atravesando terreno descubierto. Le alcanzó sin previo aviso... Un momento.

–¿Qué ocurre?

–Esta espiral avanza en el sentido de las agujas del reloj. La que me golpeó a mí lo hacía en sentido contrario.

–¿Está seguro?

Sí, ya lo veo. Muy interesante. Tendré que decirles unas cuantas cosas a mis hombres, por haber pasado por alto un detalle así. ¿Observa alguna peculiaridad más?

Karvel negó con la cabeza.

Haskins desconectó el proyector y sacó un cigarro.

–Hay varias circunstancias curiosas en este objeto no identificado número dos. Por ejemplo, llegó con el depósito de combustible, si tal es la expresión adecuada para denominarlo, virtualmente vacío. Esto, como es lógico, suscita la cuestión de si el elemento que analizamos era realmente combustible. Remitimos una muestra a los franceses, con propósitos experimentales, pero aún no tenemos la absoluta certeza de que sea esa materia lo que impulsa al **ONI**

–Existen muchas probabilidades de que su primer experimento sea también el último –dijo Karvel.

–Ya se les ha advertido. Otra circunstancia interesante es la de que el pasajero resulta completamente sobrenatural. No es posible relacionarlo con ninguna de las especies de animales conocidos en la Tierra. Los franceses consideran esto como prueba positiva de que el O N. procede del espacio exterior.

–¿Está seguro de que se trata de un **ONI** distinto al primero?

Haskins asintió.

–En su día, sacamos virutas para los análisis metalúrgicos, lo cual dejó señales. Este **ONI** no las tiene.

–¿Buscaron mariposas?

Haskins contuvo el aliento.

–No creo, pero me encargaré de que lo hagan. ¿Puede usted conseguir que encaje en su teoría del tiempo este pasajero ajeno a la Tierra?

–Nada más fácil. Por nuestra parte, pronto entraremos en contacto con otros mundos. Llegado el momento oportuno, trabaremos relaciones con mundos habitados y esos habitantes visitarán probablemente nuestro planeta. No me parece nada extraña la idea de un ser extraterrestre que nos visite desde el futuro.

Haskins mordió con firmeza el cigarro y le dio una serie de breves chupadas.

–La presión –murmuró como si la palabra le aterrara –. Una presión tremenda. ¿Tiene idea de cuanta presión puede resistir el **ONI** , por dentro y por fuera, tal como está construido? Nosotros tampoco y es probable que, de saberlo, no lo creeríamos. Su forma esférica no es una casualidad, y está fabricado con una aleación extraña, blanda en apariencia, pero que se endurece bajo la presión. Cuanto mayor es la presión que se ejerce sobre ese metal, más sólido se vuelve. De acuerdo con lo que hemos averiguado mediante las pruebas a que lo sometimos, esa condición se mantiene hasta el infinito. Ese metal blando –bajo la presión –se transforma en la substancia más dura conocida por el hombre.

"Según creemos, los mandos e instrumentos están diseñados de manera que la presión no los perjudique ni varíe sus posiciones respectivas. A medida que aumenta la fuerza opresora, se aferran a su ensambladura. Los ingenieros que crearon el **ONI** sabían que la presión iba a ser mortal, tanto en el interior como en el exterior; sin embargo no realizaron ningún intento para proteger al pasajero ¿Por qué?

–También *nosotros* sabíamos que la presión sería mortal, pero no adoptamos medida alguna para proteger al pasajero que remitimos de vuelta en la esfera.

Haskins se quedó mirando a Karvel con la boca abierta.

–¿Quiere decir... polizones? ¿*Los dos*? –Sacudió la cabeza –. No. Podría aceptar uno, pero no dos. Este asunto no puede continuar. ¿sabe? El **ONI** número uno produjo la muerte a veintiocho personas, y otras sesenta resultaron heridas de gravedad. El **ONI** número dos mató a setenta y tres seres humanos. En ambos casos, tuvimos mucha suerte. Es posible que no tengamos tanta con el **ONI** número tres...

–¿Qué probabilidades tengo de dar un paseo en el **ONI** número dos? –preguntó Karvel.

–Ninguna –repuso Haskins llanamente –. Los franceses se han mostrado dispuestos a colaborar en lo relativo al intercambio de información, cosa que es tan beneficiosa para ellos como para nosotros. Pero no les hará mucha gracia que

empecemos a insinuarles lo que debería de hacerse con el **ONI** Personalmente, opino que su investigación es una chapuza y que no están haciendo nada a derechas, pero estropear el asunto es privilegio suyo. Nosotros tuvimos nuestra oportunidad y dejamos que se nos escapara de las manos. Cualquier pasajero que suba a ese **ONI** tendrá que ser francés.

–Es lo que me temía.

–Mala cosa, desde luego. Si usted no estuviera tan baqueteado, me atrevería a decir que la tarea era ideal para que la realizase. Nadie tan calificado como usted y, además, es un hombre que carece de familia, detalle éste de suma importancia. Porqué, incluso contando con que efectuara el viaje de ida con las máximas garantías de seguridad y llegase a su destino sano y salvo, no podría regresar. Se da cuenta de eso, ¿no?

–De cualquier modo, so pena de que aterrizase en mitad del desierto de Sahara, no creo que acudiese a darme la bienvenida triunfal ningún comité de recepción.

El mismo cuento puede aplicarse en lo que se refiere al otro extremo. No disfrutará de inmunidad diplomática y si matase a unos cuantos miles de personas al llegar, tendría que iniciar las negociaciones en seria desventaja.

–Un riesgo que tendríamos que correr.

–No cabe duda de que la misión parece hecha a su medida –articuló Haskins despacio –. Un accidente caprichoso le impidió salir al espacio exterior y le reservó para la última frontera del hombre: el tiempo. –Sonrió –. Si su teoría es correcta. Pero el objeto no identificado número dos pertenece a los galos. Es una vergüenza. Se lo diré con toda sinceridad. El **ONI** se encuentra muy lejos de nuestro alcance; es inaccesible para nosotros. No estamos a su altura, ni tecnológica ni moralmente. El hombre capaz de poner coto al envío de esos mortíferos aparatos sería ni más ni menos que el salvador de la civilización del siglo XX.

–¿Se lo propondrá a los franceses?

–No. Sé que rechazarían la propuesta y acaso se volvieran recelosos. Colaboramos de maravilla, nos llevamos bien y deseo que nuestras relaciones sigan por el camino de la armonía.

–Consultó su reloj–. ¿Permanecerá aquí mucho tiempo? Le mantendré al corriente. Si hubiese en Francia algo que pudiera hacer, le llevaría conmigo, pero no lo hay. ¿Quiere tener la bondad de enrollar la pantalla, Bert?

Estrechó la mano a ambos hombres y se marchó con la misma brusquedad con que había llegado. Whistler continuó de pie, en el umbral de la puerta del remolque,

observando cómo disminuían en la distancia las luces del automóvil y refunfuñando para sí.

–Saint Pierre du Bois. Sigo en mis trece: debería haber oído hablar de ese pueblo.

–¿Qué hacía usted en el ejército? –preguntó Karvel.

–Era sargento de cocina en un asqueroso campamento de reemplazo. Quería matar alemanes, así que me nombraron cocinero.

–Y se dedicó, pues, a matar norteamericanos. ¿Qué preferiría: quedarse aquí, cruzado de brazos y entregado a sus estudios filosóficos, o...?

–Piensa irse a Francia.

Karvel asintió.

–Cree que va a llegar a ese **ONI** , que le permitirán subirse a él y dar un...

Karvel volvió a asentir.

–Me imagino el cuadro... ¡Usted dándole a las ruedas de su silla, mientras un ejército de franceses le persigue a todo correr

–Sé que parece ridículo. Hay una probabilidad entre mil de que me dejen acercarme al **ONI** y otra probabilidad entre mil de que me encuentre el aparato con el depósito lleno otra vez de carburante y a punto para emprender el vuelo. Después de eso, la desproporción se prolongará pero voy a ir.

–Le acompaño.

–No hay tiempo. Cuanto más tarde, menos probabilidades tendré. Las normas de seguridad establecidas actualmente parecen un poco defectuosas, pero los franceses pueden decidir, de un momento a otro, que vale más poner el **ONI** bajo llave. Y, una vez pensado, no les costará nada hacerlo.

–¿Qué tiene eso que ver con el que yo le acompañe o no le acompañe?

–¿Acaso cuenta ya con el pasaporte?

–Lo sacarían en un abrir y cerrar de ojos –manifestó Whistler, confiadísimo –. Un amigo mío, que vive en Washington...

Karvel soltó una carcajada.

–... conoce allí a todo el mundo. Usted me necesita. Le hace falta alguien que conduzca el coche, que le empuje la silla de ruedas y que le haga los recados. Como ya he dicho, recorrí en tiempos esa parte de Francia. Hablo francés lo bastante como para conseguir que me entiendan, conozco lo menos a cuatrocientas damas, a cuatrocientos estraperlistas –por aquellas fechas, no había francés que no operase en el mercado negro –y todas las tabernas habidas y por haber.

–Lo de los estraperlistas me lo creo sin esfuerzo –repuso Karvel –. Y lo de las tabernas también. Pero jamás hubiera sospechado lo de las cuatrocientas damas. Conforme. Pero me parece que podré entrar en contacto con el Departamento de Estado de un modo más directo si recorro a mis amistades, en vez de permitir que moleste a ese camarero amigo suyo. Empezaré a preparar las maletas, mientras telefona usted a quien pueda informarle del horario de las líneas aéreas.

\* \* \*

## 6

Siete días después. Karvel tomaba en Dover el transbordador nocturno. A su espalda, en Inglaterra, dejaba el yeso de la rodilla, una parte substancial del saldo de su cuenta bancaria y una empresa de ingeniería cuyos miembros se quedaron bastante confusos.

En Dunkerque, dejó igualmente confuso y desconcertado a un oficial de aduanas, que no recató la desconfianza que le inspiraba el arcón montado sobre ruedas, un cofre pesadísimo que, según se alegaba en los diversos papeles y documentos de Karvel, contenía equipo para inmersiones.

–Me dedico a tareas de recuperación submarina –explicó Karvel, con todo el aplomo que fue capaz de reunir –. Salvamento marino: Trabajo sumergido. Todo eso es bagaje de buceo.

Tenía la documentación en orden y una carta estupendamente falsificada, de la Junta de Obras del Puerto Fluvial de Estrasburgo, relativa a un proyecto de reconstrucción.

Al final, el aduanero tuvo que darse por vencido; por más que lo intentó no pudo descubrir ningún motivo razonable que le permitiese evitar que Karvel y su arcón entraran en territorio francés.

Whistler estaba aguardándolo, con una camioneta cerrada. Cargó apresuradamente el cofre en el vehículo y emprendieron la marcha mientras amanecía y las primeras claridades de la mañana mostraban un cielo encapotado.

–Lo de las ruedas fue un error –anunció Whistler –. Un cofre con ruedas es algo anormal. A los franceses no les gustan las cosas que se salen de lo corriente.

–No tardará en darme las gracias por haberseme ocurrido traer ese soporte –le contestó Karvel –. Necesito concentrar todas mis energías para moverme de un lado a otro. Usted tendrá que encargarse del traslado del arcón.

–Dispondremos de ayuda –confió Whistler –. Toda la que nos haga falta y más.

–¿Qué noticias tiene del O.N.?

–Continúa en el mismo sitio. Los capitostes se han retirado... Haskins, su brigada y los paisanos franceses. Se hospedaron en Thionville y conferenciaban a diario, pero se marcharon anoche. Creo que han dado por concluido el examen del **ONI** y ahora tratan de imaginar qué pueden hacer con él.

–¿Sigue en la tienda?

–Sí.

–No logro comprender por qué han de dejarlo allí.

–Querrán facilitarnos la tarea. ¿Por qué vamos a preocuparnos? Supongo que todo le fue bien en Inglaterra, ¿no?

–Nadie entendía por qué pretendo introducir tanto equipo de inmersión por un agujero tan pequeño, pero se trataba de mi dinero. ¿Se le presentó algún contratiempo?

–Ninguno. Arreglé las cosas sin apenas dar la cara. No tiene el menor motivo de inquietud. Déjelo todo de mi cuenta.

Karvel sonrió.

–¿Se las ingenió también para llenar el depósito de combustible y poner el **ONI** a punto para emprender la marcha?

–Ah, eso. No sé lo que encontrará cuando llegue allí, pero si le garantizo que llegará. Tengo un plan.

Avanzaron en dirección sudeste, por las carreteras poco transitadas del norte de Francia. Evitaban en su ruta los grandes centros de población. A Karvel le extrañó enseguida la lentitud de la marcha.

–¿Qué ocurre? –quiso saber –. ¿Ha perdido agallas?

–Tranquilícese –recomendó Whistler –. Tenemos tiempo de sobra. No quiero presentarme en Thionville antes del atardecer

–¿Por que no? Me gustaría echar un vistazo a Saint Pierre du Bois a la luz del día.

–De cualquier modo, no podrá acercarse lo bastante como para lanzar esa mirada. Han establecido puestos de bloqueo en los caminos y no habría nada que ver. Ni siquiera lo hubo cuando existió el pueblo. Fui por la comarca docenas de veces y nunca me percaté de su presencia. Como usted dijo era un villorrio demasiado insignificante para tener taberna.

Hicieron un alto a mediodía, para estirar las piernas y tornar un pisco-labis en la cuneta. Pan de hogaza francesa, queso y áspero vino tinto. La pierna izquierda de Karvel necesitaba con urgencia un poco de ejercicio. Luego se sentó en la hierva y se dio un masaje en la rodilla, mientras Whistler paseaba de un lado para otro, tirándole mordiscos a un bocadillo de pan y queso y lanzando invectivas péfidas y calumniosas contra las costumbres, la moralidad y las instituciones de los lugareños franceses.

–Quisiera hablar, francés. Sería interesante averiguar lo que ellos piensan de usted.

Whistler interrumpió sus paseos y contempló a Karvel con ojo crítico.

–Me parece que nunca se lo he preguntado. ¿Por qué quiere hacer una excursión en ese cacharro.?

–Buena pregunta. Daría algo por conocer una respuesta igualmente buena.

–¿Para encontrar a Ostrander? Ni siquiera existía una entre un millón de que el teniente viviera aún ¿Para salvar a la civilización del siglo XX? Estaba sentenciada de todas formas. Ninguna civilización era inmortal y Karvel no lamentaría el aniquilamiento de aquélla

.Articuló despacio:

–¿Ha visitado alguna vez un asilo de huérfanos?

–No. ¿Qué tiene que ver con esto?

–Yo me crié en un orfanato. Es posible que, para un chico, haya ambientes peores que el de aquella institución, pero confío en que no sea así. La primera



determinación que adopté en la vida fue la de que nunca convertiría a ningún niño en huérfano, ni a ninguna mujer en viuda.

—Y por eso no se ha casado —dijo Whistler—. Supongo que tal idea tiene también la culpa de que perdiese la pierna

Trató de evitar que alguna dama se convirtiera en viuda. Karvel no respondió.

—¿Qué relación hay entre eso y el que quiera darse un paseo a bordo del **ONI**? El hecho de que las pasara negras durante la adolescencia no me parece motivo suficiente para que ahora no quiera divertirse. Estuvo en un orfanato miserable. ¿Y qué? Tenemos legislaturas miserables, centros de estudios miserables y hospitales miserables. ¿Por qué iban a ser distintos los asilos de huérfanos?

—No me entiende.

—De lo que sí me doy cuenta es de que tengo delante a un maldito insensato. Ahí está, joven todavía, con una suculenta pensión vitalicia, con todas las posibles preocupaciones solucionadas, y calentándose los cascos porque es huérfano. También yo llevo cerca de diez años siendo huérfano y nunca me ha oído quejarme.

—Supongo que la contestación más sincera sería la de que trato de huir.

—Una estupidez aún mayor.

—Sí—convino Karvel.

También era cierto. Se le había frustrado la escapatoria hacia las estrellas, pero se percataba entonces de que aquella evasión le hubiera conducido a una trampa. En medio del solitario esplendor de la Luna, sobre los yermos eriales de Marte o bajo los nubarrones vaporosos de Venus no se habría visto libre de la civilización que odiaba, sino que dependería de ella de un modo más absoluto y desamparado. Cada vez que se llenara los pulmones con el delicioso aire de su planeta natal, no tendría más remedio que recordar amargamente los lazos indisolubles que le ligaban a la Tierra y a su siglo. Porque el oxígeno que respirase le sería transportado desde el mundo de sus coetáneos hermanos de raza.

Cierto psiquiatra le había dicho una vez que aún seguía intentando escapar del orfanato, algo que había tratado de

hacer —sin éxito— en docenas de ocasiones. Karvel declinó la oferta que le hizo el facultativo y no se sometió al tratamiento, pese a que el hombre le garantizaba la curación de una manera rápida y sencilla. Karvel opinaba que el mejor método para destruir un apremiante impulso interno no era eliminarlo, sino satisfacerlo.

El **ONI** le brindaba la única oportunidad auténtica de huir, con la excepción de la muerte, y estaba dispuesto a aniquilar a cualquier francés que se interpusiera en su camino.

–Se trata de su pellejo –comentó Whistler –. Si está convencido de que quiere ir, no seré yo quien se rompa la cabeza para averiguar los motivos que tenga. Desde que se acabó la guerra, no he disfrutado de muchas diversiones.

Durante la tarde, avanzaron todavía con mayor lentitud y llegaron a Thionville cuando empezaba a oscurecer, de acuerdo con el horario previsto por Whistler. Torcieron luego hacia el norte y pronto abandonaron la autopista de Luxemburgo, para aventurarse por una carretera estrecha y sinuosa. Desde la cumbre de un otero, se ofreció á la mirada de Karvel el desconcertante panorama de una campiña pardusca, con campos de labor, unos cuantos bosques desparramados por el paisaje y un distante pueblecito de casas de piedra, pegadas al suelo, del que se destacaba sólo la torre del campanario de la iglesia. Bruscamente, oscureció del todo.

–Una circunstancia favorable... Cierra la noche –dijo Whistler.

–¿Falta mucho?

–Unos pocos kilómetros. Calculo que empezaremos a las once, así que tiene tiempo para descabezar un sueñecito, silo desea.

–No, gracias.

El prolongado y tedioso recorrido no sirvió precisamente para aliviar la tensión que había ido aumentando de modo paulatino y constante en el ánimo de Karvel desde que salieron de Tucson. A pesar del cuidadoso planeamiento de Whistler y por mucha que fuera la confianza que derrochase el tabernero, las probabilidades de éxito eran reducidísimas.

–Ya hemos llegado –anunció Whistler por último.

Se desviaron por un sendero cuajado de baches, en cuyo extremo se alzaba un puñado de edificios de piedra. Había dos luces encendidas en la casa principal y se abrió la puerta en el momento en que Karvel y Whistler se apeaban de la camioneta.

–¿Jacques? –preguntó Whistler.

Un francés de mediana edad, coloradote y corpulento, ayudó a Karvel a franquear el umbral de la vivienda, le estrechó luego la mano y dijo:

–Hola. Todo va bien.

La esposa de Jacques sirvió la mesa y Karvel masticó con aire ausente, dándose cuenta sólo a medias de lo que estaba comiendo. Escuchó, sin entenderlas, las frases en francés que intercambiaban Whistler y Jacques. La fluidez del tabernero le sorprendió, pero mientras aquellos dos hombres charlaban, Karvel adivinó enseguida que algo se había torcido. Los modales de Whistler variaron rápidamente, pasando de la incredulidad a la cólera, luego al disgusto y, cuando, por último, volvió la cabeza; Karvel se dijo que nunca le había visto tan enfadado.

–Se echan atrás, tienen miedo –anunció.

–¿Y qué importa?

–Jacques dice que todo el ejército francés vigila el lugar y que están armados con ametralladoras. No quiere participar en la operación.

–No se lo reprocho. Tampoco yo había contado con las ametralladoras. Ni con vérmelas con un ejército.

Rayos... eso no es lo que vio. Es sólo lo que cree haber visto. Esto altera las cosas enormemente. Jacques tiene una serrería. Consiguió permiso para llevarse los árboles abatidos por la fuerza X y recorrió toda la zona afectada. Yo ni siquiera pude aproximarme a ella. No me pareció discreto que un extraño anduviera curioseando por los alrededores y que, sin necesidad, se expusiera a que le midiesen las costillas.

¿Está Jacques enterado de lo que pretendemos hacer?

–Cree que somos fotógrafos de prensa y que tratamos de obtener unas cuantas vistas de la aldea. La versión oficial consiste en que un camión cargado de municiones estalló cuando pasaba por el pueblo, pero los franceses no han permitido que se acerquen periodistas al lugar del suceso.

–Cree que vamos a tirar unas cuantas placas por la noche.

–Contamos con un cofre lleno de equipo especial. Me da en la nariz que vamos a tener que trazar otro plan. No podemos utilizar la carretera y no me atrevo ni me comprometo a atravesar los bosques por la noche, garantizando una orientación perfecta. De todas formas, seguiríamos necesitando la ayuda de los hombres de Jacques para el traslado del equipo. Aparte de que usted no podría cubrir el trayecto sin la asistencia de alguien. Todo es a base de subir y bajar montes.

–Supongo que no hay más que una carretera.

–Con dos puestos de bloqueo a cada lado... Uno en el cruce más próximo, cuya misión estriba en desviar el tránsito para que rodee el pueblo, y otro poco antes de llegar a la aldea.

–Si lo intentamos, tendrá que ser de noche –dijo Karvel pensativamente –. Pregúntele a Jacques si estaría dispuesto a guiarnos hasta algún punto situado en el borde del bosque, al sur del pueblo. Probablemente no podremos distinguir nada, pero al menos nos formaremos una idea acerca de la ruta. Entonces quizás no estaríamos en condiciones de adoptar una determinación acerca de lo que corresponde hacer.

–Pueden llevar el arcón durante una parte del camino y ocultarlo en los bosques.

–Lo malo es que corremos el peligro de que después tardásemos una eternidad en encontrarlo. No. Dígale qué no llevaremos carga ninguna y que no nos aventuraremos un paso más allá de la linde del bosque. Sólo deseamos conocer el mejor camino para llegar hasta aquel punto.

Volvieron a conferenciar. Whistler, tan cáustico e impertinente en inglés, parecía cordial y expansivo en francés, pero Jacques no se mostraba predispuesto a dejarse persuadir. Las ametralladoras le habían impresionado.

–El trayecto es largo y la marcha resultaría penosa incluso a la luz diurna – tradujo Whistler –. No cree que podamos conseguirlo.

–Yo sí.

–No se muestra reacio a intentarlo, siempre y cuando le acompañen algunos de sus hombres. Me parece que se figura que van a tener que llevarle a usted en brazos.

–De eso, nada, pero puede llevar todos los acompañantes que quiera. ¿Les ofreció dinero?

–Mucho más del que se merecen, por un simple paseo por los bosques.

–En tal caso, pongámonos en movimiento.

Whistler se colocó al volante de la camioneta y la metió en el granero.

Los tres hombres montaron luego en el diminuto automóvil de Jacques. El motor se puso en marcha con un rugido estruendosamente desproporcionado para el tamaño del utilitario.

–Ese motor no es el de origen.

Whistler asintió.

–Creo que Jacques se dedica al contrabando en sus ratos libres.

Cuatro horas después, Karvel estaba tendido en el suelo, a la orilla del bosque, con la vista proyectada sobre un brillante círculo luminoso. Aquella claridad iluminaba las domos de tres tiendas de campaña. En alguna parte, más allá de aquel campamento y ocultos por la oscuridad nocturna, yacían los restos mortales de Saint Pierre du Bois. La caminata había durado cerca de una hora, por un terreno abrupto, de continuas cuestas y descensos, de montes y arboledas, y no era extraño que Karvel se sintiese profundamente exhausto.

También estaba descorazonado por completo. Esperó hallar centinelas, pero no una compañía entera de infantes; y tampoco había contado con la luz. Con bastante ingenuidad, se forjó la ilusión de poder acercarse al campamento subrepticamente, al amparo de las negruras, y caer de improviso sobre un par de vigilantes aburridos de la guardia y a los que la sorpresa del ataque dejaría indefensos.

Pero tal cosa era imposible. Incluso aunque consiguieran transportar el equipo de inmersión hasta las tiendas, aún tendría que introducirlo por la escotilla del **ONI**, prepararlo en el interior penetrar en la esfera, colocar los instrumentos de memoria y accionar la palanca... Y sin la menor garantía de que en el **ONI** hubiese carburante, ni de que los instrumentos se encontraran allí. Los centinelas estarían alerta, contaban con armas que sabían utilizar y no podía esperarse que permanecieran por allí, limpiándose los dientes, mientras Karvel efectuaba su maniobra.

No tenía derecho alguno a conducir a Whistler o a alguien más hacia un peligro mortal, siendo tan remotas las probabilidades de éxito. Manifestó en tono firme:

–Es imposible. Olvidemos el asunto.

Jacques siseó, reclamando silencio.

–Antes de llegar a cien metros del **ONI**, nos habrían matado o cogidos prisioneros –susurró Karvel—. Y si malo es enero, peor es febrero. Me han dicho que las cárceles francesas, por dentro no son nada bonitas.

–¿Qué piensa hacer?

–Sabíamos desde el principio que esta expedición era una idea tonta, en términos generales. Ahora sabemos con exactitud hasta qué punto es tonta. Buscaremos un sitio cómodo para pernoctar y volveremos a tratar la cuestión por la mañana. Si a la luz del día la operación parece tan estúpida como ahora, regresaremos a casa.

Whistler transmitió a Jacques la noticia, hablando en voz muy baja, y el francés se dirigió en el mismo tono apagado a los tres hombres agazapados tras ellos. Ayudaron a Karvel a ponerse en pie y emprendieron la retirada. No había recorrido

tres metros, cuando tropezó con un árbol, dio un traspiés sobre un matorral y cayó de bruces.

Al instante, un grito alterado surcó la noche.

–Halt-la.

Uno de los hombres de Jacques salió disparado y armó bastante ruido en su carrera a lo largo del borde de la arboleda. El rayo de luz de una linterna aleteó tras él y, a corta distancia, por el este, la voz de otro centinela dio el alto al fugitivo. Se inmovilizaron donde estaban, a la expectativa. El valle cobró vida repentinamente, poblándose de luces, gritos y actividad. Los rayos de las linternas registraron la ladera del monte. Un grupo de soldados pasó de largo, con gran bulla, y, al sonar unas detonaciones, los centinelas echaron a correr hacia el punto donde se perseguía con calor al hombre de Jacques

–¡Salgamos de aquí! –siseo Whistler.

Agarró a Karvel por un brazo, mientras Jacques cogía el otro. Agachados, tanteando el terreno a ciegas, retrocedieron por entre la arboleda. Se repitió el tableteo de las ametralladoras y una ráfaga de balas perdidas silbo por encima de sus cabezas. Por último, consiguieron franquear la cima de la cota y, a medida que descendían por la vertiente contraria el alboroto de la persecución fue disminuyendo de volumen.

No hicieron pausa alguna hasta haber coronado la siguiente colina, cuando Karvel se desasíó de los que sostenían y se desplomó contra el suelo. Jadeaba. Jacques y Whistler conferenciaron a base de susurros.

–Fue una suerte el que alguien saliera corriendo –murmuró Karvel.

–Al menos, ese plan dio resultado –manifestó Whistler en tono satisfecho.

–¿Plan? ¿Lo había planeado?

–Pensé en ello, por si se daba el caso. Di a Maurice una bonificación si emprendía la huida y alejaba de nosotros a los soldados, en el supuesto de que descubrieran nuestra presencia. Confío en que no le ocurra nada. Pero aún no nos hemos alejado dos kilómetros. Sería mejor que continuemos la marcha.

–No creo que nos sigan a través del bosque. No saben si les devolveremos los disparos.

–Jacques opina que establecerán más puestos de bloqueo en la carretera lo antes que les sea posible. Para cuando hayamos regresado al automóvil, quizás nos tengan copados.

–Como usted dice, lo mejor que podemos hacer es seguir andando.

Reanudaron la marcha penosamente. Las faldas de los montes eran empinadas y parecían inacabables, el piso resultaba traidor a copia de irregularidades y la noche totalmente negra. Durante un buen rato, las alarmas y confusiones del valle continuaron llegando apagadas hasta sus oídos, pero el tiroteo había cesado. Por último, alcanzaron los vehículos, donde les estaba aguardando un Maurice sonriente. Karvel le estrechó la mano con firmeza, mientras Whistler reclamaba una linterna y a su claridad contaba con aire solemne el importe de la prima.

Jacques celebró una breve conferencia estratégica. Tenían que recorrer tres kilómetros de angosto camino de carros, para llegar a la carretera. La cuestión, por lo que Karvel pudo colegir, estribaba en si convenía lanzarse a toda velocidad, con los faros encendidos, o si no valdría más intentar una marcha furtiva, con las luces apagadas... lo que llevaría muchísimo más tiempo. Votaron por lo primero, se amontonaron dentro de los dos automóviles y emprendieron la carrera.

Traquetearon temerariamente por el zigzagueante camino sin sufrir ningún contratiempo, hasta que doblaron la última curva y divisaron, en el punto donde los árboles tocaban a la autopista, el arco que trazaba en la noche la luz de una linterna. Jacques rezongó algo que hubiera resultado soez en cualquier idioma e hizo una señal con el pedal del freno.

–Confío en que haya imaginado alguna treta para solucionar esto –observó Karvel.

–De ahora en adelante, todo el plan corre a cuenta de ellos –repuso Whistler.

Una vez en la carretera, viraron agudamente a la derecha y se detuvieron. El segundo coche se puso a su altura, torciendo a la izquierda, y aplicó los frenos. Un par de jóvenes soldaditos anduvieron inocentemente hacia los vehículos. Ni siquiera habían empuñado sus armas que llevaban en bandolera. De súbito las luces de los faros cayeron sobre los ojos de los muchachos de uniforme y los automóviles salieron disparados en direcciones opuestas. Karvel se puso tenso y esperó los inminentes estampidos, pero no se oyó ninguna detonación.

Supongo que estamos en buenas manos –comentó secamente.

–Esto no es más que el principio –dijo Whistler.

En el cruce siguiente, tomaron por sorpresa otro puesto de bloqueo. Lo habían establecido para interrumpir el tránsito que iba hacia el sur y un coche permanecía atravesado en mitad de la autopista. Se desviaron por el lado, Oeste, rodeando el vehículo sobre chirriantes neumáticos. Tampoco hubo disparos, pero Karvel volvió la cabeza un momento después y comprobó que las luces de unos faros les

perseguían. Durante los próximos diez minutos, Jacques condujo el utilitario con enérgica confianza a lo largo de un camino retorcido. El francés tomaba las curvas con una osadía tal que hasta el mismo Whistler parpadeaba. Cruzaron una aldea a toda marcha, viraron bruscamente y se aventuraron por un atajo. Las luces perseguidoras no parecían ganar terreno, pero tampoco daban la impresión de rezagarse.

Jacques empezó a hablar con voz excitada. Whistler le contestó y luego se volvió a Karvel.

–Le preocupa la posibilidad de que nos tropecemos con otro puesto de bloqueo. Cree que, si no vamos con él, le será más fácil convencer a los centinelas de que no tiene nada que ver con el asunto. Nos apearemos en el primer pueblo que aparezca en la ruta.

–No faltaba más. Pregúntele si tiene algún inconveniente en disminuir un poco la velocidad.

–Frenará del todo. Prepárese a saltar.

Dejaron atrás un oscuro caserío y se acercaron poco después a un grupo de edificios, situado al borde de una encrucijada. Jacques apagó las luces de repente, aminoró la marcha y luego aplicó el freno de mano. El automóvil se detuvo. Karvel y Whistler se apearon precipitadamente y Jacques continuó adelante, sin encender los faros. Karvel y Whistler corrieron en dirección a la casa más próxima y se pusieron a cubierto detrás de un coche aparcado allí. Segundos después, el vehículo perseguidor se aproximó, aminoró la velocidad ante el cruce e, impulsivamente, tomó el ramal de la izquierda. Whistler emitió un gruñido de contento y tiró de la manga de Karvel.

Se encaminaron hacia la parte posterior de la casa. Whistler llamó suavemente, insistió al cabo de un instante y luego probó el picaporte. La puerta se abrió. Empujó a Karvel por delante, entró a su vez y volvió a cerrar enseguida.

Oyeron un rumor de pasos, acercándose. Se encendió la luz. Estaban en una cocina y frente a ellos, en el otro lado de la estancia, se erguía la mujer más gorda que Karvel había visto en su vida. Iba vestida con un descolorido camisón, amplio como una campana y, con mano firme, les tenía encañonados con un rifle que debió empuñar alguno de sus antepasados durante la guerra de 1870.

Transcurrieron varios segundos, que la mujer dedicó a contemplarlos fijamente. Luego, el rifle fue a parar al suelo con estrépito.

–¡Bertie! –chilló la dama, y se arrojó a los brazos de Whistler.



Pasaron la jornada siguiente en un polvoriento desván. Oscuros nubarrones cubrían el cielo, lloriquearon caprichosamente contra la sucia ventana y siguieron su camino por las alturas. Una nube sucedía a otra, formando una capa que parecía infinita. En la buhardilla no había ninguna clase de calefacción y la atmósfera resultaba fría y húmeda. Karvel decidió que no le gustaba Francia.

Entrada la tarde, llegó Jacques, seguido de Maurice, que conducía la camioneta de Whistler. Jacques se manifestó abyectamente pesaroso. No había esperado encontrar centinelas tan cerca del bosque.

–¿Se las arreglaron bien sus hombres para escapar? –preguntó Karvel.

Jacques se encogió de hombros. Su coche recibió cuatro balazos al atravesar el puesto de bloqueo, pero esos desperfectos se arreglaban fácilmente. ¿Deseaba Karvel efectuar otra intentona aquella noche? ¿O prefería quizás probar suerte por la tarde?

–¿Intentar qué? –preguntó Karvel.

Jacques agitó las manos con gesto triunfal. Dijo que los soldados se habían ido y que los puestos de bloqueo ya no estaban. Había recorrido el valle de un extremo a otro y todo estaba desierto. Karvel podía ya tomar cuantas fotografías quisiera.

–En ese caso, podemos arreglárnoslas solos –declaró el comandante –. Págueles.

–Ya les he pagado –protestó Whistler.

–Entonces deles una bonificación para que mantengan cerrada la boca.

Jacques aceptó el dinero encantado, estrechó la mano a ambos hombres y se marchó con Maurice. Karvel y Whistler hicieron lo propio a continuación, no sin que antes Christine, la voluminosa anfitriona, diera a Whistler un abrazo que casi le sacó los ojos de las cuencas. Mientras partían, la mujer les despidió llorosa.

–Conque ese es su gusto en cuestión de mujeres, ¿eh? –comentó Karvel –. No me extraña, aunque me tenía un poco intrigado.

–No solía estar así de gorda. Cuando se encendió la luz, ni siquiera la reconocí. Pensé que se trataba de su madre.

–¿Cómo es que ella le reconoció?

Whistler dirigió a Karvel una mirada dolida.

–¡Yo no he cambiado!

Dieron un rodeo, regresando a la carretera de Saint Pierre du Bois, y doblaron hacia el norte. Caía una llovizna fina. Whistler condujo despacio y a Karvel le pareció que la distancia de vuelta era mayor que la de ida.

–Puede que no se hayan marchado todos –aventuró Whistler –. ¿Le parece sensato exponerse a darnos de manos a boca con ellos?

–No somos más que un par de extranjeros aturdidos, que tratan de llegar a Estrasburgo. Les preguntaremos qué ruta es la más corta, veremos qué pasa y decidiremos qué conviene hacer.

Coronaron la última colina y Whistler dejó la camioneta en punto muerto. La masa informe de la aldea afectada yacía en el fondo del valle. No había centinelas.. . ni tiendas de campaña.

Whistler sacó el vehículo de la carretera y Karvel abrió la portezuela y cogió sus muletas. Se apeó con movimientos torpones y anduvo por el blando suelo, en dirección a la explanada donde las tiendas habían dejado su impronta rectangular y la hierba aparecía aplastada. En el centro de uno de los rectángulos se veía un hueco abrasado, en el punto donde descansó el **ONI**

Karvel se inclinó para recoger del suelo un trozo de cartón. Había humedad debajo y una lombriz de tierra empezó a arrastrarse, huyendo de la luz.

Karvel no supo si ponerse a llorar o a soltar maldiciones. Whistler no dijo nada.

Karvel levantó una muleta del embarrado piso y emprendió el regreso. Whistler se apresuró a adelantársele, para abrir la portezuela del vehículo.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó.

–Como ya dije antes, fue una idea tonta, para empezar. Acabemos nuestras vacaciones.

\* \* \*

7

El Mediterráneo era un inmenso espejo azul, que se extendía hacia el infinito. Tendido pacíficamente en la playa, a la sombra de un parasol, Karvel proyectaba su pensamiento rumbo a la lejanía del horizonte. Notó que una figura se integraba en la sombra del parasol, pero no se molestó en alzar la mirada.

Gerald Haskins inquirió tranquilamente:

–¿Dónde diablos estuvo metido?

–No hice nada más que obedecer las órdenes que se me dieron –repuso Karvel –  
. Me tomé unas vacaciones.

Haskins se agachó a su lado.

–No puede hacerse una idea de lo que me ha costado encontrarle.. . –murmuro.

–Lo que verdaderamente me entusiasma –articuló Karvel –son las reverberaciones de las nubes. Si alguien se encargara de ahuyentar a las gaviotas, la escena sería perfecta. Me molesta de modo extraordinario que esas aves se mezclen con los reflejos del sol y las nubes. Me hacen pensar en una mujer hermosísima, pero llena de pulgas.

Haskins acabó por sentarse pesadamente.

–¿Por qué no se puso en contacto conmigo?

–Ya lo hice. El día que llegué aquí, envié a su oficina una preciosa tarjeta postal. Decía: "El tiempo es maravilloso, me gustaría que estuviese acompañándome." Claro que quién se iba a figurar que se lo tomara al pie de la letra y...

–Mis hombres no están acostumbrados a recibir informes en tarjetas postales y lo más probable es que algún idiota la archivase en la papelera. Un hotel de lujo, en una pequeña ciudad francesa de la costa, es el último lugar donde uno pensaría encontrarle y, desde luego, casi es el último en el que busqué

–Allá cada uno con sus propios gustos, ¿pero por qué se ha molestado? Tarde o temprano me habría quedado sin fondos, o me había aburrido; en cualquiera de ambos casos, hubiera emprendido el regreso al hogar

–¡Santo Dios, hombre! ¿Es que no lee los periódicos? ¿No presta atención a las conversaciones de la gente?

–No entiendo el francés y Whistler no sabe leerlo. Lo habla como un loco, pero es incapaz de deletrearlo cuando lo ve escrito. De todas formas, no parece que la literatura le interese mucho.

–¿Dónde esta?

–Ha descubierto una tasca ilegal, regentada por una mujer. Esa tabernera le fascina. Whistler se pasa en el establecimiento doce horas diarias estudiando filosofía

–¿Sabe que un masivo ejército de periodistas ha estado revolviendo Roma con Santiago, le ha buscado en tres continentes y ha originado toda clase de jaleos en nuestro país? Las Fuerzas Aéreas han sido acusadas de ingresarle a usted de tapadillo en un sanatorio mental desconocido.

–Justo castigo a su perversidad –murmuró Karvel –. Conozco por lo menos a tres generales que llevan años deseándolo.

–Eso no es nada en comparación con lo que ahora les gustaría hacerle. Vayamos a algún sitio donde nos sea posible hablar. No veo sus muletas.

–Las he abandonado. Aunque renqueando, puedo ir de un lado para otro sin ellas, sólo con la ayuda de un bastón. Lo único que me ha prohibido el médico es dar puntapiés a las personas, antes de Navidad... Ni siquiera puedo darme patadas a mí mismo. –Se levantó con gesto resignado ¿Me hace el favor de encargarse de la sombrilla?

Haskins no volvió a abrir la boca hasta que estuvieron en las habitaciones que había alquilado Karvel en un hotel. Cerró la puerta e inspeccionó, de modo rápido, pero completo, todas las estancias y armarios, mientras Karvel le observaba divertido.

–Es una costumbre que he adquirido –explicó Haskins –. Bueno, supongo que querrá saber qué ha pasado.

–La cercanía de la vejez ha corroído mi curiosidad. Lo cierto es que hay muy pocas cosas sin cuyo conocimiento no me pueda pasar.

–Tenemos otro **ONI**

–¿Ostrander?

Haskins sacudió la cabeza negativamente.

–Supongo –prosiguió Karvel –que a éste le llamarán objeto no identificado número tres. Sólo para mi buen gobierno, ¿qué ha sido del **ONI** número dos?

Haskins se le quedó mirando.

–¿Dónde *estuvo* metido?

–Aquí, sin leer los periódicos. ¿No se acuerda?

–Bueno. Los franceses convocaron una conferencia de alto nivel. Todas las primeras potencias estuvieron representadas, incluida Rusia.

–¿*Rusia*?

–El objeto no identificado número dos estableció su inocencia de manera positiva. Ni los rusos pudieron colocar dentro de ese **ONI** al pasajero que lo ocupaba. Muchos científicos opinaron que tampoco el hombre que viajaba en el **ONI** número uno era de procedencia rusa. Sea como fuere, los franceses obtuvieron la opinión de todos y luego tomaron la delantera y obraron en consecuencia, de acuerdo con sus deseos, ya que el **ONI** en cuestión les pertenecía. Lo remitieron a su punto de origen –al menos, eso creen –, con un mensaje diplomático, redactado en cuarenta idiomas, en el que se pedía que cesaran los envíos y se desistiera de causar más daños.

–¿Enviaron también un diplomático para que presentara el mensaje personalmente?

–Apenas se trató de ello. La conferencia tomó la debida nota de lo que les había ocurrido a los dos pasajeros que arribaron con los objetos no identificados y llegó a la conclusión de que un diplomático muerto se encontraría en una postura muy desventajosa para entablar negociaciones. No era cuestión de discutir ese punto de vista. Se trataba de una conferencia en la cumbre y los acontecimientos se precipitaron. En el preciso momento en que se iniciaban las conversaciones, a una banda de delincuentes franceses se les ocurrió la feliz idea de que lo que el ejército de su país guardaba en el valle de Saint Pierre du Bois era sin duda muy valioso e intentaron robar el **ONI**

–Los soldados debieron dejarles que se lo llevaran. A los bandidos les habría resultado útil.

Haskins sonrió.

–Ignoro qué se creían que era o qué pensaban hacer con él. El asunto parece una exageración, pero en las alturas produjo inquietud. Se trasladó el **ONI** a París y se apresuró la conclusión de la conferencia de un modo indecente. De todas formas, los galos devolvieron el **ONI** a su lugar de procedencia. .. Eso esperan, por lo menos. Les proporcionamos combustible y colocamos los instrumentos tal como suponemos que lo hizo Ostrander. Ataron un cordel al mando apropiado y, desde el exterior de la esfera, se dio un tirón a la palanca. La noticia trascendió a la prensa en menos de una semana, pero creo que, para entonces, usted se encontraba ya aquí, disfrutando de la brisa marina y negándose a leer los periódicos.

–Ha sido usted muy amable al venir sólo para contarme todo eso.

–Me tomé el trabajo de buscarle por dos razones. Primera: tenía que encontrarle antes de que lo hiciese alguna otra persona. Los franceses concedieron cierto interés a su teoría del tiempo, y eso también se ha filtrado hasta la prensa. Para expresarlo de un modo relativamente suave, las consecuencias han sido infernales. Tememos que su vida corra peligro.

–¿Por una teoría?

–No ha leído los papeles. En fin, esa fue una razón. La otra la constituye el nuevo **ONI** que, en realidad, es el objeto no identificado número uno, que ha vuelto. No, ni el menor rastro de Ostrander. Llevaba otro pasajero, similar al anterior y tan destrozado como él. Tuvimos auténtica suerte, porque cayó en el desierto de Nuevo Méjico, cerca de la frontera mejicana, donde no hay nada ni nadie que pudiera resultar perjudicado. Ni siquiera sabemos cuánto tiempo permaneció allí, hasta que fue localizado. ¿Le gustaría darse un paseo en ese artefacto? Gozará de la protección de los mejores científicos que he podido encontrarle. Estamos montando un cilindro en el interior del **ONI**, dotado de un sistema de regulación de averías.

–No lo sé –dijo Karvel –. Lo pensaré.

–¿Qué hará?

–Pensarlo. ¿Es que de tanto oír hablar francés se me han atrofiado un poco las cuerdas vocales y no pronuncio bien?

Haskins se levantó.

–Empiece a pensar –manifestó fríamente –. Tiene tiempo hasta la hora de cenar. En ese momento, terminará el plazo. Puede que tarde todo eso en gestionar la contratación de un aeroplano para usted.

Durante los siguientes sesenta minutos, Karvel estuvo sentado de cara al Mediterráneo. Por último, abandonó la contemplación del mar y empezó a empaquetar sus escasas pertenencias. Whistler se presentó en el preciso instante en que terminaba.

–He visto a Haskins abajo –anunció –. Nos saludamos de lejos; agitando el brazo, pero se me figuró que nos íbamos.

–Nos echan de aquí –dijo Karvel –. Vaya a ver si puede conseguir unos cuantos periódicos en inglés. Y pague la cuenta.

–Fueron unas vacaciones estupendas.

–Son todavía unas vacaciones estupendas. Acabo de adoptar la decisión de trasladarnos a algún otro sitio.

Karvel salió del hotel por una puerta lateral. Whistler estaba esperándole con la camioneta.

–¿Adónde vamos? –preguntó –. ¿A Marsella?

–Si yo fuese Haskins, ahí es a donde esperarí­a que nos dirigiésemos. Por lo tanto, iremos a Italia.

Karvel se concentró en la lectura de los periódicos y, al cabo de unos minutos, preguntó:

–¿Ha tenido alguna vez la sensación de ser el único hombre cuerdo en el mundo rebotante de neurasténicos?

–Esa impresión no me ha abandonado un solo momento, desde que las Fuerzas Aéreas se me vinieron encima.

Cruzaron la frontera italiana y avanzaron sin prisas a lo largo de la costa, en dirección sur.

–¿Nos alejaremos mucho? –interrogó Whistler.

–Me parece que venderemos la camioneta y el equipo de inmersión al llegar a Roma y luego tomaremos un tren y no pararemos hasta estar en Suiza.

–¿No hace mucho frío en Suiza?

–Probablemente. Cuando se haya cansado de los taberneros del país, puede aprender a esquiar.

–¿Por qué huye de Haskins?

Durante largo rato, casi una hora, Karvel se abstuvo de responder. Por último manifestó:

–Sería una memez regresar a Francia. Acaso me ponga en contacto con Haskins a través de la embajada en Roma.

Whistler se encogió de hombros.

–No existe eso que usted llama tabernero suizo. Son franceses, alemanes o italianos. Y no me seduce nada la idea de aprender a esquiar.

–No huyo de Haskins –dijo Karvel –. Trato de huir de mí mismo.

–Sea como fuere –repuso Whistler –, no creo que tuviera que hacer una cosa así.

Roma, luego a Londres, para reunirse con Haskins, y finalmente, Washington, D.C. En algún punto, a lo largo de la ruta, Karvel cruzó los umbrales de la irrealidad. Al ver la muchedumbre congregada en el Aeropuerto Internacional Dulles, comprendió por instinto que el mundo del que había intentado escapar ya no estaba bajo sus pies y que odiaría con todas sus fuerzas al que lo acababa de sustituir.

Había perdido definitivamente el derecho a contemplar las montañas que no escaló; ya no podría mirarlas sumido en las cómodas y agradables sombras de una existencia corriente y moliente. En adelante, para siempre, se proyectarían sobre él los ígneos resplandores de los focos de la televisión y, cada paso que ascendiera serviría para nutrir la insaciable curiosidad de millones de personas, que lo comentarían, lo registrarían, lo calcularían y lo discutirían.

–¿Es necesario todo esto? –preguntó a Haskins.

–Acuérdese del alboroto que se organiza con los astronautas. Y, al fin y al cabo, los astronautas sólo van a recoger unos cuantos datos científicos, a probar algunos aparatitos o, quizás, a darse una vuelta por el cosmos. Usted partirá hacia...

–No voy más que a dar un paseo. ¿No podían lanzarme sin ruido ni propaganda, cualquier noche oscura, y anunciar mi partida después?

–Ya la leído los periódicos, ¿no?

–Sí...

Los llamativos titulares, los miles de variaciones sobre el mismo tema: "¿QUE QUIERE EL FUTURO DE NOSOTROS?" Y las respuestas, especulativas y absurdas: fuentes de recursos naturales, esclavos, mercados, refugios contra holocaustos atómicos... Especulativas y absurdas, pero aterradoramente plausibles, al mismo tiempo. ¿Qué *quería* de ellos el futuro?

–Este asunto amenaza con convertirse en motivo de histeria a escala mundial – dijo Haskins.

–Visto desde aquí, parece que la amenaza se ha cumplido ya.

La embravecida muchedumbre no fue más que un continuo clamoreo y una nube difusa de rostros borrosos, hasta que un hombre de edad rompió el cordón de guardias, echó a correr hacia Karvel; levantó un revólver y apretó el gatillo. El percutor del arma caía por segunda vez, fallando el disparo, cuando los guardias se precipitaban en tromba sobre el agresor. Se retiró a Karvel de allí a toda prisa.

–Un paranoico –explicó Haskins posteriormente, en el hotel.

–Qué peso se me quita de encima –repuso Karvel en tono seco –. ¿Qué tiene en contra mía?

–No se trata de usted. Existen personas a las que les disgusta la idea de que se viaje por el tiempo.

–¿Qué hay de malo en ello?



–Suponen que bastante. Le interrogarán... repetidamente. Le preguntarán cosas como ésta: Viajar a través del tiempo, ¿no es una violación de las leyes de la naturaleza, así como un verdadero sacrilegio? Muchas personas sensatas, reflexivas e inteligentes están preocupadas por esa cuestión. Y no falta quienes han concebido la idea –de que usted va a retroceder en el pasado, con ánimo de registrar en cinta magnética las auténticas palabras pronunciadas por Colón al desembarcar en la primera isla americana, para distribuir las comercialmente. Algunos, hasta le atribuyen intenciones como la de tomar en colores una película del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Si un número suficiente de personas se convence de que tales cosas son remotamente posibles, tendremos...

–Una oleada de histerismo a escala mundial.

–Exacto. Su teoría del tiempo es fantástica, pero también son fantásticos los acontecimientos que le han permitido engendrarla. ¿Adónde va el **ONI** cuando se desvanece en el aire?

–Confío en descubrir la respuesta a esa pregunta. Si lo averiguo, la daré.

–No pensará decir que no cree en su propia teoría.

—Lo que diré es que sólo se trata de una teoría. Y si es correcta, viajaré por el tiempo con un objetivo único: poner fin a los viajes a través del tiempo.

–¡Estupendo! –asintió Haskins aprobadoramente –. Estupendo de veras. Tanto si es factible viajar por el tiempo como si no lo es, lo importante consiste en interrumpir los envíos de objetos no identificados, y eso es lo que pretendemos lograr con nuestros esfuerzos. La explicación posee fuerza moral, porque sucede que es cierta. Tenemos que *acabar* con eso.

Karvel recorrió su camino, entre filas de enérgicos guardias, y aprendió a hacer caso omiso de las multitudes y de los destellos de las cámaras relámpago. Compareció ante una comisión del Congreso y respondió a unas cuantas preguntas no comprometedoras. Luego, los miembros del Congreso pronunciaron discursos. Celebró una entrevista con el presidente de los Estados Unidos, a la que se proporcionó enorme divulgación publicitaria, y, aquella misma tarde, Karvel asistió, en calidad de invitado de honor, a una recepción oficial, organizada como deferencia hacia el cuerpo diplomático acreditado en Washington. La pierna le falló durante el acto.

Hubo prolongados y serios debates con los funcionarios del Departamento de Estado, que se mostraron algo reacios a confiar una delicada misión diplomática a un hombre cuyo adiestramiento y experiencia eran exclusivamente militares, aunque ninguno de tales funcionarios se hubiese ofrecido voluntario para sustituir a Karvel en la tarea. Se desarrollaron conferencias de prensa, en las que el comandante

aguantó el tipo, parpadeando bajo el deslumbrante resplandor de los focos de la televisión y eludiendo como podía las preguntas que no era posible contestar.

Llegaron cartas, miles de cartas; procedentes de todos los puntos del planeta. Algunos de aquellos corresponsales eran sinceros; otros estaban mal de la cabeza, sin lugar a dudas, y muchos resultaban inclasificables. Karvel empezó a leer las misivas, hasta que llegó a la primera propuesta de matrimonio... Entonces abandonó la lectura y dejó que Haskins se encargara de la cuestión.

En aquel asunto, todo era irreal. Karvel comenzó a formular una interrogante de su propia cosecha: "¿Qué **ONI**? La nebulosa esfera negra le parecía producto de la imaginación, más que algo auténtico.

Luego se descubrió una bomba de relojería en el vestíbulo del hotel. Haskins despidió inmediatamente a todo el cortejo y a primera hora de la mañana siguiente emprendieron el vuelo, rumbo a la Base Hatch de las Fuerzas Aéreas. Un regimiento de tropas de infantería se encontraba allí, para echar una mano en la labor de vigilancia de la base. El **ONI** había sido trasladado desde Nuevo Méjico y descansaba una vez más en el cobertizo siete. Los científicos llegaron a la conclusión de que el objeto no identificado debía lanzarse desde las proximidades del punto donde cayó por primera vez.

El ingenio protector estaba ya dentro del **ONI**. Se trataba de un cilindro reforzado, inquietantemente parecido a un ataúd.

–En todo diseño de equipo de buceo, el principal problema lo constituyen las articulaciones de las piernas y los brazos –dijo Haskins –. Como quiera que usted no tiene que moverse, no ha de ir de un lado para otro, ni utilizar las manos, hemos resuelto la papeleta mediante el expeditivo sistema de no colocar juntas.

–Estupendo. ¿Y cómo voy a accionar la palanca?

–No tendrá que hacerlo. Nos encargaremos de eso, recurriendo al procedimiento de la cuerdecita, como los franceses. El cilindro está acolchado por dentro, de forma que usted realizará el viaje más cómodo de su vida. ¿Desea cerciorarse de lo bien que se está en el interior del cilindro?

–¿Dónde han puesto el cierre de la tapa?

–No lleva cierre. La presión mantendrá la tapadera del cilindro clausurada herméticamente. Y en cuanto el **ONI** se detenga, esa presión disminuirá. Tan pronto pueda usted alzar la tapa sin encontrar resistencia, sabrá que puede apearse con toda garantía.

–Le veo otra ventaja a ese artefacto –comentó Karvel.

–¿Cuál?

–Si algo me sucediera, la tortilla de mi cuerpo quedaría reclusa dentro del ataúd ese. Nuestros amigos del futuro tendrían mucho menos trabajo a la hora de hacer la limpieza, antes de devolver hacia aquí el cacharro.

–¡Vamos cálese! Hemos instalado seis sistemas de radio, que funcionan en varias longitudes de onda. Tres de ellos transmitirán sonidos orales y los tres restantes enviarán señales automáticas. Nos intriga la cuestión de cuánto tiempo podremos seguirle la pista. Ande, entre y compruebe si todo está en su sitio.

Karvel se introdujo en el interior del cilindro y accionó la válvula de oxígeno y el interruptor de la radio, mientras Haskins bajaba la tapa. El comandante quedó horizontal, atravesado en ángulo dentro del **ONI**, con los pies más bajos que la cabeza. Disponía de espacio suficiente para revolverse y la tapicería de espuma era soberbiamente cómoda.

–No está mal –declaró por la radio –. Si el trayecto es largo, podré descabezar un sueñecito y todo.

–Pondremos otros cilindros más pequeños, con las provisiones y herramientas adicionales que quiera usted llevarse

–manifestó Haskins –. Propongo que incluya víveres y agua en abundancia, además de un poco de ropa. Es posible que caiga en algún desierto o erial, donde se vea obligado a utilizar el **ONI** como base de suministro. Además, nadie puede garantizarle allí un clima determinado. ¿Qué otras cosas desea llevar consigo?

–Un rifle, si hay sitio, y una pistola. Un cuchillo de esos que lo mismo sirven para cortar que para emplearlos como armas o como herramientas. Cantimplora, linterna, fósforos, mantas.. . todo eso. Pongamos que el equivalente del equipo de supervivencia de un B-52. Una vez se detenga el **ONI**, quiero verme afuera en cuestión de segundos, completamente preparado.

–Estoy de acuerdo. Dividiremos sus provisiones en dos partes: el equipo de emergencia, manejable, que podrá coger y trasladar de un lado a otro fácilmente, y la amplia reserva de víveres de campaña, agua, ropa y demás, por si acaso necesitara una base de operaciones para un período de tiempo indefinido. ¿Qué se pondrá para el viaje?

–Puede que haga calor aquí dentro. Un traje de algodón ligero, creo, y un paquete con el equipo de vuelo invernal. ¿Cuándo debo partir?

–Nos hará falta cierto tiempo para reunir el equipo y arreglar las cosas con la gente de la televisión y la prensa para que el despegue tenga la apropiada resonancia. ¿Le parece bien pasado mañana? Hacia las diez de la noche, supongo,

de forma que nos sea posible difundir el acontecimiento sin alterar el programa normal de las emisoras. Usted podrá almorzar copiosamente a mediodía y tomar una cena ligerita por la tarde.

–Y con un poco de suerte –añadió Karvel, jovial –llegaré a dondequiera que vaya a llegar con el tiempo justo para desayunarme. Se me estropearía toda la jornada si me perdiese el desayuno.

El **ONI** destacaba su esfera sombría bajo el resplandor de los focos. Lo rodeaba un círculo de cámaras. Karvel estrechó la mano de Haskins, de los científicos, de una falange de militares de alta graduación y de un numeroso grupo de observadores distinguidos. Se percató de la presencia de Whistler, que se mantenía a un lado, desconsoladísimo, y se encaminó hacia el tabernero, para darle un abrazo de despedida.

–Me gustaría que viniese conmigo –dijo Karvel.

–Si no hubiera miembros de las Fuerzas Aéreas en el sitio al que va, también me gustaría acompañarle.

Karvel le estrechó luego la mano y se dirigió renqueando al **ONI**

–¿Un saludo con la mano para "Telstar", comandante? –pidió alguien.

Karvel volvió la cabeza y contuvo el impulso de llevarse el pulgar a la nariz. Agitó el brazo mientras levantaba la escotilla. El interior del **ONI** estaba iluminado.

–¿Vamos a dejar eso encendido? –preguntó a un científico de los que mariposeaban por allí.

–Creo que no. Cuando esté usted a punto, se apagará.

Karvel pasó por el hueco de la escotilla y examinó el cuadro de instrumentos. La cápsula imprescindible no estaba en su sitio; Haskins no quería exponerse a que tuviese lugar otro accidente.

–Quisiera ver las fotografías de la posición original –de los mandos –solicitó Karvel. Se las pasaron y verificó meticulosamente la forma en que estaban colocados los instrumentos cuando llegó el **ONI**. Por último, devolvió los retratos y dijo –: Está bien.

–Debe leer esto, comandante. Descripciones científicas de los pasajeros de los objetos no identificados. No los vio, ¿verdad? El señor Haskins cree que no. Le convendría saber qué clase de animales eran, así sabrá qué es lo que tiene que buscar.

Karvel leyó dos veces el par de páginas escritas a máquina.

–Desconozco el significado de algunas de estas palabras –manifestó –, pero el segundo pasajero, por lo menos, no será difícil de reconocer. ¿He de llevar conmigo estas hojas?

–Vale más que no. Si cayesen en poder de los seres a los que aluden, es posible que la descripción no les pareciera halagadora.

–Muy bien. No pretendo disecarlos y, por lo tanto, todos esos datos me servirán de poco. ¿Cree que llegará en perfectas condiciones de empleo gran parte del equipo que llevo?

–Lo expresaré así –repuso el científico francamente –: Si *usted* llega en perfectas condiciones, la mayor parte de su equipo y suministros estarán bien. Pero si a usted le sucediera algo peor, no creo que las condiciones de su ajuar le preocupasen mucho.

–Queda bastante claro. Listo para el despegue. ¿Y usted?

El científico consultó su reloj y asintió con la cabeza. Karvel se acomodó en el cilindro y la radio chasqueó dos veces mientras el facultativo cerraba la tapa.

–¿Me oye? –preguntó Haskins.

–Dícales que echen mi bastón aquí dentro.

–Ya lo pusieron. Todo preparado.

–¿Qué está mascullando?

–No mascullo nada. Maldecía para mis adentros. Sé que la idea original de todo esto fue suya, pero ninguno de los dos ignora que fui yo quien manipuló y arregló las cosas para que se encuentre usted ahí.

–Durante todo el camino, hasta meterme en este aparato, noté la presión de la pistola apoyada en mi espalda.

–No me venga con sarcasmos. Funcionan los seis aparatos de radio y se oye con claridad todo lo que dice. ¿Le llega mi voz?

–Estupendamente. Dé las gracias al hombre que me empujó. ¿Hay instrucciones de última hora?

–Aquí está el coronel Stubbins.

—¿Comandante Karvel? Estamos introduciendo ya los mensajes. Van redactados en distintos idiomas, como la otra vez, pero con el añadido de una comunicación más. Nos hemos hartado de esta tontería y si un **ONI** cae sobre un centro urbano de alta densidad de población, o aunque sólo sea encima de una granja habitada, devolveremos el cacharro a su punto de procedencia, cargado con una cabeza de guerra atómica. ¿Lo captó?

—¿Hay algo que les pueda impedir responder con dos cabezas de guerra? —preguntó Karvel—. O con dos docenas, puestos ya en ese plan. En el momento en que ustedes envíen una, se convertirán en un blanco permanente y no podrán responder.

—No se atreverán a dar por supuesto que ignoramos su posición —replicó Stubbins en tono hosco.

—¿Algo más?

—Vamos a encargar a una base aérea que siga su rastro. Pensé que le gustaría saberlo.

—Supongo que será alguna de la Antártida. Me alegro de no estar allí para oír los discursos.

—Otra cosa. No voy a decir que no queremos que vuelva. Deseamos su regreso... fervientemente, pero sólo si usted puede tener la certeza absoluta, al cien por cien, de que aterrizará en una zona deshabitada.

—Comprendo.

—A menos... —Stubbins soltó una risita seca—, a menos que se las arregle para hacer diana en el centro del Kremlin.

—¿Por qué no en el Pentágono? —preguntó Karvel.

Stubbins balbuceó algo acerca de "feliz aterrizaje" y resonó entonces la voz crispada de Haskins.

—Por nuestra parte, todo a punto. ¿Está usted preparado?

—Preparado.

—Probablemente debería decir un montón de cosas, comandante pero ni siquiera voy a intentarlo. Todos nosotros deseamos que Dios le acompañe, que tenga un viaje rápido y un descenso seguro. El capitán Morris acaba de pedirme que le comunique que reza para que la dirección sea hacia arriba. Supongo que se refiere a la escalada de montañas.

–Dígale –repuso Karvel –que espero dejar bajo su custodia toda la maldita cordillera.

–Lo haré. Listo para la cuenta atrás. Diez, nueve, ocho...

Karvel contó con él. Al llegar a cero, notó una leve sacudida. Continuó:

–Uno, dos, tres

Se interrumpió en ese punto. La única voz que oía era la suya.

\* \* \*

## FUTURO

### 1

Silencio.

Luego, de un modo casi imperceptible, presión.

Retorciéndose, alarmado, Karvel deslizó las manos a través del pecho y se tocó el rostro. No había nada que apartar de allí, nada tangible contra lo que luchar.

La presión continuó... ligera, porfiada, envolvente.

Mientras sopesaba las probabilidades que tenía de sobre –vivir, un comentario empezó a darle vueltas por la cabeza. Una observación pronunciada por Gerald Haskins:

*–¿Contra el tiempo? ¡Bueno, ya puede estrujarse el cerebro para crear un ingenio protector que le mantenga a uno al margen de los peligros del tiempo!*

En aquel momento, tendido en el cilindro, comprendió la falacia que había socavado todo su plan. No era cuestión de prescindir del tiempo, sino de quebrantarlo, de abrirse paso a través de él mediante la fuerza.

Estaba traspasando la barrera del tiempo, que se resistía a la perforación.

La fuerza opresora continuaba: suave, plumea, intangible, pero despiadada e inexorable.

Estirado, conservando la calma, Karvel contuvo el impulso apremiante que le exigía escapar del cilindro para averiguar que ocurría en el exterior. Fueron transcurriendo los minutos, lentos, comprimidos, y, despacio, tediosamente, la presión se incrementó poco a poco. El comandante empezó a hacer cábalas acerca del significado del tiempo, cuando uno está atravesándolo. ¿Acaso su reloj de pulsera continuaba marcando el paso de los segundos, los minutos y las horas? Yacía, presa de aquel abrazo del tiempo, preguntándose cómo se mediría. Cuando, por último, decidió poner en práctica un experimento, comprobó que las saetas luminosas de su cronómetro permanecían inmóviles bajo el cristal, combado hacia adentro por la fuerza de la presión.

Presión... y luego dolor. Se fue volatilizando la calmosa determinación de Karvel. Empezó a bregar y cada uno de sus movimientos, cada uno de sus músculos, al tensarse, tropezaba con la acción tenaz de una energía inflexible. Inducido por un arrebató de pánico, se lanzó contra la tapadera del cilindro. La tremenda presión exterior la mantenía sellada. Karvel volvió a quedar tendido, y murmuró para sí: "Y creí hacer un chiste cuando llamé ataúd a este maldito cilindro."

Y la presión continuó acentuándose, hasta que se convirtió en algo perverso e hinchado, que le mantenía inmóvil en un potro de tormento. La más leve alteración de su postura le obligaba a un esfuerzo prodigioso y le costó un forcejeo prolongado y agotador llevarse las manos al rostro, en su intento para aliviar la intensa presión que se ejercía sobre sus párpados.

Cada vez que respiraba, se producía sobre su pecho un dolor vivísimo, consecuencia del peso abrumador que se lo aplastaba. Absorbía oxígeno a base de jadeos entrecortados y, medio aturdido, se dio cuenta de que estaba padeciendo una asfixia dilatada y tortuosa. El convulso latir del pulso destrozaba todo su cuerpo. Pudo haber perdido el conocimiento; con posterioridad, no le fue posible acordarse de lo que había pasado, de lo que experimentó en el curso de aquellos segundos finales, cuando la presión franqueó los demoledores umbrales de lo intolerable.

Sólo recordó después la deliciosa sensación de alivio y sus primeras inhalaciones triunfales, vivificadoras, reconfortantes.

Todo lo que pedía era seguir allí tumbado para siempre, sobre la maravillosa suavidad del acolchado de espuma. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para mover las manos y levantar la tapa. El cilindro se abrió sin dificultades. Saltó fuera y quitó el cierre a uno de los cilindros de suministros. Echó una mirada a través de la escotilla y luego lanzó por la abertura el equipo de urgencia y siguió el mismo camino rápidamente, mientras quedaban esparcidos por el interior del **ONI** los ultimátums redactados en múltiples idiomas.



En cuanto echó pie a tierra, oyó una serie de chasquidos lejanos, a los que sucedió de inmediato un apagado pero creciente escándalo de gritos, en los que se apreciaba el miedo y el dolor. Se encontraba en medio de una extensa pradera. Un arroyo tintineaba musicalmente, casi a sus pies. Era un riachuelo de cauce tan geométrico como la avenida de árboles que lo bordeaba. En la orilla opuesta se erguía una ciudad, un enorme complejo urbano, del que no podía determinar ni su principio ni su fin. Rielaba el color blanco de los edificios, cuyas filas y ángulos se amontonaban como cajas apiladas matemáticamente. Sobresalían en aquel conjunto numerosas torres truncadas, ligeramente cónicas, como chimeneas deformes, y todo presentaba el aspecto de una factoría ultramoderna.

Y la fuerza X lo estaba destrozando, al surcar con violencia demoledora por entre las construcciones.

Los muros se combaban, se tambaleaban, se desplomaban, a medida que eran barridos sus puntos de apoyo. Las torres se disgregaban de forma demente, segundos antes de desmoronarse con estrépito. Cuerpos humanos se agitaban momentáneamente, caían o esquivaban lo que se les venía encima. Los implacables latigazos de la devastadora espiral golpeaban una y otra vez, ensanchándose, y cada nueva sacudida provocaba simultáneos alaridos de angustia y pavor, que iban a integrarse en el aterrado clamoreo que entonaban ya millares de personas estremecidas. Las bocas de las salidas subterráneas y las puertas exteriores de las murallas se obstruyeron rápidamente, con moles de humanidad frenética, mientras que los que lograban escapar se precipitaban hacia Karvel como una marea de termitas irracionales saliendo arrebatadas de un hormiguero amenazado.

Karvel contempló aquella escena de apocalipsis. Le paralizaba el horror y parecía incapacitado para reaccionar.

Pensó que la muchedumbre debía perder su impulso inicial, agotada por el esfuerzo que representó huir de la urbe que se derrumbaba. Aquellas gentes hubieran tenido que dispersarse por la pradera espaciosa. Pero no fue así. Karvel comprendió de pronto que los que encabezaban los grupos no corrían para alejarse de la ciudad... corrían para llegar hasta él. Los jefes, individualmente o en partidas de tres o cuatro, se destacaban de la multitud, aceleraban la carrera y se desviaban para converger sobre Karvel.

Este se sentía tan abatido ante la catástrofe que había precipitado que, durante un buen espacio de tiempo, se mantuvo inmóvil, predispuesto con resignación a sufrir la venganza que aquellos seres volcasen encima de su persona.

Luego recordó que una furia semejante podría producirse en Nueva York, Londres o Moscú, en idéntico caso, y que sí un **ONI** alcanzaba cualquiera de tales núcleos de población, nada impediría a los altos mandos militares devolver el

artefacto, cargado con una cabeza de guerra atómica. Se dijo que tenía que cumplir una misión, que estaba obligado a realizarla y que zanjar la cuestión con su conciencia vendría después.

Recogió su equipo, se metió en el agua y emprendió la retirada.

Pero sin correr. Anduvo con paso vivaz, con toda la soltura que le permitía su cojera, al tiempo que volvía la cabeza de vez en cuando. La pradera se iba llenando de gente, una humanidad sudorosa, que vociferaba incoherentemente. Los perseguidores más inmediatos de Karvel se encontraban a bastante distancia, por delante de él. Habían recorrido más de kilómetro y medio, primero como consecuencia de su huida de la urbe, y después empeñados en la furiosa persecución de Karvel, pero no podían mantener aquel ritmo de marcha indefinidamente.

Alargó la zancada, salió del riachuelo y empezó a atravesar el rastrojo de un triguillo segado, un campo de trigo que dilataba su lisa monotonía hasta perderse de vista en el horizonte. Otra mirada le permitió comprobar que sus perseguidores aún conservaban bastante velocidad en las piernas. Los rayos del sol rutilaban sobre sus calvas cabezas y los atavíos, de colores brillantes y extraño aspecto, se agitaban y ondulaban a impulsos de la brisa.

Varios ingenios voladores de rara línea se habían elevado por encima de la urbe y su presencia anulaba de manera efectiva todas las esperanzas de fuga que Karvel pudiese alimentar. Pero, en abierto desafío a toda lógica, el comandante echó a correr con cierto entusiasmo.

El bastón era un adminículo inútil en aquel piso blando y el cansancio no tardó en agobiarle. Detuvo la carrera, se volvió despacio y plantó cara a los perseguidores. No hizo intento alguno para coger el rifle, que llevaba colgado al hombro, ni para empuñar la pistola. No sabía si la presión dejó inútiles sus armas de fuego pero, en el mejor de los casos, pocas bajas podría causar a aquella masa humana. Los chillidos que escuchó repicaban todavía en su conciencia y el telón de fondo que constituía la ciudad lacerada destacaba ante sus ojos como una acusación monstruosa.

Aguardó. Los perseguidores aceleraron la carrera, corrieron con los descompasados movimientos de los velocistas que parten raudos en pos de una meta cercana. Luego, a escasos metros de Karvel, se detuvieron, indecisos y tambaleantes. Uno de los extraños aparatos voladores descendió lentamente, hasta posarse en el suelo, cerca de Karvel. El ademán que ejecutó el piloto no inducía a ninguna clase de engaño, pero Karvel continuó sin moverse, con la vista fija en el avión. Era una simple caja redonda, sobre una gruesa plataforma circular y, contemplada aquella máquina en tierra firme, costaba trabajo convencerse de que pudiera volar.

El piloto repitió su gesto, llamándole, y despegó mientras Karvel trepaba por un lado del aparato. Se remontaron en vertical cosa de cuatro metros y después avanzaron despacio. Los hombres del suelo se congregaron, formando un grupo tenso, y se limitaron a contemplar la maniobra del avión. Hasta que el ingenio volador no empezó a adquirir velocidad, Karvel no se dio cuenta que se *alejaban* de la urbe.

Formuló una pregunta, mirando con atención al piloto por primera vez.

El aviador farfulló algo en tollo excitado, agitó un brazo y volvió a hablar. Su mano izquierda descansó encima de una serie de superficies rectangulares, y sus dedos accionaron aquel teclado con la misma competencia indiferente con que un pianista experto tocaría su instrumento. El rumbo se alteró levemente; la velocidad aumentó. Unas planchas curvadas surgieron del respaldo de sus asientos, se deslizaron hacia adelante y los abrigaron. Un dosel trasparente resbaló por encima de sus cabezas. El piloto esbozó una sonrisa lateral, dejando ver sus encías desdentadas.

–Oiga, amigo... no deseo huir –dijo Karvel.

El piloto sonrió y luego volvió a farfullar algo ininteligible. En vano, Karvel hizo un ademán en dirección a la ciudad, que iba quedando atrás rápidamente. Siguieron adelante, raudos, todavía a la enervante altitud de cuatro metros escasos del suelo.

–¿Debo considerarme rescatado o secuestrado? –preguntó Karvel. Volvió la cabeza y saltó –: ¡Elévese un poco más, insensato

Otro de aquellos peculiares aparatos había emprendido su persecución.

Unos cuantos aeroplanos de mayor tamaño convergían sobre ellos. Uno tras otro, se dedicaron a lanzarse en picado y a trazar rizos en el aire. Retorciendo la cabeza, fulgurándole los ojos con éxtasis feliz, el piloto que acompañaba a Karvel maniobró con habilidad por entre aquel tejido de aviones, cambió el rumbo cuando tuvo que hacerlo y se las arregló para mantener su aparato nivelado, e incluso para ganar un poco de altura.

La ciudad no tardó en quedar muy lejos... ya no era más que un resplandor que se reflejaba, tenue, en el horizonte. Frente a ellos, el barbecho de los trigales se interrumpió de pronto, al pie de unos montes cubiertos de espesa arboleda.

Unos segundos después, dos de los aeroplanos perseguidores ejecutaron un ataque coordinado, consiguieron acorralarlos limpiamente y les obligaron a descender en el bosque. Karvel y su piloto atravesaron el denso follaje, el aparato se inclinó y giró locamente, se deslizó hasta el suelo y se inmovilizó en ángulo agudo, entre dos árboles.

La capota se abrió, los asientos se desdoblaron y el piloto se puso en pie y escudriñó el terreno circundante; la expresión del hombre denotaba perplejidad.

–Esto es lo que pasa cuando no se toma altitud mientras se puede hacer – reprochó Karvel, desaprobador.

No habían caído en un simple bosque, aquello era toda una selva enmarañada. Los árboles tenían un tamaño enorme y sus inmensas hojas ocultaban el cielo y producían un efecto de crepúsculo sobrenatural. Abultaban sobre la corteza de los troncos racimos de hongos extraños y densas cortinas de enramadas y hojas colgaban inmóviles, como pámpanos anormales. Una ruidosa nube de minúsculos insectos revoloteaba en la línea de un rayo de sol.

El piloto saltó al suelo y empezó a examinar el aparato con la cabeza ladeada.

–Si es cuestión de salir de este apuro –dijo Karvel, al tiempo que dirigía una mirada confusa al cuadro de mandos –, tendrá que ingeniárselas usted solito. Por mi parte, estoy convencido de que lo mejor es caminar.

Se apeó del vehículo, se echó al hombro la mochila y el rifle y dio unos pasos, como ejemplo. Pero el piloto no le hizo ni en menor caso, ya que seguía absorto en el examen del aparato, al que contemplaba desde la ventajosa atalaya de sus dos metros y medio de estatura.

Se abrió la cortina de enredaderas y apareció un hombre. Enormemente alto, calvo, sin dientes, hubiera podido pasar por el hermano del piloto a no ser por el tono aceitunado de su piel y de su ropa. Llevaba el mismo tipo de vestidura amplia y colgante, pero la tela era de un color pardo oscuro, tachonada de manchas casi negras, repartidas irregularmente. Iba armado con dos largas estacas, coronada cada una de ellas por un clavo espinoso de aspecto nada tranquilizador.

Sin ruido, fueron apareciendo otros hombres. El número ascendió enseguida a siete, y todos se quedaron de pie, junto al aparato, y entablaron animada charla con el piloto. Karvel se retiró al lado opuesto, donde podía sentirse un poco menos empequeñecido, un por menos enano.

El piloto volvió a subir al ingenio volador, cerró la capota y el aparato se elevó despacio. Cuando se liberó de todas las trabas, cuando se niveló, los bosquimanos empezaron a trabajar con sus pértigas, apartando las enredaderas y abriendo paso. El aeroplano flotó sobre la selva. Avanzaba al mismo ritmo de los habitantes del bosque, que iban delante, relevándose en la tarea de separar el follaje para que pudiese pasar la máquina.

Todos desaparecieron en un santiamén. Karvel se quedó contemplando el muro de verdor que se cerró tras ellos, pero sólo durante un momento. Se había

desorientado en el curso del descenso a bordo del aparato y el bosque le daba la impresión de ser un lugar excelente para extraviarse. Se apresuró, en pos de los que le precedían, dispuesto a alcanzarlos.

El piso se convirtió en una cuesta arriba bastante pronunciada. La comitiva zigzagueó por entre los árboles hasta que, por último, después de coronar una larga subida, desembocó en un pequeño claro, donde las enredaderas y los matorrales habían sido extirpados, aunque la tupida enramada de encima de sus cabezas seguía intacta.

Se unían allí tres caminos forestales amplios túneles arqueados, que se perdían de vista al rodear los gigantescos árboles de aquella selva. El piloto aterrizó, bajó del extraño aparato y todo el grupo empezó a subir en fila india por la rampa que, en espiral, circundaba hacia las alturas el tronco de un árbol existente en el borde de la explanada.

Karvel les siguió cautelosamente, y maldijo su curiosidad mucho antes de haber llegado a la cima. El piso de la rampa era de un tejido de gruesas fibras, sostenido por enormes estaquillas clavadas en el árbol. Se combaba alargadamente entre un soporte y otro y las fibras se separaban cuando Karvel pretendía utilizar el bastón. La corteza del árbol era demasiado lisa y resbalosa para que la mano pudiera agarrarse allí. Karvel se rezagó mucho respecto a los demás, pero acabó por alcanzarlos en una plataforma montada en la parte superior de la copa del árbol.

La selva se extendía a sus pies, como un mar infinito de color verde, que la tenue brisa agitaba caprichosamente. Más allá, estaba el trigal segado, y cerca de la linde del bosque se veía la vanguardia de un ejército. Aterrizaban gigantescos aviones, los cuales desembarcaban su cargamento de hombres y volvían a despegar. La soldadesca recién llegada hacía extenderse con rapidez las largas filas de tropas a la expectativa.

Sobre la rebosante plataforma, los bosquimanos conferenciaron sosegadamente. A través de un catalejo, uno de ellos observaba al ejército congregado fuera del bosque. El piloto sonrió a Karvel, le hizo una seña con la cabeza y emprendió el descenso. Karvel marchó tras él, avanzando con sumo cuidado y comprobando que la bajada era aún más peligrosa e irritante que la subida. Ponía sus nervios a prueba.

Cuando llegaban al claro de nuevo, otro grupo de habitantes de la foresta, con las estacas al hombro cual si fueran rifles enormes, se aproximaba por uno de los caminos. A la voz de mando, se desvanecieron entre los árboles, dejando a sus espaldas el leve trémolo de unas enredaderas, para indicar su paso.

Desde el aeroplano, el piloto hizo una seña a Karvel, pero éste continuó inmóvil, contemplando un poco aturdido a otro conjunto de hombres que se acercaba al

claro. El comandante se dijo que nadie, ni siquiera un Bowden Karvel con el alma abrumada por el peso de gigantescas montañas, podría estropear de modo más absoluto y nefasto una misión diplomática importante.

Su llegada destruyó una ciudad y mató o dejó mutiladas a incontables millares de personas.

Subió cansinamente al aparato. Sobrevolaron a lo largo de una de las carreteras forestales, inclinando el avión. La batida tierra del camino se deslizó, monótona a sus pies, mientras el verdor invariable de los muros del túnel flotaba a derecha e izquierda como un borroso cuadro hipnótico. Karvel tuvo que luchar consigo mismo para mantenerse despierto. Necesitaba forjarse algún plan –con urgencia, adoptar decisiones, actuar. . pero la fatiga había paralizado sus procesos mentales. Notaba sobre su ánimo el agobiante peso del agotamiento de los siglos que –quizás –había atravesado. Dio una cabezada más, sucumbió a la modorra que le envolvía y acabó por quedarse dormido.

El amedrentador ocaso forestal ponía tinieblas en la noche del bosque cuando el piloto lo despertó, sacudiéndole por los hombros. Soñoliento aún, distinguió otra explanada, en cuyo perímetro permanecían estacionados varios aviones. Recogió su equipaje y siguió al piloto, al tiempo que pisaba fuerte para despabilarse del todo. El piso cambió bruscamente y la blandura esponjosa de la alfombra forestal se convirtió en suelo más firme. Por delante, una puerta chirrió, al abrirla el piloto. Avanzó unos pasos sumido en una negrura total, hasta que se abrió otra puerta, al otro lado de la cual brillaba la luz.

Los ojos de Karvel se recobraron enseguida del resplandor, pero el sobresalto que recibió al contemplar la escena le duró algo más. El hombre del futuro había vuelto a las cavernas.

Parpadeó, escéptico, bajo la alta bóveda irregular que constituía el techo. Bandas de luces artificiales, agradables aunque rutilantes, se entrecruzaban con él. Aquella sala natural contenía lo que, al parecer, era un equipo de comunicaciones asombrosamente avanzado. En un lado de la estancia, el condumio siseaba encima de una parrilla de gran tamaño, y los bosquimanos se servían de vez en cuando... cogiendo con unas grandes tenazas la comida, que echaban en toscos cuencos de madera, de donde cogían las tongas con los dedos, para metérselas en la boca, una vez se habían enfriado.

Por la espaciosa sala se veían buen número de bancos alargados, como de mimbre, y el sonriente piloto llevó a Karvel hacia uno de ellos. Ambos tomaron asiento. Los habitantes del bosque se congregaron a su alrededor. Con la misma abierta curiosidad de un grupo de niños, tocaron a Karvel la cabellera y las ropas, pasaron los dedos a lo largo del cañón del rifle y parecieron quedar fascinados con su bastón. Cuando uno retrocedía, satisfecho en apariencia, otro ocupaba su lugar.

El piloto se acercó a la parrilla y volvió con un tazón de bolas de alimento, que ofreció a Karvel. Este aceptó el regalo y dio las gracias mediante una inclinación de cabeza. Cautelosamente, se puso en la boca una de aquellas bolas. Antes de que empezara a masticarla, se desintegró, transformándose en una pasta espesa. Pensó que era una comida muy apropiada para gentes que carecían de dentadura y... ¿qué decía aquel informe?... Ah, sí, que no tenían estómago. "Albóndigas de carne, masticadas y digeridas previamente", se dijo.

Claro que, bien pensado, sin duda no eran de carne. El sabor resultaba fuerte y nada desagradable, con un regusto vagamente familiar, pero cuya identificación no acababa de conseguir. Se limpió la boca con un trago de jugo de fruta fermentada y se aprestó a calmar su apetito.

Al cabo de un rato, se percató de que el piloto había desaparecido; los bosquimanos estaban entregados a sus ocupaciones particulares, que les obligaban a ir de un lado para otro. A plena luz, Karvel se dio cuenta por primera vez que el tono oscuro de los rostros de aquellos seres se debía al mismo tinte verde de los lunares de sus vestiduras. En la estancia había menos personas de las que supuso al principio. El enorme tamaño de aquellos hombres, combinado con el aturdimiento en que se encontraban los sentidos de Karvel, le hicieron convertir un pelotón en una compañía.

Buscó en vano algún distintivo que le indicase que determinado individuo poseía autoridad sobre los otros, y lamentó que no le fuera posible pedir que le llevaran ante el jefe del grupo. Sus primeros contactos fallidos con la barrera del idioma le dejaron descorazonado y convencido de que Haskins debió enviar a un lingüista.

Se mantuvo ocupado cierto tiempo con la revisión de su equipo. Nada parecía haber sufrido daños, ni siquiera la linterna. Volvió a guardarlo todo, al tiempo o que se preguntaba si la presión que le pareció sufrir no habría sido una ilusión sensorial. Desde luego, no hubo nada ilusorio en lo referente a las condiciones físicas en que llegaron los otros pasajeros del **ONI**

La noche continuó avanzando despacio y Karvel se estiró sobre la rugosa e incómoda superficie del banco e intentó hacer inventario de los errores cometidos desde su arribada. Terminó por reducirlos a uno: no debió abandonar el **ONI**; pero tampoco podía volver sobre sus pasos sin tener que atravesar, o sobrevolar, dos ejércitos hostiles.

Apenas faltarían un par de horas para el alba, cuando el piloto fue a buscarle. Sin emitir protesta alguna, Karvel se dejó llevar por la estigia noche del bosque, hasta el punto donde se hallaba el aeroplano. El asiento se cerró en torno a su cuerpo, la capota se deslizó lentamente por encima de su cabeza y, rodeados de silencio, aguardaron en la oscuridad.

Por las alturas, centelleó y desapareció una estrella. Karvel dirigió la vista al cielo y volvió a verla. Una y otra vez. Despegaban aviones, separando el follaje del bosque al ascender. Distinguió la estrella en seis ocasiones y, a continuación, fueron ellos quienes se remontaron despacio, surcando la enramada y aventurándose por el cielo nocturno.

Entre las nubes, se vislumbraban algunos racimos de estrellas, pero no la Luna.

¿La Luna? exclamó Karvel –¿Cómo sé que *hay* una luna?

Escudriñó las tinieblas, esforzándose en distinguir los aparatos de la escolta, pero ninguna sombra flotaba cerca de ellos. Era probable que los seis aeroplanos hubiesen despegado en calidad de señuelo, con la finalidad de atraer sobre sí la atención de los posibles perseguidores.

–¡Elévese un poco! –rezongo.

Se deslizaban a muy escasa altura por encima del bosque. No tardaron en asomar las primeras claridades de la aurora por lo que Karvel confió que fuera el este. Luego, de pronto, la foresta se interrumpió. Aparecieron campos de cultivo por debajo del aeroplano y, en el horizonte, descolló el núcleo urbano de otra ciudad.

\* \* \*

## 2

Primero, una factoría ultramoderna; después, una catedral surrealista.

La metrópoli relumbraba suavemente con la espléndida mezcla de ventanales policromos, cuyos vidrios ofrecían todos los colores habidos y por haber. Las espirales estriadas de las torres culminaban como gigantescos hongos en plataformas circulares, muy amplias, que, en orden ascendente, se elevaban hacia la descollante autoridad de una especie de campanario central. Se trataba de un solo edificio, tan enorme que cubría varios kilómetros cuadrados. Mas, sin embargo, el recuerdo que conservaba Karvel de la primera urbe, cuya superficie le pareció inacabable, hacía que la que tenía ante los ojos le resultara minúscula.

Descendieron poco a poco sobre una de las torres, flotando en el aire durante unos minutos, mientras la muchedumbre congregada allí se abría para dejarles espacio en el que aterrizar. En cuanto el asiento le dejó libre, Karvel hecho pie a tierra con toda la dignidad que las circunstancias le permitieron, adoptó la posición de firmes y ejecutó una reverencia.



Allí, por fin, estaban los hombres a los que había buscado.

Eran hombres de edad, ancianos, con semblantes flacos y cubiertos de profundas arrugas. Cada uno de aquellos rostros presentaba el adorno, un tanto ridículo, de la correspondiente barba, ondulante y teñida de algún color llamativo. Uno de aquellos individuos –cuya barba tenía el precioso tono azulado de un huevo de petirrojo –devolvió a Karvel la reverencia y empezó a expresarse y, a cada gesto, sus uñas, largas y cuidadas con meticulosidad, resplandecían con fulgores de bruñido cuchillo.

El parlamento alcanzó su cota máxima de clímax y luego remitió. En medio de un silencio expectante, Karvel hizo otra reverencia.

–No le entiendo –anunció.

Barba Azul correspondió al repetido saludo y todo el grupo emprendió el descenso por una rampa en espiral, rumbo a las interioridades de la torre. Prudentemente, Karvel se llevó consigo todo el equipo. Nadie se opuso a ello, ni siquiera manifestaron el menor asomo de curiosidad.

Se reunieron en una sala de conferencias octogonal, carente de ventanas, donde de las multicolores paredes y del difuso techo surgían claridades de diversos tonos. Criados sin barba pasaban entre los ancianos, distribuyendo escudillas de comida cuyo aspecto y sabor era el de gachas diluidas. Rechazar aquel alimento hubiera constituido una violación de la etiqueta, así que Karvel aceptó uno de los tales recipientes, sorbió su contenido y se obligó a engullirlo sin hacerles ascos.

Los ancianos barbudos de la comisión de bienvenida se retiraron al fondo de la estancia y fueron sustituidos por una comitiva de hombres con las barbas más cortas. Hablaron, canturrearon y entonaron su jerga en honor de Karvel, quien no tardó en comprender que lo que estaban haciendo era probar suerte con diferentes idiomas, a ver si los entendía. Pero Karvel no logró captar un solo sonido que le resultase inteligible. Después de cada uno de los intentos, sacudía la cabeza y manifestaba:

–No entiendo.

Cuando ya no pudo reprimir más su impaciencia, avanzó hacia los ancianos, se golpeó el pecho ostentosamente y anunció.

–Comandante Bowden Karvel.

Los hombres de luengas barbas celebraron una conferencia; de vez en cuando, llamaban a alguno de los de barba recortada y le hacían una consulta. Al cabo de cierto tiempo, reaparecieron los criados con más comida y todos se olvidaron del

coloquio para entregarse a una orgía de chasqueo de labios y onomatopeyas bucales.

Cuando hubieron concluido con el refrigerio, Karvel probó de nuevo a hacerse entender.

–Comandante Bowden Karvel –dijo, mientras se señalaba con el índice. Luego lo apuntó hacia Barba Azul –. ¿Y usted?

Barba Azul convocó otra conferencia. Abatido, Karvel se retiró a un rincón de la sala, el más apartado, y se sentó en el borde de un escabel en forma de hongo.

–Haskins debió enviar un poliglota –murmuró

Lo más probable era que aquellos seres trataran de descubrir su procedencia, pero aunque el lenguaje no representara obstáculo alguno, tampoco podría explicárselo. ¿Había viajado por el tiempo, por el espacio o por alguna dimensión desconocida previamente? No le sería posible saberlo hasta que averiguase donde se encontraba.

Continuó la fluidez extraña de aquella jerigonza, interrumpida a intervalos regulares para la deglución de las gachas. Karvel desarrolló todo un señor respeto hacia su estómago, mientras observaba las costumbres alimenticias que imponía el carecer de semejante órgano digestivo: tenían que ingerirse pequeñas cantidades de aquel jugo nutritivo cada media hora poco más o menos. Indudablemente, era una suerte que aquellos seres no tuviesen el apetito ni la capacidad necesaria para tomar cosas sólidas, ya que los únicos dientes de la sala pertenecían a Karvel.

–Comandante Bowden Karvel –les dirigió la palabra una vez más, con aire cansado –. He venido en su esférico aparato móvil para rogarles que, por favor, no nos envíen ninguno más.

Debatieron su breve discurso en una inútil conferencia y después le asaltaron con otro torrente de sonidos orales incomprensibles.

Al llegar el crepúsculo de aquel día, la fatiga había dejado a Karvel casi inconsciente, aparte de que experimentaba un hambre voraz. Recurrió a toda su fuerza de voluntad y se bebió cuatro tazones de gachas, acto que evidentemente dejó a los otros sorprendidísimos. Durante una hora, se sintió saciado pero el hambre volvió a dominarle después.

Le acompañaron a una estancia contigua, también sin ventanas y octogonal, pero mucho más pequeña y sin ninguna clase de mobiliario. Una puerta corredera surgió de la pared, cerrándose en silencio, y Karvel se encontró solo. Dejó caer la mochila que contenía su equipo y se sentó en el suelo. Tras una jornada repleta de sonidos enigmáticos para él, no dejaba de parecerle una hermosa bendición aquel silencio.

De pronto, le asaltó la idea de que le habían aposentado para que pasase allí la noche. Se encaminó a la puerta, dispuesto a llamar, pero se le abrió automáticamente. Dos hombres de largas barbas anaranjadas permanecían sentados en sendos taburetes.

–Miren –dijo Karvel, empleando un tono la mar de amistoso –. No sé si soy un huésped de honor o un prisionero, pero en el sitio de donde vengo hasta a los presos se les proporciona un lecho para que descansen.

Acudieron con presteza cuando les indicó que entrasen en la estancia y, en cuanto se estiró en el piso, aquellos individuos comprendieron lo que les quería dar a entender. Una especie de ademán de prestidigitador y, como consecuencia del mismo, una cama se destacó del muro. Quedó en el suelo: una colchoneta con una longitud superior en noventa centímetros a la que Karvel necesitaba y más estrecha de lo que le hubiese gustado, pero, al fin y a la postre, era una cama.

–Gracias –manifestó Karvel –: Ahora les rogaría que fuesen tan amables como para indicarme donde está el cuarto de baño más próximo, pero maldito si estoy dispuesto a arrancarles ese informe a base de señas prácticas.

Se inclinaron cortésmente y se retiraron. La reverencia era la única señal alentadora conseguida en el transcurso de todo aquel día plagado de desengaños. Saltaba a la vista que el gesto les resultaba extraño; se inclinaban porque Karvel lo había hecho, nada más.

Examinó la habitación. Se ventilaba gracias a unos estrechos enrejados de las paredes y el cielo raso. En cada uno de los muros había un panel con todo el aspecto de puerta corredera. Uno de ellos se abrió y puso frente a su vista un diminuto cuarto de baño. La decoración, los aparatos sanitarios y demás eran de diseño algo exótico, pero vagamente identificables. Se confesó a sí mismo, no sin cierta filosofía:

"Al menos, hay una zona en la que los caprichos más o menos artísticos de la moda nunca triunfarán por completo sobre el funcionalismo práctico." La bañera resultaba pequeña, tenía forma de circunferencia y era extremadamente profunda. Hubiera disfrutado tomando un baño vertical, pero no tenía la más remota idea acerca de cómo se daba el agua.

Regresó a la otra estancia, se quedó en paños menores y se tendió sobre la cama. Durante largo rato, estuvo contemplando la caleidoscópica corriente de colores de las paredes y el techo. Se acentuaban y empalidecían de modo constante, cambiando tonalidades y formas y creando una sensación de movimiento incesante. En cierto sentido, aquel efecto tranquilizaba de una manera hartamente extraña, pero no tardó en dormirse.

Se despertó bruscamente, saltó del lecho y se puso en pie, alarmado. Las paredes le susurraban aquella jerga que parecía ser el idioma oficial del país. Se llegó a la puerta y hechó una mirada afuera.

Los de la barba color naranja le observaron interrogadoramente.

–¿Sueñan en voz alta? –preguntó Karvel, y volvió a acostarse.

Se mantuvo desvelado durante bastante tiempo, escuchando el murmullo de las paredes y formulándose numerosas preguntas acerca de infinidad de cosas. En aquel preciso instante, podían estar preparando el lanzamiento de su **ONI** o de cualquier otro. *Tenía* que aprender el lenguaje de aquellas gentes o enseñarles el suyo, pero ignoraba cómo llevar a cabo una y otra tarea.

Por último, volvió a quedarse dormido, hasta que le despertó de nuevo el tímido contacto de una mano sobre su brazo. Confuso y aturdido, contempló la cabeza calva y el barbudo rostro que se inclinaba hacia él.

–Buenos días –saludó la testa.

–Buenos días –replicó Karvel, y hasta que no se le trabó la lengua con la pronunciación, no se dio cuenta de que estaba hablando un idioma desconocido.

Porque los siguientes vocablos no significaron nada en absoluto para él, mientras su interlocutor continuaba farfullando; al principio con aparente entusiasmo, luego con duda y, finalmente, con irritación. Karvel dedujo que, durante su sueño, trataron de imbuirle en el cerebro aquel lenguaje, que confiaron en enseñárselo mediante tal procedimiento... y que el plan fracasó casi de manera estrepitosa.

Tuvo conciencia de que algo había mirado. Las palabras ya no le sonaban a jerga atropellada. Eran, simplemente, términos ininteligibles. Sucedió una jornada en la que las frustraciones fueron amontonándose una encima de otra, con un fatalismo que hizo que Karvel pensara que se veía atrapado en medio de una representación de ópera bufa mal escrita. Sus anfitriones se negaban obstinadamente a creer que fuese incapaz de entenderlos. Seguían disparándole palabras y más palabras.

A intervalos, Karvel intentaba dirigir sus esfuerzos hacia algún sistema metódico de instrucción. Señaló con el índice la colgante manga de una de sus vestiduras.

–¿Qué es esto? –inquirió.

Le llevaron una de aquellas prendas.

Señaló la curvada escudilla que había contenido las gachas de su desayuno.

–¿Qué es esto?

Le sirvieron más comida.

Echó a andar; le condujeron a la plataforma de la parte superior de la torre, para que hiciera ejercicio.

Respiró hondo; de inmediato, pusieron ante él a un anciano de piel arrugada y barba purpúrea, que, como un médico peculiar, procedió a auscultar el pecho de Karvel con un aparato que debía de ser electrónico. Luego le recetó la medicina que consideró oportuna y se fue.

Aquellos individuos no repetían los vocablos. No se esforzaban lo más mínimo tratando de identificar objetos. El interés de Karvel hacia los sencillos verbos se vio defraudado de un modo tan consistente que acabó por dudar que aquella jerga incluyese alguno. Sus interlocutores no poseían al parecer, ningún concepto relativo acerca de cómo debía enseñarse una lengua.

Empezó a anquilosársele el cuello de tanto levantar la cabeza para mirarlos. Tanto si Karvel permanecía de pie, como si estaba sentado, los barbudos de pelo anaranjado se inclinaban sobre él y hacían gala de esa paciencia presuntuosilla y afectada que suelen poner en práctica los adultos en trance de sermonear a un niño rebelde a la asimilación de cultura. A Karvel le desagradaba un tanto el gorgoteo de los engullidores de gachas, un fastidioso sonido, que se repetía periódicamente.

Perdió los estribos mucho antes de mediodía, cosa que no era de extrañar, dado que los infernalmente incomprensibles vocablos no dejaban de ponerle los nervios como tirabuzones.

–¿Qué están haciendo con el **ONI**? –rugió.

Retrocedieron, consternados, y le devolvieron a su cuarto para que descansara, lo cual no sirvió para que mejorase un ápice su estado mental. La reclusión a solas era más inútil todavía que la escucha de la jerigonza impenetrable de sus anfitriones.

Aquella noche, recibió más lecciones, o acaso fueron las mismas. El susurro continuo y estéril de las paredes se mezcló grotescamente, en sus pesadillas desfiguradas, con los gritos de los habitantes de la ciudad que devastó el **ONI** y con las risas juveniles del teniente Ostrander.

Al día siguiente, tuvo la sensación de que había captado en forma nebulosa una palabra o dos, pero no se le ocurrió ningún medio adecuado para poner a prueba aquel presunto conocimiento.

Al servirle la colación matinal, ¿Acaso decían: *Aquí tiene su desayuno?* ¿O tal vez: *Tómeselo aprisa, a fin de reanudar el trabajo cuanto antes?* ¿O quizás: *Es posible que sus esfuerzos digestivos resulten generosos?* Lo que recitaban al llevarse Karvel a los labios la escudilla de puches, ¿era una oración, bendiciendo el alimento o un comentario agudo, referente a los modales de su huésped?

En todas las ocasiones en que Karvel se dejaba llevar por el mal genio y daba rienda suelta a su enojo, los barbudos le condenaban al ostracismo. Aquellos sujetos parecían totalmente desprovistos de sentimientos. Karvel pensó que su vida emocional debía de ser tan blandengue como las gachas de su dieta alimenticia.

El tercer día, el grupo de seres de luengas barbas acudió con un tutor, que se hizo cargo del comandante. probablemente, se consideró que la educación de un alumno tan cerril les resultaba imposible. El tutor tenía aspecto de adolescente apenas salido de la edad infantil. Sólo media cuatro o cinco centímetros más que la estatura de Karvel, su rostro era enjuto y delicado y el timbre de su voz resultaba agudo y discordante, casi femenino. La barbita anaranjada no pasaba de perilla, pero las uñas habían alcanzado su pleno desarrollo y eran tan formidables como las de los ancianos de barbas abundantes.

Como la cosa más natural del mundo, el tutor desplazó un taburete de la pared del aposento de Karvel y éste, molesto consigo mismo por las largas horas que pasó sentado en el suelo, señaló el asiento con el índice y preguntó que qué era aquello. El tutor pronunció una palabra; Karvel repitió lo expresado antes, trabó la frase en la lengua y empezó a dar vueltas por la estancia y a palpar las paredes a la ventura. El tutor le contempló, con aire de incompreensión solemne. Karvel gritó las palabras en tono furibundo. ¿Es que aquellos individuos no tenían imaginación?

De pronto, el tutor se levantó y desplegó otro taburete de los empotrados en la pared hasta la invisibilidad. Karvel se dejó caer en el asiento, a la vez exhalaba un alarido de triunfo. Había aprendido el significado de una palabra y estuvo repitiéndola hasta establecer el hecho de que en el cuarto figuraban cuatro taburetes y adiestrarse en la forma de extraerlos de los muros con sus propias manos.

Acto seguido, aprendió las operaciones correspondientes a la cama, y luego perdió media hora tratando de distinguir entre *cabeza* y *rostro*.

Apareció un criado con comida. El tutor sorbió su mejunje despaciosamente; Karvel apuró el suyo de golpe, con impaciencia. Cuando el tutor hubo terminado, emprendieron un largo descenso en espiral, hasta el nivel del suelo, y pasearon por un pequeño parque, completamente cercado. Las resplandecientes murallas de la ciudad se erguían por encima de sus cabezas, de forma que el parque resultaba allí algo tan incongruente cómo un jardín en el fondo del hueco de un montacargas.

Anduvieron de un extremo a otro del recinto. Karvel, renqueando aún y ayudándose con el bastón, aprendió durante aquel paseo los términos correspondientes a *hierba*, *árbol* y *flor*. El tutor parecía satisfecho, pero a Karvel no le abandonaba la impaciencia. Su única idea estribaba en averiguar qué había sido del **ONI**, pero ni siquiera conocía una sola palabra con la que iniciar la formulación de la pregunta.

Aquella noche, el sueño de Karvel estuvo inundado de vocablos y acepciones cuya significación se escapaba siempre a su entendimiento. A intervalos larguissimos, le llegaban ramalazos centelleantes de comprensión.

Hierba... verde. *Color* de la hierba. . . ¿verde?

O, ¿*el* color de la hierba es verde? ¿Y cómo podría preguntarles qué hicieron con el aparato en el que había llegado? Al ritmo de aprendizaje que llevaba, transcurrirían una docena de años antes de que le fuese posible traducir las palabras *objeto no identificado*.

"*Larga* hierba verde." ¿O *alta* hierba? Pero la idea –la imagen, más que la idea – brilló de pronto en su cerebro... Con claridad.

–Buenos días –saludó Karvel –. ¿Nos desayunamos juntos?

–Nos desayunamos juntos –convino el tutor.

Un ingeniero eficiente se había introducido en sus mentes y canalizaba el lenguaje. Karvel no tenía que hacer más que pensar lo que deseaba decir en inglés y cruzar mentalmente por encima de las palabras superfluas, hasta que el raído significado proporcionaba la traducción por su cuenta. La sorpresa y la inquietud acechaban en cada frase, porque las inflexiones concluyentes podían dar otro sentido al parlamento.

Pero una vez hubo aprendido los fundamentos esenciales de la gramática y adquirió un conocimiento superficial del léxico, las lecciones nocturnas empezaron a grabársele con efecto fenomenal.

Se desayunaron en amor y comparsa. Charlaron de temas sencillos... el verdor del césped del parque y la altura de los árboles verdes del reducido jardín. Karvel se encontró con que flotaban por su cabeza una nebulosa serie de vocablos que no recordaba haber oído hasta entonces. Indicó que su salud era buena... Sería mejor si le fuese posible comer algo sólido, pero no sabía como expresar eso. Comentó luego que le gustaría dar otro paseo.

Marcharon al parque otra vez y anduvieron por allí. Con cierto anhelo interno, Karvel pensó que un poco de natación le proporcionaría el ejercicio que necesitaba su cuerpo, sin tener que someter a su rodilla a un esfuerzo innecesario. Citó la

palabra "baño", un baño móvil, un baño gimnástico, y ejecutó movimientos de natación.

El tutor le comprendió al instante. Salieron del parque, para emprender el descenso por la rampa. Amable y consideradamente, el tutor acortó la longitud de la zancada, acomodándola al paso renqueante de Karvel. Al nivel de una planta inferior, entraron en una sala, amplia y abovedada, en la que cosa de una docena de bañistas desnudos nadaban ociosamente en una piscina circular. El tutor condujo a Karvel a una especie de anaquel practicado en el muro, donde los bañistas habían dejado sus vestiduras. El tutor se quitó con aire indiferente su sencilla túnica de dos piezas y proporcionó a Karvel la mayor sorpresa que había experimentado desde su llegada.

El tutor era una mujer calva y barbuda.

Acto seguido, se arrancó la barba y se zambulló graciosamente en la piscina.

Boquiabierto, Karvel la estuvo contemplando, sin salir de su aturdimiento y, cuando empezó a desvestirse, le dominó una angustiosa pudibundez. Entre aquellos cuerpos lisos, rubicundos y carentes de vello, el suyo destacaría tanto como el de un orangután en un campamento nudista.

Cortésmente, hicieron caso omiso de su presencia, hasta que se detuvo junto al borde de la pileta para quitarse la pierna artificial. *Eso* causó una sensación enorme. Uno de los nadadores se vistió apresuradamente y fue a informar del fenómeno a varios ancianos de los de lengua barba. Estos acudieron precipitadamente, se congregaron en torno al aparato ortopédico, lo examinaron con minuciosidad, casi aterrorizados, y después debatieron entre sí la cuestión de la pierna artificial, evidentemente confusos. Mientras tanto, Karvel disfrutó del deporte acuático, inadvertido casi de un modo absoluto.

Después hubo otra sesión de interrogatorio. Los seres adornados de barbas abundantes se esforzaron laboriosamente por encajar sus preguntas dentro del limitado vocabulario de Karvel, y Karvel hizo a su vez cuanto pudo para averiguar dónde estaba y qué había sido del **ONI** Pero ambos conceptos se mantenían desesperadamente lejos de su capacidad verbal. La reunión concluyó con la consabida nota de insatisfacción recíproca, y Karvel fue devuelto a la custodia del tutor.

La celadora adivinó su desesperanza y comenzó a llevar a cabo sinceras tentativas para descubrir qué turbaba a su pupilo. Karvel tartamudeó a través de explicaciones indirectas.

–*Objeto* en cuyo interior fui con otros *objetos*.



Maldito fuera el lenguaje. ¿Qué podría hacer con el verbo *andar* para que se transformara en el término *viajar*?

Consiguió el equivalente a la palabra *circulo* mediante el procedimiento de dibujar una circunferencia en el piso, con el dedo, pero fracasó de una manera lamentable y absoluta en el intento de lograr la voz correspondiente a esfera. Necesitaba la pelota de algún niño, pero no había visto una sola criatura infantil desde que se presentó allí. ¿Es que los chiquillos eran algo pasado de moda en aquella civilización?

La tutora observó con expresión pensativa los esfuerzos de Karvel, y volvió por la noche para conducirlo a la azotea de la torre y enseñarle... la luna llena.

La Luna era... la Luna. Su forma familiar, su posición, resultaba tan evidente a simple vista para el ojo humano como si continuaran en el siglo XX. Al menos, Karvel pudo tener la plena certeza de que no había salido de la tierra, aunque no le parecía fácil determinar con precisión en que punto del planeta se hallaban. Examinó las estrellas que tachonaban el cielo, pero no consiguió identificar una sola constelación.

Durante tres jornadas más, Karvel laboró infructuosamente, hasta que logró aprender una palabra que significaba: *cosa* u *objeto* y pudo formar una frase: "La cosa que me trajo aquí". La tutora combinó ese pensamiento con un frenético trazado de círculos y le llevó a ver un avión circular, como el que le había rescatado.

El desengaño de Karvel alcanzó proporciones coléricas. La apenada tutora solicitó la ayuda del piloto y, tras un tanteo que parecía no iba a terminar nunca, concluyeron por entenderse.

Los otros se dieron cuenta de que Karvel aludía a la esfera en la que llegó.

Pero ignoraban que había sido de aquel vehículo.

\* \* \*

### 3

—¿Del tiempo? —exclamó Barba Azul—. ¿Has llegado hasta nosotros desde el *tiempo* señor?. De un pasado remotísimo.

—Lo cual constituye una penosa desilusión para mí —anunció Barba Azul, mientras, displicente, se mesaba la lengua barba y se la peinaba con sus largas uñas—. Había confiado en que... Pero no importa. Los historiadores se sentirán complacidos.

–Este historiador no se siente nada complacido –indicó el de más longitudinal barba rosada –. Viene de una época anterior al principio de la historia. No puede contarnos nada, nada en absoluto. Dice... –Barba Rosada dirigió una mirada gélida y fulminante a Karvel –. Dice que, en su tiempo, el hombre no había colonizado aún la Luna.

Barba Azul volvió a acariciarse las guedejas que colgaban de sus mandíbulas.

–¿Una época tan remota como esa?

–Citó la palabra *colonizado*. Y cuando le repuse que el hombre llegó a la Tierra desde la Luna, ¡se resistió a creerlo!

–¿De veras? –Barba Azul observó a Karvel con mirada recelosa –. ¿Se atreve a negar los hechos que registra nuestra historia?

–Antes de que el hombre pudiese llegar a la Tierra desde la Luna, tuvo que llegar a la Luna desde la Tierra –dijo Karvel en tono obstinado –. La historia humana...

–La prehistoria –le interrumpió Barba Azul –. La verdad es que no conoces más que la prehistoria, y aun de eso tienes nociones muy escasas. ¡Qué decepción, después de la altura a la que habíamos elevado nuestras esperanzas! Dudo que merezca la pena preocuparse de ti. Vamos... a la prehistoria. Dádselo a la prehistoria y veamos qué pueden hacer con él.

–La prehistoria no lo quiere, señor –manifestó Barba Rosada –. La prehistoria no cree que proceda de la prehistoria.

–¿Qué utilidad puede tener para nosotros?

–Los lingüistas le solicitan, señor. Por lo menos, temporalmente. Su propio idioma, o lo que afirma es su propio idioma, constituye algo desconocido para los especialistas en lenguas.

–Muy bien. Dejemos que el Departamento de Idiomas disponga de él. Diles que averigüen la verdad respecto a este individuo, si pueden.

Karvel dio un paso al frente.

–Señor, debo volver a la ciudad que ustedes llaman Galdu.

La cabeza de Barba Azul se alzó con vivo movimiento.

–¿A Galdu? Un lugar de bárbaros. Los habitantes de ese núcleo urbano rinden culto a su propio físico y abandonan de un modo repugnante sus cerebros. Un ejemplar imperfecto como tú no serviría para nada en semejante sitio.

–Galdu reclama su presencia, señor –intervino Barba Rosada.

–¡Vaya, lo que hay que oír! ¿Qué ofrecen?

–Nada, señor. Galdu exige a este individuo. Galdu afirma que su máquina y él descendieron en territorio de Galdu, ocasionando una destrucción espantosa, y que el invasor le pertenece legalmente. Galdu asegura que nosotros se lo robamos.

–Responda a Galdu que no está disponible para ninguna clase de transacción. Prestaremos cierto interés a su *oferta*, pero sólo cuando hayamos terminado del todo con él.

Barba Azul salió del cuarto con aire enojado. Los otros le siguieron, dejando a Karvel a solas con Lenguajes 9–17, su tutora.

–Lo siento –se excusó la extraña mujer.

–En realidad, me tiene sin cuidado el que me crean o no, lo único que deseo es ponerme en contacto con la ciudad que envía los **ONI** ¿Estás segura de que no es Galdu?

–Galdu no posee científicos ni técnicos con conocimientos superiores al nivel cinco. Sus técnicos acaso fueran capaces de manufacturar piezas de repuesto poco complejas, pero tengo la absoluta certidumbre de que carecen de la instrucción, la habilidad y el adiestramiento imprescindibles para fabricar el objeto que usted describe.

–*Debo* descubrir el punto de procedencia de los **ONI** –insistió Karvel, desalentado –. ¿Es que no comprende que la catástrofe que cayó sobre Galdu puede abatirse sobre esta ciudad... corregida y aumentada en sus desastrosos efectos?

La tutora no podía comprenderlo. Su pueblo carecía del concepto de hecatombe. Ni siquiera tenían palabras ni sinónimos para expresarlo, aunque los de Galdu podían haberlos inventado recientemente.

Encontraron al piloto esperándolos en la Torre de los Idiomas.

–Nada manifestó en tono mísero –. El aparato que usted llama **ONI** ya no está en la pradera. Es probable que los galduinos lo trasladaran a la ciudad, pero nadie lo sabe con certeza.

–Galdu me reclama –dijo Karvel –. ¿No podrían ustedes pedir el **ONI**? Es mío.

Se le quedaron mirando con ojos desorbitados. Tan desagradablemente sorprendidos por sus modales groseros como por su defectuosa gramática. Aún no se había identificado con el hecho de que en aquella extraña ciudad universitaria de

Dunzalo no existía el concepto de la propiedad personal. Podía aludir a su brazo, pero no a su ropa y, desde luego, tampoco a su **ONI**

En la práctica, los ciudadanos cogían de los almacenes cuanto necesitaban, y a nadie se le ocurriría tocar los objetos personales de ningún otro congénere... detalle éste que, indudablemente, explicaba el que se dejara en poder de Karvel todo su equipo. Pero el lenguaje de la ciudad no permitía que lo llamase suyo. Pertenecía a la urbe. Lo mismo que el propio Karvel.

Igual que todos los ciudadanos, incluso Barba Azul, deán de la comunidad en virtud de su número, cero –cero.

Karvel rectificó.

–Dunzalo podría pedirlo. Dunzalo me posee a mí y el **ONI** fue lo que me trajo. ¿No es eso una base suficiente para presentar la debida reclamación?

–Podiera serlo –convino Lenguajes 9–17–, pero dudo que alguien tenga interés en ello.

–A *usted* le interesaría. En el interior de esa máquina hay un comunicado en cuarenta idiomas.

–¿Cuarenta... *idiomas*? –repitió la tutora, sin resuello.

–Cuarenta idiomas, todos distintos y todos con la garantía de ser indescriptiblemente antiguos. Mi propia lengua es una de esas cuarenta.

–Veré lo que puede hacerse –aseveró la mujer, y se alejó apresuradamente.

El piloto, Comunicaciones –5, observó a Karvel con expresión divertida. Pertenecía al contingente servicio y mantenimiento de la ciudad más que a las Facultades de educación santificada, y parecía menos compenetrado con la idiosincrasia general.

–Va usted aprendiendo –comentó.

–Lenguajes 9–17 –musitó Karvel, con la vista fija en la tutora, que iba alejándose de allí–. Qué nombre más repelente para tal mujercita. ¿Es que no tiene otro?

–Si lo desea, llámela Wilurzil.

–Eso está mucho mejor. Más eufónico, más bonito, más sugestivo. ¿significa algo?

–Quiere decir "Profesora femenina de la clase número ciento dieciséis".

–Debí morderme la lengua antes de preguntarlo. ¿Qué dice de usted? Seguro que sus amigos íntimos no le llaman Comunicaciones 4–5, ¿verdad?

–A veces, me llaman Marnox, que significa.

–¿Algo relacionado con las aves?

–Cazador de pájaros.

–Muy apropiado. En fin, quedamos en que será Marnox. ¿No podrían los habitantes del bosque averiguar algo acerca del **ONI**?

–No. El Pueblo Desamparado no se lleva bien con los galdusinos. Hace mucho tiempo, los galdusinos dilataron sus campos a expensas del bosque y el Pueblo Desamparado, sigue sin olvidarlo.

–Se portaron bien conmigo.

–Usted huía de los galdusinos. El Pueblo Desamparado no se acerca a Galdu con frecuencia, sobre todo ahora. Se produjo una escaramuza cuando los galdusinos pretendieron irrumpir en el bosque para apoderarse de mi avión.. . y de usted.

–¿Quién venció?

Marnox sonrió.

–Hoy por hoy, nadie derrota al Pueblo Desamparado en su foresta.

–¿Ha viajado usted mucho?

–Tengo permiso para practicar vuelos –repuso Marnox–. Hemos convencido al Anciano CeroCero de que necesitamos mucho adiestramiento aéreo. Es una excusa para alejarse de Dunzalo, donde nunca pasa nada.

–Durante esos vuelos de práctica, ¿vio algo semejante al **ONI**?

–No.

–¿Ni ha oído hablar de un aparato así?

–No.

–Alguien diseñó ese ingenio y construyó por lo menos dos prototipos, los probó y, por último, los envió al remoto pasado... Los lanzó en tres ocasiones distintas, con pasajeros, se los retornaron dos veces antes de mi llegada y no cabe duda de que

debieron ocasionar daños de cierta importancia a su regreso. ¿No existe ningún medio de comunicación entre las ciudades?

–Lo que fabrica o construye cada ciudad es cosa exclusivamente suya –dijo Marnox–. No hablarían del asunto con otras ciudades, so pena de que desearan comerciar con ello.

–Uno de los pasajeros *no* pertenecía a la raza humana. No se trataba de ninguna persona, probablemente era un ser de un mundo lejano. ¿Conoce a tales criaturas?

–El Inspector y su pueblo son seres de mundo distantes, pero no *extrahumanos*.

–¿Qué aspecto tienen?

Un fruncido de sorpresa arrugó la amplia frente del piloto.

–¡Cómo el de todas las personas!

–Entonces no puede formar parte de la raza de esos seres. ¿Quién es el Inspector?

–Pues... ¡el Inspector!

Karvel sacó dos taburetes de la pared.

–Sentémonos –propuso –. Lo que intento hacer es desesperadamente importante y Wilurzil no quiere hablar más que de inflexiones vocales. Cuénteme cosas referentes a las ciudades que ha visto.

Eran ciudades –estado, en todo independientes unas de otras, salvo en sus desacuerdos, que se encargaba de arbitrar el ente misterioso cuyo título tradujo Karvel como *Inspector*.

Cada una de aquellas ciudades constituía el centro de su propia granja mecanizada y, en lo más profundo de sus interioridades contaba con factorías automatizadas que, tras recibir los productos agrícolas, los industrializaban, transformándolos en otros productos, subproductos y subproductos de los subproductos.

Gracias al hecho de que se bastaban a sí mismas para cubrir sus propias necesidades, estaban en condiciones de especializarse. Dunzalo era una ciudad universitaria; por diversos otros puntos estaban la ciudad médica, la ciudad de los mecánicos, la ciudad de los peritos agrónomos, etcétera, etcétera, hasta recorrer toda la escala de profesionales y actividades. La mayor de aquellas ciudades – estado, tan inmensa como Galdu tenía al parecer la especialidad de producir lo que todas las demás necesitaban: personas.

Casi todo el comercio entre las ciudades tenía como artículo básico los individuos. No había niños en Dunzalo. La ciudad universitaria despachaba sus jóvenes licenciados y algún que otro doctor de edad, vendiéndolos a las urbes que necesitaban profesores, lingüistas, matemáticos o cualquier otra clase de intelectual especializado que pudiese proporcionar. A cambio, Dunzalo recibía médicos, mecánicos, labradores o braceros... Lo que le hiciese falta para mantenerse por sí sola. También se le entregaban jóvenes y adolescentes a los que educar.

–Y, sin embargo, existe asimismo una especie de autoridad centralizada –musitó Karvel –. ¿dónde tiene su cuartel general ese Inspector?

–En la Luna –respondió Marnox.

–¿Puedo solicitar audiencia para entrevistarme con él?

La idea asombró a Marnox de tal modo que se quedó sin habla.

–¿Cómo podría realizar el viaje a la Luna? –insistió Karvel.

–Nadie va a la Luna, a menos que el personal del Inspector se encargue de llevarlo.

–En alguna parte –articuló Karvel despacio –existe una ciudad poblada por ingenieros de extraordinario talento, los cuales construyen los **ONI** ¿cómo podría localizarla?

–Lo ignoro. No es posible hacer más que seguir buscando, observar y preguntar a la gente.

–Así no acabaríamos nunca.

Karvel experimentaba una inquietante sensación de incertidumbre. Si había llegado en un momento inoportuno o al lugar erróneo, ¿qué podría hacer para descubrir el punto apropiado?

Dunzalo presentó una instancia al Inspector, solicitando la entrega, por parte de Galdu, de un objeto. Galdu ya había presentado otra instancia al Inspector, solicitando del piloto dueño del objeto. Galdu ya había presentado otra instancia al Inspector, solicitando le fuera entregada la persona de Karvel y alegando poseer la propiedad legítima del objeto esférico no identificado, que aterrizó en territorio de Galdu con el piloto a bordo.

–¿Cuándo juzgará este caso el Inspector? –preguntó Karvel.

La tutora respondió con indiferencia:

–Cuando se considere dispuesto a ello.

–¿Vendrá aquí?

–Quién sabe. Acude a donde se le necesita, pero no es probable que haga falta su presencia personal para dilucidar un pleito tan sencillo. Seguramente se limitará a enviar un mensaje con su fallo.

–Si viniera, ¿podría verle? –Se percató de que había vuelto a sobresaltaría, así que cambió de conversación –. ¿Tiene inconveniente en que la llame Wilurzil?

–¿Por qué quiere llamarme así?

–Me gusta más que Lenguajes 9–17.

–¡Pero Lenguajes 9–17 es mi nombre! Hay muchas wilurziles

–Ya lo sé. Pero da la casualidad de que Wilurzil me parece más sugestivo que Lenguajes 9–17

Karvel recibió también un nombre. Se convirtió en Lenguajes 2–249, el número más bajo de la más baja clasificación. No le daba derecho a ninguna distinción y le permitía gozar de escasos privilegios, entre los que no se contaba el de lucir barba. Por culpa de eso, aportó su modesta contribución a la ruptura de las normas sociales de la ciudad... ya que lucía barba. Era personal e intransferible y, por mucho que las autoridades protestasen, los reproches no impedían que siguiera creciendo. Había dejado en el **ONI** la navaja de afeitarse y aunque en otros aspectos los recursos de Dunzalo eran amplios, por lo que se refería a útiles rasuradores la carencia era absoluta. A medida que la barba fue creciendo, los pocos dunzaleños con los que Karvel estaba en contacto a diario empezaron a llamarle por un apodo de su propia invención y que el comandante, laboriosamente, tradujo por algo así como "el Pequeño Velloso".

En el curso de las jornadas siguientes, mientras Marnox efectuaba inútiles pesquisas y largos recorridos exploratorios, Karvel se consideró obligado a adoptar una decisión. No sabía a dónde iba a ir, pero era imprescindible que se marchara de Dunzalo.

Y tendría que hacerlo a pie. Aunque de mala gana, abandonó la idea de robar un aeroplano. En Dunzalo tal vez pasara inadvertida la ausencia del insignificante Lenguaje 20–249, pero si se echaba de menos un aparato volador, surgirían toda clase de fastidiosas complicaciones. En el mejor de los casos, no le sería posible colocarse delante de los extraños cuadros de mandos, sin despertar sospechas.

Se puso la vestidura propia del lugar, para llamar menos la atención, y aprovechó cuantas oportunidades se le presentaron de reconocer el terreno. Barbudos alumnos paseaban por el laberinto de pasillos y rampas de la ciudad, enzarzados en reflexivos coloquios académicos, pero sin llegar nunca a la discusión, so pena de



que sus barbas tuviesen idéntica longitud. Todos hacían caso omiso de Karvel, el ilegal barbudo. Pensó que los símbolos instituidos por aquellas gentes eran ridículos, hasta que se acordó de los tiros universitarios de su época y de las togas de colores mediante los cuales los pedagogos y catedráticos publicaban su jerarquía.

La ciudad era tan enorme y su topografía tan compleja que, en tres jornadas de continua exploración, Karvel no logró progreso alguno en sus intenciones de encontrar una salida.

Pero en tres días de aprendizaje de inglés, Wilurzil demostró poseer un talento extraordinario para los idiomas. Tenía auténtico genio ya que, ante la ineptitud didáctica de Karvel, los avances que realizó la tutora sólo podían explicarse dando por supuesto en ella una capacidad de asimilación muy fuera de lo normal. Al margen de las meticulosas exploraciones de Karvel, las perspicaces preguntas de Wilurzil solían impulsar al comandante al comentario poco corrector y al murmullo entre dientes, alusivo a su convicción de que Haskins debió mandar un lingüista.

Durante la cuarta lección, mientras se esforzaba infructuosamente en explicar la sutil diferencia que existe entre *ando*, *estoy andando* y *ande*, se lo ocurrió que un libro de texto constituiría una ayuda inmensa. Decidió confeccionar una para Wilurzil, pero carecía de los vocablos apropiados para pedir lápiz y papel.

Y tampoco había aprendido el término equivalente al verbo *escribir*.

Persiguió palabras por el aire y por el suelo, describió la naturaleza de los comunicados puestos en el **ONI**, dio explicaciones e intentó demostraciones hasta que se le agotó el vocabulario y la imaginación llegó al límite de sus posibilidades, hasta que, por último; se percató de que en Dunzalo se desconocía el lenguaje escrito. Wilurzil sólo tenía una idea vaga de lo que era. Pero captó lo que Karvel le daba a entender.

–La palabra silenciosa –articuló la tutora –. Dicen que el Inspector la emplea.

¿Y cómo se las arreglaba la ciudad universitaria para conservar su acumulación de riqueza cultural? Los conocimientos humanos se perpetuaban en libros, naturalmente. En libros parlantes. Hasta las crónicas de la urbe se grababan en discos y cintas magnéticas.

–Ando, estoy andando, ande –pronunció Karvel, resignado.

En alguna parte, a lo lejos, sonó un batintín. Repicó y continuó resonando. Wilurzil se puso en pie de un brinco y susurró una palabra desconocida para Karvel.

Le alarmó el evidente terror de la muchacha. Abrió la puerta y echó una mirada hacia el exterior del cuarto. Por encima del eco profundo del *bum* del batintín percibió gritos distantes.

Marnox apareció de súbito en el extremo del pasillo.

–¡Los galdusinos! –voceó ¡Aprisa!

Wilurzil oprimió un brazo a Karvel.

–Los galdusinos vienen por usted. ¡Debe ocultarse!

Karvel se desasíó de la mano de Wilurzil y se precipitó hacia el armario empotrado, para recoger su equipo. Se hizo cargo al instante de la situación y de que tenía que tomar una determinación. Mientras abría la mochila y sacaba el rifle, su cerebro trabajaba a toda velocidad.

Deseaba ir a Galdu. *Tenía* que llegar allí.

Los galdusinos invadían Dunzalo para capturarlo.

Nada más sencillo que adelantarse a los dunzaleños y entregarse.

Sin embargo, aunque consideraba imprescindible ir a Galdu, no le gustaba la idea de hacerlo *en calidad de prisionero*. Era harto probable que un prisionero, en Galdu, recibiera tanta atención como un Lenguaje 2–249 en Dunzalo; es decir, casi ninguna. Pero mientras disfrutase de cierta libertad de movimientos, aunque fuese poca, en el horizonte de su misión brillaría algún atisbo de posibilidad. Si le encerraban en un calabozo y se olvidaban de él, hasta los conatos más leves de esperanza se apagarían.

Adoptada la decisión, dejó que Wilurzil le condujera presurosamente lejos de allí.

No obstante los galdusinos estuvieron encima de ellos antes de que alcanzaran la rampa. Marnox intentó mantenerles a raya e incluso ahuyentarlos, pero le pusieron fuera de combate con la presa de lucha más limpia que Karvel había visto en su vida. Karvel aplicó un culatazo a la barbilla de un galdusino, sacudió a otro en la ingle y envió un proyectil, que pasó rozando la oreja de un tercero. La detonación retumbó estrepitosamente y los galdusinos emprendieron la retirada, empavorecidos, rumbo a la azotea de la torre. Tan aterrorizada como ellos, Wilurzil se lanzó en dirección opuesta. Marnox se quedó mirando a Karvel; rezumaba pasmo en la cara del piloto. El batintín seguía resonando lúgubrementemente

Karvel pasó por encima de un galdusino inconsciente y se alejó con paso tranquilo.

Las galerías y pasillos inferiores rebosaban de gente. Los barbilampiños pretendían llegar a las torres, donde podrían hacer algo útil; los barbudos huían frenéticamente hacia las profundidades de la ciudad. Se agitaban brazos, se arrancaban barbas, y la muchedumbre iba de un lado para otro, a la búsqueda de salidas. El caótico estruendo resultaba tremebundo.

Karvel se abrió paso hasta el parque y permaneció allí durante un momento, observando las evoluciones de un enorme aeroplano que sobrevolaba la urbe. Oyó el campanudo tronar de los gongos, que sin duda eran golpeados en muchos sitios. Dio vueltas por el parque, hasta encontrar una salida, que desembocaba en un pasillo desierto. Avanzó por aquel corredor. Se cruzaron con él unos cuantos individuos sin barba, que corrían hacia el centro de la ciudad.

Karvel avivó el ritmo y la longitud de su zancada, El ruido de la escaramuza fue disminuyendo de volumen, perdiéndose en la distancia, y pronto fue incapaz de oír otra cosa que no fuese el resonar los gigantescos batintines de alarma. El pasillo se dividió, se entrecruzó con otros, trazó una curva... Le llevó a un espacioso salón abovedado, en el que pudo contar veinte salidas. Seleccionó una que supuso le conduciría en dirección opuesta a su rumbo y continuó adelante.

Al cabo de una hora, se encontró en la boca de un túnel, mirando la superficie de los ondulados campos de cultivo de la ciudad. Trabajaba allí una máquina automática que, ajena a la invasión, trazaba en el suelo surcos de infalible rectitud.

Karvel continuó a lo largo de la muralla exterior de la ciudad y, después de un breve trayecto, se sentó en una depresión del terreno. La enramada de un árbol impedía que se le viera desde las alturas y, por otra parte, su posición también era invisible para todo el que no se acercara allí hasta encontrarse a unos pocos metros de él. Se puso cómodo y aguardó el desarrollo de los acontecimientos.

Cuando cayó la oscuridad de la noche, aún seguía esperando, saturado de sorpresa. Los galdusinos habían conseguido dar su golpe de mano pillando a los dunzaleños por sorpresa; aterraron a la ciudad y obligaron a los defensores a refugiarse en las torres. Les bastaba desencadenar un ataque coordinado contra el desguarnecido perímetro, para apoderarse de la plaza. Pero ese ataque no se produjo.

Karvel se preguntó si serían tan ineptos a la hora de defenderse. Si la población de Dunzalo decidiese tomar represalias... Pero no podía imaginarse a Barba Azul planeando una invasión. Karvel pensó que, si se le proporcionaban unos centenares de hombres resentidos contra Galdu y dotados de firme espíritu aventurero, podría conquistar la ciudad.

O, por lo menos, el **ONI**

Se puso en pie y miró en derredor. En medio de las negruras, la urbe relucía con su fosforescencia fantasmal. Apretó el paso por la campiña, a fin de escapar cuanto antes al resplandor de aquellos muros, y luego adoptó un ritmo de marcha uniforme, a través del suelo recién labrado.

El bosque se hallaba a menos de quince kilómetros y disponía de toda la noche para llegar a él.

\* \* \*

#### 4

El consejo del Pueblo Desamparado llevaba reunido en sesión plenaria desde el amanecer. La tarde iba ya mediada y, en el fondo de la caverna que hacia las veces de salón, Karvel paseaba nervioso y contemplaba el protocolario procedimiento de los miembros de la asamblea dominado por un sentimiento de pánico que se acentuaba en su ánimo cada vez más.

Los discursos de aquellos seres estaban salpicados de palabras cuyo sentido ignoraba Karvel y, para que su confusión resultara más completa, algunos concejales se dedicaban en ocasiones a hablar al mismo tiempo, organizando una barahúnda de todos los diablos. A pesar de todo, Karvel pudo entender lo suficiente de aquel debate como para hacerse una idea de lo que turbaba a los allí congregados.

Aquellos individuos de piel verdosa eran capaces de perseguir y dar caza a un mosquito que revolotease por la foresta entre tinieblas, pero sufrían una inherente y absoluta ineptitud para enfrentarse a cualquier problema mental un poco complicado.

Para ellos, Bowden Karvel representaba un problema mental no un poco, sino un mucho complicado.

Como Pueblo Desamparado, eran fieles a la venerable tradición de conceder refugio y hospitalidad a todo aquel que lo deseara. Siempre, en el pretérito, los refugiados fueron seres inadaptados y el mero hecho de que huyesen de algo o de alguien los convertía de modo automático en parias proscritos.

Las ciudades a las que perteneciesen no deseaban recuperarlos y, aunque ellos intentaran regresar, no los aceptarían. Quedaban convertidos en parte integrante del Pueblo Desamparado.

Bowden Karvel no era un hombre rechazado. No una ciudad, sino dos, lo reclamaban con una vehemencia que excedía la capacidad de comprensión de

aquellos sencillos habitantes del bosque. Galdu ya había presentado ante el Inspector la solicitud de que se le entregase el extranjero. Y en aquellos momentos, Dunzalo exigía la devolución de Karvel y amenazaba con presentar su propia instancia al Inspector, reclamando también el retorno del forastero.

El Pueblo Desamparado se veía frente a un problema nuevo, un caso que jamás se le había presentado antes, en el curso de toda su historia: Un hombre que alguien reclamaba, ¿podía convertirse en Persona Desamparada?

Harto de paseos, Karvel se llegó a la parrilla y se sirvió una generosa ración de pastelillos, así como un tazón de fruta líquida. Aún no había logrado identificar el sabor fuerte y vagamente familiar de aquellas raras albóndigas, pero después de la prueba a que se vio sometido con las gachas de Dunzalo, su estómago experimentó una sensación verdaderamente satisfactoria. Y el paladar se sintió también agradecido.

No obstante, la angustia dejaba al apetito en un lugar secundario. Había acudido al bosque en busca de ayuda, no de refugio. Era improbable que recibiese ambas cosas.

De pronto, el caudillo de los bosquimanos se puso en pie. El debate se interrumpió de modo automático y los miembros del Pueblo Desamparado irrumpieron en la caverna o se adelantaron desde los rincones. En medio de una atmósfera de silente expectación, aguardaron la palabra del jefe. Alguien rozó a Karvel en el brazo, le murmuró unas instrucciones y el comandante dio unos pasos al frente y se inmovilizó de cara al caudillo.

–Nuestra decisión es la de que debe partir –anunció el jefe.

–¿Se me permite preguntar por qué? –interrogó Karvel.

–Le reclaman. Por lo tanto, no es posible que se convierta en Persona Desamparada.

–No se me ha concedido la oportunidad de defender mi punto de vista, de exponer mi caso. ¿Puedo hacerlo ahora?

El caudillo titubeó. El consejo en pleno se agitó inquieto. Todos sus integrantes parecían sorprendentemente jóvenes. O bien no representaban la edad que tenían, a causa de sus soberbias condiciones físicas, o no habían vivido tanto como los habitantes de la ciudad. Por otra parte, su indecisión también era muestra de juventud, de poca madurez. No les dominaba una senil desgana en cuanto a acción, sino que retenía sus impulsos la duda respecto al carácter de esa acción.

–¿Puedo hablar ya? –insistió Karvel.

Con aire resignado, el caudillo volvió a sentarse.

–Hable, pues.

–Empezaré por una pregunta –manifestó Karvel –. ¿Sobre qué fundamentos basan las ciudades Galdu y Dunzalo su afirmación de que les pertenezco? –Giró sobre sus talones, despacio, y miró a los ojos de cada uno de los miembros del Consejo –. No he nacido en ninguna de esas dos urbes. Ninguna de esas dos ciudades adquirió la propiedad de mi persona mediante la correspondiente transacción mercantil legal. ¿Con qué derecho me reclaman?

Volvió a mirar a los concejales uno a uno, en medio de un silencio cargado de inquietud.

–¿El derecho de posesión? –continuó –. Galdu no me poseyó nunca. Durante un breve periodo de tiempo, fui huésped de Dunzalo, pero en ningún instante pertencí legalmente a Dunzalo y ahora tampoco le pertenezco. Sus leyes y costumbres me son extrañas, porque procedo de muy lejos. Solicito instrucción. ¿Acaso no envían ustedes, en ocasiones, mensajeros, correos o emisarios a las ciudades vecinas?

–A veces –reconoció el caudillo.

–Cuando el mensajero, correo o emisario de turno llega a su destino se convierte en propiedad de la urbe a la que ha sido enviado.

De nuevo, volvió a reinar el silencio. Karvel sonrió.

–Ante ustedes, soy emisario de mi pueblo. He recorrido una distancia enorme, llevé a cabo un viaje peligrosísimo y la misión que me trae aquí es de suma importancia para nuestros pueblos respectivos. Me resultará imposible cumplir esa misión si, cada vez que visite un núcleo habitado, se considera mi persona propiedad exclusiva de ese núcleo. Ruego se me instruya acerca de sus leyes y costumbres. ¿Con qué derecho pueden alegar las ciudades que les pertenezco?

–No nos corresponde a nosotros decidir –declaró el caudillo.

–Mi misión concierne al Pueblo Desamparado en la misma medida que a las ciudades. Suplico...

–¡No! –El jefe de los bosquimanos se puso en pie de un brinco –. No nos corresponde a nosotros determinar a quién pertenece usted. Pero mientras reclamen su persona, no puede formar parte del Pueblo Desamparado. En consecuencia, debe partir.

Dio media vuelta con brusco movimiento y se alejó. Los demás miembros del Consejo fueron saliendo también y la caverna empezó a vaciarse. Karvel vaciló

durante unos segundos. mientras domeñaba con ánimo firme su decepción. Luego recogió su equipo y echó a andar hacia la salida.

Había conseguido una victoria parcial. El Pueblo Desamparado lo expulsaba de su bosque, pero no pretendía adjudicarse el papel de Juez. Karvel tenía que marcharse, pero al menos le dejaban en libertad para que fuese a donde quisiera.

Por desgracia, esa victoria era pírrica. No tenía sitio alguno al que ir.

Unos cuantos ingenios voladores permanecían estacionados alrededor de la orilla de la explanada. Caminos y senderos convergían en el claro, procedentes de todas direcciones; unos, anchos como carreteras; otros, angostos como sendas rurales; los menos, usados con tan poca frecuencia que las enredaderas que colgaban sobre ellos casi los difuminaban por completo.

Mientras Karvel se mantenía indeciso, un aeroplano atravesó la enramada y se posó lentamente. Reconoció a sus ocupantes: Marnox, ante el cuadro de mandos, y Wilurzil, a su lado. A toda prisa Karvel se precipitó por uno de los senderos menores y puso una cortina de enredaderas entre el claro y su persona.

Siguió a lo largo del curso tortuoso de la vereda durante varios kilómetros, hasta que el camino se ensanchó, al entrar en una agradable cañada, profunda y cubierta de árboles. Se sentó allí a descansar y se preguntó qué podría hacer a continuación. Era fácil que vagase a ciegas durante días y días, sin encontrar la salida del bosque; y tan pronto como emergiese a terreno descubierto, la ciudad más próxima se apresuraría a re4amarle, a aducir que era propiedad de la urbe.

Llevaba cerca de una hora considerando las negruras del porvenir que se extendía frente a él, cuando apareció el Pueblo Desamparado. Los individuos fueron filtrándose en silencio hacia la cañada y, si advirtieron la presencia de Karvel, actuaron como si no la viesen.

Uno de los bosquimanos levantó la estaca por encima de su cabeza y la clavó en el tronco de un árbol del extremo opuesto del claro. La barra quedó horizontal, como la de un trapecio, y el hombre se agarró a ella con las dos manos, flexionó el cuerpo, hizo un movimiento gimnástico y se encaramó a la pértiga, sobre la que se puso de pie. Le arrojaron otra de aquellas lanzas, repitió la operación y continuó en ese plan, trepando por la escala de pértigas hasta perderse de vista entre las ramas bajas del enorme árbol.

Otros imitaron su ejemplo. También les lanzaron estacas y el enjambre de bosquimanos no tardó en extenderse por la enramada del árbol, clavando pértigas, maniobrando con ganchos y enviando frutos al suelo, a través de las hojas y las ramas. Los frutos eran nueces del tamaño de cocos pequeños y Karvel se retiró,

alarmado, cuando empezaron a chocar contra el piso por las proximidades del punto que ocupaba.

Una de ellas rodó en su dirección y se inclinó para examinarla. Cuando tocó la rugosa cáscara y retiró la mano, ésta quedó manchada de color verde oscuro... el color verde del Pueblo Desamparado.

Trató de limpiarse los dedos con la lisa corteza de un árbol: la mancha no desapareció.

–Así que es esto –musitó –. No pueden coger las nueces sin teñirse y prefieren embadurnarse todo el cuerpo, antes que tener la piel manchada sólo a trozos. Pero hay una cosa cierta: se alimentan a base de estas nueces, sus albóndigas son de pulpa de este fruto. Y son unos acróbatas realmente estupendos.

Descendieron sin aparente esfuerzo. El último fue arrancando las estacas, a medida que bajaba. Después formaron un círculo en torno al árbol y continuaron de pie, mientras lo contemplaban en silencio.

Karvel se preguntó: "¿Una ceremonia religiosa? ¿Acaso son adoradores de los árboles?"

Se le ocurrió una idea mientras los observaba. Como diplomático, su fracaso había sido absoluto. Tal vez había sonado la hora de probar a sacarlos de sus casillas y exaltar un poco los ánimos de aquellas gentes.

Cuando se quebró el círculo, Karvel avanzó con ánimo intrépido.

–Es un árbol muy hermoso –dijo –. Un árbol noble. Es una lástima que tenga que caer destruido.

Los bosquimanos retrocedieron, estupefactos.

–Un árbol nobilísimo –prosiguió Karvel, al tiempo que alzaba la vista y elevaba los brazos, en lo que confiaba fuese una postura de convincente veneración –. Un árbol fuerte y sano. Pero un poder terrible, que escapa a todo intento de comprensión, lo derribará contra el suelo. Después, unos rayos tan ígneos como los del sol lo consumirán y los vientos esparcirán las cenizas por doquier. Y lo mismo ocurrirá con ese árbol, y con aquél, y con el de más allá.. . En menos tiempo del que se necesita para un parpadeo, el bosque quedará devastado, habrá desaparecido. Lo lamento por ustedes.

Bajó los brazos y dirigió al grupo una mirada de soslayo, mientras inclinaba la cabeza. Toda la atención de los habitantes del bosque presentes allí se proyectaba sobre Karvel. Casi ni se atrevían a respirar.



–Me apena por ustedes –prosiguió el comandante, en tono suave –. La preciosa arboleda morirá. Todos estos árboles preciosos, nobles, fuertes y sanos, desaparecerán.

Lo teatral de aquella declamación ponía acentos tensos en su vocabulario. Introdujo una bocanada de aire hasta lo más profundo de sus pulmones y volvió a levantar los brazos.

–Podrían salvarse. Morirían, pero no tienen por qué morir. ¡Qué desgracia que su Consejo y su caudillo no quisiera hacerme caso!

Escudriñó con disimulo los rostros que tenía delante. Eran menos ingenuos de lo que había supuesto; no faltaban expresiones escépticas entre ellos.

–¿No se han enterado de lo que le sucedió a Galdu?

–preguntó –. ¿No saben nada de la inconcebible catástrofe que se abatió sobre Galdu? La ciudad fue arrasada. Sus vecinos perecieron a millares.

–De todas formas, Galdu estaba superpoblada –murmuró uno de los bosquimanos.

–Desde luego. ¿Pero tienen ustedes demasiados árboles?

Se estremecieron, inquietos.

–Primero Galdu –articuló Karvel –, y a continuación este bosque. Todo el exuberante verdor que les rodea acabará convertido en polvo, en muertas cenizas. Lo siento en el alma.

–Obligado por el dramatismo, entremezcló algunas palabras en inglés, lo que añadió eficacia a su arenga. Continuó –: Esto mismo ha sucedido ya entre mi pueblo. Me encontraba en lo alto de una colina distante y vi cómo se desplomaban los árboles.. . ¡así!

Agarró la estaca que tenía más a mano, retrocedió unos pasos y la arrojó contra el suelo.

Hizo una pausa, a la espera de que se produjese alguna clase de reacción. Pero no se produjo.

La desgracia acontecerá en menos tiempo del que se necesita para respirar dos veces. En cuestión de segundos, una foresta pujante, llena de vida, espléndida y amena, quedará abrasada por el fuego y la invencible fuerza que deja el piso yermo y cubierto de pavesas. Puede ocurrir mañana. ¡Incluso podría suceder AHORA MISMO!

Las dos últimas palabras quebraron la inmovilidad de los bosquimanos. Sus semblantes se contorsionaron a causa del terror. Se abalanzaron sobre Karvel y tiraron de él hacia el sendero. Logró desasirse apenas durante el espacio de tiempo imprescindible para recoger su equipo, antes de que volvieran a apresarle y le apremiaran a alejarse de allí. Pronto empezó a renquear, pero entonces le levantaron en peso y emprendieron la carrera. Algunos iban pronunciando sandeces con voz gutural; otros lloraban desconsoladamente. Cuando, por último, desembocaron en el claro central, el grupo constituía un conjunto de seres empavorecidos.

Irrumpieron en la caverna y llenaron su ámbito con gritos discordantes, que pregonaban la inminente desgracia. La cueva no tardó en rebosar individuos, y Karvel comprendió demasiado tarde que, el que siembra vientos, tiene que estar preparado para recoger tempestades. El excesivo éxito resultaba a veces perjudicial. Durante un momento, muchos de aquellos seres creyeron que el cataclismo ya se había producido. Intentaron abrirse camino a la fuerza, para salir de la caverna, lo que les obligó a luchar casi a brazo partido con los que pretendían entrar, a fin de enterarse de lo que había pasado. Entre unos y otros, Karvel se vio zarandeado por la muchedumbre, que lo empujaba de aquí para allá y viceversa. Unos cuantos de los más tranquilos agitaban los brazos y reclamaban silencio, dando grandes voces, que sólo conseguían añadir más estrépito al barullo.

Karvel tropezó con un banco y se las arregló para subirse encima. Pero perdió pie y, a no ser por la multitud espesa que le rodeaba, habría ido a dar con sus huesos en el suelo. Sin embargo, los otros le sostuvieron, impidiendo que cayese.

—¡Que el Consejo se reúna! —gritó Karvel—. ¡Debemos actuar rápidamente, al objeto de salvar el bosque!

Nadie le oyó.

Sin embargo, había sacado a relucir algún horror arcaico o convertido en realidad alguna superstición espeluznante para aquellos hombres. Y las fuerzas que había desatado amenazaban con llevárselo por delante.

Pese a que gritaba a voz en cuello, no pudo oírse. Unas manos hicieron presa en él; forcejeó para quitárselas de encima, pero insistieron y le obligaron a marchar hacia adelante. De forma milagrosa, se abrió un pasillo ante él. Volvió la cabeza cuando llegaba a la explanada de la parte de fuera de la caverna y vio a Marnox a su lado. El piloto le arrastró a toda prisa en dirección al aeroplano. Wilurzil saltó a bordo del aparato tras ellos y se agazapó en la parte posterior de los asientos. Se cerró la carlinga. Se remontaron en vertical, bruscamente, en el preciso instante en que los del Pueblo Desamparado surgían en masa del interior de la cueva.

Sobre el bosque, Marnox accionó los mandos para que el avión trazara un amplio círculo.

–¿Qué pretendía hacer? –interrogó a Karvel.

–Intentaba conseguir ayuda para llevar a cabo una incursión contra Galdu. ¿Qué fue lo que se torció?

–¿Qué les dijo?

Karvel se lo contó.

–Debió manifestarse más específico. Creyeron que era usted quien iba a destruir sus árboles.

–De cualquier modo –silabeó Karvel, desalentado –, algo adelanté. Me tomaron en serio... que es más de lo que hizo Dunzalo. ¿Qué sucedió allí?

–Cuando los galdusinos no pudieron encontrarle, se retiraron de la ciudad. Hemos presentado la correspondiente denuncia ante el Inspector, exigiendo una reparación por daños y perjuicios. ¿Por qué quiere invadir Galdu?

–Para ver si consigo inutilizar el **ONI**, antes de que se emplee de nuevo. Tengo que dar por supuesto que mis errores me han hecho llegar demasiado tarde para detener al **ONI** número dos, pero con un poco de suerte, es posible que los generales creen que me crucé con él por el camino. No obstante, si el **ONI** número uno vuelve, comprenderán que he fracasado.

Marnox y Wilurzil intercambiaron una mirada de estupor.

–Lo que dije al Pueblo Desamparado no era ninguna broma –declaró Karvel –. Si no logro infiltrarme en Galdu, la hecatombe se abatirá sobre la ciudad de alguien o sobre el bosque de alguien. ¿Me van a ayudar a organizar una incursión?

–¿Contra Galdu? El Pueblo Desamparado no iría allí por nada del mundo.

–¿Ni siquiera para salvar sus arboledas?

–Bueno, tal vez para eso sí, siempre y cuando se les explicara el asunto apropiadamente. Pero ya no hace falta. Galdu dejó de poseer su esfera. Los galdusinos se la vendieron a Bribun.

–¿*Bribun*? ¿Una ciudad?

–Sí. Nos enteramos de la transacción esta mañana. Bribun tuvo noticias de la existencia de su esfera de usted cuando Dunzalo la reclamó. Bribun presentó una contrasolicitud, alegando que la esfera en cuestión le pertenecía. Y también pidió

que se le entregase su persona, dado que usted llegó en la esfera, un objeto que les pertenece.

–¿Que les *pertenece*?

–Poseían esa esfera tiempo atrás, pero la extraviaron. No recuerdo con exactitud los términos de la demanda que han presentado. Dunzalo tramitó enseguida otra denuncia, protestando por el hecho de que Galdu haya traspasado la esfera a Bribun.

–El Inspector tardará un año en poner en orden todas las reclamaciones. ¿Pudo Bribun construir el **ONI**?

Marnox titubeó.

–Supongo que es posible. Se trata de una ciudad de mecánicos. Efectúan reparaciones y fabrican máquinas y piezas de recambio para muchas ciudades, y también forman especialistas en mecánica, que luego negocian.

–Temo que el Pueblo Desamparado no se uniría a mí para llevar a efecto una incursión sobre Bribun.

–Opino que lo mejor que puede usted hacer es mantenerse lejos del Pueblo Desamparado –aconsejó Marnox–. Aunque me parece que la tribu que mora por las proximidades de Bribun le echaría una mano, de representar algún provecho para ellos.

–Ignoraba que hubiese otra tribu.

–Hay núcleos de Pueblo Desamparado por todas partes... Por todos los sitios donde crecen nogales. ¿Qué es lo que va a hacer?

–Quiero inutilizar esa esfera, o llevármela. Me tiene sin cuidado el número de ciudades que presenten reclamaciones. El **ONI** es mío y estoy dispuesto a asegurarme que nadie lo utiliza. Arreglaré después los tecnicismos. ¿Estuvo alguna vez en Bribun?

–Muchas.

–¿Es una gran metrópolis?

–No tanto como Galdu. ¿Cómo piensa apoderarse de la esfera y huir con ella? Tengo entendido que es un objeto muy pesado, ¿no? Este aeroplano no podrá transportarla y el Pueblo Desamparado no dispone de aparatos de carga. Ni siquiera Dunzalo cuenta con uno solo.

–¿Los hay en Bribun? Pues, lo robaré también, con tal de poder trasladar la esfera a un lugar seguro.

Marnox sonrió, encantado.

–Nunca tuve noticias de un hurto ilegal a semejante escala. Me gustaría presenciar la operación. Podemos presentarnos ante el Pueblo Desamparado que mora en las cercanías de Bribun y pedir su colaboración, aunque sería mejor que me dejase a mí solicitar esa ayuda. No ganaría usted gran cosa si los asustase hasta volverlos medios tontos.

–Un momento. ¿Qué opinará Dunzalo del asunto? No quisiera que esto le originara disgustos o complicaciones.

Marnox volvió a intercambiar una mirada con Wilurzil.

–Tenemos orden de permanecer con usted hasta que podamos llevarle de nuevo a Dunzalo. No resultará anormal que el Pueblo Desamparado tarde varios días en tomar una decisión, y lo que el Anciano Cero –Cero ignore no le hará perder el apetito; ni a él, ni a nadie. Pero debemos emprender ese rumbo ahora mismo, si queremos llegar allí antes de que anochezca.

En medio de la noche, o a medianoche, se encontraban volando en círculo sobre otro bosque. La ciudad que relucía a lo lejos era Bribun. Marnox envió una señal luminosa y al instante se produjeron los fulgores de respuesta de los seis aeroplanos que les seguían.

–¿Ya? –preguntó Marnox. Saltaba a la vista que todo aquello le producía un placer inmenso.

–Tiene corazón de pirata –comentó Karvel.

–¿qué es un pirata?

–Si se lo dijese, querría convertirse en uno. Concedámosles tiempo en abundancia.

Observó la ciudad con el ánimo desasosegado. Los bosquimanos –una vez Marnox presentó a Karvel como "Pequeño Velloso", venerador de árboles –se mostraron enternecedoramente dispuestos a colaborar. Todo había salido tan bien, sin inconvenientes de ninguna especie, que el presentimiento de que les aguardaba un desastre empezó a abrumar a Karvel.

Y la presencia de Wilurzil no contribuía precisamente a aliviar el nerviosismo que provocaba en su espíritu aquel presagio negativo.

–Una correría de esta clase no es el lugar apropiado para una mujer –la advirtió, y, tranquilamente, Wilurzil repuso que en Dunzalo había recibido una orden que debía obedecer. Luego subió a bordo del aparato.

Continuaron volando en círculo, sin apartar los ojos del brillo suave que despedía la masa de la ciudad. De súbito, una claridad más brillante apareció en la base externa de la muralla.

–Les han abierto –dijo Marnox.

–O, por lo menos, han salido a investigar. Creo que ya podemos ir.

Marnox repitió la señal anterior e interrumpieron el vuelo en círculo, para poner rumbo a la metrópoli. Mucho antes de llegar a los muros exteriores, éstos centellearon con líneas de fúlgida luminosidad, que permitieron ver el espectáculo de los hormigueantes miembros del Pueblo Desamparado. Karvel no podía oír sus gritos, pero le resultó fácil distinguir el giro frenético de sus movimientos. No había pedido más que una demostración, y mucho se temía que se estuviesen excediéndose en sus entusiasmos. En dos ocasiones le pareció ver que habían forzado las entradas exteriores.

Destacaban las torres debajo del aeroplano; series de conos truncados, que recordaban las atalayas de Galdu. Descendieron para posarse en una de ellas. Tres aparatos más aterrizaron junto a Marnox, y los otros tres hicieron lo propio con una torre próxima. Sólo cuando se apeó del vehículo, comprendió Karvel la gravedad del desatino cometido.

Planeó la incursión como si se tratara de asaltar un castillo medieval, pero aquella urbe era –un enorme edificio, cuya superficie ocupaba varios kilómetros cuadrados. El alboroto que tenía lugar en las murallas ni siquiera se oía en lo alto de la torre. Los que estaban en las profundidades de la ciudad no se enterarían del aterrizaje de los aviones, a menos que alguien fuera a informarles. Pero ese alguien tardaría en llegar abajo cosa de una semana. El fraccionamiento estratégico de las fuerzas atacantes no servía de nada. Era un craso error.

–¿Listo? –preguntó Marnox.

–Adelante –repuso Karvel.

Marnox se puso a la cabeza del contingente de robustos voluntarios del Pueblo Desamparado, los cuales marcharon tras él en correcta formación. Colocaron a Karvel en el centro, donde pasaría más inadvertido su aspecto de extranjero, su diminuta estatura y su cuerpo velloso. El comandante indicó a Wilurzil que acudiera

a su lado, puesto que así, la barba anaranjada de la muchacha llamaría menos la atención.

Descendieron a paso rápido por la espiral de la rampa que rodeaba la circunferencia de la torre, y avanzaron un poco por un enorme pasillo, iluminado tenuemente. Se les unió el grupo de los que habían aterrizado en la torre contigua. Los primeros bribenses con los que se cruzaron apenas se tomaron la molestia de dirigirles una mirada indiferente.

Se aventuraron por la serie de largas rampas descendentes que apareció ante ellos, capitaneados por Marnox. El piloto conocía la ciudad de Bribun y el punto preciso hacia el que marchaba. Iba aumentando el número de bribenses que aparecían en su camino y uno de ellos se detuvo para formular una pregunta.

–Traficantes –repuso Marnox–. Un negocio urgente.

Salieron a un amplio túnel, lo recorrieron y, al final del mismo, se encontraron a la entrada de una nave gigantesca, tan enorme como un campo de fútbol. Era un taller mecánico de proporciones colosales, lo mismo que las máquinas que había en él. Multitud de operarios se afanaban sobre muchas de aquellas máquinas presentando el aspecto de hormigas que descuartizasen artrópodos inconmensurables.

–¿Lo ve? –inquirió Marnox a Karvel.

–No –contestó el comandante.

Se adentraron despacio, en dirección a la parte central de la nave, y empezaron a desplegarse y mirar a todos lados. Marnox no cesaba de repetir:

–Una esfera. ¿Ve alguien una esfera?

–Es mejor que no nos separemos –advirtió Karvel en tono agudo.

–Supuse que estaría aquí –dijo Marnox–, pero no la veo.

–¿En qué otro sitio puede estar?

–No lo sé. En cualquier parte.

–Entonces sigamos buscando –propuso Karvel.

Ejecutaron una maniobra de retirada en orden y se acurrucaron en el enorme pasillo. Corría en línea recta, su piso era llano y, en una dirección, se perdía en el infinito. Por el otro extremo, se agitaba un buen número de personas, con un clamor de voces que llegó a oídos de Karvel atenuado por la distancia.

–¿Estamos en la planta baja? –interrogó.

–Sí, al nivel de la calle –confirmó Marnox.

–En tal caso, esa es una de las entradas principales y el Pueblo Desamparado todavía arma jaleo por allí. Por esa salida deben de sacar las máquinas de la ciudad. Supongo que los aparatos voladores se deslizarán a lo largo de este túnel. ¿Atraviesa la ciudad en derechura?

–Sí. Me parece que sí.

–Sin duda, hay otros talleres.

–El que hemos visto es el único que conozco.

–Si el **ONI** ha sido trasladado a Bribun, deberá hallarse en algún punto, a lo largo de este túnel. ¿Y si dividiéramos nuestras fuerzas para revisarlo en ambas direcciones?

–¿Quedándose usted aquí?

–Buena idea –aceptó Karvel –. Hay una tirada hasta el infinito y no me gustaría encontrarme en el otro extremo del corredor, suponiendo que usted tropezara con la esfera en el contrario.

Fueron saltando de una estancia a otra, pero no habrían recorrido cincuenta metros de corredor, cuando los nativos inundaron repentinamente el túnel, surgiendo por una docena de pasadizos, y la emprendieron con ellos. Uno de los grupos de bosquimanos quedó fuera de combate enseguida; el otro encontró bloqueado el túnel y dio media vuelta, pero estuvo rodeado de enemigos antes de retroceder una docena de zancadas. Durante un breve espacio de tiempo, Karvel, en medio de ambos grupos, pasó inadvertido. Empezó a escabullirse, rumbo a una abertura en la que había visto una rampa descendente; pero antes de que hubiese cubierto la mitad de la distancia, una avanzadilla de bribenses le cortó el paso. Observó las maniobras de aquellos individuos con forzada admiración. A diferencia de Dunzalo, Bribun disponía de un plan preconcebido de defensa y sabía ponerlo en práctica con eficacia.

Bajo la suelta y amplia vestidura indígena, Karvel llevaba ocultas sus armas: la pistola y el cuchillo. Sin embargo estaba muy lejos de su intención derramar sangre y los bribenses eran demasiado numerosos para pretender fanfarronear ante ellos. Mientras avanzaban hacia Karvel, éste fue retrocediendo despacio. Nadie le puso la mano encima, hasta que intentó un tardío impulso para romper el cerco y escapar. Entonces le agarraron y le sostuvieron con firmeza.

De súbito, un remolino de brazos que se agitaban en el aire con violencia, se abatió contra quienes le habían apresado. Captó el centelleo fugaz de una barba anaranjada, mientras los bribenses caían en confuso montón inactivo. Wilurzil se fue



al suelo con ellos, pero los brazos de la muchacha continuaron en acción y sus mortales uñas siguieron arrancando alaridos de cólera y dolor. Durante un momento, los bribenses se olvidaron de Karvel.

En tres saltos, se puso ante la rampa descendente. Bajaba suavemente en espiral y el comandante se aventuró por ella a todo correr. Un bribense pretendió cortarle el paso en el fondo. Karvel le cogió un brazo y se lo retorció a la espalda.

–¡La esfera de Galdu! –gritó –. ¿Dónde está?

El hombre emitió un aullido de angustia y se desmayó. Karvel lo depositó en el suelo y reanudó la carrera. Se encontraba en un pasillo más bien angosto, que formaba ángulos rectos en relación con el túnel de encima. Podía existir algún otro acceso a los talleres de los bribenses, pero necesitaba alguien que le sirviese de guía.

Dos bribenses más se enfrentaron con Karvel. Derribo al que tenía más cerca y se abalanzó sobre el otro.

–La esfera de Galdu. ¿Dónde está?

Con el semblante contraído a causa del dolor, el sujeto de Bribun articuló una respuesta ininteligible. Karvel aflojó un poco la presión que ejercía sobre su brazo.

–¿Puede conducirme hasta la esfera?

–Sí... sí...

–Vamos. Y si intenta alguna jugada...

Dio un leve tirón al brazo que retorció.

Se pusieron en marcha. Karvel retuvo, sujetos con firmeza, los dos brazos del hombre a su espalda. Siempre que aminoraba el paso, la presión sufría un aumento, con alentadores resultados. Ascendieron a la planta superior y empezaron a recorrer un nuevo pasillo. Al otro lado de una distante abertura, Karvel vislumbró la presencia de un numeroso grupo de gente.

–¿Ese es el gran túnel? –inquirió.

–Sí... sí...

–¿Hay otro camino para llegar a él?

–Sí...

–Vayamos por ese otro camino.

Dieron media vuelta. pero la persecución ya se había iniciado. Subieron por una rampa, avanzaron por otro corredor y descendieron nuevamente. El cautivo de Karvel estaba tan desanimado y vencido que el comandante pudo permitirse el lujo de llevarle cogido sólo de un brazo, mientras corría a su misma altura. Los perseguidores ganaban terreno y, cuando desembocaron en el último pasillo, los dos extremos de este se encontraban bloqueados.

El bribense se detuvo.

–Aquí es.

–Abra la puerta –ordenó Karvel.

Un toquecito de la mano y el panel se deslizó lateralmente, dejando franca la entrada. Karvel empujó a su prisionero a través del hueco. El **ONI** estaba en el centro de la estancia.

–¡Cierre la puerta! –conminó Karvel.

El bribense obedeció y, al soltarlo el comandante, se desplomó contra el suelo, lívido el rostro.

Karvel se llegó en dos zancadas hasta el **ONI** y trató de levantar la escotilla. Comprendió en seguida que no iba a abrirse. Toda la superficie exterior del **ONI** había sido recubierta de una substancia transparente, dura, como de plástico. Karvel se afanó en vano y luego golpeó la escotilla con ambos puños.

–¿Comandante... Bowden... Karvel? –silabeó una voz

Karvel giró en redondo, con los ojos como platos. La pronunciación resultaba ridícula, pero le fue fácil entender las palabras. Un hombre caminaba despacio en su dirección, un individuo alto, de constitución robusta y tez blanca, ataviado con una especie de "mono" amplio, acampanado. Su estatura destacaba enormemente cuando se puso delante de Karvel y le obsequió con una sonrisa.

–Soy aquí el superintendente... Me llaman Inspector –dijo –. Creo que ha sonado la hora de que usted y yo nos conozcamos.

\* \* \*

Karvel se reclinó sobre la exquisita y mullida suavidad del sofá en forma de salchichón y miró a través de una burbuja transparente hacia el supuesto planeta Tierra... Supuesto porque el resplandeciente globo suspendido en el vacío del espacio apenas ofrecía una semejanza nebulosa con la Tierra que el comandante conocía. Los continentes se representaban a la vista dislocados y retorcidos, anchos donde debían ser angostos y estrechos en las zonas donde debían ser amplios. El mar los había inundado en algunos puntos, retirándose y dejando la tierra firme al descubierto en otros. La primera ojeada estuvo a punto de provocar las lágrimas de Karvel. Era como volver a casa después de una breve ausencia, para encontrarse con que todo lo que uno amaba se había alterado hasta el extremo de que era imposible reconocerlo.

O como mirar el cristal de un espejo y verse frente a un completo desconocido. Se preguntó si debería considerarse el primer hombre de su generación que llegaba a la Luna. . o si no sería el último.

El Inspector, que ocupaba el diván contiguo, emitió una risita en tono suave.

—¿Le gusta el panorama?

—Sí —repuso Karvel —y no. La Tierra ha cambiado tanto que cuesta trabajo reconocerla.

—En toda la galaxia, no hay un planeta más soberbio —manifestó el Inspector —. Para mí, siempre ha constituido un cuadro majestuoso... El de un mundo viejo, con todos sus recursos agotados, son sus habitantes aferrándose a unos sistemas que se quedaron anticuadísimos. Un mundo poblado por seres que se afanan y van de un lado a otro en ese oscuro rincón del éter, comportándose como si el universo girara a su alrededor. En cierto sentido, aunque bastante oblicuo, eso es lo que hace el universo. No puede negarse que la Tierra es el cuerpo celeste natal del hombre. Según la tradición, durante mucho tiempo, los hombres que se alejaron por el cosmos no hacían más que soñar con el regreso, pero cuantos lo hicieron experimentaron acto seguido una decepción tan enorme como la que usted vive ahora. Algunos, incluso, se sintieron cruelmente defraudados porque, respecto a sus sueños, la realidad fue como un insignificante granito de verdad respecto al colosal cascarón de la leyenda. Los sueños y la leyenda son eminentemente más satisfactorios que el realismo y la verdad, por lo que llegó un momento en el que los hombres dejaron de regresar. En el fondo no sé si adoro a ese planeta por lo que es y representa ahora o por lo que fue y representó en una época lejana, pero me mantengo aquí, muchas veces, me abstengo de asistir a reuniones empingorotadas y poco molestas, a fin de contemplar a gusto ese cielo maravilloso, cosa que, por otra parte, hago siempre que me lo permiten las obligaciones propias de mi cargo.

Karvel esbozó un gruñido que no le comprometía a nada. Las obligaciones propias del cargo del Inspector no le impresionaban en absoluto. Había visitado los

lujosos aposentos del cuartel general establecido en la Luna, con su numeroso contingente de personal femenino, un cuerpo de casa ultrajante por sus proporciones y que, indignado, calificó enseguida de harem. Creyó comprender los motivos por los cuales el Inspector decía tan a menudo que estaba ocupado y por qué las denuncias y solicitudes que presentaban las ciudades de la Tierra permanecían tanto tiempo sin atender.

Se había formulado su propia y sucinta catalogación personal del carácter del Inspector. El hombre poseía un talento para la oratoria susceptible de tildarse de genial y sabía conferir a las palabras del lenguaje terrestre inflexiones pletóricas de vitalidad, que lo convertían en algo rico y expresivo. Su voz rezumaba poesía y sentimientos amistosos y, cada vez que pronunciaba su clásico: "Amigo mío...", Karvel tenía que esforzarse para dominar la apremiante sensación de volver la cabeza para ver dónde estaba disimulado el cuchillo.

Lo que el Inspector pretendía era utilizar a Karvel de algún modo nefasto y todo lo que deseaba era inventar algún empleo que le resultara provechoso. Tan pronto lo hallase, se lo adjudicaría al comandante. Karvel estaba seguro de ello y no tenía la intención de permanecer por allí el tiempo suficiente como para enterarse de la naturaleza de tal empleo. Pero, de momento, todo lo que podía hacer era tramar unos cuantos planes de su propia cosecha, para ponerlos en práctica llegada la ocasión.

Sin embargo, hasta que se presentase la oportunidad, necesitaba al Inspector más que éste a él, por lo que no tenía más remedio que aceptar la fingida camaradería y simular que no se daba cuenta de que el otro le analizaba calculadamente.

—¿Se enteró de alguna novedad? —preguntó Karvel.

—He decidido dejar su **ONI** en Bribun —dijo el Inspector—, pero continuará herméticamente cerrado hasta que ordene su apertura. Tendrá que ser una orden personal. Es posible, que mis superiores deseen que se efectúe un estudio técnico de ese aparato y, si ocurre así, prometo que se realizará con sumo cuidado. Puede usted descansar tranquilo; nadie va a enviar el **ONI** a ninguna parte.

—¿Y... el otro?

—Respecto a eso, amigo mío, nos enfrentamos con un buen problema. No existe otro **ONI**

—Cosa que me parece extraña de veras —murmuró Karvel, que no creía una sola palabra—. Contamos dos.

–Amigo mío, hice las oportunas indagaciones por todas las ciudades independientes del planeta e interrogó a todas las tribus del Pueblo Desamparado. Por eso tardó tanto tiempo. La mendacidad es algo virtualmente extirpado de ese cuerpo celeste y, aunque así no fuera, ninguno de sus habitantes mentiría a su Inspector. No hay otro **ONI** En esta época y en ese lugar, no existe.

Karvel se manifestó cortés:

–En tal caso, mi misión. ha fracasado. Caí en la época errónea y en el lugar equivocado.

–Tal vez, Pero es mejor que combinemos nuestros datos respectivos y veamos qué resulta de ellos. Hace ciento diez días terrestres, un piloto de Bribun divisó una esfera extraña en una comarca de terreno que no pertenece a nadie, situada a mucha distancia, al norte de su ciudad.. . A unas setenta unidades aéreas. Examiné aquel punto con mis propios ojos. El rastro de destrucción era evidente para cualquiera que tratase de descubrirlo, pero aquel territorio es un erial y ni el piloto ni quienes fueron por la esfera observaron nada extraordinario. Trasladaron el aparato a Bribun, lo examinaron y, en su interior encontraron unos mensajes.

–¡Mensajes! –exclamó Karvel –. Los mensajes se incluyeron cuando los franceses les retornaron el **ONI** y esa esfera fue la segunda. El **ONI** número dos.

–Permítame terminar mi propia cronología, antes de que sometamos la suya a consideración. Con anterioridad. al descubrimiento de que le hablo, la esfera resultaba algo desconocido para los ciudadanos de Bribun y para todas las personas de esta época y lugar. Sí... escuche lo que falta. Los bribenses no lograron entender los mensajes. Ni siquiera fueron capaces de reconocerlos como tales, ya que el lenguaje escrito es un arte que se perdió hace mucho tiempo en el planeta. Sin embargo, se mostraron ávidos de ponerse en contacto con los seres que hubiesen podido fabricar semejante máquina. Ahora es demasiado tarde para pretender averiguar todos los pasos y etapas de su línea de razonamiento, pero los bribenses poseen una sabiduría casi instintiva de cuanto se refiere a mecánica y no tardaron en llegar a una comprensión empírica del cuadro de instrumentos de la esfera. La consecuencia resultante estribó en que determinaron accionar en sentido contrario ciertos mandos y devolver la esfera a su punto de procedencia, junto con un emisario. Cuando este embajador maniobró el instrumento crítico, el **ONI** se desvaneció, cosa que, naturalmente, dejó estupefactos a los de Bribun. Un aparato de tales condiciones se escapaba por completo a su comprensión.

–Un momento. ¿Está dando a entender que ninguno de los **ONI** partió de aquí?

–No lo doy a entender, lo afirmo categóricamente. Tengo la absoluta certeza de que este no es su lugar ni su época de origen. Ni antes ni después, los bribenses vieron razón alguna para consultar a su Inspector un asunto que sólo concernía a

Bribun, pero me siento satisfecho de que su **ONI** fuera desconocido por aquí hasta que llegó con los mensajes.

—¿Significa eso que la esfera que me trajo fue la segunda? —dijo Karvel en tono incrédulo.

—Aguarde. La segunda llegada se produjo cuarenta días terrestres después de la primera. Gracias a un milagroso rasgo de buena suerte, tampoco en esa ocasión produjo la esfera daños graves. Apareció en las tierras de pastos de Merrun, donde habita uno de los tres grupos de hombres carnívoros que subsisten en la Tierra. El artefacto mató a unos cuantos de sus animales. Como se trataba de una máquina extraña y como la fama de hábiles mecánicos que tienen los bribenses está muy extendida, los de Merrun avisaron a Bribun. Esta ciudad ofreció la debida compensación por las reses muertas y, a cambio, recibió la esfera. Este segundo aparato llevaba en su interior un pasajero sin vida, aunque por motivos que usted comprenderá fácilmente, los bribenses dedujeron muy pocos detalles sobre él. Aquellos restos humanos fueron incinerados con toda la reverencia que los bribenses. conceden a sus propios difuntos y las cenizas volvieron a integrarse en la tierra del suelo.

Karvel inclinó la cabeza y murmuró:

—*Y constelaciones de extrañas pupilas rigen eternamente sus estrellas.* Adiós, Phineas Ostrander. —añadió, silabeando despacio —: puede que no lo entienda, pero acaba de pronunciar una paradoja.

—¿En qué sentido?

—El primer **ONI** que enviamos nosotros llegó aquí en segundo lugar. Y el segundo se presentó antes que el número uno. Pero continúe, por favor. Es evidente que Bribun devolvió esa segunda esfera con otro emisario en su interior.

—De inmediato. Estaban preocupadísimos respecto al destino que hubiera podido sufrir el primero.

—¿Y enviaron otra persona sin detenerse a pensar en por qué había muerto nuestro emisario?

—Meditaron en ello, claro, pero no se les ocurrió hacer nada al respecto. Y eso, amigo mío, es cuanto puedo decirle. El **ONI** no tiene su origen en esta época ni en este lugar. Aquí hubo dos llegados y dos envíos o partidas, y la arribada de usted fue la tercera. Ahora me gustaría mucho enterarme de lo que usted sabe. Confío en que tiene el convencimiento y la seguridad absolutos de que el **ONI** no procede de su tiempo y país. ¿Es cierto?

–Esa posibilidad ni siquiera merece la pena ponerla en tela de juicio, hay bastantes razones para evitar la duda. Bueno, allí llegó el **ONI**, el **ONI** número uno, completo, con el emisario de Bribun y con una mariposa que contribuyó a persuadirme de que el objeto procedía del futuro. El embajador de Bribun no se encontraba en condiciones de contarnos nada. La mariposa estaba indemne. Esa es otra paradoja, algo incomprensible y que merecía un poco más de reflexión. ¿Cómo se las arregló la mariposa para sobrevivir cuando la presión fue suficiente para aplastar a un hombre?

–¿Iba la mariposa dentro de la esfera?

–No. No podía estar en el interior del **ONI**, puesto que la vi revolotear antes de que se abriera la escotilla.

–Tal vez el movimiento de la esfera crea un remolino de presión normal, un vacío transitorio susceptible de absorber y retener a un insecto, sin causarle ningún daño.

–Algo así, supongo. Sea como fuere, la cuestión es que el **ONI** llegó y yo presencié su llegada. Ocasionó graves perjuicios en personas y propiedades. Me uní a los científicos que se dedicaron a estudiar el **ONI**, y una noche, cuando verificaba lo que en principio me pareció una idea brillante, mi ayudante movió un instrumento que no debió tocar y el **ONI** se desvaneció. Con él dentro, naturalmente. Pasemos al **ONI** número dos.

El Inspector aguardó en silencio.

–La segunda arribada sucedió al otro lado del océano. Una pequeña aldea quedó totalmente destruida. Esa vez, el pasajero del **ONI** no era humano. Un ser extrahumano.

–Un ser extrahumano –susurró el Inspector –. Es un concepto que cuesta trabajo asimilar. ¿Un animal con inteligencia?

–No lo llamaría animal, salvo en el mismo sentido en que los hombres son animales. Personalmente, no lo vi y aunque lo hubiese visto, tampoco estaba preparado para analizarlo como era debido, pero los científicos sacaron algunas conclusiones sorprendentes. El esquema de su estructura ósea era distinto por completo al de cualquier ser vertebrado conocido en mi época. Tenía vestigios de incipientes alas. El cerebro era enorme y llenaba la parte central de su cuerpo. Etcétera, etcétera. Aquel ser apenas tenía relación con la vida existente sobre la Tierra.

–Verdaderamente. ¿Y qué consecuencia sacó usted en cuanto al posible origen de esa criatura extrahumana?

–Los científicos no quisieron comprometerse. Incluso después de haberlo examinado a fondo, hubo varios que se negaron a creerlo. Se me ocurrió que aquel ser podía tener su origen en el lejano futuro, como el emisario de Bribun, ya que supuse que, para entonces, el hombre habría alcanzado otros mundos y era harto posible que hubiese entrado en contacto con tal forma de vida. ¿Lo han hecho?

–Aplacemos de momento esa pregunta. Prosiga, por favor.

–Se colocaron en el **ONI** número dos mensajes redactados en cuarenta idiomas y se les devolvió a ustedes el aparato.

–No me parece adecuado el verbo "devolver", puesto que fue su primera llegada aquí, pero no regañemos ahora por el empleo más o menos apropiado de las palabras. Doy por supuesto que a los mandos del **ONI** número dos se les colocó en la misma posición que previamente se les había adjudicado a los del número uno. ¿Me equivoco?

–No. Después, el **ONI** número uno volvió a presentarse. Por suerte, cayó en un desierto, con el segundo emisario de Bribun a bordo. Se preparó otra serie de comunicados, se diseñó un sistema de protección para un pasajero y aquí estoy.

–Los mensajes eran verdaderamente impresionantes –comentó el Inspector.

–¿Cómo se las ingenió para leerlos?

–Los puse en un analizador lingüístico y el aparato los descifró sin dificultad. No sé si fue porque la máquina conserva todavía registros de idiomas tan antiguos o sencillamente porque la proporcionaron tantas versiones del mismo comunicado y eso facilitó su tarea.

–No sabe lo que me alegra la noticia de que el lenguaje escrito no ha desaparecido por completo.

–Sólo en la Tierra –dijo el Inspector –. Los habitantes de la Tierra han olvidado muchas cosas. A veces creo que eso les permite ser más felices.

Karvel asintió, distraído. Estaba intentando poner en orden el complicado entretrejimiento de llegadas y salidas de los **ONI**

–El ser extrahumano debería constituir, según parece, la pista clave –manifestó por último.

–Estoy de acuerdo –se apresuró a decir el inspector –. Entre nosotros, la llegada de ese individuo extrahumano es la única para la que no tenemos salida. ¿Es usted de la misma opinión?



–Sí. Y una vez establecido ese hecho, sigue la inevitable conclusión de que el **ONI** que trasladaba al ser no humano –el **ONI** número dos –fue el primero en llegar. ¡No obstante, cayó un mes después que el O. N. I número uno! Mi atolladero consiste en que trato de razonar para encontrarle al caso una explicación cronológica y, evidentemente, eso es imposible. El viaje a través del tiempo transforma la cronología temporal en algo carente de significado. Así que el **ONI** número dos fue el primero en llegar, incluso aunque el número uno le precedió en treinta días.

–¿Qué son treinta días terrestres cuando se atraviesa un lapso dilatadísimo y enorme? Lo que me sorprende es que la esfera se las arreglara para caer en el mismo año.

–Conforme. Aun suponiendo que los instrumentos del **ONI** midan el tiempo con precisión de días, un error microscópico produciría una diferencia de varias jornadas en el viaje hasta un punto cronológico distante. De cualquier modo, el **ONI** número dos llegó a nosotros primero y, una vez comprendido eso, salta a la vista, automáticamente, que sólo había un **ONI**

–Es lo que he creído desde el principio.

–Usted no tenía una contradicción cronológica que le indujera a la confusión y los bribenses operaron sin expertos científicos que los embrollasen. Sólo hubo un **ONI** número uno. No podía tenerlas hasta haber sido enviado hacia el futuro y regresado otra vez... al cabo de treinta días. Si es que uno es capaz de entender y seguir ese proceso.

–De un modo matemático, no, pero, en términos generales, estoy de acuerdo con la conclusión. ¿Adónde nos conduce?

–A otra interrogante. ¿De dónde procede el ser extra –humano? Supuse que del futuro, porque albergaba la absoluta certidumbre de que el hombre habría encontrado, oportunamente, formas de vida inteligente sobre la superficie de otros planetas.

–Eso depende de lo que usted entienda –por *inteligente* –puntualizó el Inspector –. El hombre ha explorado la galaxia hasta límites lejanísimos, pero, que yo sepa, aún no ha tropezado con ninguna clase de inteligencia al estilo humano, con civilización y tecnología organizadas. No voy a ser tan temerario como para declarar de un modo tajante que no existe o que no existirá; sin embargo, hasta el presente no hemos dado con ella. La galaxia es una extensión de enorme vastedad y distancias aterradoras. Aunque tales distancias aterradoras no son lo más pavoroso de su amplitud espacial. El hombre ni siquiera ha llegado a recorrer la mitad, se sabe muy poco acerca de lo que rastreó y no hay ni una persona sola que conozca todo lo explorado. El centro de referencia de todo planeta menor se circunscribe a –

sus recursos. No obstante, emprenderé una búsqueda sistemática, aunque no conseguiremos resultados inmediatos. Cuénteme, por favor, todo lo –que recuerde respecto a esa criatura.

–Se calculó su estatura en cosa de metro y medio –dijo Karvel –. Tenía cuerpo grueso, robusto y abombado, el cerebro, enorme, se localizaba en la parte superior central. La cabeza no estaba separada del tronco. Disponía de dos alas incipientes o atrofiadas, si bien los científicos opinaron que se trataba de lo último, que eran extremidades o apéndices degenerados. En la sangre apreciaron algo raro... algo que arrojaba dudas sobre si era o no sangre, tal como nosotros la tenemos. Contaba con seis extremidades, pero los científicos se negaron a aplicarlas la designación de brazos o piernas. Su remate no presentaba parecido alguno con nuestros pies o manos. No hubo acuerdo en lo relativo a su capacidad visual, a causa probablemente de que los ojos habían dejado de ser identificables como órganos oftalmológicos. Tampoco pudieron encontrarle la boca, ni consiguieron averiguar como respiraba. Tenía una especie de pulmón bastante singular.

Lo siento, no me acuerdo de ningún detalle más. Me tendieron el informe cuando estaba a punto de partir y me limité a echarle una breve mirada por encima.

–Seguramente, eso debiera bastar –dijo el Inspector –. Si tiene la bondad de dispensarme, iré a encargarme de esa indagación.

Karvel se reclinó hacia atrás y trató de concentrar su interés sobre el reflejo sereno que despedía el planeta Tierra. Una visión dotada de seis extremidades, apunte de alas y sin cabeza caminaba por su superficie. El comandante maldijo a Haskins por omitir enseñarle el informe y no haberlo hecho hasta el último momento. Si hubiera tenido ocasión de estudiarlo adecuadamente, tal vez su remembranza habría dejado de parecer el inventario reseñado de segunda mano de una alucinación.

El Inspector regresó a su sofá y manifestó en tono grave:

–Para nuestro centro de referencias, su ser extrahumano es un perfecto desconocido. Ya he ordenado al cuartel general que emprenda una investigación, pero dudo mucho que consigamos algo útil. Si existiese tal criatura, sería lo suficientemente importante como para merecer que su descripción figurara en algún centro de referencias.

Karvel asintió, con los ojos perdidos meditativamente en el cielo.

–Temo mucho que el problema sea insoluble –continuó el Inspector –. En una galaxia tan inmensa como esta, con tanto espacio, resultará difícilísimo localizar a esa criatura. Si además tenemos que buscarla en el tiempo, la situación se convierte en imposible.

–El hecho de que el hombre no haya entrado en contacto con tal forma de vida no significa que no exista –protestó Karvel –. Y como quiera que llegó a nosotros de algún punto situado más allá del tiempo...

–Ese individuo extrahumano puede proceder de un futuro indeterminado. Es posible, pero ello no representa una ayuda verdadera para nuestros esfuerzos. ¿Por dónde iniciar su búsqueda? Además, antes de empezarla, ¡convendría que nos preguntásemos si realmente deseamos dar con semejante criatura!

–Su época y la mía han estado expidiendo y reexpidiendo el **ONI** de una parte a otra mediante el sencillo procedimiento de colocar los instrumentos de mando en determinadas posiciones del tablero –dijo Karvel –. Resulta imposible que eso hubiera resultado con el **ONI** número dos, puesto que el **ONI** número dos no lo lanzaron ustedes. Acaba de ocurrírseme que es posible que ignore la posición real de los instrumentos cuando el ser extrahumano se presentó, y dudo mucho que los científicos conociesen ese detalle. Dijeron que habían toqueteado el **ONI** número dos con bastante negligencia; y también es probable que alguien hubiese estado metiéndole mano, antes de que ellos lo vieran. De cualquier modo, puede que el cuadro de instrumentos carezca de importancia, ya que el **ONI** número dos llegó con el depósito de carburante vacío. ¿Y si cayó donde cayó simplemente porque se le había agotado el combustible?

–Eso sí que sería auténtica paradoja –reconoció el Inspector.

–No es más que el principio. El vacío depósito del **ONI** número dos volvió a llenarse con combustible fabricado después de analizar el que contenía en su segunda arribada, la que resultó ser la primera. Me parece que me estoy ganando a pulso un buen dolor de cabeza. Si el futuro –o sea, ustedes –no nos devolvieron la esfera, cuando llegó aquí, antes de que nosotros se la enviásemos, nosotros no hubiésemos podido mandarla a esta época en primer término. Mejor dicho, en segundo término. No habríamos sabido qué posición debía ocupar el mando en el cuadro de instrumentos y tampoco habríamos estado en condiciones de rellenar el depósito de combustible. ¿Me sigue?

–Le sigo –dijo el Inspector, con una sonrisa –, aunque no estoy muy seguro de que me guste. ¿No quedaba en el depósito residuo alguno de carburante, susceptible de ser analizado?

–Sencillamente, lo ignoro. Pero estoy razonablemente convencido de que no lo analizaron, porque ya se había hecho. ¿Es que los bribenses tuvieron dificultades con el combustible?

–Ahí tenemos otra paradoja o, por lo menos, un enigma. El carburante que usa el **ONI** es idéntico al que empleamos en el mantenimiento de nuestras ciudades y mueve nuestras máquinas. Le trajo a usted a la Luna y ha llevado al hombre muy

lejos, a través de la galaxia. Nuestros científicos lo llaman el combustible perfecto. El hecho de que su pueblo de usted haya desarrollado una tecnología tan amplia y extensa, sin disponer de ese carburante, es algo que me asombra más que todas las paradojas y detalles inexplicables que, acerca del tiempo, expone usted.

–Pues, a mí no me asombra –replicó Karvel secamente.

–Mi instinto exige que, tanto el tiempo como los acontecimientos que gobierna o preside, sean inmutables; por lo tanto, opino que el anterior regreso de la esfera no hizo variar los acontecimientos, sino que, simplemente, los posibilitó. Opino eso, pero no me siento satisfecho del todo con tal cosa.

–Ni yo. Porque estoy convencido de que el hombre adquirió ese combustible perfecto única y exclusivamente gracias a que un ser extrahumano viajó a través del tiempo.

–La posición de los instrumentos en el tablero del **ONI** número dos debió confirmar en cierto sentido las conclusiones a las que usted había llegado. ¿Es posible que los instrumentos fuesen colocados en un punto que duplicaba la distancia?

–¿De forma que el **ONI** efectuaba un recorrido de ida y vuelta? No, no creo que eso sea posible.

–Comparto su criterio, y me parece que ello elimina la posibilidad de que el ser extrahumano llegase hasta ustedes desde un futuro mucho más remoto que mi época. Vamos a suponer que la posición de los instrumentos era exactamente la misma que usted había usado ya.

–Exactamente la misma –murmuró Karvel –. Y si los franceses trataron el **ONI** con descuido no tomarían fotografías del cuadro de instrumentos, cuando llegó la esfera. Con posterioridad, vieron nuestras fotografías y se enteraron de nuestra idea de utilizar una posición de los instrumentos opuesta a la primitiva. Más, por entonces, habían alterado todo el cuadro de mandos y ni siquiera se acordaban de la disposición inicial de los instrumentos. O acaso pensaron que alguien había cambiado ya las posiciones que empleamos nosotros. –Hizo una pausa –. ¡La espiral! Cuando se presentó el **ONI** número dos, la espiral de la fuerza X circulaba en el sentido de las saetas de un reloj; en vez del sentido contrario, lo que quizás significase que procedía de *la dirección opuesta*. Pero en tal caso...

–Dígalo, amigo mío.

–En tal caso... –A Karvel se le quebró la voz. No pudo sostener la mirada de los ojos del Inspector y sus propias palabras, apenas susurradas, repicaron en sus

oídos como truenos fragorosos –. En tal caso, el origen del **ONI** no era ningún punto del futuro. Procedía del pasado.

\* \* \*

## 6

Un hombre obligado a escalar montañas, encuentra su tarea mucho más fatigosa durante las horas nocturnas. Cuando la devastación de Galdu, con el concierto de alaridos lastimeros de sus habitantes, le mantuvo insomne y empapado de frío sudor, y cuando la cabeza del teniente Ostrander asomó por la escotilla del **ONI**, para desaparecer de nuevo, abrumada por la presión del tiempo (¿qué *iría* a decirle?), Karvel permaneció con la vista clavada en el techo, que relucía tenuemente, y trepó.

Y continuó trepando.

Al convencerse de una manera absoluta de que la cumbre desesperanzadamente lejos de su alcance, abandonó sus aposentos y dio un paseo.

La base establecida en la Luna era enorme. Una cúpula gigantesca, en cuya esférica superficie sobresalían las numerosas burbujas de los puestos de observación, se hallaba en el borde irregular del *Mare Imbrium*, a la entrada de las bostezantes fauces del desfiladero que daba paso al valle alpino. En el otro extremo del tubo de enlace se alzaba una cúpula más pequeña, la de aterrizaje, y, a vista de pájaro, el complejo daba la impresión de ser una desequilibrada palanqueta de gimnasia. Sembradas por las proximidades, había cierto número de cúpulas menores, que coronaban la red de múltiples túneles subterráneos.

La base era algo colosal... y estaba virtualmente vacía. En algún tiempo, perdido ya entre las brumas del pasado, debió de constituir una ciudad próspera y pujante, tal vez marcó incluso un hito crucial en la primera etapa del lanzamiento del hombre hacia las estrellas. Pero aquellas aspiraciones humanas de conquista espacial habían pasado a la historia y la base selenita era algo tan estéril e inocuo como cualquier monumento erigido en honor de una batalla olvidada.

El inspector y su cuerpo de colaboradores ocupaban las dos plantas más altas de la cúpula principal y no necesitaban ni una pequeña parte de todo aquel espacio. El piso bajo, a ras del suelo, era el depósito de suministros. Y la mayor parte del resto del edificio estaba clausurada. Pero había kilómetros y kilómetros de pasillos, por los que Karvel podía caminar, así como kilómetros y kilómetros de rampas, a su

disposición, para que subiese y bajase por ellas. De forma que, cuando los fantasmas de Galdu gemían vociferantes, cuando el rostro juvenil del teniente Ostrander mostraba su sonrisa y cuando las nubes oscurecían las cimas inalcanzables de la cordillera particular de Karvel, éste salía de su acolchado dormitorio para dedicarse a recorrer los pasadizos con las zancadas largas y deslizantes que permitía la inferior gravedad de la Luna.

Cierta mañana, después de la correspondiente noche en blanco –una mañana de la base lunar, pero no una mañana de la Luna, porque fuera del recinto el sol tardaría más de una semana en salir –, Karvel entró con aire cansado en la sala administrativa del Inspector. Sirgan, el asistente del Inspector, alzó la vista desde la bandeja de comida que tenía delante. inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa, entre bocado y bocado. Al igual que en Dunzalo y en las cavernas del Pueblo Desamparado, los alimentos estaban siempre a mano en la base selenita. El Inspector y los miembros de su cuerpo de colaboradores, consumían cantidades ridículas de comida varias veces a la hora. Consideraban algo increíble la costumbre de Karvel de alimentarse sólo en tres ocasiones durante el día, y se quedaban patidifusos al observar las enormes cantidades de comestibles que era capaz de engullir de una sentada aquel para ellos enorme Gargantúa.

Por lo menos, la comida del Inspector era auténtica. Se disolvía en la boca, pero había carne entre sus componentes y algo más que la simple ilusión de alimento substancioso.

–¿Tomará un bocado? –invitó Sirgan.

–No, gracias. Ya desayuné.

–El Inspector está ocupado.

–Lo sé –repuso Karvel, cortante. Había oído las carcajadas, que repercutían estruendosas al fondo del pasillo, donde estaban ubicados los aposentos de las mujeres.

Karvel dio un rodeo alrededor de la amplia sala y después se alejó. No había ido allí con ánimo de ver a nadie. Lo único que estaba haciendo era pasear. Una vez dominado el nerviosismo producido por las obsesivas visiones nocturnas, se aplicaba a la tarea de plantarle cara a los ásperos hechos del día... unos hechos que eran consecuencia de lo que había aprendido desde que llegó a la Luna. Una consecuencia, por otro lado, recíproca.

El Inspector había distribuido entre las ciudades con derecho a reclamación las debidas compensaciones y el **ONI** le pertenecía legalmente.

Lo mismo que Karvel.

Karvel no había conocido otra persona tan carente de escrúpulos y de tan fría inteligencia como el Inspector, que, hasta aquel momento, no cometió más que un solo error: el de dar por supuesto que un hombre procedente del pasado terrestre era tan ingenuo, tan crédulo, tan incauto y tan cándido como las personas de la Tierra con las que estaba acostumbrado a tratar.

Por desgracia, Karvel se encontraba virtualmente prisionero en la base lunar y era harto improbable que al Inspector le costase algo su equivocación. Karvel conservaba el cuchillo y la pistola, pero no se le ocurría ninguna forma de poder emplear tales armas con eficacia. Lo que necesitaba era trazarse un plan que le permitiese descubrir puntos débiles.

Sirgan, todavía masticando su último bocado de comida, le alcanzó en el pasillo.

–El inspector me dijo que le enseñase a usted todo esto, si quiere, y que le informase acerca de cuanto quiera saber.

–¿De cuanto quiera saber? –preguntó Karvel, con una sonrisa. No le era posible creerlo, pero siempre cabría alguna probabilidad de que le mostraran o le explicasen más de lo que en principio pretendieran—. Vamos.

Sirgan era una edición reducida del Inspector: un joven de dos metros veinte de estatura y constitución robusta. Sus ojos estaban profundamente hundidos bajo las cejas y las pupilas despedían fulgores muy negros, como si hubiesen contemplado ya todas las diabólicas maldades del universo y le parecieran algo deficientes. Como le ocurría al Inspector, su aire siniestro se agudizaba cuando el muchacho fingía manifestarse jovial y saturado de sentimientos amistosos.

Karvel encontró pocas cosas interesantes en las plantas destinadas a servicios administrativos. El centro de referencias era una maravilla electrónica, que ocupaba un juego completo de habitaciones, pero que había fracasado en el empeño de responder a la única pregunta que le importaba a Karvel. Una serie de máquinas automáticas ejecutaban las labores oficinescas de todo un planeta. Sólo en el centro de comunicaciones había actividad humana. La mitad del personal que estaba a las órdenes del Inspector consistían en hombres destinados al envío de mensajes o a la recepción de los mismos, y trabajaban por turnos, atendiendo las reclamaciones y quejas de las ciudades de la Tierra y despachando los pedidos de suministros.

En uno de los pisos inferiores, cierto sujeto llamado Franur regía el almacén de intendencia, ayudado por un asistente, una pequeña brigada de empleados terrestres y gran número de máquinas. La gigantesca humanidad de Franur intrigó a Karvel, al que ni por asomo pudo ocurrírsele que una persona lograra ganar peso con la dieta alimenticia que imperaba en aquel lugar. Tras un par de preguntas, formuladas con suma cautela, llegó a la conclusión de que la anomalía era atribuible a determinadas perturbaciones glandulares.

–Este depósito se encarga de la mayor parte del trabajo de distribución de combustible, fertilizantes y metales –explicó Sirgan–, pero no está preparado apenas para entendedérselas con cualquier cosa de emergencia que pueda presentarse. Los suministros de escasa demanda los tenemos almacenados abajo. ¿Le gustaría verlos?

Karvel dijo que no y Sirgan le condujo a lo largo del túnel subterráneo, que desembocaba en una de las cúpulas menores. Un destacamento científico estaba allí manos a la obra, tres individuos con cara de aburrimiento accionaban los instrumentos de un complejo tablero de mandos.

–Estudian el sol –informó Sirgan–. Es parte de un proyecto de investigación a escala galáctica. Me refiero a la galaxia conocida. Se examinan también otras estrellas, de variadas edades, y seguirá habiendo experimentos hasta que aprendamos a gobernar el dispendio de energía solar, a regular su proceso o algo semejante.

–¿Qué relación tienen todos esos experimentos con la Tierra?.

Sirgan se encogió de hombros.

–Supongo que, si surgiese algún peligro, habría que trasladar a la gente. Un sistema viejo y exhausto como éste no puede resistir toda la eternidad. La Tierra se ve obligada a importar demasiadas cosas. Es extraordinaria la cantidad de abonos que necesitaba el suelo para mantener su producción agrícola. En la actualidad, el comercio todavía resulta beneficioso para nosotros, pero no creo que esta Situación de ventaja mercantil dure mucho.

–¿Con qué comercia un planeta agotado?

La expresión de Sirgan fue de sorpresa.

–¡Pues..., con personas! Existe gran demanda de nativos terrestres. Los hombres preparan las mejores tripulaciones espaciales que siempre hay disponibles... para cargos exentos de responsabilidad absoluta, claro. Sus condiciones de vida, en las rebosantes ciudades, les obligan a ceñirse a una disciplina férrea, supongo, y están adiestrados para prestar una obediencia completa a quienquiera que cuente con sus servicios. En ciertos ambientes especializados, son inconmensurablemente superiores a cualesquiera otras personas. Existe un mercado importantísimo para ellos. Y también hay enorme demanda de mujeres de la Tierra. Son fieles a sus dueños y la lealtad es algo que no se acostumbra a encontrar en las mujeres, hoy en día. –sonrió –. Las personas oriundas de la Tierra son igualmente famosas por otras cualidades y en lo que se refiere al elemento



femenino, no dudo de que usted con algunas de esas otras cualidades por propia experiencia.

Karvel se consideraba –cualquier cosa, menos un moralista pesado, y las palabras de Sirgan le chocaron bastante. Sólo fue capaz de inquirir, con voz débil:

–¿No se interesan los núcleos de población de la Tierra por lo que les sucede a sus ciudadanos, después de haberlos transferido?

–Pues, claro que no.

–¿Hay otros mundos en los que se utilice a las personas como objeto de intercambio comercial?

Sirgan reflexionó durante unos segundos.

–No sé de ninguno. Esa es otra de las razones por las cuales existe tanta demanda de personas de la Tierra, supongo. Es una práctica venerable en nuestro planeta. Llevan tanto tiempo traficando con personas, intercambiándolas entre sí, que probablemente les pareció perfectamente natural comerciar con ellas y expedirlas lejos de la Tierra, cuando empezaron a agotarse los recursos terrestres. Pero todo eso es historia antigua.

–Lo único que no entiendo es de donde sacan las personas. Desde mi llegada, no he visto un solo niño.

–En Dunzalo no hay niños. El Pueblo Desamparado es el único grupo étnico cuyas mujeres dan a luz hijos todavía, pero mantiene segregadas a las criaturas y a las madres. ¿En qué otros sitios ha estado usted? ¿En Bribun? Me parece que hay una pequeña casa de maternidad en Bribun, probablemente una reminiscencia histórica de las edades anteriores a la época en que las urbes comenzaron a especializarse.

–No estuve en Bribun el tiempo suficiente para verla.

–Galdu posee una de las mayores casa cuna del planeta y, por suerte, no resultó afectada cuando cayó la esfera. Claro que usted no fue a Galdu.

–Habla usted de la procreación de seres humanos en el mismo tono como si se tratase de cultivar cereales. En vez de adquirirlos como una mercancía cualquiera, ¿por qué no produce cada núcleo los suyos?

Sirgan se le quedó mirando con expresión indignada.

–Si usted hubiese visto las casa de maternidad y las guarderías infantiles, no preguntaría eso. El proceso es horriblemente complicado, los niños requieren

muchos años de atenciones especiales y se han de criar en el medio ambiente adecuado para que, al alcanzar la edad adulta, sirvan para el tráfico. En realidad, trae más cuenta, es mucho más cómodo y práctico comprarlos y en paz.

–Y... ¿Sólo las mujeres del Pueblo Desamparado alumbran niños según las normas naturales?

–El Pueblo Desamparado es extraño en muchos sentidos. Hubo un tiempo en que se pensó que resultarían excelentes colonos para los poblados que se estableciesen en los nuevos planetas, pero el ensayo no salió ni medio bien. Les proporcionamos incluso esas estúpidas nueces que se empeñan en comer, pero la verdad es que las colonias piloto que se montaron con ellos se convirtieron pronto en caseríos fantasmas. Todavía no sabemos por qué. Evidentemente, hay algo en los bosques del Pueblo Desamparado que no se encuen4ra en ninguna otra parte.

Karvel asintió.

–Arboles. ¿Con qué comercia el Pueblo Desamparado?

–Con los productos de sus bosques. En realidad, necesitan muy pocos objetos, géneros o manufacturas... combustible, alguna máquina que sustituya a otra vieja o algún que otro aeroplano. No traficarían con miembros de su propio pueblo ni siquiera aunque esas personas tuviesen alguna utilidad para nosotros. ¿Quiere que le informe acerca de los experimentos solares?

–No –declinó Karvel –. De todas formas, no creo que entendiera una sola palabra. ¿Qué más hay, digno de verse?

–Muy poco, so pena de que le guste la idea de explorar la vieja mina. Hubo un tiempo en que fue la explotación minera más importante de la Luna, cosa que explica las proporciones de la base.

–Supongo que está agotada.

–Hace muchos años. También es historia antigua. De acuerdo con la leyenda, fue la ganga lunar lo que impulsó al hombre hacia las estrellas. "Compuesto de madre Tierra, inflamado con vigor selenita", decía una vieja tradición. O algo así. No creo en esa clase de cuentos, pero no cabe duda de que en la Luna hubo muchos riquísimos depósitos de mineral. Las bases mineras más importantes continúan estando aquí. Se puede localizar su situación en los mapas de la sala administrativa. En este satélite, las cosas se mantienen siglos y siglos casi inalterables, a menos que el hombre las cambie.

–¿Hay en la mina algo que merezca la pena ver?

–Nada, salvo túneles. Bajé una vez. Es un lugar sombrío.

–Todo un señor paseo, ¿no?

–Cuando se encontraba en explotación, no. El automatismo era completo y había medios de transporte por todas partes. Claro que eso ocurría mucho tiempo antes de que la Tierra tuviese que importar combustible. Como le digo, hubo una época en la que las ciudades terrestres poseían un sistema completo de vehículos de transporte, pero cuando el carburante empezó a escasear hubo que suprimir tales lujos y los ciudadanos tuvieron que trasladarse a pie. A propósito de ir a pie, será cuestión de traer algún médico para que le eche un vistazo a su pierna.

–¿Para qué?

–Para ver si le puedo proporcionar una nueva.

–Estoy perfectamente satisfecho de la que tengo.

–No me refiero a una pierna artificial, de imitación. Hablo de una pierna auténtica. Mediante cirugía.

–¿Eso es posible?

Karvel se quedó mirando a su interlocutor.

–Quizás repuso éste –. Es una operación que no se hace aquí con mucha frecuencia, porque son pocos los ciudadanos de la Tierra que sufren semejante pérdida. Pero no se trata de nada extraordinario. En el caso de usted, ignoramos si es posible, a causa de... bueno, existen ciertas diferencias, sobre todo en cuanto a estatura. Tendremos que consultar a los médicos. Los facultativos terrestres están un poco anticuados y son bastante cándidos, pero cuando ponen su voluntad al servicio de una tarea, el trabajo que realizan siempre es muy bueno. ¿No le gustaría poseer una pierna nueva?

–Como ignoraba la posibilidad de semejante cosa, nunca se me ocurrió pensar en ello. Jamás me hizo gracia exponerme a una operación quirúrgica a la que después sucediese una convalecencia prolongada.

–Dispondrá de tiempo de sobra. El cuartel general no se va a dar prisa en asimilar ese informe.

Regresaron a la sala administrativa y Karvel rechazó la invitación que se le hizo de visitar los aposentos de las mujeres.

–Me gustaría conocer –dijo –algunos detalles relativos a la forma de gobierno. ¿Su cuartel general supervisa unos cuantos mundos o en qué consiste el sistema?

Sirgan soltó una carcajada.

–Nuestro cuartel general no constituye ninguna clase de gobierno. Es una organización mercantil. Está situado... pero desconocería usted el nombre de la estrella. Si le interesa, le enseñaré un mapa celeste. Nos encargamos de encauzar los derechos comerciales de la Tierra

Se retiró, tras esbozar una sonrisa y, al cabo de un rato, Karvel ascendió despacio por una rampa, hacia una de las cúpulas de observación. En el cielo, la Tierra seguía despidiendo un precioso resplandor, aunque el rutilar se iba apagando ya poco a poco.

–Un mundo de esclavos –murmuró Karvel –. Me gustaría saber cuanto tiempo ha tenido que transcurrir para que la humanidad haya descendido tan bajo.

Una astronave terrestre, en forma de lanzadera, apareció en el campo visual de Karvel, y fue bajando despacio, dirigida por la torre de alunizaje. Los compactos y veloces navíos espaciales del Inspector parecían modelos un tanto alterados de los aviones que el comandante había visto en la Tierra. Sus alargadas plataformas ovals tenían cabinas de presión adosadas en la parte superior. Aquellos extraños aparatos deberían fascinarle, pero no fue así. Su cerebro estaba totalmente ocupado por la alucinación carente de cabeza y con alas, el ser del pretérito que le obsesionaba hasta el punto de impedirle conceder algo más que un pensamiento pasajero a la tecnología aérea.

¿Acaso la Tierra había alimentado y nutrido alguna vez a una poderosa civilización, compuesta por semejantes criaturas anormales? Hubieran sobrevivido vestigios de la misma; claro que sin duda estaban allí, incluso en el siglo XX; en la tierra existían amplias zonas en las que tales restos podían permanecer ocultos, en las regiones inaccesibles de selva o montaña... hasta debajo del mar.

Dondequiera que fuese, tenía que trasladarse allí. Llegar ante aquellas criaturas, antes de que empezasen a bombardear el siglo XX con sus **ONI**

Sirgan interrumpió sus meditaciones, al anunciarle con una sonrisa:

–Aquí vienen dos amigos suyos.

–¿Amigos míos?

–Están un poquito enfadados con usted por haberlos dejado en la Tierra cuando realizó el viaje hasta aquí. Afirman que su ciudad les ordenó permanecer a su lado en todo momento. Armaron un buen alboroto y hubieran continuado el jaleo de no acceder el piloto de la astronave a trasladarlos a la Luna. Como ya han hecho el viaje, lo mismo pueden quedarse. En fin, aquí los tiene.

Marnox y Wilurzil entraron en la cúpula y miraron a su alrededor con ojos cuajados de curiosidad. Sirgan se mantuvo en segundo plano, sin abandonar la sonrisa.

–Ahora comprendo por qué no le llaman la atención nuestras mujeres –comentó. E hizo mutis, tras agitar la mano a guisa de despedida.

Karvel sé dispuso a darles la bienvenida, al tiempo que experimentaba una sensación de engorro rayana en la pánico. No sólo no había vuelto a verlos desde la confusión que se organizó en Bribun, sino que apenas se molestó en concederles un pensamiento, un recuerdo fugaz.

–Nunca tuve ocasión de darles las gracias –aventuró tímidamente –. Agradezco su ayuda, la de ambos, de un modo profundo. Mi plan no salió bien, pero localicé la esfera. Tal vez se arreglen las cosas. Por lo menos, así lo espero.

No le contestaron y el silencio no tardó en espesarse hasta resultar algo violento. Karvel observó que en el rostro de Wilurzil había una señal amoratada.

–¿Qué pasó? –quiso saber.

–Debería haber visto cómo quedaron los bribenses que se interpusieron en su camino –dijo Marnox.

–Me lo imagino –repuso Karvel, mientras lanzaba un vistazo a las afiladas uñas de Wilurzil –. Por suerte, no se arañó a sí misma.

–Y los bribenses no podían hacerlo. Los hombres no se dejan crecer las uñas, salvo los de las facultades de Dunzalo. Si las llevasen largas, ¿Cómo iban a poder trabajar? Para pilotar un avión, se necesitan dedos, no cuchillos. Fuera de Dunzalo, únicamente las mujeres se dejan crecer las uñas.

–Es comprensible.

Sin duda, se trataba de una ley natural. Si a una mujer se le priva del pelo, al no poder entretenerse con la cabellera, lo lógico era que se dedicase a cultivar las uñas.

–¿Cuándo regresaremos a Dunzalo? –inquirió Wilurzil.

–Supongo que ustedes dos pueden volver en cualquier momento que lo deseen. En cuanto a mí, el Inspector se considera ahora ducho de mi destino. Ya ha compensado debidamente a Dunzalo y a las otras ciudades. Mal asunto que no se les informase de ello. Han hecho en balde su viaje a la Luna.

Como terrícola, Marnox no era precisamente arquetípico, y esbozó una sonrisa feliz. Volar hasta la Luna no dejaba de ser una aventura y una excusa estupenda para verse lejos de Dunzalo.

La expresión facial de Wilurzil tenía mucho de enigmática. Manifestó, en tono acusador:

Prometió enseñarme su idioma.

—Ya lo sé, pero... —Karvel hizo un gesto de impotencia—. No hay razón alguna que me impida reanudar las lecciones, por lo menos hasta que vuelva usted a Dunzalo. Salta a la vista que no tengo nada más que hacer. ¿Estuvo antes en la Luna?

Ninguno de los dos había visitado el satélite con anterioridad. Wilurzil quiso enterarse del punto exacto donde caía la ciudad de Dunzalo sobre la superficie de aquel globo menguante, y cuando Karvel confesó que no le era posible indicárselo, la muchacha se sumergió en un silencio meditabundo. Karvel inició una conferencia acerca de la historia de la Tierra, intentando hacer hincapié y señalar los cambios que había observado, respecto al planeta que él conocía. Al cabo de unos minutos, miró a la pareja. Marnox había perdido todo interés en la charla y contemplaba los oscuros e irregulares picachos de los Alpes Lunares. Wilurzil tenía los ojos clavados en Karvel y su expresión era pensativa.

"¡Dios mío! " —se dijo el comandante—. "¡Confiaba en que, para estas fechas, las emociones más fundamentales de la raza humana se hubiesen extinguido ya!

¿Cabría la posibilidad, era concebible que Lenguajes 9–17 de Dunzalo, se hubiese enamorado de él? Se preguntó cuál sería la reacción de la muchacha si comprendiera lo repulsivo que resultaba su aspecto a los ojos de él. Hubiese preferido, con mucho, que aquella barba sintética de color naranja estuviese colocada encima de la calva cabeza, en vez de hallarse debajo del mentón. La rígida figura de la joven, no sólo constituía la negación de la femineidad, sino que incluso la desafiaba. Y luego quedaba aquella boca sin dientes y —ahora que pensaba en ello —, además, las orejas descollantes y antifemeninas.

Tenía ojos encantadores, castaños y profundos, pero todo lo demás obligaba a pasarlos por alto.

A decir verdad, la culpa no era de la chica, sino de Karvel ¿Qué decía el viejo aforismo? La belleza está en las pupilas del espectador. A Sirgan le pareció muy atractiva.

"¿Y qué diablos le debo de parecer a ella? ", —se preguntó Karvel—. "Es probable que no lo sepa nunca. Y, pensándolo bien, ¡prefiero no enterarme de su opinión!

Sin duda, debía parecerle un ser tan extraño como ella se lo parecía a él, y en cuanto a que se hubiese enamorado de su persona... ¡No! Karvel rechazó la idea con vehemencia. Wilurzil no podía considerarle otra cosa más que la fuente del manantial del que brotasen los datos de un idioma nuevo y fascinante.

–Citó usted cuarenta lenguas –recordó Wilurzil.

–El Inspector las tiene. Por desgracia, están en lenguaje silencioso, pero le pediré copias para usted. ¿Qué saben ustedes dos acerca del gobierno? Me refiero al gobierno universal.

La pregunta les sorprendió. Cada una de las ciudades de la Tierra y cada una de las tribus del Pueblo Desamparado poseían su propio sistema de gobierno, y no había dos que se asemejaran del todo, pero la idea de un gobierno que ejerciese su autoridad sobre numerosos mundos era algo que quedaba desesperadamente al margen de sus entendederas.

Sin embargo; Karvel albergaba el convencimiento de que existía tal gobierno. La organización comercial del Inspector había obtenido de alguien su privilegio de tráfico. ¿Quién podría ser ese alguien si no un gobierno?

–Tengo que decirles –declaró Karvel –. Es probable que no lo entiendan, e incluso aunque lo hagan, dudo mucho de que estén en condiciones de ayudarme. Pero me parece que puedo confiar en ustedes y el mero hecho de referirles el asunto tal vez sirva de algún provecho.

Se lo explicó. Mientras observaba sus rostros al resplandor de la Tierra, hizo un resumen de la confusa historia del **ONI** y de la base sobre la que fundamentaba su amarga conclusión de que había viajado a través del tiempo siguiendo un rumbo equívoco. Añadió unos breves, pero vívidos comentarios acerca del diabólico empleo que probablemente haría el Inspector del **ONI** y les habló de la perfidia de aquel hombre, que vendía como esclavos a los habitantes de la Tierra.

–Tenemos dos problemas –manifestó Karvel –. Uno de ellos me concierne a mí: viajar hasta el pasado remoto y evitar de algún modo el que los seres extrahumanos envíen más **ONI**. El de ustedes es mucho más difícil de solucionar:

tienen que poner coto al tráfico de personas. En alguna parte detrás del Inspector y de su organización, debe de haber un gobierno, pero no tengo la menor idea acerca de cómo van a poder entrar en contacto con él. Enterarse de las condiciones estipuladas en el privilegio concedido al Inspector puede representar una ayuda tremenda, pero todo figurará en lenguaje silencioso, acaso en un idioma desconocido para la Tierra y, aunque se agenciasen una copia de los documentos, ni siquiera podrían leerla.

Le estaban mirando boquiabiertos. Marnox protestó:

–El Inspector... el *Inspector*...

–Mire –dijo Karvel, ceñudo –. Después de haber celebrado una larga conferencia con el Inspector, a propósito del **ONI**, oí unas palabras que dirigió un poco incautamente a su ayudante. Se expresó, creo que sin darse cuenta, en el idioma de la Tierra. Le dijo a Sirgan: "Probablemente, es todo lo que vamos a sacarle. No nos dará ningún otro dato. Ahora, la única cuestión estriba en sacar al asunto el máximo partido." Mientras le sea posible sacar algún beneficio, al Inspector le tiene sin cuidado el número de personas que puedan morir. Pero no importa. Supongo que ustedes no están acostumbrados a afrontar esta clase de problemas. Es hora de irse a dormir.

Marnox se retiró a los aposentos que Sirgan le había asignado, pero Wilurzil se quedó con Karvel, al que exigió una lección de inglés del siglo XX. El comandante le dio la clase. No hizo el menor esfuerzo para analizar los posibles motivos de la muchacha. Ya había tenido suficientes dificultades cuando pretendió comprender a las mujeres de su época.

Por último, Lenguajes 9–17 le dejó, para que plantase cara —a la prueba de fuego nocturna de sus montañas.

Cuando Karvel se despertó, el Inspector se había decidido por fin a abandonar su harem y se dedicaba, con aparente buen ánimo, a entendedérselas con el montón de mensajes que se le habían acumulado. Karvel paseó por la sala administrativa y estudió los enormes y detalladísimos mapas metálicos de la Luna que decoraban los muros. Unas cartas geográficas que sin duda constituían la herencia de unos años en los que alguien consideró importante el conocimiento de la superficie del satélite. Groseramente, el Inspector hizo caso omiso de Karvel.

Al cabo de un rato, entraron allí Marnox y Wilurzil. Esbozando en su rostro unas arrugas de picardía, el Inspector saltó hacia adelante, para obsequiarles con una bienvenida muy afectuosa.

Apartó a Karvel a un lado y dijo, mientras sonreía astutamente:

–Ahora comprendo por qué no le interesan mis mujeres, comandante. Pero tal vez podamos cerrar un trato.

¿Un *trato*? ¡No tengo ningún derecho sobre ella! No es mas que mi profesora de idiomas.

–A mí no me importaría recibir unas cuantas lecciones dijo el Inspector, con una risotada –, siempre y cuando me las diera ella. Lleguemos a un acuerdo... ¿Tres por una?



–¡La muchacha no me pertenece! Dunzalo la encargó el trabajo de enseñarme su lenguaje y, cuando me marché, la enviaron a buscarme para que volviese a la ciudad.

–Entonces es usted quien la pertenece a ella –repuso el Inspector –. Eso está mejor todavía. Dispéñeme.

–Obstinada muñequita... pero no importa. Traficaré con Dunzalo y la adquiriré.

–Es posible que Dunzalo no quiera desprenderse de ella. Tiene una calificación bastante alta. Es Lenguajes 9–17, y parece una discípula aventajada.

–Y pertenece a la jerarquía de los barbudos. Supongo que debe de haber por medio algún impedimento sagrado... un voto de aprendizaje vitalicio, o algo así. Lo averiguaré. De todas formas, las ciudades de la Tierra se desprenden de cualquiera de sus vecinos si se les ofrece bastante. Lenguajes 9–17, ¿eh? La próxima vez que vaya a Dunzalo, gestionaré su adquisición. Esta muchacha merece incluso que se haga un viaje especial. Es algo precioso... Qué bonita debe de estar sin barba! Aunque, pensándolo mejor, tal vez con ella sea mejor su aspecto.

Karvel dirigió a Wilurzil una mirada perpleja. Lo que la hacía atractiva. ¿era su rostro afilado, más huesudo que el de las otras mujeres terrestres, o se trataba de su extraordinariamente pequeña estatura? Desde su llegada al futuro, había visto tan pocas mujeres, y prestó tan escasa atención a las que aparecieron ante sus ojos, que le faltaban elementos de juicio para hacer comparaciones.

–¿Se han desayunado? –preguntó a Marnox–. Puede que la comida de aquí no les guste.

–No, no nos gusta –respondió el piloto, con una mueca –. Si nos quedamos en esta base un poco de tiempo, traerán alimentos de los que estamos acostumbrados a ingerir.

–Ya envié por ellos –terció el Inspector –. Permanecerán aquí una buena temporada... los dos.

Entrado el día, una astronave de lanzadera, que regresaba de la Tierra, depositó en el satélite a un trío de médicos, individuos altos, flacos y solemnes, con manos de dedos largos y forma tan soberbia que Karvel tuvo que reconocer que no había visto en su vida otras comparables a aquéllas en hermosura y fineza. Bajo la mirada de Marnox y Wilurzil, los tres cirujanos examinaron al comandante meticulosamente, tomaron medidas y ponderaron el muñón de su pierna derecha.

–¿Ha alcanzado su completo desarrollo? –preguntó uno de los galenos.

–¡Supongo que sí! –exclamó Karvel.

La respuesta pareció turbarles. Repasaron las medidas y se comunicaron unos a otros su preocupación mediante prolongadas miraditas silenciosas.

–¿Cuánto tiempo me tendrá incapacitado esta operación?

–Quiso saber Karvel.

–Es aventurado pronosticarlo. Acaso nos resulte imposible encontrar una pierna de adulto que tengo el tamaño apropiado, lo que significaría que no nos iba a quedar más remedio que realizar dos operaciones.

¿Dos operaciones? Sí creo que lo entiendo. La alternativa sería tener una rodilla cuarenta o cuarenta y cinco centímetros más alta que la otra, lo cual me resultaría algo molesto. Y no iba a gustarme.

–Según las reglas, sólo se pueden incorporar a los adultos extremidades de adultos. Si violásemos esas normas y le transplantásemos la pierna de un adolescente, ese miembro tal vez continuara creciendo. Ignoro si en la práctica se confirma la teoría, puesto que nunca ha sido necesario quebrantar las reglas, que yo sepa.

–Un momento. ¿Ha realizado alguna vez una operación de este tipo?

–Desde luego. De muy joven, efectué una; y volví a repetirlo hace sólo diecisiete años terrestres. Se trata de una operación muy sencilla y, normalmente, el período de recuperación es muy corto, pero pocas personas de nuestro pueblo pierden extremidades inferiores.

–Muy bien –dijo, Karvel –. Me someteré a esa operación. Pero no deseo experimentos. Una operación, con la garantía de una convalecencia rápida, o no hay nada que hacer. Confío en tener que emprender pronto un viaje muy largo, y temo que no haya cirujanos en el sitio donde voy. Si una de mis piernas empezara a crecer, me encontraría peor de lo que esto ahora.

–Entonces todo es cuestión de buscar una pierna de adulto tan anormalmente proporcionada como las de usted. No va a ser fácil dar con ella.

Se la quedaron mirando, sorprendidos. Karvel abrió mucho la boca.

El médico que llevaba la voz cantante recorrió la pierna de Wilurzil con el luminoso rayo medidor de su lámpara.

–Es cierto –convino –. No hay suficiente diferencia para tenerla en cuenta. Uniremos su cuerpo a la pierna de la muchacha.

—¿Y qué se ganará con ello? —protestó Karvel—. Wilurzil se quedará con una sola pierna.

—Ella no tiene en perspectiva ningún viaje, como le ocurre a usted. Podríamos, con tiempo, unirla a otra pierna y, entonces carecería de importancia la labor quirúrgica que tuviésemos que desarrollar.

—Para mí sí que tendrían importancia —dictaminó Karvel—. No. Me niego en redondo. ¿De dónde sacan las piernas de repuesto?

—Disponemos de amplias existencias de miembros humanos. Un banco anatómico —repuso el cirujano, picado.

—Bueno, encuentren una pierna para mí en ese almacén, u olvídense por completo del asunto. Y aun en el caso de que encuentren la extremidad adecuada, tampoco habrá operación, so pena de que me garanticen que voy a recuperarme en un plazo de tiempo notablemente rápido. Y otra cosa: ¿Dónde piensan llevar a cabo la operación?

—Pues, aquí. El Inspector dijo que...

—¿Han realizado alguna intervención quirúrgica en la Luna?

—No, pero...

—Una operación así, practicada en condiciones de bajísima gravedad, sería excesivamente peligrosa. Es harto posible que no sobreviviese a ella. Me sorprende que ustedes lo ignoren.

Los médicos intercambiaron miradas de asombro.

—Pues, no. No lo sabíamos.

—Resulta muy extraño. En mi punto de origen, todos los facultativos conocen ese detalle. Y muchas personas que ni siquiera han estudiado medicina. Es un conocimiento corriente. Informen al Inspector de que la intervención debe efectuarse en la Tierra, que es el único lugar razonable para tal clase de operaciones... y cerca de su reserva de miembros humanos. No podemos tenerlos a ustedes yendo de aquí para allá, llevando y trayendo piernas hasta encontrar una que encaje.

—Sería mucho más conveniente realizarla en la Tierra

—reconoció el cirujano.

—Y enormemente más seguro... no lo olvide. Dígaselo al Inspector enseguida. Estoy listo para partir en cuanto ustedes lo dispongan.

Karvel lanzó la sugerencia como si se tratara de un impulso quijotesco, aunque no se hacía ninguna clase de ilusiones. El taimado Inspector no se dejaría engañar por una artimaña tan poco sutil. Se quedó pasmado cuando, al poco rato, se presentó el Inspector para comunicarle que podía marcharse de inmediato.

–Es de sentido común que la intervención quirúrgica se efectúe en Lewir manifestó.

–¿En Lewir?

–Así se llama la ciudad médica. Todo lo que pueda hacer falta se encontrará allí al alcance de la mano. No sé quién les metió en la cabeza le estúpida idea de que una operación aquí, en la Luna sería peligrosa, pero ha calado en el cerebro de los cirujanos y lo mejor es satisfacer sus deseos. Puede usted marcharse en cuanto la astronave esté dispuesta.

–Preferiría que la operación se llevase a cabo en la Luna dijo Karvel. Si el Inspector se apresuraba a lanzarse sobre la primera excusa, con todo lo débil que era, para mandarle de regreso a la Tierra, no cabría duda que albergaba alguna intención secreta, que a Karvel se le había escapado. El comandante comprendió que se la dejó dar con queso, ingenuamente. El Inspector le ganaba por la mano.

–Tonterías –repuso el Inspector –. La astronave está casi a punto. No la haga esperar.

Marnox apareció minutos después, con una pregunta a los de labios:

–¿Qué ocurre?

–Volvemos a la Tierra.

–¿Nada más que eso? Al ver la expresión de su cara, creí que había perdido otra vez su adorado **ONI** Daré la noticia a Wilurzil.

–¿No viene? –La llamó Karvel.

–El Inspector me ha invitado a quedarme –respondió la muchacha.

Una sonrisa de triunfo decoraba el semblante del Inspector.

–Buena suerte con la operación –deseó –. Le visitaré más adelante, para comprobar cómo marcha su convalecencia, pero es probable que tarde un poco en bajar a la Tierra.

Karvel se sentó junto a Marnox y sacudió la cabeza, un tanto aturdido. La enorme cantidad de tiempo transcurrido había alterado el aspecto de las mujeres de tal

modo que resultaba punto menos que imposible reconocerlas como tales, pero los siglos no afectaron en absoluto su veleidosa naturaleza.

Sin embargo, eso no sorprendía lo más mínimo al comandante Bowden Karvel.

\* \* \*

## 7

El tercer día, a partir de su intervención quirúrgica, Karvel recibió a tres visitantes: los dirigentes de las ciudades de Bribun, Galdu y Lewir. Aquellos hombres no eran ni ancianos decrepitos ni sencillos leñadores candorosos. Eran jefes administrativos de enormes metrópolis, inteligentes, perspicaces, capacitados... y recelosos. El simple hecho de reunirlos en presencia de Karvel representaba un substancial éxito diplomático.

Al mismo tiempo que hablaba, el comandante estuvo observándolos con atención, pero no le fue posible adivinar nada. Hizo frecuentes pausas para aventurar comentarios y formular preguntas; sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta. Se quedó con las ganas de saber si las expresiones solemnes de aquellos prohombres disimulaban sentimientos de sorpresa, cólera, susto o aburrimiento.

Cuando Karvel hubo terminado su parlamento, guardaron silencio, dirigieron fugaces miradas por la sala de hidroterapia, contemplaron la espuma burbujeante que rodeaba la sumergida pierna de Karvel, examinaron a éste e intercambiaron entre sí vistazos significativos.

Fue el dirigente de Galdu quien habló primero.

—¿*Individuos?* ¿El Inspector traspasa las personas de nuestro pueblo... a *individuos?*

—Así es.

—¿Y... entonces se convierten en servidores de la voluntad de esos individuos?

—Exacto.

—¿Qué nos dice de sus ciudades?

—En la Tierra, todas las personas son propiedad de la urbe en que moran. En otros mundos, no sucede lo mismo. Los hombres eligen a su gusto la ciudad en que

quieren vivir, se trasladan a otra si les place y son libres de establecerse en el núcleo que prefieran. No pertenecen a la ciudad.

–¿Se pertenecen unos a otros?

No. Sólo las personas de la Tierra tienen dueño... pertenecen a los individuos a quienes el Inspector las vendió. ¿Ignoran ustedes por completo el destino de aquellos a los que el Inspector se lleva para traficar?

–Sabíamos que llevaba a algunas personas de nuestros pueblos a otros mundos –articuló Galdu, despacio –, pero no sospechábamos nada de esto. En esos otros mundos hay otras ciudades y, como es lógico, suponíamos que... –Se interrumpió y, al cabo de un momento, preguntó en tono incrédulo –: ¿El Inspector vende a los ciudadanos de la Tierra a... a *individuos*?

En un planeta donde ni siquiera existía la propiedad personal de cosas materiales, el hecho de que un ser humano perteneciese a otro ser humano resultaba inconcebible. Aquellos tres hombres empezaron por fin a comprender y, al hacerlo, una oleada de cólera irrumpió también en su ánimo.

–Ni por lo más remoto podíamos imaginar nada semejante –dijo el gobernador de Lewir –. ¿Cómo íbamos a pensarlo? Sobre la Tierra, eso no sería posible, bajo ningún concepto.

–El error de ustedes consistió en no interesarse por el destino de sus súbditos, una vez entregados al Inspector.

–¿Cómo íbamos a interesarnos por lo que ya no era nuestro? De cualquier modo, muchas de las personas que el Inspector adquiere para el comercio las traspasa a otras ciudades de la Tierra. Y no trafica sólo con personas, negocia con todo. Si padecemos una escasez temporal de cereales, por ejemplo, en vez de buscar una urbe que disponga de excedentes, notificamos nuestro déficit al Inspector. Todas las ciudades le comunican la clase de géneros que tienen, dispuestos para el comercio, así que el Inspector puede proporcionarnos el grano, quizás a cambio de carburante. Eso es mucho más cómodo que tratar directamente con las otras ciudades, ya que el Inspector está en condiciones de servir cualquier clase de mercancías que le hagan falta a una metrópoli. Con frecuencia, una ciudad determinada no puede hacer lo mismo. Por regla general, casi lo único que podemos ofrecer nosotros es un joven médico.

–¿Y qué haría el Inspector con un joven médico? –preguntó Karvel.

–Se lo colocaría a alguna urbe que lo necesitase. A cambio, recibiría algo de lo que esa ciudad tuviera excedentes, o...

–¿Personas?

–Sí. Por un doctor en medicina puede obtener cien hombres no adiestrados en ninguna actividad, peones ordinarios.

–Eso quiere decir que la economía de ustedes se basa en el sistema de trueque, y el común denominador son las personas. El Inspector se encarga de comprobar que las necesidades de todos los núcleos urbanos estén satisfechas y, en el proceso, convierte sus beneficios en la mayor cantidad de jóvenes peones que puede conseguir... á los que luego vende como esclavos.

Karvel se hecho hacia atrás y contempló las burbujas de espuma que rodeaba la pierna. Todavía pensaba en ella como la pierna. Más adelante, tal vez, aceptaría aquella estructura de cuatro dedos como parte de sí mismo, pero transcurridas tres jornadas aquel miembro aún le daba la impresión de ser algo más extraño que la pierna artificial a la que habían sustituido.

–Queda por considerar la cuestión del **ONI** –manifestó el galdusino simplemente.

Karvel asintió, Los ojos del dirigente de Galdu encontraron los del comandante.

–No debe repetirse la catástrofe –manifestó el galdusino simplemente.

–No debe –repitió Karvel con firmeza.

–¿Quiere marcharse con el **ONI**? –preguntó el bribense –. ¿Tomará sobre sus hombros la responsabilidad de cerciorarse de que esa esfera no vuelva a caer aquí?

–Esa es mi intención –repuso Karvel –. No me es posible prometerles un éxito garantizado, puesto que ignoro lo que voy a encontrar en el pasado remoto. No sé qué especie de criaturas son esos entes extrahumanos. Ni siquiera estoy seguro de que un hombre pueda sobrevivir a semejante viaje a través del tiempo. Pero me esforzaré al máximo en la empresa.

–¿Desea algo en especial?

–Unas cuantas cositas. La medida más urgente, ahora, es la de poner el **ONI** a buen recaudo, en algún sitio donde el Inspector no pueda apoderarse de él.

–Eso se hará enseguida –dijo el bribense –. Enviaré un comunicado.

–El Inspector podría interceptarlo. A menudo, sus colaboradores se dedican a escuchar las transmisiones de la Tierra.

–Un mensajero, pues. ¿Puedo disponer de uno?

Karvel agitó la mano, indicando a Marnox que entrase en la habitación. El piloto escuchó el recado, sonrió a Karvel y se retiró a toda prisa.

–Gracias –dijo Karvel al bribense –. Me gustaría que les resultara fácil poner coto a ese tráfico de esclavos. Si se niegan a proporcionar súbditos al Inspector, éste no les proveerá de combustible, fertilizantes y los demás géneros que necesitan ustedes. La Tierra es un planeta agotado. No puede sustentarse a sí mismo. Sus ciudades morirían por inanición.

A Karvel le era imposible conjeturar el modo exacto en que aquellos hombres enfocaban el problema, más, para él, la cuestión representaba una injusticia horrenda. La Tierra había derrochado sus recursos naturales generosamente para enviar 5u5 hombres a las estrellas. Y entonces, cuando esos recursos estaban exhaustos, los seres humanos que quedaban sólo podían subsistir a base de venderse unos a otros. El planeta Tierra era un padre anciano, que se habla empobrecido criando hijos ingratos y que merecía mejor pago que el que éstos le daban.

Pero la Tierra tampoco estaba exenta de culpa en aquel asunto. El origen de aquella maldad estribaba en el hecho de que las metrópolis fueran propietarias de sus ciudadanos. El hombre que pertenece a un gobierno es tan esclavo como el hombre que pertenece a un individuo y, en algunos casos, el gobierno llega a ser un amo más riguroso.

Evidentemente, la única esperanza de la Tierra consistía en elevar una apelación al gobierno de los mundos... y el único medio de comunicación con dicha entidad lo poseía el propio Inspector.

Unos enfermeros interrumpieron la entrevista al entrar para extraer la pierna del agitado líquido, secarla y ponerla en posición de reposo, bajo estimulantes corrientes de aire. Los cirujanos se las habían arreglado, en último extremo, para practicar dos operaciones simultáneas, de forma que una pierna masculina normal fue acortada al mismo tiempo que se la unía al cuerpo de Karvel. La pierna aún se mantenía inmovilizada mediante ligaduras, pero se apreciaba vida en ella y los dedos se movían con cierta soltura, obedeciendo las distantes órdenes del cerebro. Karvel notaba un hormigueo persistente en el dedo más pequeño y una picazón, menos pronunciada en las invisibles líneas de las cicatrices... pero ni siquiera eso conseguía darle la sensación de que la pierna formaba parte de su ser.

Cuando Karvel volvió de nuevo la cabeza hacia sus visitantes, esperaba ver en sus rostros la indicación de que compartían su pesimismo. Pero se encontró con que le estaban mirando con aire confiado. Sin duda, creían que iba a ofrecerles una solución al problema y aguardaban expectantes, como el auditorio que se dispone a presenciar cómo el mago de turno saca un conejo del sombrero que previamente les ha enseñado vacío.

Manifestó con voz débil:



–Si hubiese un caudillo capacitado, que se pusiera al mando de todas sus ciudades y de todas las tribus del Pueblo Desamparado, estarían ustedes en mejor situación para enfrentarse al Inspector.

–Dudo mucho de que las ciudades se avengan a una cosa así –respondió el dirigente de Galdu–. Incluso aunque en principio prestasen su conformidad, surgirían dificultades. Hay ciudades, lejanas entre sí, que hablan idiomas distintos, y sabemos muy poco de los núcleos habitados del otro lado del océano.

–Deben iniciar conversaciones con otros gobernadores y ver qué puede hacerse: La unión hace la fuerza y juntos podrán presentar un frente bastante poderoso. Divididos, se verán en la más estéril de las impotencias.

Acabaron por comprender que Karvel no podía darles más que consejos. Concertaron otra cita con él, pero, al marcharse, sus semblantes reflejaban irritación.

"El problema es suyo. La verdad es que no puedo hacerme cargo de más montañas", se dijo Karvel, aunque sin mucha convicción, Trataba de combatir la abrumadora certidumbre de que defendía su propia misión más de la cuenta, de que un siglo XX vengativo podía estar armando un **ONI**, con vistas a una represalia atómica... que iba a enviar hacia un punto equivocado.

Marnox irrumpió en la estancia. Jadeaba desesperadamente.

–El Inspector se nos ha adelantado. Sus esbirros llegaron aquí esta mañana y se llevaron la maldita esfera a la Luna.

–¡Vaya! –exclamó Karvel.

–Si me lo hubiese dicho ayer...

–Tampoco habría podido hacer nada. Necesitábamos el apoyo de los gobernadores y no nos fue posible reunirlos aquí hasta hoy. El Inspector no tiene un pelo de tonto. No podía esperarse que se dedicase al placer indefinidamente, abandonando los negocios, y era inevitable que, tarde o temprano, se le ocurriese que dejarme en el planeta, cerca del **ONI**, constituía un peligro para él.

–¿Y qué vamos a hacer ahora?

–Pensar alguna otra salida.

–No podemos sacar ilegalmente la esfera de la Luna. El Inspector...

–Regula los transportes, ya lo sé.

Marnox, alzó las manos, en gesto de impotencia.

Entró el dirigente de Lewir y escuchó en silencio a Marnox, mientras éste refería su historia.

—Se diría que el Inspector sospecha algo —comentó —Recibí un comunicado de la Luna. Se me pide que, en cuanto se haya recuperado usted lo suficiente, le envíe al satélite.

—¿Estaré mañana en condiciones de andar?

—Desde luego.

—Si usted lo dice... En mi época, la cortadura de un dedo exigía para curarse el mismo tiempo que esta operación.

—¿Ha imaginado algún plan? preguntó Marnox.

—Algo así, pero antes he de aprender a caminar. ¿Tendría la bondad de decir al Inspector que pasado mañana mande una astronave de lanzadera para recogerme?

—No faltaba más —repuso el de Lewir.

—¿Cuántos hombres podemos colocar a bordo de la astronave? ¿Doce? ¿Le es posible reclutar doce hombres jóvenes, a los que no importe la lucha?

El gobernador de Lewir se frotó la calva cabeza reflexivamente.

—Doce hombres de Galdu, quizás. En Galdu se concede gran importancia al vigor personal y se desarrollan los cuerpos a base de ejercicios físicos.

—Tráigalos. Elija los doce jóvenes más fuertes que tengan. Marnox, dejé el rifle y mis cosas con el Pueblo Desamparado, cerca de Bribun.

Marnox salió, sin pronunciar palabra.

—Necesitamos una excusa para enviar tantos hombres a la Luna —dijo Karvel —. ¿No podría arreglar una transacción comercial urgente de alguna clase?

—Resultaría bastante irregular. Normalmente, el Inspector lleva los libros contables y el intercambio de personas sólo se celebra el día de liquidación de deudas.

—¿Cuándo es eso?

—El Inspector nos informa oportunamente.

—Comprendo. Cuando dispone de medios de transporte para el embarque de una nueva remesa de esclavos, les pide que paguen sus cuentas pendientes. Eso le

ahorra el gasto de alimentación y cuidado de las personas esclavas, entre una expedición y otra.

Lewir parpadeó.

–Podría decir que he recibido más hombres de los que necesito, como pago por parte de Galdu de los médicos que les enviamos para reemplazar a los que murieron cuando cayó la esfera. Puedo pedirle que se haga cargo de ellos ahora.

–Estupendo.

–Será una solicitud anormal. Es posible que despierte sus sospechas. ¿De veras tiene usted un plan?

Karvel esbozó una sonrisa pensativa.

–Lo que tengo es la sensación de que he dedicado toda mi existencia al hurto de ese maldito **ONI**. Al final, una de mis tentativas acabará bien y me lo llevaré de una vez.

\* \* \*

Karvel avanzó cautelosamente, mientras la astronave de lanzadera se posaba sobre la torre más alta de la ciudad. La pierna ya no era un aditamento unido a su cuerpo. Era una servidora de su organismo, obedecía sus deseos; sin embargo, continuaba considerándola un invitado de honor, alguien de salud delicada, más que un miembro de su misma familia. La mimaba.

También sufría una precaria sensación de desequilibrio. Los humanos del futuro tenían unos pies cortos, anchos y fenomenalmente planos. El zapato que cubrió su pierna ortopédica no encajaba bien en el nuevo pie. El amplio calzado que le proporcionaron le resultaba extremadamente incómodo en el otro pie. Karvel conservó el zapato viejo en el pie correspondiente a su persona y ajustó un mocasín llano, ovular, de suela dura, al pie que remataba la pierna del trasplante. De ahí que se sintiera inestable.

Uno de los cirujanos sugirió, haciendo gala de un sentido del humor que Karvel pensaba era algo inexistente para aquellas personas, que podían substituir también la pierna sana, para equilibrar las cosas del todo.

–De eso, nada –le replicó Karvel.

Se abrió la escotilla de corredera de la astronave y el piloto saltó a tierra firme sin andarse con protocolos.

–¿Dónde están los seis hombres? –preguntó.

–Doce hombres –corrigió Karvel –. Ahí los tiene.

–No tenemos ocupación para los doce. El Inspector me dijo que llevara sólo seis.

–Me parece que ha oído mal. Son doce hombres dedicados al tráfico, además de dos pasajeros.

–Seis –se mantuvo el piloto en sus trece. Lo dijo en tono firme –. Vamos. Estos dos viajes a Lewir han destrozado mi programa de vuelos.

Desalentado, Karvel miró al dirigente de Lewir. El Inspector tenía en la base más de una docena de miembros de su plantilla, aparte de un número indeterminable de terrícolas y los astronautas de los vehículos espaciales de carga y pasaje, que iban y venían. Ignoraba Karvel por completo la clase de armas de que pudiesen disponer, y su rifle y su pistola constituían todo el armamento existente en el planeta Tierra, cuyos habitantes peleaban únicamente con las manos en las contadísimas ocasiones en que recurrían a los golpes para dirimir sus diferencias. Ni siquiera figuraba en su vocabulario la palabra arma. El comandante había fabricado unas pequeñas cachiporras para sus hombres, pero ni siquiera contando con doce elementos y la sorpresa, podía confiar demasiado en que su golpe de mano tuviera éxito. Y mucho menos aconsejable era atreverse a atacar al Inspector en su propio cubil, disponiendo sólo de seis hombres.

Hice un trato con el Inspector –manifestó el dirigente de Lewir –. El Inspector no quebranta su palabra y yo tampoco. Se llevará usted a los doce hombres o no permitiré que marche uno solo de ellos. Y los pasajeros también se quedarán aquí.

–El piloto esbozó un ademán de disgusto y se rindió.

–Si a ellos no les importa ir hacinados, no sé por qué voy a preocuparme yo.

Karvel indicó a los hombres que subiesen a bordo de la astronave. Había tenido que aceptar la palabra del gobernador de Galdu, respecto a que aquellos sujetos eran los ejemplares de mejores condiciones físicas, entre todos los que había disponibles. Parecían bastante ágiles, daban la impresión de ser capaces de franquear fácilmente los siete metros y medio con una pértiga de fibra de vidrio, pero su constitución esbelta y mimbreña despertó cierta desconfianza en el ánimo de Karvel. Para aquella maniobra, hubiese preferido sujetos de hombros anchos.

Y también le habría gustado disponer de un poco más de tiempo para adiestrarlos. Aprendieron enseguida unos cuantos métodos sencillos de mutilación, pero aplicaban las presas como si estuviesen abrazando a sus novias.

Se colgó el rifle, dio un último golpecito afectuoso a la cachiporra que llevaba oculta debajo de la ropa y siguió a sus huestes. El piloto observó el rifle con curiosidad, pero no dijo nada. Marnox subió detrás de Karvel y se acomodó en el

asiento que había al lado del correspondiente al piloto. El comandante había advertido a Marnox llanamente que, si para cuando llegasen a la Luna no sabía gobernar la astronave, lo mejor que podían hacer era quedarse en la Tierra. El dunzaleño tomó buena nota y mientras tensaba el cuerpo para resistir mejor la fuerza de aceleración no dejó de escrutar todos y cada uno de los movimientos que ejecutaba el astronauta.

Por primera vez en el curso de las cuarenta y ocho horas, Karvel pudo relajarse. Se quitó el mocasín del pie y se frotó el dedo inexistente, en un inútil intento para acabar con la sensación de hormigueo.

–Casi trescientos ochenta y cinco mil kilómetros –musitó –, y quizás unas cinco horas de viaje.

Se quedó medio dormido, mientras pensaba que merecería la pena examinar a fondo aquellas astronaves de lanzadera, siempre y cuando tuviese tiempo para tal investigación.

Cuando Marnox le despertó, mediante unas sacudidas, se encontraban ya encima de la Luna y descendían rápidamente. Karvel se revolvió en el asiento, a fin de comprobar si los de Galdu estaban en condiciones de combate. Para tratarse de su primer vuelo espacial, lo habían soportado bastante bien. Ninguno de ellos sufría alteraciones estomacales, cosa que sorprendió a Karvel, hasta que recordó que carecían de estómago.

El amplio y conocido panorama de cráteres centelleó frente a sus ojos, mientras se aproximaban a la superficie selenita. Se inició el frenado: no era la brusca y aplastante disminución de velocidad propia de los vehículos espaciales impulsados por cohetes, sino una presión ligera, leve y sostenida, como la de un automóvil al que se aplicasen los frenos con un exquisito cuidado. La base continuaba sumida en la oscuridad, pero los rayos del sol aleteaban sobre los puntiagudos riscos de las montañas circundantes y el borde curvado del día se acercaba ya. Hacia el norte, el vasto círculo de Platón permanecía envuelto por las sombras; hacia el sur, cráter de extraño aspecto, encerrado dentro de Otro y rodeado por una circunferencia luminosa, parecía un ojo desenfocado que les estuviese observando con mirada extravagante.

La cúpula de alunizaje tenía un inmenso amarradero central para las grandes aeronaves del espacio exterior, y otros compartimentos de menor tamaño, establecidos en círculo y destinados a los aparatos voladores más pequeños. Se mantuvieron suspendidos sobre la cúpula, hasta que se abrió una de las torrecillas auxiliares, a través de cuyo hueco descendieron.

Chasqueó la escotilla de seguridad, mientras el aire volvía a introducirse en el compartimento de alunizaje. El piloto abrió la doble puerta de la escotilla y echó pie

a tierra. Tras dirigir una seña con la cabeza a Marnox, Karvel imitó el ejemplo del astronauta.

Apareció el ingeniero de alunizaje, frotándose los ojos.

–Doce hombres para Franur –dijo el piloto.

–¿Doce? Creí que eran seis.

–Tenían doce preparados, así que me los traje.

–Tal vez Franur disponga de ocupación para ellos. Quiere repasar y poner en orden las existencias de las plantas inferiores. Llévase los.

–Llévase los tú –replicó el piloto.

Marnox se encontraba ya junto a ellos. Karvel empuñó la cachiporra e hizo una señal hacia la astronave. Uno de los galdusinos saltó por la escotilla, al tiempo que emitía un alarido desgarrador. El piloto y el ingeniero giraron en redondo, pero Karvel puso fuera de combate al primero con un buen golpe. Marnox apenas tardó un segundo más en abatir al ingeniero. Se irguió sobre su víctima y se echó a reír, encantado de la vida.

–Ya estamos metidos en harina –dijo Karvel.

Los galdusinos se apearon de la astronave y entraron en acción con entusiasta eficacia. Dos de ellos sacaron unas tiras de cuerdas y se entretuvieron en atar y amordazar al piloto y al ingeniero. Los demás se adelantaron para cubrir las entradas.

Karvel se descolgó el rifle del hombro y, cautelosamente, penetró en el compartimento contiguo. Descansaba allí una enorme astronave de transporte.

–¿Podrá llevarnos de regreso en ese armatoste? –preguntó a Marnox.

–No lo sé –confesó el dunzaleño.

–Vamos a ver si sale de dudas. No podremos cargar el **ONI** en la astronave de lanzadera.

Karvel recorrió la cúpula de alunizaje. Encontró dos transportes más y otra lanzadera, pero ni rastro de personal. Marnox se reunió con él y le informó con voz alegre de que estaba preparado y deseoso de pilotar la astronave de transporte. Cuando regresaron, los galdusinos tenían al piloto y al ingeniero ocultos dentro de la astronave de lanzadera. Karvel manifestó su aprobación inclinando la cabeza.

–Adelante –dijo.

Caminaron en fila india, con Karvel a la cabeza, rumbo a la cúpula principal. Franur, el corpulento administrador de suministros, les oyó acercarse y salió a su encuentro.

–¿Estos son mis hombres? –interrogó.

–¿Cuántos necesita?

Franur volvió la cabeza para contarlos y tropezó con la porra de Marnox. Los galdusinos se desplegaron por el almacén de suministros, en busca de los que trabajaban allí. Apenas tardaron unos minutos en coger prisioneros a los aturdidos terrícolas, pero el asistente de Franur opuso resistencia y tuvieron que llevarlo atado e inconsciente.

–Ándense con ojo –advirtió Karvel a los cautivos terrestres –. Si se portan bien, no les sucederá nada.

Encerraron a Franur y a su asistente en una habitación y a los hombres de la Tierra en otra. Después aseguraron las puertas con cajas de embalaje llenas de géneros.

–Ha sido sencillo –comentó Marnox, decepcionado.

–No hemos hecho más que empezar –repuso Karvel.

Llamó a los galdusinos, con un movimiento de brazo, y emprendieron una silenciosa ascensión, rumbo a las plantas administrativas.

No se tropezaron con nadie en las rampas y, en el piso del

Inspector, se deslizaron subrepticamente a lo largo del último pasillo, para echar un vistazo a la vacía sala administrativa. Desconcertadamente, Karvel se encaminó luego al centro de información, con el rifle empuñado y presto. Se detuvo al llegar a la entrada y un agudo chillido, sofocado a medias, le entró por los oídos. Salía de la boca de Marnox, que se acababa de inmovilizar, a espaldas del comandante.

Sirgan yacía en el suelo, cerca de la puerta, con las ropas destrozadas y el cuerpo entrecruzado por profundas cuchilladas, que concluían en espantosos jirones de carne arrancada. Tenía el rostro destrozado, hasta el punto de que costaba trabajo reconocerlo. Junto a él, estaba tendido el cadáver de una mujer terrestre, con el cráneo machacado, pero sin el menor rasguño en el resto de su humanidad. Los cuerpos, horriblemente mutilados, de dos técnicos del servicio de comunicaciones, permanecían caídos entre sus diseminados instrumentos; de los rasgados semblantes de ambos individuos aún brotaba sangre. Alfombraban la estancia numerosas piezas del equipo de transmisiones, rotas y salpicadas de rojo.

Los galdusinos se quedaron clavados en el umbral, aturdidos y sin habla. Karvel volvió la espalda a aquella carnicería y los empujó para apartarlos de allí.

–¿Conservaba en la base el Inspector alguna especie de animales? –preguntó.

Se le quedaron mirando, como si no comprendieran.

–Vale más que no nos separemos –dijo Karvel.

Atravesó la sala administrativa, a la cabeza del grupo, titubeó un momento en el pasillo y después, con aire resuelto, echó a andar hacia las rampas. Una vez en la planta baja, pusieron en libertad a la plantilla del almacén de suministros. Karvel metió prisa a todas, para que volviesen cuanto antes a la cúpula de alunizaje, y obligó al personal a subir a bordo de la astronave de transporte.

–Hasta que regrese, no abran a nada ni a nadie –recomendó. Se dirigió especialmente a Marnox–: Si no vuelvo. .

encárguese de la operación. Supongo que lo mejor que puede hacer, en tal caso, es poner proa a la Tierra.

–¿Qué puede ser? –preguntó Marnox.

–Lo ignoro. Le contestaré a eso cuando lo encuentre. si quedo en condiciones de contestar a algo.

Se alejó de allí y revisó de nuevo el rifle. Heridas como aquéllas pudo haberlas producido un leopardo o un tigre. Si andaba suelta por el laberinto de pasillos de la cúpula una bestia feroz semejante, no deseaba que trece hombres desarmados le estorbasen en la cacería.

Encontró dos miembros más del cuadro de colaboradores dei Inspector. Estaban en sus aposentos. Sin vida. Acuchillados horriblemente. Tropezó con otro, en un corredor que había al otro lado de la sala administrativa, y descubrió otra pareja en un pequeño cuarto de almacenaje. Se refugiaron allí, pero el débil panel de la puerta no resistió los embates de la fiera y aparecía triturado.

De mala gana, se puso en camino hacia los alojamientos de las mujeres. En el punto donde el pasillo se bifurcaba, Karvel encontró el cadáver de un hombre, tan desollado por los zarpazos que sólo la conjetura le hizo comprender que se trataba del cuerpo del Inspector. Pasó con cuidado por encima del muerto y del charco de sangre que lo circundaba.

Dio con las mujeres en la habitación más apartada. Había treinta por lo menos... vivas todas ellas, acurrucadas juntas, la mayoría con las prendas empapadas de sangre, aunque, milagrosamente, sus caras estaban indemnes. Tenían encima una



agitación tremenda, se mostraban muy alteradas, sobresaltadísimas. Unas gemían y sollozaban sin derramar lágrimas, otras murmuraban incoherentes y otras miraban fijamente el vacío, con la vista perdida en la nada.

Y entonces, Karvel observó las manos de aquellas hembras, los dedos rematados por uñas largas, afiladas como cuchillos ¡y ensangrentadas! y comprendió.

Halló a Wilurzil en un cuarto del otro pasillo, encogida sobre sí misma en un rincón, como si la hubiesen arrojado allí y fuera incapaz de moverse. La barba color naranja colgaba de un lado de su rostro. Karvel estiró el cuerpo de la muchacha y arregló cuidadosamente la desgarrada vestidura. Luego se percató de que Wilurzil sólo estaba inconsciente.

Fue a buscar agua y humedeció el semblante de Lenguajes 9–17. Se abrieron los ojos femeninos. Una expresión de horror se extendió por la cara de Wilurzil, que levantó los brazos como si pretendiera defenderse, antes de reconocer a Karvel.

–¿El Inspector... ha... muerto? –preguntó la joven

–Sí –confirmó Karvel –¿Qué ha pasado?

Wilurzil se estremeció.

–Lo ignoro. ¿Le mató usted?

–No.

–¿Las otras...? ¿Las mujeres...?

–Sí.

–Las hablé acerca de sus ciudades, tal como usted habló al Pueblo Desamparado acerca de sus árboles. Odiaban al Inspector, pero le tenían miedo.

Wilurzil sufrió un acceso de tos, que la obligó a interrumpirse. Karvel la ofreció agua, pero la muchacha apartó el recipiente.

–El Inspector me enseñó el lenguaje silencioso –dijo –. Es muy sencillo, una vez se comprenden los símbolos.

–Sí –convino Karvel. Facilísimo para una lingüista de talento.

–Encontré el documento de privilegio comercial, la exclusiva, y estaba... escuchándolo, escuchando el lenguaje silencioso.

–¿Se expresaba en algún lenguaje terrestre?

–En todos los idiomas de la Tierra. Para que lo escuchasen cuantos pueblos hay en el planeta. Sólo que el Inspector se lo ocultaba.

Karvel asintió.

–Sin duda, no quería que los habitantes de la Tierra supiesen lo que expresaba el documento.

–Me sorprendió cuando lo estaba escuchando. Huí, pero consiguió alcanzarme y me quiso estrangular, pero en ese momento se presentaron las mujeres. ¿Le mataron?

–Sí. ¿Todavía está aquí el **ONI**?

–Eso... eso creo. –Se cubrió el rostro con las manos y habló entrecortadamente – . El privilegio de tráfico. ¿No quiere conocer lo referente a ese documento?... Usted dijo que era importante.

–Puede serlo mucho.

–El Inspector no deseaba enseñarme el lenguaje silencioso. Desconfiaba, pero insistí e insistí... Me negué a...

Se interrumpió y, con un gesto que simbolizaba lo que Karvel sólo podía suponer, se arrancó la barba y la arrojó a un lado.

–Debí haberlo hecho antes –murmuró la muchacha –, pero a él le gustaba que la llevase puesta.

Suavemente, Karvel apartó las manos femeninas que ocultaban el rostro y las retuvo entre las suyas.

–Esa concesión, el privilegio, ¿Qué dice?

–Es muy largo y difícil de entender. Muchas palabras me resultan extrañas y no las recuerdo con exactitud. Dice que... algo... está autorizado

–¿Algo? ¿Una organización mercantil? –sugirió Karvel.

–Algo con un nombre muy raro... queda facultado para... No, es... algo... Se trata de satisfacer las necesidades del planeta Tierra y, a cambio, aceptar... Oh, es complicadísimo.

–¿Aceptar productos?

–Muchas cosas. Manufacturas, cosechas, minerales, maderas y frutos de los bosques... muchas, muchísimas cosas.

–¿También personas?

–Me parece que no. No. ¿Es importante?

–Importantísimo. ¿No se da cuenta? *Hay* un gobierno establecido en alguna parte y la Tierra es un planeta que le preocupa de modo especial. El documento de privilegio sirve para ayudar y proteger a los habitantes de la Tierra. El Inspector y su organización comercial lo pervirtieron, convirtiéndolo en instrumento de explotación. Si mis recuerdos son correctos, la Tierra puede negarse a traficar con sus personas y la organización comercial tendrá que aceptar los productos que se le ofrezcan, sean cuales fueran. ¿Cómo se siente? ¿Puede andar por su propio pie?

–Creo que sí.

–Iré a avisar a Marnox y a los demás. ¿Quiere acompañarme o prefiere esperar aquí?

Otro estremecimiento sacudió a Wilurzil.

–Voy con usted.

Encontraron el **ONI** en un almacén, precintado aún y puesto encima de una plataforma circular.

–¿Cómo lo trasladaremos? –preguntó Karvel.

–En automóvil –repuso Marnox, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

Subió a la plataforma, accionó unos mandos y el conjunto se deslizó despacio por el túnel, rumbo a la cúpula de alunizaje. Una vez allí, condujo la plataforma y la esfera al interior de la astronave de transporte.

Los galdusinos registraron las plantas administrativas, recogieron los muertos y los llevaron a la sala principal. Había catorce cadáveres: doce hombres y dos mujeres. Hallaron seis hombres vivos en los pasillos más alejados, donde habían ido a guarecerse. Los tres científicos de la distante cúpula de investigación ni siquiera se habían enterado de que hubiese ocurrido algo anormal.

Mientras se dedicaban a toda aquella tarea de reconocimiento, Wilurzil reanudó sus esfuerzos intelectuales para descifrar y traducir el documento de privilegio comercial. Recitaba ante una grabadora lo que conseguía leer de los extraños símbolos que aparecían estampados en relieve sobre una larga cinta de metal flexible.

Karvel conferenció con Marnox.

–Le pongo al mando de la base –dijo el comandante –. Me llevaré a las mujeres y a unos cuantos de los esbirros del Inspector y le dejaré a usted aquí con suficientes galdusinos para que vigilen a los otros. Si tratan de armar jaleo.

–No me crearán ninguna clase de dificultades –respondió Marnox, al tiempo que acariciaba su cachiporra –. ¿Pero quién pilotará la astronave en la que piensa volver a la Tierra?

–El mismo astronauta que nos trajo.

–¿Y si se niega?

–En cuanto vea el cuadro de la sala administrativa, se mostrará tan deseoso de marcharse de aquí como yo. Hay un par de astronaves de lanzadera y por lo menos otra más de transporte. Enviaré más hombres en cuanto pueda. Ese vehículo de carga puede transportar un mínimo de cincuenta.

Supervisaron la delicada tarea de conducir las mujeres a la cúpula de alunizaje. La mayor parte de ellas se manifestaban tranquilas, pero unas cuantas dieron rienda suelta a su histerismo y hubo que calmarlas a la fuerza. Wilurzil no abrió la boca hasta que le tocó el turno de subir a bordo de la astronave de carga.

–Trajo aquí a todos esos hombres –acusó, señalando a los galdusinos –. Su intención consistía en capturar al Inspector.

Karvel no contestó.

–Le hubiera hecho primero prisionero. No había necesidad de matarle. Usted no quería cogerle sin vida.

De nuevo, Karvel se abstuvo de responder.

–¡Pero yo si quería verle muerto! –remachó la joven, retadora.

Y, acto seguido, se derrumbó por completo.

En Lewir, Karvel puso las mujeres al cuidado de los médicos. Lo único que podía hacer era confiar en que su aptitud para la psiquiatría igualase su destreza como cirujanos.

Inmediatamente, se vio envuelto en el torbellino de una actividad frenética y no dispuso de tiempo para perderlo con vanas lamentaciones, para sentir remordimientos de conciencia o para arrepentirse... ni siquiera para escalar

montañas. Cuando llegaba la noche, estaba tan exhausto que, en cuanto tocaba el lecho, se quedaba dormido como un tronco y no volvía a despertarse hasta por la mañana.

Tuvo que designarse a uno de los gobernadores para que cubriese la plaza vacante, producida por la muerte del Inspector, arbitrarse las disputas y se encargara de dirigir la distribución de suministros. El conjunto de aparatos de comunicaciones de la Luna tenía que repararse y alguien había de hacerse cargo de su funcionamiento. Asimismo, se debían trazar planes minuciosos para entenderse con la organización comercial y tomar medidas para el caso de que ésta eligiese la vía truculenta cuando se enterara del desarrollo y desenlace de los acontecimientos. Se nombró una misión para que subiese a bordo de la primera astronave y estableciese enlace directo con el gobierno de los mundos. Karvel predijo que la organización comercial no se rendiría sin lucha y manifestó su convencimiento de que la tal empresa contaba con una influencia política poderosa. No le resultó sencillo explicárselo a unos hombres que carecían de todo concepto político, pero lo hizo lo mejor que pudo.

Y el problema no le concernía. Por mucho que le gustase poder ayudar y conocer más detalles acerca de la civilización de aquellos hombres del futuro, la cuestión no era de su incumbencia. Se estuvo repitiendo que no era asunto suyo hasta casi llegar a persuadirse de ello.

Reunió una junta consultiva de ingenieros y técnicos y, con su colaboración, puso manos a la obra con el **ONI**

Iba a enfrentarse con tres inexorables motivos de terror: presión, tiempo y espacio.

Si la presión temporal continuaba aumentando mientras el **ONI** se mantuviese en constante funcionamiento, le mataría. Estuvo en un tris de acabar con su vida durante el viaje hacia el futuro; el trayecto rumbo al pasado tendría duración doble.

En el caso de que, de una manera o de otra, lograra sobrevivir a la presión, el tiempo y el espacio podrían eliminarle con las armas del fracaso, la decepción... la ancianidad.

Se llevaría una reserva de combustible y lo tendría todo preparado, con vistas a un segundo lanzamiento, desde el primer punto en que se detuviese, ¿Pero cómo iba a saber la dirección y la distancia de esa segunda etapa?

Si gracias a alguna extravagancia del azar llegase al punto de tiempo correcto, acaso nunca consiguiera saberlo. Los tres lugares geográficos donde cayó el **ONI** en el siglo XX estaban separados por un océano y pertenecían a continentes o hemisferios distintos. Si Karvel abría la escotilla de la esfera y se encontraba en una

Tierra inerte, desierta, marchita, muerta, ¿debía de presuponer que su error fue de tiempo o de espacio?

El vacío depósito de combustible del **ONI** número dos y la inseguridad de Karvel en lo relativo a la posición original de los instrumentos eran detalles que parecían burlarse de todos sus cálculos. Debía aterrizar en el momento y en el punto preciso... una empresa que parecía desesperada, sin la más remota posibilidad de éxito.

La junta consultiva no pudo ofrecerle ninguna sugerencia. Tales problemas quedaban tan lejos

La junta consultiva no pudo ofrecerle ninguna sugerencia. Tales problemas quedaban tan lejos estaba hablando. Karvel los despidió y llamó a un equipo de mecánicos de Bribun.

Había reflexionado largamente sobre el hecho de que la presión que casi acabó con su vida no causó el menor daño a las herramientas más delicadas de su material. Aquellos instrumentos fueron embalados en pequeños cilindros, donde se los encajó bien; en cambio, el cilindro destinado al pasajero se diseñó con vistas a que éste disfrutase de cierta comodidad, con espacio suficiente para permitirle moverse y una capa de varios centímetros de acolchado de espuma. ¿Acaso la presión, dentro del cilindro, estaba relacionada o proporcionada de algún modo con su volumen de espacio vacío? Razonó que era muy posible.

Se arrancó el almohadillado de espuma, el cual fue substituido por una armadura, hecha a medida para el cuerpo de Karvel por los mecánicos bribenses. El comandante viajaría tendido incómodamente, apretado en el interior de un cilindro interno. Si se equivocaba, la incomodidad no le atormentaría durante mucho tiempo.

No le quedaba más remedio que correr sus riesgos frente al tiempo y el espacio.

Interrumpió los preparativos en tres ocasiones, para visitar a Wilurzil.

La muchacha no se lo agradeció. No quiso recibirle.

Karvel hizo un paquete con las intimaciones en cuarenta idiomas y la traducción del Inspector y lo dejó para que se lo entregasen a la joven. En el dorso de un ultimátum de aquellos, redactó, en inglés, una frases de despedida y gratitud.

Tal vez algún día Wilurzil se sobrepusiera a su horror y tratase de descifrar el mensaje.

\* \* \*

## PASADO

### 1

Tendido dentro de la armadura preparada por los bribenses, en postura horizontal e incómoda, la única sensación que experimentaba Karvel era el creciente dolorcillo que le producía la protuberancia de una soldadura, que se le clavaba en la carne, por debajo del hombro derecho. Pero el agudizarse continuo de aquella molestia contribuyo a aliviar la monotonía de su situación.

Fue transcurriendo el tiempo.

Luego, la presión empezó a estrechar su cerco. Su primer contacto, suave como una pluma, fue igual que una puerta que se abriese para franquear el paso a una pesadilla medio olvidada. Después, poco a poco, con enervante lentitud, intensificó su fuerza.

De súbito, Karvel notó una vibración. En cosa de un segundo, se había transformado en una serie de violentas pulsaciones, que estremecieron el cilindro y provocaron un metálico ruidoso rechinar en la armadura. Un tanto alarmado, Karvel empujó hacia arriba la parte superior. El cilindro se abrió. Cesaron los temblores vibratorios cuando se deslizaba fuera de la armadura. Alzó la escotilla del **ONI**, asomó la cabeza y echó un vistazo al exterior.

El **ONI** giraba sobre sí mismo muy despacio pero, de momento, Karvel pasó por alto aquel fenómeno. En dos ocasiones anteriores, había sido testigo de los destrozos asoladores que provocaba la fuerza X, pero aquello no fue nada en comparación con la violencia y rapidez pulverizadoras que desarrollaba en aquel momento la furia de la espiral, en su recorrido, mientras se alejaba de la esfera.

El comandante se encontró presenciando la escena desde la cumbre de un cerro bajo y boscoso... mejor dicho, de lo que había sido una colina cubierta de arbolado. Las laderas aparecían ya desnudas, con la salvedad de los tocones sembrados sobre su superficie. Los trozos, las astillas en que quedaron convertidos los árboles, estaban ya lejos del otero, después de ser despedidas por la fuerza X. Hacia el fondo, se erguían, diseminados aquí y allá, unos cuantos árboles supervivientes; que tuvieron la fortuna de quedar en medio de las estelas devastadoras de la espiral. La fuerza X seguía su rumbo por una pradera lisa y yerma.

Algo se movía en la distancia, algo que la desencadenada furia había marrado. Karvel entornó los párpados para distinguirlo. "¿Canguros? ", se preguntó. Aquellas

criaturas no saltaban, sino que caminaban con pasitos menudos y delicados, ajenas a la demoledora potencia que acababa de pasar de largo, junto a ellas.

Karvel volvió a agacharse dentro de la esfera y retiró el instrumento que activaba los impulsos motrices del **ONI**

Abrió un cilindro de suministros e introdujo la cápsula en su mochila. Acto seguido, salió por la escotilla del **ONI**

La esfera continuaba dando vueltas sobre sí misma, lentamente, y el suelo estaba a un metro más abajo de lo que suponía Karvel. La caída le hizo perder el equilibrio y se retiró del **ONI** andando hacia atrás y con los ojos desorbitados. La esfera descansaba encima de una especie de gran copa metálica y era esa copa lo que giraba.

–¡Una baliza temporal! –exclamó Karvel.

Una boya de tiempo, dotada de un aparato que se hacía cargo de quien regresara a casa. Algo que surgía a través del tiempo y el espacio, cuando el **ONI** se aproximaba, recogía la esfera y la retraía hasta su punto de partida. Y la vibración

–Una señal –continuó Karvel hablando en voz alta –. Confío en que quienquiera que venga a recibir el **ONI** tenga el buen sentido de aguardar a que la energía de la fuerza X se haya extinguido.

Rodeó el **ONI** en una dirección, la fuerza X estaba descargando sus últimos golpes contra un bosquecillo de árboles enanos. Un arroyo serpenteaba hacia dicho bosquecillo, trazando una curva en torno a la base del cerro. En la otra dirección, el pardusco y agostado suelo de la pradera se fundía a lo lejos con el horizonte. Karvel emprendió la marcha. Brillaba en la distancia una vasta extensión de agua, y las aves revoloteaban en círculo por encima de ella, tan despacio que creaban la impresión de vagabundos puntitos celestes. Al avanzar, vio que la masa de agua se curvaba para perderse en la feraz vegetación de un enorme pantano.

Ninguna dirección parecía prometedora, y la del pantano menos que las demás. Sin embargo, fue de la dirección del pantano de donde acudieron, abalanzándose hacia adelante en frenética carrera. De súbito, la vanguardia se vino abajo, como si echaran cuerpo a tierra –tal vez la fuerza X, que por entonces se había remontado al suelo, sacudió el aire por encima de sus cabezas –, pero enseguida volvieron a incorporarse y continuaron la marcha a todo correr. Se encontraban demasiado lejos para que Karvel pudiese verlos con claridad. De hecho, su aspecto era el de un ejército de barriles volando hacia él, y eso representó suficiente indicación de que había dado con los seres extrahumanos.



Karvel pensó cansinamente: "Otro idioma que tendré que aprender."

—"Haskins debió enviar un lingüista."

Dominó el apremiante impulso de salir al encuentro de aquellas criaturas. Probablemente, lo último que esperarían ver los miembros de la extraña horda, sería una persona con cuatro extremidades. En vez de avanzar hacia ellos, Karvel se apartó de su vista, colocándose detrás del **ONI**, y se mantuvo a la expectativa, vigilando sus movimientos.

Algunos corrían sobre seis patas, otros utilizaban sólo cuatro. Unos pocos avanzaban sobre dos, pero la tensión de su impulso les permitía seguir adelante. Observó que muchos habían llevado largas pértigas.

—Otra vez estacas para tirar nueces, no —gimió Karvel.

Pero las iban soltando por el camino.

A un centenar de metros del otero, empezaron a aminorar la velocidad. De uno en uno por parejas o en pequeños grupos, fueron frenando, deteniéndose, hasta que, por último, adoptaron una formación en hileras, como un contingente de antiguas tropas de infantería que se preparase para un asalto.

Karvel se retiró unos metros, colina abajo, tomó asiento en el tronco de un árbol quebrado y aguardó. Desde aquella vertiente, en el lado contrario al que recorrían las criaturas en su aproximación el comandante admiró durante un buen rato las piruetas aéreas de un ave lejana y extraña, de cuerpo esbelto e inmensas alas. Contempló después los zumbantes molinetes de un enjambre de insectos de gran tamaño. De todo cuanto veía allí, el árbol sobre cuyo tronco estaba sentado era lo que más le maravillaba. A todas luces, se trataba de una especie de olmo común. Cuando, por último, apareció una de las extrañas criaturas, no se acercó al **ONI**. Se dirigió en línea recta hacia Karvel y se detuvo a una zancada de él, mientras los demás miembros del grupo permanecían reunidos inmediatamente debajo de la cima del altozano. Karvel se olvidó por completo del gesto de amistad que había preparado meticulosamente y no pudo hacer más que continuar inmóvil, con los ojos como platos, mirando con fijeza a la criatura. Con todo lo extraña que había sido, la descripción de los científicos, la verdad es que no estaba acondicionado para enfrentarse con tranquilidad al increíblemente fantástico ser que veían sus ojos.

Y entonces, la criatura habló.

Su voz resultaba tan inverosímil como su apariencia. Karvel pensó al instante en una gaita, porque el denso jadeo de su parlamento se proyectaba contra los tonos sibilantes propios del ronroneo musical de las cornamusas. Los sonidos brotaban

del abdomen, mejor dicho, se originaban y se mantenían allí. Los vocablos reverberaban por el interior del cuerpo y cuanto más se alargaba la frase, más confusas eran las palabras.

¡Y hablaba... inglés! Decía:

–Qué... tal... alegramos... mucho... de... verle.

Karvel se las arregló para corresponder al saludo, sobreponiéndose a la estupefacción.

–¿Cómo está?

–Trae... usted... combustible.

No era una pregunta, pero Karvel, sacando fuerzas de flaqueza, valerosamente, para aguantar el tipo, respondió en tono débil:

–Llevo una pequeña reserva de carburante

De súbito, las otras criaturas se precipitaron hacia delante, rodearon a Karvel y adelantaron sus raras extremidades. No comprendió enseguida lo que deseaban.

Querían estrecharle la mano.

Karvel se irguió y apretó la primera mano con la que su diestra entró en contacto. Se trataba de una membrana larga, grande, flexible, desprovista de dedos, con una superficie extrañamente adhesiva. Envolvió la mano de Karvel, la oprimió tenuemente y se retiró. Karvel aceptó otra. Perdió la cuenta después del decimocuarto apretón, pero calculó que le circundaban por lo menos un centenar de seres extrahumanos. Cien criaturas sin cabeza, dotadas de seis extremidades, con una estatura que apenas llegaba al metro y medio, gruesos cuerpos cilíndricos y dos pequeños apéndices, en forma de abanico, que se agitaban o batían el aire siempre que los seres ejecutaban algún movimiento.

Por fin, retrocedió el último y sucedió un prolongado silencio. Luego, el portavoz – el que primero se había aproximado a Karvel – rompió la pausa con otra declaración jadeante:

–El **ONI**... hizo... esto.

Abarcó con el ademán la devastada falda de la colina.

–No... sabíamos... –se interrumpió brevemente –que... pudiera... causar... tantos... daños... Lo lamentamos.

La voz se apagó.

–¿Pretende decir que, de haber conocido de antemano la catástrofe que iban a originar, no hubiesen enviado la esfera? –repuso Karvel –. ¿Dónde aprendió a hablar inglés?

–De... usted.

–¡De mí! –exclamó Karvel.

–Venimos... desde... un... lugar... muy... lejano...

–¿Yo le he enseñado inglés? Sé que los viajes por el tiempo son algo muy complejo, ¡pero no va a convencerme de que he estado aquí antes!

–No... Nosotros... aprendemos... ahora.

Karvel meditó durante unos segundos y, al final, decidió pasar por alto aquellas palabras.

–Proceden de muy lejos –susurró –. ¿Otro sol? ¿Otra, galaxia?

–Galaxia... distante. Exploración. Accidente... pérdida... combustible.

–¡Ah! Ahora lo entiendo. Están desamparados aquí. Naufragaron a enorme distancia de su mundo natal y no tienen la más remota posibilidad de que venga nadie a rescatarlos. No creo que sus coetáneos pasen por este camino con frecuencia.

–Nunca... vienen... aquí.

–Comprendo. El único modo que tienen para volver a casa es conseguir más combustible y las estaciones de servicio para naves espaciales son difíciles de encontrar en esta época y punto geográfico. Así que enviaron a alguien a buscarlo.

–Futuro... evolución...

–¿Evolución? Pues, claro. Si su comisionario hubiese avanzado lo bastante en el futuro, la evolución habría desarrollado una forma de vida inteligente, susceptible de proporcionarles el carburante que les hacía falta. Comprendo. Y ahora comprendo también por qué el **ONI** llegó con el depósito vacío... Sólo disponían de una reducida cantidad de combustible y lanzaron a su mensajero para que recorriese la máxima distancia que le fuese posible, hasta donde diera de sí el carburante.

Continuaban agrupados a su alrededor, unos de pie sobre dos patas y otros sobre cuatro. Varios de ellos permanecían sentados, como se sentaría un perro,

sosteniendo la parte delantera del cuerpo con el par de extremidades situadas en el centro.

Se apreciaba en aquellos seres algo turbadoramente reptilesco. No se cubrían con ninguna prenda de vestir y sus cuerpos oscuros tenían epidermis de cuero suave. Una especie de temblor ondulante agitaba sus abdómenes de manera continua, inmediatamente debajo de una banda circular, blanca, pero vetada. Karvel supuso que aquel movimiento debía de estar relacionado con su respiración. Aspiraban aire a través de toda la superficie de sus cuerpos, en una serie constante de absorciones orbiculares.

Otra banda circundaba sus troncos, cerca de la parte superior; una faja más oscura, de color pardo, señalada irregularmente con grandes manchas negruzcas. No tenían rostro, ni siquiera apunte de ojos, boca o nariz. El remate de las membranas no era el único rasgo extraordinario de aquellas seis extremidades de múltiples articulaciones. Karvel se dio cuenta de que le resultaba imposible mirar hacia aquellas criaturas sin que su vista se quedase fija, entre hechizada y estupefacta. Se preguntó si también le estarían contemplando ellos así.

El portavoz pronunció otra frase entrecortada.

–El... enviado... murió.

Su movimiento abdominal se interrumpía cuando el individuo hablaba. No podía emitir sonidos mientras respiraba, de ahí las frecuentes pausas.

El portavoz volvió a indicar la devastada ladera.

–Muchos... muertos.

–Sí, murieron muchos –articuló Karvel sosegadamente –. Muchos más de los que tenían que morir. Hubo un malentendido que sería muy laborioso tratar de explicarle. Temíamos... ¿Disponen de otro **ONI**?

–Sólo... ese.

–Su emisario estaba sin vida, así que, como es lógico, no pudo contarnos nada. Sacamos conclusiones erróneas.

–Lo... lamentamos...

Agitó estérilmente cuatro de sus extremidades.

–No lo habrían enviado, de saber que iba a causar daños. Me hago cargo.

–Sabe... que... necesitamos... combustible.

–Pero entonces no lo sabíamos –repuso Karvel, aturdido –. Su mensajero falleció antes de llegar, así que, naturalmente, no pudo informarnos de los problemas que tienen con el carburante. Traigo en la esfera una reserva de combustible, que incluí por si acaso no les encontraba al primer intento y me veía obligado a seguir buscándoles.

Eso produjo otro silencio prolongado.

–Veamos... el... combustible –articuló el portavoz por último.

Karvel asintió y echó a andar hacia el **ONI**. Todos le siguieron y aguardaron, alrededor de la esfera, mientras el comandante pasaba por la escotilla. Los bribenses habían producido un duplicado del depósito esférico del **ONI**, que protegieron con dos concéntricos caparzones externos. Karvel ignoraba todo lo referente a la forma de entenderse con el combustible de uranio líquido y no albergaba el menor deseo de tomarse la molestia de aprenderlo. Su intención fue limitarse a reemplazar el depósito, simplemente, cuando el primero se hubiese agotado. El de repuesto apenas contenía poco más de cuatro litros, pero pesaba de un modo increíble. Quitó las conchas protectoras y se las arregló para levantarlo hacia el esférico costado del **ONI**, aunque el peso le hizo vacilar.

Un racimo de membranas se elevaron, a tientas, para recibirlo y bajarlo hasta el suelo. Karvel salió luego del **ONI**

–¿No... hay... más?

Incluso a pesar de lo sutil y extrahumano de aquella voz, pudo captarse un matiz de escepticismo muy humano.

–Eso es todo lo que hay –confesó Karvel –. No se nos ocurrió la posibilidad de que tuviésemos que abastecer de carburante a una astronave, compréndalo. Nos ateníamos a las necesidades del **ONI**. Y me parece que a ustedes les hace falta un poco más.

–No... podemos... marchar... de... este... planeta.

Se retiraron en silencio. Fuera cual fuese su equivalente del llanto, a eso era a lo que se estaban entregando. A Karvel también le entraron ganas de echarse a llorar. Había hecho renacer sus esperanzas al anunciarles que llevaba combustible, y luego les entregó unas cuantas gotas, que apenas bastarían para separar su vehículo interplanetario del suelo.

Y no se atrevía a ir en busca de más carburante.

\* \* \*

Se aplicaban a sí mismos el apelativo de "los hras", con una *r* que oscilaba increíblemente y una *s* que se disolvía en un siseo prolongado y gorgoteante. Karvel no logró discernir si el nombre se refería a su especie, a su mundo de origen o a su expedición. Incluso podía tratarse de una denominación que expresara determinado parentesco familiar. Todos ellos eran "hras" y cada uno de ellos era un "hras"

La aeronave espacial estaba posada sobre una eminencia de tierra, que emergía en medio del dilatado pantano. Llevar el casco del enorme vehículo hasta colocarlo en aquella franja delgada de terreno firme, después de la avería, representaba una auténtica hazaña, una obra maestra de habilidad y recursos. Un error de escasos metros y tanto la astronave como los hras hubiesen acabado engullidos por el fangoso limo que burbujeaba alrededor de la estrecha isla. Claro que trasladar el pesado **ONI** y su baliza hasta un punto de lanzamiento adecuado también había sido una verdadera proeza de ingeniería.

Desde la astronave, los hras habían construido rutas en dos direcciones, cada una de las cuales recorría más de kilómetro y medio de ciénaga. Eran caminos tendidos sobre el fango y su red de lentas corrientes. Los hras aseguraron los gruesos cables de sus puentes colgantes a las infrecuentes protuberancias de tierra firme y, donde no había piso sólido, anclaron dichos puentes a espaciosos pontones en forma de disco, que se elevaban encima de la ciénaga. A través de las islas de mayor tamaño, en las que crecía una vegetación lujuriosa, abrieron carreteras de doce metros de anchura.

Hicieron sus cálculos con matemática exactitud y no corrieron ninguna clase de riesgo al tomar las medidas oportunas con el **ONI**, su única oportunidad de salir de allí. Transportaron la esfera y su base a bastante distancia del amenazador pantano. Se tomaron el trabajo de recoger todos los restos de combustible que les quedaban y arañaron hasta la última partícula del carburante adherido a sus depósitos. Con eso, procedieron al lanzamiento del **ONI**. Después repararon la astronave y esperaron a que su emisario regresara con el combustible que les permitiría alejarse de aquella pesadilla de vecindad.

Aguardaron.

Y aguardaron.

Por fin, gracias a otro capricho de los instrumentos del **ONI**, Karvel se presentaba allí, casi un año después del envío del mensajero. Y no llegaba más que unas miguitas de alimento para el inmenso estómago de los colosales motores de la

astronave. Karvel se maravilló de que los hras reaccionasen tan estoicamente ante lo que era nada menos que un desastre definitivo e irrevocable.

Karvel disponía de carburante suficiente para conducir el **ONI** hacia el futuro. En dos viajes, eliminando los cilindros de suministros y aprovechando bien el espacio interior del **ONI** para llenarlo de recipientes de combustible, podría acarrear hasta la astronave el carburante imprescindible para que los hras pudiesen llegar al sistema estelar donde ya habían descubierto previamente la existencia de uranio. ¿Qué probabilidades había de que la fuerza X se abatiese sobre otro centro urbano? ¿Una entre mil? ¿Una entre un millón?

Los hras se opusieron enfáticamente a la idea. Por insignificante que fuese el riesgo, no pondrían en peligro ninguna vida más, para salvar la suya.

Karvel se mostró de acuerdo con ellos. Los alaridos de Galdu aún repercutían en sus oídos durante las horas de sueño y no pocos de los momentos en que estaba despierto.

El amanecer del día siguiente sorprendió a Karvel, acurrucado, en silenciosa meditación, sobre la parte superior de la rampa del vehículo espacial. Se apaciguaba el ensordecedor coro nocturno del pantano, pero seguían elevándose en el aire, desde la ciénaga, ruidos de chapoteo y gorgoteo. A medida que la claridad aumentaba, perseguía a los enormes insectos de la noche, que se daban a la fuga, en busca de albergue, y eran sustituidos por otras nubes de bichos voladores, igualmente grotescos. Entre la abundante y lozana vegetación, de relucientes tonos, flores de colores fúlgido abrían sus pétalos al sol.

Jamás le había parecido a Karvel más bienhechora y agradable la llegada del día, ya que acababa de pasar la noche más enojosa de su existencia.

Los hras insistieron en albergarle en su astronave. Karvel alegó en vano que se encontraría más seguro en el **ONI**. Le dijeron que acechaban allí muchos peligros. Muchísimos peligros.

El vehículo espacial no había sido diseñado con vistas al acomodo de los adultos humanos. Karvel tuvo que entrar a la nave encogido sobre sí mismo, con la cabeza agachada, y permanecer así durante todo el tiempo que se encontró en pie. Su aposento particular era una habitación cilíndrica y reducida. El lecho, una ingeniosa variante de la hamaca, había sido pensado para que su ocupante disfrutase en todo momento de la máxima comodidad, al margen de la posición de la astronave. Sus extremos se deslizaban por unas guías, alrededor de la circunferencia del cilindro, y estaba dotado de un completo sistema de suspensión, que protegía al durmiente contra las fuerzas de la aceleración y reducción de la velocidad. Aquel mueble intrigó a Karvel extraordinariamente y se divirtió un poco practicando acrobacias sobre él, intentando saltar afuera y chasquear a la curiosa colchoneta; pero a la

cama le faltaban por lo menos treinta centímetros de superficie para satisfacer el mínimo de las necesidades de Karvel, el cual no pudo pegar un ojo.

La atmósfera del interior de la astronave era espantosa.

Cada vez que respiraba, olores inconcebibles invadían su pituitaria. Penetraban en ella incluso cuando se tapaba la nariz e introducía aire en los pulmones por la boca. Se trataba de una mezcla nauseabunda de empalagosa dulzura y hediondez acre y picante.

Unas cuantas horas de semejante suplicio olfativo convencieron a Karvel de que hasta el húmedo y fétido ambiente de la ciénaga resultaba deliciosamente fresco y vigorizador. Mucho antes del alba, ya andaba Karvel dando vueltas por la astronave, a la busca de algún hras que le indicase la manera de abrir la escotilla. No se tropezó con nadie por lo sombríos pasillos en forma de túnel y comprobó que las puertas tipo diafragma de sus alojamientos estaban cerradas a cal y canto. Por último, logró solventar el enigma de la escotilla por sus propios medios y escapé de allí.

El sol se había remontado bastante por encima del pantano, cuando la escotilla volvió a abrirse. Los hras salieron precipitadamente de la astronave y el primero de ellos estuvo a punto de caer sobre él. Habían descubierto su ausencia y estaban alarmados.

–No... debe... salir... solo –jadeó uno de los hras, adoptando la actitud de un padre que sermonea a su hijo, un rapaz revoltoso.

–Lo único que quería era respirar el aire –repuso Karvel –. Ni siquiera he abandonado la rampa.

–¡Peligros!... ¡Muchos... peligros!

Karvel sonrió, al tiempo que palmeaba su rifle.

–También yo soy bastante peligroso.

Durante el regreso a la astronave, el tedioso avance por la ciénaga de aquellos seres le encontró y le divirtió a partes iguales. Los hras se movían despacio, atentos al más leve estremecimiento de la hoja más pequeña. Sus armas eran las pértigas que ya había observado, garrochas de unos seis metros de longitud, todas ellas coronadas por una breve cruceta. Mientras se deslizaban hacia adelante, las mantenían prestas para entrar en acción. Sólo apretaban el paso al cruzar los puentes, pero antes de aventurarse por ellos, examinaban las perezosas aguas largo rato y, cuando finalmente se decidían, se lanzaban en frenética carrera, a base de grupos de cuatro o cinco. En las carreteras amplías de los islotes, marchaban en fila india y se mantenían siempre en el centro del camin6.



Karvel no había vislumbrado ninguna clase de peligros. Se recordó que la Tierra había producido horrores indecibles en su pretérito y que incluso un peligro relativo podía parecerle aterrador a un forastero desarmado. Comprendía la aprensión de los hras, sin necesidad de sentirse él aprensivo.

–¿Empieza... su... jornada... con... comida? –preguntó uno de los seres interplanetarios.

Habían llegado a dominar el idioma de Karvel con increíble rapidez. Estaba seguro de que se lo sacaron del mismo cerebro. No tenía que hacer más que pensar una palabra que los hras anduviesen buscando, para que inmediatamente la captasen y la pronunciaran. Pero lo hacían con una discreción conmovedora, casi a regañadientes, como si la invasión de la mente de otro ser sólo estuviera justificada por lo apremiante de unas circunstancias amenazadoras y comprometidas. Y como si, incluso en tales casos, debiera llevarse a efecto respetuosamente, con la máxima cautela. Tomaban lo que había en la superficie, sin profundizar; y cuando uno de ellos recogía una palabra, ya no la olvidaba. Ninguno la olvidaba.

Pero todas las voces vibraban con idéntico jadeo metálico y siempre hacían una pausa, después de pronunciar cada palabra. Pese a que Karvel anhelaba conversar con ellos, le imponía un miedo atroz la aburrida prueba de tener que escuchar los fragmentos ampliamente espaciados de sus prolongadas explicaciones.

–¿Quiere... compartir... nuestra... comida? –insistió el hras.

–No, muchas gracias –decliné Karvel.

Tenía apetito, pero la noche anterior probó el gusto de sus alimentos y no le quedaron ganas de repetir la experiencia. El trozo de una delgada oblea se le clavó en la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Después, por mucho que se esforzó en tragarlo, no hubo forma de que lo consiguiera.

Aún disponía de todos sus racionamientos de urgencia, pero estaba firmemente decidido a conservarlos hasta que se presentase un auténtico caso urgente.

–Me gustaría intentar agenciarme la comida por mí mismo –dijo –. ¿Hay peces en estas corrientes?

–Peces... Y.. otras... ¡cosas!

–No sé nada acerca de esas otras cosas. Ni siquiera conozco las cualidades alimenticias de los antepasados de los peces, pero me parece un punto de partida lógico para mis intentos. Necesitaría ciertos útiles.

Un anzuelo, un trozo de bramante y un palo. Le entregaron una de sus pértigas en forma de T, que Karvel estudió meticulosamente. La cruceta había sido

ensamblada y pegada al extremo de la pértiga. La unión era sólida, un buen trabajo. A guisa de sedal, le ofrecieron un alambre sorprendentemente flexible. Cuando les explicó las funciones que debía desarrollar y las características que había de tener, le fabricaron enseguida el anzuelo. Tenía tres veces el tamaño que Karvel deseaba, pero al manifestar la objeción, le replicaron que no creían que fuese lo bastante grande, a pesar de sus palabras.

–Tendré que coger algo para que me sirva de cebo. –declaró Karvel –. A primera hora de la mañana, oí croar a numerosas ranas, así que no resultara difícil.

–¡Son... peligrosas! –resoplaron los hras, a coro y como un mal presagio.

–¿Las ranas? ¿Peligrosas las ranas?

–Otros... bichos...

–Dudo que tales bichos sean inmunes a las balas de rifle –manifestó Karvel en tono ligero.

–Iremos... con... usted.

–No hace falta.

Se empeñaron en convertir la sencilla salida a pescar en una expedición de caza mayor. Unas dos docenas de hras acompañaron a Karvel y el avance del grupo fue tan aburrido como la marcha del día anterior. Cuando el comandante atacó bruscamente a un pequeño lagarto, para utilizarlo como cebo –y evitando por muy poco la mordedura de los perversos dientes del animal –, los hras se apresuraron a constituir un círculo defensivo en torno a Karvel, que mantuvieron hasta que el lagarto dejó de debatirse.

En la primera corriente, se apostó en el extremo del puente, cebó el anzuelo y lo introdujo en el agua. Durante un breve espacio de tiempo, no sucedió nada, pero luego, de pronto, algo dio un tirón del sedal, con tanta violencia que Karvel estuvo a punto de ir a sumergirse en el arroyo. Mientras forcejeaba para aguantar la pieza, por lo menos seis brazos le sostuvieron, a la vez que un par de hras se pusieron junto a él –, para ayudarle con la improvisada caña.

Los dos brazos de Karvel y los ocho que habían acudido en su socorro, apenas fueron suficientes para evitar que la pértiga se le escapara de las manos. Cuando lograron por último sacar la presa a la orilla, el pez tenía la cola arrancada a mordiscos y de la parte inferior del cuerpo faltaban enormes trozos de carne. Lo que quedaba de aquel animal acuático tenía una longitud de más de tres metros, con una cabeza inmensa y sobresalientes mandíbulas, de múltiples dentaduras, que continuaban dando amenazadores mordiscos al aire.

Karvel propinó a aquella cabeza varios estacazos, pero las mandíbulas no dejaron de tirar mordiscos.

–¿Necesita... más? –interrogó un hras.

–No, gracias –repuso Karvel –. Si este bicho es comestible, hay aquí carne para que desayune un regimiento. Y ya le ha hincado el diente una armada completa. No me parece que sea –el lugar adecuado para entregarse al tranquilo deporte de la natación... Ni siquiera para un pez.

–¿Podemos... regresar... ya? –insistió el hras.

Karvel asintió. Estuvo aporreando la pieza pescada hasta que las mandíbulas no lanzaron más dentelladas y luego clavó la T de su pértiga en las descomunales agallas del pez intentó levantarlo para echárselo al hombro.

En aquel momento, un hras emitió un alarido desgarrador.

De la maraña vegetal que flanqueaba el camino surgió una especie de tren expreso, dotado de feroces mandíbulas alargadas. Karvel soltó el pez y acudió al encuentro de aquella bestia, mientras preparaba el rifle. Aumentó de volumen el coro de gritos frenéticos, al tiempo que otros hras se le unían. Antes de que Karvel hubiese podido echarse el rifle a la cara, se encontró frente a la boca más grande que sus ojos habían contemplado jamás. Unos de los vociferantes hras se le adelantó fríamente e introdujo la T de su estaca en aquella boca. Ambos retrocedieron con presteza; Karvel retirando un brazo casi de entre las mandíbulas que se cerraban sobre él... Pero las mandíbulas no llegaron a cerrarse del todo. La boca de la bestia apretó con fiereza los extremos del palo, encajado verticalmente en las fauces, de forma que impedía que se unieran. Soltó un rugido furibundo e intentó romper la garrocha. Karvel recibió un golpe de refilón en la cabeza, que le dejó aturdido. Al mismo tiempo, la aterradora cola salió de entre la vegetación y derribó por el suelo a una docena de hras. Uno de ellos resbaló por la orilla del pantano y se agarró desesperadamente a las enredaderas. En el preciso instante en que éstas se quebraban, otro hras tiró de él y le puso a salvo.

Karvel saltó por encima de la cola, que descargaba ya otro latigazo, y alojó seis proyectiles del rifle en la cabeza de la bestia. No dio señales de acusarlos. Las mandíbulas continuaban apretando la pértiga, mientras el terrible animal se deslizaba por la ribera y se metía en el agua. Segundos después, la partida estaca flotaba en la superficie.

–Eso –articuló Karvel, bastante asustado –es lo que yo llamaría un cocodrilo. Lo menos tenía doce metros de largo. Confío en que no haya muchos hermanitos suyos por los alrededores.

Los hras estaban estremecidos y temblorosos.

–¿Volvemos... ya? –imploró uno de ellos, con un trémolo patético en su voz jadeante.

Karvel no contestó enseguida. La criatura más extraña que había visto en su vida apareció por una curva del arroyo, anadeando despacio. Su cuerpo casi estaba sumergido por entero y su largo cuello serpenteante se hundía a intervalos en las aguas, para volver a salir con un pez entre los dientes.

El comandante había aceptado su encuentro con el cocodrilo sin sobresaltarse demasiado, pero aquel bicho le enervó de manera total. Incuestionablemente, se trataba de un dinosaurio anfibio y representaba para Karvel la primera pista acerca de la enorme distancia que había recorrido hacia el futuro y hacia al pasado.

–Regresemos a la astronave –determinó, y, de nuevo, trató de echarse el pez al hombro.

Dos hras le ayudaron a llevarlo. Caminó con precauciones y manteniéndose siempre en el centro del camino, tal como hacían los seres extrahumanos que le acompañaban.

Karvel limpió su pez, lo sazonó convenientemente y lo estuvo asando durante el resto de la mañana, en una gran fogata, que consumió la mayor parte de la leña que los hras habían acumulado en el curso de su fabricación de pértigas. El resultado de sus operaciones culinarias fue una carne escamosa, delicada y tierna. Cortésmente, los hras rechazaron su invitación, cuando les ofreció compartir el producto de sus esfuerzos pesqueros. Hasta que hubo llenado el estómago y envuelto las sobras en hojas de arbustos, con la esperanza de que se conservarían mejor y más tiempo, diez de aquellos seres permanecieron montando guardia entre Karvel y el pantano, con los palos alertas. El comandante dudaba que aquella medida fuese necesaria, pero como quiera que los hras no se cansaban de repetir lo de "¡Muchos... peligros!", desistió de ponerse a discutir con ellos.

El portavoz de la jornada anterior, el hras Drawa, se acercó a Karvel en la rampa, cuando éste hubo terminado su piscolabis. Karvel empezaba ya a distinguir sutiles diferencias entre los hras; diferencias individuales de color, estatura y, en algunos casos, incluso en hábitos. El hras Drawa, por ejemplo, tenía dos lunares en la franja respiratoria y una curiosa costumbre de entrecruzar las cuatro extremidades superiores.

–¿Han sufrido muchas bajas? –preguntó Karvel.

–Muchas. Este es un mundo horrible.

–Deben haber encontrado varios mundos horribles en su periplo. ¿Por qué no van armados?

–Perdimos nuestras armas en la explosión.

–Podría enseñarles el modo de fabricarse algunas, pero lo que desean, en realidad, es volver a su cuerpo celeste natal, por lo que supongo que no necesitan ninguna clase de armamento.

El hras Drawa jadeó suavemente, pero no dijo nada.

–¿Podrían elaborar su propio combustible si tuvieran uranio?

–Sí. Estamos completamente equipados para ello, ya que 110 nos era posible cargar en la astronave la suficiente reserva para el viaje que pretendíamos realizar.

–Uranio –musitó Karvel –. Un mineral mezclado con otros. ¿Han probado a encontrarlo?

–Sí, lo intentamos. En un radio de dos jornadas de marcha, no hay ni rastro de ese metal. Los peligros son innumerables, este mundo es imposiblemente extenso para recorrerlo a pie y en ninguna parte encontramos señales de que hubiese uranio. Las probabilidades de éxito nos parecieron tan remotas que desistimos de continuar explorando.

–Si dispusieran de alguna especie de máquina voladora

–La teníamos. –El hras Drawa dejó escapar un prolongado suspiro –. Un aparato especial para localizar uranio. La explosión lo destruyó también. Utilizamos las piezas que quedaron en algunas reparaciones de la astronave.

–Comprendo.

–Todo lo que había en esa parte del vehículo espacial resultó destruido, salvo el O. N. J., al que es muy difícil de dañar.

–Reserva de combustible, arsenal, aviación... todo lo que necesitaban para sobrevivir se volatilizó con la explosión. Cuando vuelvan a casa, deberán presentar un informe, solicitando que se diseñe de nuevo todo el equipo de la astronave.

–Una cosa así no nos había ocurrido nunca.

Karvel asintió, entre compadecido y afectuoso. Si aquellas criaturas poseedoras de una inteligencia tan desarrollada como para construir un **ONI**, se consideraban incapaces de resolver el problema, era casi una tontería que Bowden Karvel se molestara en intentarlo. Cambió de tema.

–Hay una cosa que deseaba preguntarle, respecto al **ONI** ¿En qué posición estaban los instrumentos cuando enviaron al emisario?

–El mando se encontraba en el último punto del cuadro... al máximo. Ignorábamos cuánto tiempo tendría que transcurrir para que en este planeta se desarrollara una forma de vida inteligente.

–Al máximo... –repitió Karvel. Respiró hondo y silabeó, despacio –: Eso significa que llegó todo lo lejos que pudo, hasta que el carburante se le agotó. Así que cayó en mi época con los instrumentos en posición.

–También quitamos un mando –le interrumpió el hras Drawa –. Se trata de un... *limitador*. Es un aparato que evita que el **ONI** se aleje demasiado del punto de partida y luego no pueda regresar por falta de combustible. Cuando se ha consumido la mitad del carburante, obliga a la esfera a detenerse o a volver.

–Eso explica lo del orificio vacío en el cuadro de mandos, pero no sirve de ayuda en lo que se refiere a la paradoja temporal. Si el **ONI** llegó con los instrumentos colocados en la posición de "al máximo", los franceses no hubieran tenido posibilidad de saber la distancia a la que remitirle, futuro adelante, de no haber vuelto el **ONI** precisamente del futuro.

–El **ONI** no llegó con sus instrumentos en la posición de "al máximo". Tiene... ¿cómo lo llamarían ustedes? ¿Un mecanismo de relojería? ¿Un aparato automático? Si el avance se interrumpe por algún motivo –el agotamiento del combustible, en este caso –, los instrumentos adoptan la posición adecuada para señalar la distancia recorrida por el **ONI**.

–¡Ah!

–¿Ajusta eso su paradoja?

–No, pero la presenta de un modo menos drástico. También me he estado preguntando qué hubiera pasado si la esfera hubiese caído en el océano.

–No puede caer en el océano. Sólo está facultada para.

posarse en tierra firme... nada más que en tierra firme. Se trata de un ingenio nuevo y, por desgracia, su inventor falleció en el pantano, a poco de nuestra llegada aquí. Lo habíamos empleado en otros mundos, cubriendo trayectos mucho más cortos e, incluso en tales ocasiones, el tripulante realizaba los viajes a base de etapas reducidas. Se dedicaban a estudiar la evolución y el último de los enigmas: el origen de la vida. No sabíamos nada acerca de la presión y de la fuerza X, porque tales cosas pasan inadvertidas cuando el **ONI** recorre distancias breves.

–Eso significa, pues, que su enviado no hubiese muerto y que no habría habido la fuerza X, si el viaje se hubiera efectuado mediante una serie de saltos cronológicos de escasa duración. ¿Por qué no lo hicieron así?

–No nos sobraba el combustible. Se necesita mucho más carburante para arrancar, se gastan cantidades mucho mayores al principio, antes de que el vehículo adquiere la velocidad de crucero normal. Habríamos necesitado un suministro extraordinario de combustible para llegar a su época a base de etapas

–¿Mucho mayor que el que yo he traído?

–Extraordinariamente mayor –jadeé el hras Drawa con firmeza.

–Comprendo. Lo que nos vuelve a colocar frente a la cuestión importante: ¿Dónde puede haber uranio?

–Desde nuestra llegada, no hemos dejado de pensar en eso –declaró el hras Drawa –. Este es su mundo. ¿No sabe dónde se descubrieron yacimientos de uranio?

–Tengo una idea general, acerca del punto donde se hallan situados los depósitos principales. Mejor dicho, sé dónde estarán dentro de cien millones de años o cosa así. Ni siquiera sé cómo localizarlos en esta época, porque ignoro cuándo y dónde estamos. Todavía no existen, probablemente, las señales que me harían falta para orientarme. ¿Cómo voy a buscar depósitos de uranio en montañas que aún no se han formado? Aunque tropezase con uno de tales yacimientos –y eso puede representar un viaje de centenares y hasta miles de kilómetros –, el uranio podría hallarse enterrado a millares de metros, inaccesible para nosotros hasta que varios millones de años de erosión lo pusieran al descubierto. Incluso, es posible que se encuentre en el fondo de los actuales océanos. No poseo suficientes conocimientos de geología para saber si los depósitos de uranio de mi época existían en ésta.

–No habíamos pensado en esos problemas.

–Creo que sería una necedad pretender descubrir los depósitos de mi época.

–Estoy de acuerdo. –La pausa siguiente se prolongó más de lo habitual –. Era nuestra última esperanza. Debemos quedarnos aquí para siempre.

–No es obligatorio –repuso Karvel –. ¿No disponen de instrumentos para detectar la presencia de depósitos de óxido de uranio? ¿Algo como un contador Geiger?

–Detectores de uranio. Sí.

—Entonces, ¿por qué no utilizarlos? Dos jornadas no representan una gran exploración. Hay que extender la búsqueda a una semana, a un mes, a un año, incluso. ¿Qué cosas importantes tienen que hacer, salvo quedarse cruzados de brazos, sentaditos, a la espera de vivir el tiempo suficiente como para fallecer de ancianos.

—No se hace cargo totalmente de las dificultades que existen.

—Tal vez no —confesé Karvel—. Pero comprendo el problema. En realidad, no puede decirse que hayan intentado encontrar uranio de veras. Se han dedicado a aguardar que acudiese a ustedes... A confiar en que el **ONI** se lo trajese. Ahora saben que no va a traérselo, pero le han encontrado gusto a la postura y se conforman con seguir esperando. No tiene lógica.

—¿Qué sugiere usted?

—¿No lo expresé ya con suficiente claridad?

—¿Nos acompañaría si emprendiésemos una expedición de esa clase?

—¿Yo? —exclamó Karvel—. Si tuviese que buscar uranio no sabría como empezar. ¿No tienen geólogos? ¿No cuentan con mineralogistas?

—No —reconoció el hras Drawa—. Venían con nosotros, pero todos murieron... mientras buscaban uranio.

Parecía una coyuntura excelente para cambiar de tema de conversación otra vez y Karvel experimenté un intenso alivio cuando el hras Drawa lo hizo así.

—¿No se siente a gusto entre nosotros?

—No —se sinceró Karvel—. Prefiero vivir en la ciénaga.

—Hay seguridad en la astronave.

—Dentro sí. Pero tendría que salir cada dos por tres, en busca de alimentos, y el pantano cuenta con muchos lugares pintiparados para tender celadas. Además, su nave espacial no resulta muy cómoda para mí.

—Seguramente, el **ONI** le resultará todavía más incómodo.

—Mi intención estriba en dormir allí y nada más —explicó Karvel—. Cuando estoy despierto, puedo cuidarme de mí mismo. Construiré una cabaña con todos esos árboles derribados y levantaré una especie de empalizada a su alrededor. En el caso de que no consiga pararle los pies a cualquier dinosaurio y éste venza tales obstáculos, me refugiaré en el **ONI**. Es posible que no sea absolutamente seguro, pero la seguridad perfecta no existe en ninguna parte.



¿Su decisión es irrevocable? –preguntó el hras Drawa cortésmente.

–Lo es. Les agradecería me prestasen herramientas, si tienen.

–Cuenta con nuestra asistencia para la edificación de esa cabaña. Puede que tengamos tiempo para acabar hoy mismo de construirla.

Los hras levantaron la cabaña. Eran asombrosamente fuertes y sus herramientas produjeron resultados fenomenales. Una vez les dio una idea general de lo que deseaba, Karvel tuvo poco que hacer, aparte de quitarse de en medio, para no estorbarlos.

Construyeron la casa alrededor del **ONI** y después redujeron su espacio vital con una compleja red de anclajes. Encajaron los troncos con diestra precisión y los recubrieron con una substancia adhesiva y transparente que, en cuestión de horas, se puso tan dura como la piedra. Cuando dieron por terminada su tarea, Karvel tenía una vivienda, no sólo a prueba de toda clase de elementos atmosféricos desencadenados, sino también a prueba de bombas. había pedido que le colocasen troneras en las paredes, en vez de ventanas y la única dificultad que surgió de la obra constituía la puerta de la cabaña porque los hras la hicieron en forma de círculo y cuando Karvel se percató de ello, ya era demasiado tarde. Le llevó una hora pensar un modo de arreglárselas con aquella abertura redonda y, entretanto, los hras instalaron una de las puertas tipo diafragma que tenían en la astronave.

No había suficientes troncos para levantar una empalizada

completa. Karvel sugirió que se colocara una cerca defensiva y los hras transportaron grandes brazadas de ramas de arbustos, de la misma madera con que habían hecho sus pértigas, y circundaron la cabaña con una circunferencia de estacas, cuyas puntas afiladas pusieron inclinadas hacia el exterior. Karvel tuvo el convencimiento de que hasta los tiranosaurios, en el caso de que hubiese alguno por las cercanías, se lo pensarían tres o cuatro veces. antes de lanzarse a franquear aquel obstáculo.

–A nosotros no se nos hubiera ocurrido construir semejante fortaleza –reconoció el hras Drawa –. Convenimos en que estará usted aquí tan a salvo como nosotros en la astronave, siempre y cuando no salga del recinto defensivo y permanezca alerta. Le advierto que no todos los peligros que infestan el lugar tienen gran tamaño.

–Estoy seguro de que me encontraré bastante a salvo, mientras dure el agua – dijo Karvel.

Era evidente que la región estaba sufriendo una temporada de sequía pertinaz. el arroyo que circulaba al pie de la colina era una estrecha cinta de agua, que se deslizaba entre amplias riberas.

Al atardecer, cuando el sol se aproximaba al ocaso, los hras se apresuraron a retirarse, no sin prometer visitar a Karvel al día siguiente. Karvel no pudo reprocharles el que tuvieran tanta prisa por regresar a la astronave y verse en ella antes de que oscureciese. Permaneció observándolos, hasta que la larga fila alcanzó el pantano; entonces se sentó encima de un tronco, delante de su puerta circular, y contempló la lejana y lisa superficie del mar.

Se dijo, sardónicamente, que aquel era el primer hogar estable que había tenido en su vida. Su cerebro se recreó, se demoró sobre la palabra *estable*. Era un naufrago, estaba abandonado allí de un modo tan inapelable como los hras, pero eso no le deprimía lo más mínimo. hubiera entonado fervorosos himnos de júbilo, de haber sabido algunos, ya que su misión estaba cumplida. Sólo existía un **ONI** y ya había realizado su último viaje.

El comandante Bowden Karvel no tenía preocupaciones ni responsabilidades, y, en tanto se mantuviera a distancia del pantano, disfrutaría de su residencia de descanso, en un mundo primitivo y tranquilo.

Un mundo sin montañas.

Se descalzó el pie de cuatro dedos, aparté el mocasín y se froté inútilmente el punto donde faltaba el quinto dedo.

"¿Cómo diablos *iban a arreglárselas* para encontrar uranio? , se preguntó.

\* \* \*

### 3

Emprendieron la marcha tres días después. Los seres interplanetarios perdidos, extrahumanos desplazados en el espacio, y el errante humano de la Tierra, vagabundo del tiempo, unieron sus fuerzas para intentar lo que todos y cada uno de ellos sabía que era imposible de conseguir.

Cuanto más pensaba Karvel en aquella expedición, más estúpida le parecía. Los hras estaban persuadidos de que no existía probabilidad alguna de éxito, y no se recataron de expresarlo así.

No obstante, la expedición partió. Era una de las dos únicas alternativas que se les ofrecían a los hras. Podían buscar, y seguir buscando: o abstenerse de hacerlo y resignarse a permanecer donde estaban. Se inclinaron por lo primero.

Toda la compañía en pleno acudió hasta el borde de la ciénaga, para despedir a los expedicionarios. Deseosos de evitar una orgía de adioses y demás, Karvel agitó la mano, en saludo de despedida al hras Drawa, y se alejó con paso firme, seguro y uniforme. Hasta que no hubieron coronado la primera colina, no se apartó a un lado para inspeccionar a los hras que le seguían.

Eran veinte.

Karvel soltó un taco. Había dicho que seis; el hras Drawa deseaba que fueran todos los miembros aislados allí. Karvel se opuso en redondo y se negó también a llevar consigo al hras Drawa. Alegó que cualquiera cuya pericia y conocimientos fuesen esenciales para gobernar la astronave o para producir combustible, debía quedarse en lugar seguro y aguardar. ¿De qué serviría que aquella azarosa salida tuviese éxito y localizara mineral de uranio, si en la empresa se perdía el único hras enterado de lo que procedía hacer con el metal? ¿Y para qué producir combustible si no quedaba un solo superviviente que pudiese navegar en el vehículo espacial?

El hras Drawa acabó por darse por vencido; pero dijo que seis era un número desesperadamente pequeño.

—Que vengan los menos posible, pues —dijo Karvel.

E iban veinte. Pasaron por delante de Karvel en fila india, caminando pesadamente, erectas las pértigas rematadas por la pieza en forma de T, con extraños instrumentos y herramientas bajo los brazos. Si se sentían orgullosos por haber sido seleccionados cuidadosamente para participar en aquella expedición, no lo daban a entender en absoluto. La procesión parecía algo tan tétrico como el desfile de un entierro nocturno.

Karvel había dejado al criterio de hras Drawa la selección de los expedicionarios. Sólo pidió que se les equipase adecuadamente y que sobrepasaran el término medio en cuanto a destreza con la pértiga.

*Equipo adecuado.* El rugido de indignación que soltó Karvel les hizo detenerse en seco.

—¿Dónde están sus víveres y municiones? —preguntó—. La comida y el agua, ¿dónde la llevan?

El hras que cerraba la marcha jadeó en tono cortés.

—No nos hace falta.

–Claro que sí. Vamos a estar ausentes muchos días. ¡No pueden subsistir indefinidamente sin alimentos y sin agua!

Aunque quizá sí que podían. Tal vez, como los camellos, tenían el estómago de reserva lleno de líquido, y sus cuerpos en forma de barril ocultaban succulentas existencias de artículos nutritivos.

Sin embargo, titubeaba, se resistía a aceptar la milagrosa solución a un problema tan peliagudo. Hasta un camello tendría que disponer de agua y comida, tarde o temprano.

Se encogió de hombros y avanzó hasta colocarse de nuevo a la cabeza de la columna. La expedición estaba ya adoptando la forma de una pesadilla, y las pesadillas, según se confesó sombríamente, debían ser para las horas de sueño, no para los momentos en que uno marcha acompañado por veinte seres extraterrestres.

–¿Dónde está el selector de ruta? –preguntó.

Su lugarteniente, el hras –Klaa, o Klaaa, porque el nombre terminaba en un gargarismo de duración indeterminada –, se adelantó unos pasos, saludó y le tendió el instrumento. El saludo sorprendió tanto a Karvel que el aparato estuvo a punto de caérsele de la mano.

–¿De dónde sacó esa idea? –quiso saber.

El hras se puso firmes, pero no contestó.

Karvel examinó el selector de ruta. Sus complicados símbolos constituían una vaga reminiscencia de los que había en los instrumentos del **ONI**, pero el manejo del aparatito resultaba absurdamente sencillo. Una línea de luz roja se ampliaba en la dirección de la base, de la astronave, en aquel caso. La exactitud disminuía con la distancia, según le advirtió el hras Drawa, pero el ser extrahumano no creía que se alejasen lo bastante como para que eso les crease preocupaciones. A Karvel no dejó de resultarle consolador aquella seguridad de que no le costaría ningún trabajo encontrar el camino de regreso. Ya tenía encima bastantes incertidumbres, sin verse obligado a la inquietud de un posible extravío.

Seleccioné una ruta, eligió unos cuantos rasgos prominentes del terreno para el mapa que pretendía esbozar en su libreta de notas durante el recorrido y dijo:

–Adelante.

A mediodía, marchaban abriéndose camino a través de un bosque de helechos gigantes. La capa del suelo estuvo tiempo atrás sumergida bajo el agua, pero el barro del piso del bosque se había endurecido ya lo suficiente como para no

conservar ni el recuerdo de su humedad anterior. Se distinguía el cauce de un arroyo, y los helechos también se estaban muriendo como consecuencia de la falta de agua.

Pero el follaje era impresionante. Los hras agitaron sus pértigas en un frenético golpear de las enormes frondas. Karvel protestó a gritos, cuando una estaca de aquellas le pasó rozando la cabeza y otra le sacudió en la espalda.

–El estruendo atraerá a todos los animales carnívoros que se encuentren en varios kilómetros a la redonda –avisé a los hras.

Pero continuaron con su aterradora batida, hasta que, por último, dejaron el bosque –a su espalda y salieron a terreno descubierto. A medida que surgían de la espesura, Karvel los fue contando. Dos de los hras se dejaron caer a sus pies, sentándose en el suelo, en postura canina.

¿Qué es lo que ocurre? –inquirió Karvel. El hras Klaa le dirigió el inevitable saludo.

Se trata del calor.

¿El calor? –repitió Karvel, un tanto confundido. El día era cálido, pero no insoportablemente caluroso. La ropa del comandante estaba empapada de sudor; y sin embargo, ello se debía al peso de su mochila y al ejercicio de esquivar las pértigas. Los hras no sudaban, y si se sentían afectados negativamente por la temperatura de un día como aquel, eso no podía significar más que una cosa.

–Deben de estar acostumbrados a un clima más fresco –comentó Karvel.

–Mucho más fresco –convino el hras Klaa.

–Así que por eso no llevan ropa. No cabe duda de que en algún punto de este planeta, el ambiente es más frío, pero no es probable que lleguemos a encontrarlo yendo a pie. Toda la vida vegetal que he visto pertenece a especies subtropicales.

Los hras se congregaron en torno a sus compañeros indispuestos y Karvel, tras una mirada aprensiva a los helechos, preguntó:

–¿No podemos apartarlos de aquí?

Impulsivamente, les echó por encima un chorro de agua de su cantimplora. Parte del líquido se filtró por las bandas respiratorias y los hras se incorporaron con presteza, farfullando indignados. Los otros empezaron a jadear, molestos y sorprendidos.

–Que ocurre –se extrañó Karvel –. ¿No lo intentaron antes?

No lo habían intentado

–El agua es algo estupendo. Ya les dije que llevasen un poco.

Durante un trecho, Karvel caminó junto a las víctimas del calor, que al parecer, se habían recobrado ya. Pese a todo, el incidente le pareció a Karvel bastante ominoso. Se veía a sí mismo frente a una crisis, con la mitad de la compañía postrada.

Mientras avanzaba la tarde, los hras fueron perdiendo viveza de movimientos a ojos vista. Su ritmo de marcha, que Karvel había acelerado al principio, bajó tanto que casi avanzaban arrastrando las extremidades inferiores. Karvel comprendió que aquellas criaturas eran capaces de realizar súbitos arranques de rapidez y actividad, pero, evidentemente, el esfuerzo sostenido durante un período de tiempo algo prolongado era superior a sus condiciones físicas.

"Tal vez lo que necesiten sea una siestecita", se dijo Karvel, esperanzado.

Desvió la columna hacia un bosquecillo de árboles de extraño aspecto, erguidos junto a la ribera de un riachuelo. Los árboles eran achaparrados y robustos, de troncos acorazados y hojas como las de las palmeras, pero pequeñas, que colgaban en racimos, partiendo de largos tallos. Apenas proporcionaban sombra y la corriente de agua no pasaba de ser un hilillo calmoso, pero se trataba del único oasis que ofrecía el yermo paraje.

Karvel acomodó a los hras bajo los árboles y, mientras descansaban, llenó la cantimplora. Luego cogió el detector de uranio y anduvo en círculo, con él en la mano. Era un pesado globo de cristal, de color lechoso y tamaño no mucho mayor que el de una pelota de golf. Su misión estribaba en ponerse a relucir ante la presencia del uranio. "Brillará como el sol", había dicho el hras Drawa. Uno de los extrahumanos no le quitaba el ojo a la bolita, mientras se hallaban en ruta.

La verdad era que Karvel no esperaba descubrir un ramo en aquella pradera ondulante y requemada; pero tenía la certeza de que, si daba con él, sería de manera inesperada. Que supiese, aquella llanura de la Edad de los Reptiles podía ser en el siglo XX un conjunto de montañas con las interioridades cuajadas de yacimientos de uranio.

Pero el globo no centelleó –ni siquiera reflejaba el sol caluroso de la tarde –y Karvel acabó de dar la vuelta completa y, en silencio, devolvió la bola a su custodio el hras Hrul.

Reanudaron la marcha tras una hora de descanso; con cierto entusiasmo y bastante energía, que no tardaron en convertirse de nuevo en paso cansino. Un espeso pinar apareció ante su vista por el oeste, enviando avanzadillas de coníferas

hacia los valles. Precavidamente; Karvel dio amplios rodeos para evitar acercarse a las arboledas. Sin embargo, los hras parecían sentirse irresistiblemente atraídos por los bosques. No cesaban de desviarse en su dirección, aprovechando los momentos en que Karvel no encabezaba la marcha y, en varias ocasiones, el comandante tuvo que llegarse corriendo a la vanguardia de la columna, para corregir el rumbo.

Había vida por doquier. Lo maravillosamente extraño se fundía y se mezclaba con lo inopinadamente familiar. Pájaros de largo pico, con los bordes en forma de sierra, revoloteaban por encima de los árboles; nubes de insectos exploraban los brotes florales de la vegetación de hojas densas que crujía bajo los pies; y una infinita variedad de criaturas escurridizas y reptilesas huían ante la comitiva u observaban la línea de seres caminantes desde atalayas lejanas.

Karvel vislumbró dinosaurios dos veces: un cuello larguísimo que, asomé arqueado, brevemente por encima de una elevación de terreno; varios ejemplares de una especie zoológica parecida a la de los avestruces, ejemplares que trotaban por la cima de un otero lejano. Hasta entonces, no había divisado nada que pudiera considerar peligroso, nada que no se apresurase a eludir tímidamente el encuentro con ellos. No obstante, cualquier rumor, cualquier asomo de movimiento, sacaban a relucir el temor anidado dentro de los hras.

De mala gana, Karvel empezó a buscar un sitio adecuado para la acampada.

Lanzó una pregunta por encima del hombro:

—¿Dónde prefieren pernoctar: alrededor de una fogata, en descampado, o en el bosque?

El hras Hrul, que iba inmediatamente detrás de él, casi no le dejó terminar la pregunta.

—En el bosque —repuso, con el saludo de rigor.

Karvel tenía sus incertidumbres. El instinto le decía que el fuego asustaría a los reptiles, pero la razón no estaba tan segura de ello. Tendría que comprobarlo antes de arriesgarse.

Puso rumbo al bosque.

—Elijan el lugar que más les guste, pues —dijo.

Le siguieron con presteza y, de pronto, se lanzaron a una carrera torpona y temerosa. Cuando Karvel les alcanzó, ya habían puesto manos a la obra en la orilla del bosque. Inclínaban hacia el suelo una serie de arbolitos jóvenes, entre los que

colocaban después las pértigas de crucetas, levantando una barricada que, en principio, presentaba formidable aspecto.

Pero Karvel la contempló con expresión de escepticismo. Aquella barrera no impediría el paso a ningún animal de cuerpo macizo que se empeñase en atravesarla, como tampoco serviría de nada ante cualquier bicho lo bastante ágil como para franquearla de un salto. Dejó caer su mochila. esbozó una sonrisa y dijo:

–Continúen.

Efectuó otro circuito meticuloso con el detector de uranio y, como la suerte le fue propicia, se garantizó al mismo tiempo la cena. Se trataba de un pequeño saurio, de piel llamativa y afilados dientes, y Karvel lamentó su acción nada más haberlo matado. Nunca había visto una criatura de apariencia más repugnante.

–Aunque es probable que tenga que comer cosas mucho peores, antes de que este asunto haya concluido –murmuró para sus adentros. mientras recogía la pieza cobrada y regresaba hacia el bosque.

Los hras habían terminado de construir su barricada, un círculo que tendría cinco metros de diámetro y que recordaba vagamente un nido de grandes proporciones. La única ventaja que presentaba, en opinión de Karvel, era la de que ningún bicho penetraría en el interior del recinto sin despertar a todo el campamento.

–No apostaremos centinelas hasta que anochezca –dijo –, ¿Alguno de ustedes quiera acompañarme en la degustación de este lagarto?

Nadie manifestó interés en ello. Karvel recogió unas cuantas ramas secas y, en la linde de la arboleda, chisporroteó pronto una pequeña hoguera. Se relajó a la decreciente luz del crepúsculo y observó la carne del lagarto, que se asaba, despidiendo siseos. Cuando olvidó su procedencia y su aspecto inicial, el olor llegó a parecerle casi apetitoso. Y el sabor resultó bastante más exquisito de lo que se había atrevido a esperar, aunque no tan succulento como hubiera deseado su paladar.

Había oscurecido cuando terminó de cenar. Bebió agua a discreción y apagó la lumbre.

–¡Ha sonado la hora de apostar centinelas! –avisó.

No hubo respuesta. Franqueó la barricada y, una vez dentro, se encontró a todos los hras en el suelo, en posturas semejantes a las que adoptan los perros para dormir, formando un círculo cerrado y con sus ridículos apuntes de alas extendidos protectoramente. Todos ellos se habían entregado al sueño.



Les gritó, les agujoneó, les sacudió y trató por todos los medios de despertarlos y obligarlos a ponerse en pie. Continuaron inertes entre sus manos, mientras las circulares bandas respiratorias emitían un tenue siseo sibilante, continuo y regular. Por último, se dio por vencido, desistió y se sentó entre las negruras de la noche, con el rifle cruzado encima de las rodillas y estremeciéndose cada vez que llegaban a sus oídos los espantosos rumores que se producían entre los árboles y sus enramadas.

La escasa duración del impulso físico de los hras constituía una molestia tolerable hasta cierto punto, pero aquello era una pura catástrofe. Tan profundo, tan hipnótico era aquel sueño, que cualquier carnívoro hambriento podría servirse uno o varios filetes de hras sin que los otros se enterasen de nada. Los otros serían los supervivientes, los que quedarán para despertarse por la mañana y ver la carnicería.

A Karvel no le extrañó que hubiesen limitado sus anteriores salidas exploratorias a un par de jornadas de marcha, ni que les atrajese de tal modo el bosque, al aproximarse la noche. Hasta los mamíferos carnívoros de menor entidad representaban una terrible amenaza, habida cuenta de la total impotencia en que se quedaban los hras, una vez dormidos. Unos cuantos bichos pequeños podrían diezmar a la partida... un grupo de lagartos con dientes afilados, por ejemplo, como el que había cazado el propio Karvel aquella tarde.

Se puso en pie de un brinco, alarmado, y paseó el haz de luz de su linterna sobre los inconscientes hras. La claridad atrajo instantáneamente a un enjambre de gigantescos insectos nocturnos, así que apagó la linterna y volvió a sentarse, hosco y enfurruñado.

Había que montar guardia en el campamento durante la noche y saltaba a la vista que los hras no podían hacerlo. Si Karvel se mantenía desvelado a lo largo de las horas nocturnas, no le iba a quedar más remedio que dormir lo que pudiese durante el día, y el más breve rato de sueño representaría una sensible disminución de su tiempo de marcha. La expedición duraría más de lo que supuso.

Y no les era posible avanzar más aprisa.

Llegaron al río en el curso de la tercera jornada. Una ancha corriente de agua perezosa y salada, que se deslizaba entre vastas barras fangosas, señaladas por las huellas y rastros de gigantescos animales de largas colas. También aquel río se desecaba.

Vamos a renovar nuestra amistad con los cocodrilos, sus viejos compañeros – comentó Karvel, hosco.

Contemplaron la superficie de la corriente durante largo rato. pero no distinguieron ningún síntoma de vida subacuática, nada hizo ondular la parte superior de las aguas. Por suerte, las infecundas riberas no ofrecían escondrijo alguno para una posible emboscada. Por desgracia, ni la yerma planicie ni las áridas orillas proporcionaban medios para atravesar el río.

Bordearon el cauce a lo largo de varios kilómetros. El río se ensanchaba. la llanura circundante seguía estéril. Karvel estaba a punto de dar media vuelta, cuando divisaron un enorme roble detenido sobre un banco de arena. Los hras empuñaron sus herramientas y emprendieron la tarea, sin dejar de dirigir miradas temerosas al agua. Bajo la dirección de Karvel, desbastaron el tronco, le aplicaron pescantes de banda para evitar que girase sobre sí mismo y colocaron barandillas de seguridad en ambos costados. A bordo de la improvisada embarcación, remaron y cruzaron el río sin incidentes y, una vez todos a salvo en la orilla opuesta, Karvel convocó una conferencia.

–Esta región parece desecarse de manera continua –dijo –. Eso me hace pensar que estamos avanzando en línea recta hacia un desierto. ¿Cuánto tiempo transcurrirá antes de que necesiten agua?

–Pronto nos hará falta ese líquido –reconoció el hras Klaa.

–Vale más que beban ahora. Es posible que tardemos mucho en disponer de otra oportunidad como esta.

Sucedió un silencio embarazoso.

–No podemos beber... sin contar con unas condiciones especiales –confesó el hras Klaa por último.

–¿Por qué no me lo dijeron antes de emprender la marcha? –preguntó Karvel.

–No creíamos que la ausencia fuese a durar tanto.

Karvel se los quedó mirando con aire incrédulo. Si caminaban hasta el límite de su resistencia sin intentar siquiera conseguir agua y comida, ¿cómo esperaban volver?

–¿Qué clase de condiciones especiales necesitan?

–No bebemos como usted.

–Eso salta a la vista. ¿Que les hace falta?

Le costó algún trabajo describirlo, pero. al final. Karvel pudo discernir que lo que de veras necesitaban era... una bañera.

–Tonterías –manifestó, al tiempo que les mostraba el río con un ademán –. Ahí tienen una gran bañera, con agua de sobras. ¡Mójense hasta quedar como esponjas!

–No es nada segura –repuso el hras Klaa, con un visible escalofrío.

–El agua es demasiado fangosa –protestó el hras Durr.

–Puede que no les quede más alternativa que la de aguantarse con la suciedad de ese líquido, aunque estoy dispuesto a convenir en que acaso el río no ofrezca garantías de seguridad. ¿No necesitan alimentos? Pasaremos aquí el resto de la jornada. ¿Tienen alguna herramienta para excavar?

Las membranas que remataban las extremidades de los hras se constituyeron en fuertes palas y, después de romper la capa de barro seco que cubría los llanos de la ribera, Karvel los puso a la tarea de excavar. Había gravilla debajo del barro seco y, a medida que profundizaban, el nivel del agua del río hizo que el líquido se filtrara por los agujeros.

–Ahí tienen –dijo Karvel –. Pueden disponer de cuantas bañeras deseen, en tanto les queden ganas de excavar. ¿Están capacitados para alimentarse a base de peces?

Dijeron que no era un plato que prefiriesen, pero que si la necesidad les obligaba... Aunque era mejor que no los asara, que no los pusiera al fuego.

Cavaron hoyos profundos, dentro de los cuales casi se sumergieron del todo, asomándose de vez en cuando, no muy a menudo, para respirar y despedir gotitas de agua. Karvel permaneció en un extremo de la embarcación de fabricación casera y pescó algunos peces pequeños, de cuarenta o cincuenta centímetros de longitud. Los limpió y les quitó las espinas. Los hras masticaron aquella carne con sus fuertes membranas, hasta reducirlas a pulpa seca. Luego la comprimían, transformándola en una especie de tortas delgadas, y ante los ojos incrédulos de Karvel, introducían dichas tortas en una bolsa de su cuerpo, cuya existencia ni por asomo había sospechado. Sólo después de haber contemplado la operación varias veces, se le ocurrió que tales bolsas eran la boca de los hras. Se extendían completamente en torno a la parte inferior del cuerpo y capacitaban a los hras para, con un solo bocado, almacenar allí víveres que les durarían una semana.

La curiosidad se acentuó en su ánimo lo suficiente como para que se arriesgase a correr el peligro de ofenderlos con sus preguntas, pero a los hras no pareció importarles. Se enteró de que no poseían sentido del gusto, tal como él lo entendía.

Tampoco contaban con medios, ni les hacían falta, para masticar la comida. Dé hecho, la masticaban con las manos y la colocaban directamente en el estómago.

Cuando Karvel pronunció la ridícula protesta de que aquel atajo eliminaba la mayor parte del placer que se derivaba de la alimentación, uno de los hras le señaló que, como compensación, les permitía ahorrar enormes cantidades de tiempo. Karvel, sin ir más lejos, tenía que molestarse en buscar leña, encender la lumbre y guisar lo que iba a comer. Después comía con absurda lentitud, puesto que se veía obligado a masticar las cosas con el mecanismo más inepto que los hras podían imaginarse. A la larga, el resultado era el mismo –los alimentos llegaban al estómago –, en consecuencia, ¿por qué no depositarlos allí directamente y acabar enseguida?

–Con la clase de condumios que toman –repuso Karvel –, eso no deja de ser un buen argumento.

Cuando todos los hras quedaron satisfechos, Karvel sacó la embarcación del río y la varó en la orilla.

–Si no la encontramos aquí a nuestro regreso –manifestó el comandante –, sabré que los dinosaurios poseen habilidades que jamás sospeché.

Recogieron leña seca para las fogatas que Karvel pretendía mantener encendidas durante toda la noche, ya que, por primera vez, tendrían que dormir a la descubierta. Los hras protestaron vehementemente, pero los estériles llanos de la ribera no les ofrecían más que un puñado de arbustos y matorrales que, como albergue, no valía nada. Protestaron hasta que cayó la oscuridad, entonces se derrumbaron en el suelo, se callaron y se quedaron dormidos como lirones.

Volvieron a ponerse en marcha con el alba y, en vez del esperado desierto, fueron a parar a una zona de marjales pantanosos. Karvel supuso que el mar había formado allí un golfo o que el río se multiplicó en numerosos brazos, a través de la llanura. Fue una jornada estéril e infructuosa, durante la cual rodearon en zigzag espolones y lenguas de tierra. Por último, Karvel alteró su curso básico, en un intento de alcanzar terreno abierto. Al final, avanzada la tarde, llegaron a la curvada orilla de un lago y cuando se desviaron para rodear la masa de agua, resultó que ésta se revolvía también, quedando frente a ellos.

Acamparon aquella noche en un montículo aislado, que se alzaba cerca del extremo del lago. Tras de sí, Karvel pudo otear la lejana y sinuosa línea del río. Su jornada de marcha sólo les permitió ganar unos pocos kilómetros. No había árboles para prepararse un refugio, ni leña con la que encender fogatas, pero cuando la claridad diurna se desvaneció, los hras formaron su círculo protector sin emitir una queja. Karvel trató de prender una hoguera con la quebradiza y larga hierba que crecía allí, pero lo único que consiguió fue producir una humareda monumental.

Resultó ser una noche pacífica, iluminada por un cuarto de luna y amenizada por los ruidillos del lago, algo distantes y nada amenazadores. Durante un rato, Karvel

paseó inquieto alrededor de la circunferencia de hras dormidos, acuchillando la oscuridad con los rayos de luz de su linterna, que encendía a intervalos irregulares. Se sentía atterradoramente cansado.

pronto tendrían que inmovilizarse una jornada completa, para que se pusiera al corriente de la cantidad de sueño atrasado. Descansó un poco, volvió a ponerse de pie, nervioso, para reanudar los paseos, y después se concedió otro lapso de reposo.

La noche se diluía ya entre las primeras claridades de la aurora, cuando percibió el hueco existente en el círculo. Al principio, se negó a dar crédito a sus ojos. Contó los hras, volvió a contarlos. Había diecinueve. Instintivamente, echó a correr hacia el lago. Amainaban los **sonidos** nocturnos; las aguas estaban inmóviles. Recorrió la orilla a lo largo de una breve distancia y luego retrocedió, dominado por el pánico, para contar de nuevo el número de hras. Diecinueve.

Hasta que el día fue aclarando, hasta que casi hubo luz suficiente como para que los hras vencieran su somnolencia, no logró distinguir el tenue rastro que aplastaba la hierba. Algo había pasado por allí, o se arrastró, y Karvel siguió aquella pista, que terminaba en un profundo pliegue del barro, reblandecido por la humedad, de la orilla del lago.

Los hras se hallaban despiertos cuando regresó. Daban la impresión de estar inconscientemente enterados de lo sucedido. No le pidieron explicación alguna y Karvel se sentía demasiado empavorecido y deshecho por la duda para poder ofrecérsela.

Llevaba una semana larga sin dormir más que cuatro horas diarias, y a intervalos. ¿Se amodorró envuelto en la oscura calma de la noche? Creía que no, pero tampoco podía explicarse cómo el inconcebible habitante del lago logró arreglárselas para presentarse allí y retirarse después, llevándose Una criatura tan grande y pesada como un hras, sin producir ninguna alteración notable en la quietud nocturna.

Sin embargo, había ocurrido. El hras Hnil, a quien Karvel recordaba sólo por sus anormalmente pequeñas alas y por la mancha negra como la tinta que tiznaba su banda respiratoria, se había eclipsado.

El hras Klaa dijo en actitud cortés:

—No tiene usted la culpa. No es culpa de nadie. Este mundo es algo horrible.

Los hras, tan inquietos ante la más leve sugerencia de peligro, tan extrañamente fríos y aterrados cuando la amenaza se materializaba, se mostraron impasibles después de aquella tragedia. *Resignados*, ese era el término más conveniente.

Llevaban cerca de un año en aquel mundo violento, habían visto cómo disminuía su número como consecuencia del salvajismo imperante en el planeta donde habían naufragado y consideraban ya tales desgracias como algo fatal e inevitable.

–¿Volveremos? –preguntó Karvel.

–A usted le corresponde decidirlo –repuso el hras Klaa.

Karvel abarcó el lago con un gesto.

–Lo menos que podríamos hacer es comprobar qué hay al otro lado del pantano. Cuestión de un día o dos.

Cautelosamente, llenó su cantimplora con agua del lago y echó un trago, mientras los hras formaban un parapeto protector con sus pértigas de crucetas. Luego se alejó de allí, seguido de los hras.

\* \* \*

#### 4

Al mediodía de la segunda jornada, Karvel contempló desde lo alto de un cerro la línea oscura que se recortaba contra el horizonte, a lo lejos. La ondulante sábana que se extendía entre el altozano y el desierto estaba rebotante de dinosaurios. A aquella distancia, las despaciosas bestias de color pardusco no resultaban ominosas ni transcendentales, pero los hras retrocedieron, alarmadísimos.

De momento, Karvel se sintió más interesado por el horizonte en sí. Llamó al hras Klaa a la cumbre del otero y le preguntó:

–¿No le parece que aquello son montañas?

–Collados altos, por lo menos –contestó el extrahumano –, y me parece que pronto se convertirán en montañas.

Los órganos visuales de los hras continuaban siendo un misterio para Karvel. Aparentemente, las manchitas oscuras de la franja superior eran sus partes oftalmológicas –no se atrevía a llamarlas ojos –y veían simultáneamente en todas direcciones, aunque, todo hay que decirlo, bastante mal. Pero cuando deseaban percibir algo específico, invariablemente lo veían a más distancia y con mayor claridad que Karvel. Era como si aquellos órganos no se enfocaran de modo automático, y más que entregarse en su existencia consciente a un fatigoso enfocar y

volver a enfocar la vista, los hras se contentasen con una vida más bien borrosa. Buscaban meticulosamente lo que creían importante de verdad.

–¿A qué distancia? –preguntó Karvel;

–Es difícil calcularlo.

–¿Tres días?

–No me es posible determinarlo. El calor es más fuerte. Necesitaríamos descansar con mayor frecuencia, y no hay sombra.

Dubitativo, Karvel examinó el yermo terreno. Los dinosaurios apenas le preocupaban. Aquellos animales continuaban con su línea de marcha y pronto se habrían perdido de vista; y si tenían alguna idea fija en sus diminutos cerebros, sería la de encontrar agua, ya que acababan de salir de una avanzada occidental del desierto.

Pero la tierra parecía algo aterrador. Bajo los pies, la arena estaría muy blanda y sería penoso caminar por ella. El calor tenía que ser formidable y, como el hras Klaa había indicado, no existía sombra alguna.

Y los hras eran incapaces de andar por la noche.

Esforzándose al máximo los hras podrían cruzar el desierto, pero estarían desesperadamente sedientos cuando llegasen a las colinas. Y Karvel se sentía bastante menos seguro respecto a sí mismo. Aún disponía de una cantimplora llena, pero llevaba más de veinticuatro horas sin probar el agua. Calculó que la reserva de líquido no le duraría más que hasta la mitad del recorrido.

E incluso contando con que consiguiera llegar a los montes, no le era posible tener la certeza de que allí encontraría agua.

Karvel cogió el detector de uranio y efectuó su acostumbrado e inútil circuito. Los hras aguardaron en silencio. Adivinaba su intranquilidad, pero no se molestó en tratar de descubrir la causa de la misma. Desde mucho antes, había abandonado toda esperanza de entender a los hras. Llevaba nueve días conviviendo con ellos, había aprendido sus nombres y había observado suficientes diferencias menores en su aspecto para distinguirlos unos de otros, pero no era –no podía ser –uno de ellos. Incluso se identificaba más con los dinosaurios. Tales reptiles tenían cuello, aunque le pareciesen exageradamente largos, de longitud innecesaria. Poseían cabeza, con cerebro organizado de un modo razonable. Y eran *de la Tierra*.

Karvel comprobó que le resultaba imposible de todo punto desarrollar en su espíritu un sentimiento de camaradería hacia unos seres a los que no se les podía

mirar a los ojos o, lo que era peor, que podían mirarle a él a los ojos desde cualquier dirección.

Concluyó su circuito y devolvió el detector de uranio al hras Hrul.

–Descansaremos aquí –dijo –, y luego emprenderemos el regreso.

Los hras no dijeron nada y Karvel carecía de medios para enterarse de lo que estaban pensando.

Se trasladaron por la ladera y se colocaron en un punto donde se podía evitar en parte el viento abrasador que soplaba desde el desierto. Se sentaron.

Acababan de formar otra vez fila, y se disponían a retirarse definitivamente, cuando Karvel oyó un lejano retumbar de tormenta.

Volvió la cabeza y dirigió al hras Klaa una mirada interrogadora:

–¿Oyó eso?

El hras Klaa no dijo nada. Los otros jugueteaban nerviosamente con sus pértigas de cruceta.

–Iré a ver de que se trata –continuó Karvel, y apresuró el paso, rumbo a la cima del otero.

De súbito, comprendió que aquel estruendo aumentaba de volumen porque se acercaba. El suelo empezó a estremecerse bajo sus pies y una oleada, un torrente de dinosaurios franqueó la cresta del montecillo. Una sola mirada le informó de que no había escapatoria posible. Podían mantenerse delante de aquellos monstruos durante unos metros, pero no durante kilómetros. Chilló con toda la fuerza de sus pulmones:

–¡Quédense quietos donde están!

Y se inmovilizó también, mientras confiaba en que la estampida pasara de largo, sin arrollarle.

Se agitaron los largos cuellos sobre su cabeza, para desaparecer enseguida. Endriagos coriáceos cargaron con inverosímil rapidez, con sus cuernos semejantes a lanzas inclinadas hacia adelante. Era un auténtico diluvio de todos los ejemplares de museo que Karvel podía recordar, –una serie incontable de restauraciones hipotéticas e inertes que, de golpe, habían cobrado vida y se convirtieron en una realidad pataleadora. rugiente, frenética.

No cesaban de pasar. bípedos y cuadrúpedos, cabezas configuradas espantosamente y cuerpos grotescos, animales dotados de cola y desprovistos de



ella, gigantescos y minúsculos... Un torbellino de bichos horrorosos, que galopaba en medio de una polvareda sofocante, producida por la misma pesadilla de su demente paso. La representación completa de todas las distintas especies herbívoras del género de los dinosaurios.

Karvel ni siquiera intentó empuñar el rifle. Se mantuvo como una estatua y los animales prehistóricos pasaron sin causarle el menor daño. Las bestias conservaron las distancias. aunque se abrían y se cerraban los huecos entre ellas. Daba la sensación de que se trataba de una carrera deportiva, pero lo que hacían era huir de otras.

La cima del monte quedó vacía y cuando el último pasó de largo, Karvel dio media vuelta y emprendió también el descenso por la ladera, a todo correr. La oleada de animales se perdió de vista tras franquear el siguiente altozano, dejando a cuatro hras sumergidos en el paroxismo del terror.

Nada más que a cuatro.

Antes de que Karvel tuviese tiempo de preguntar algo, una sombra cayó sobre él. El hras Klaa emitió un balido patético y agitó débilmente su pértiga de cruceta. Karvel giró en redondo, a la vez que se echaba el rifle a la cara, pero el tiranosaurio ya estaba encima de ellos. Las zarpas de las patas delanteras empezaron a descender. Karvel dio un salto de costado y vació la carga del rifle en la espantosa boca abierta del monstruo.

El tiranosaurio avanzó, pero uno de los hras adelantó temerariamente la garrocha. Karvel recargó su arma, apuntó cuidadosamente a la cabeza del bicho y apretó el gatillo tres veces. El tiranosaurio vaciló un momento. antes de desplomarse contra el suelo, entre el grupo de huidizos hras. Las terribles mandíbulas continuaron dando dentelladas infructuosas, las patas siguieron lanzando estériles zarpazos al aire y la cola se agitó dos veces, antes de que las fuerzas le fallaran al monstruo y todo quedase en una serie final de estremecimientos espasmódicos.

Todos se apartaron del tiranosaurio, como si el terror que producía la miasma diabólica que exudaba aquella criatura espantosa debiera despedir la misma potencia durante mucho tiempo, después de su muerte.

Karvel se apoyó en el rifle.

—Por eso huían los demás —explicó—. Sin duda, se trata de alguna migración a través del desierto, y los tiranosaurios siguen a los otros rebaños, para abalanzarse sobre los que se rezagan.

—¡Este mundo es horrible! —jadeó el hras Klaa.

–Anímesese –articuló Karvel con amargura –. Todos ellos se habrán extinguido dentro de unos cuantos millones de años. ¿Se ha visto alguna otra vez en apuros como éste?

–Sí.

Tres hras más se les habían unido mientras estaban ocupados con el tiranosaurio, y otro apareció, tambaleándose, mientras Karvel se revolvía para contarlos.

–¿Nueve? –preguntó.

–Catorce –repuso el hras Klaa.

Karvel se le quedó mirando, sorprendido.

–Incluido usted –añadió el hras Klaa.

–Entonces hemos perdido seis. ¿Pero por dónde andan los otros cuatro?

–Echaron a correr. Pero ya regresan. El hras Drawa dice que...

–¡El hras Drawa! –exclamó Karvel.

–El hras Drawa dice que continuemos si considera usted que existe alguna esperanza.

–¿Hacia las montañas?

–Si cree que hay esperanza.

Otro hras cubierto de polvo apareció ante su vista, con una de las seis extremidades colgando insensible.

–Diez –articuló Karvel.

–Se acercan tres más –informó el hras Klaa.

Aquellos seres eran telépatas, cosa que debió ser evidente para Karvel desde el principio. Nunca se dirigían la palabra en voz alta unos a otros, sólo hablaban a Karvel. Y sin embargo, el hras Drawa estaba a una distancia de nueve días de marcha, lo cual significaba que

La cola del abatido tiranosaurio volvió a estremecerse y los hras se retiraron prudentemente.

–Será mejor que vaya a cerciorarme de sí nos aguardan más sorpresas por el camino –dijo Karvel, y subió a la cumbre de la colina.

Un tiranosaurio solitario alzaba su imponente corpulencia en lo alto de otro collado. Salpicado por la sangre de su última presa, pretendía, al parecer, que la siguiente no le sacara excesiva distancia. Karvel echó cuerpo a tierra, afinó la puntería y disparó desde unos quinientos metros. El animal se revolvió y asestó al vacío una serie de golpes feroces, pero inútiles. Seis proyectiles más, certeros y asesinos, dieron con el tiranosaurio en tierra. Las poderosas mandíbulas siguieron buscando al invisible atacante.

El hras número trece permanecía inmóvil, en medio de un círculo, como si esperase pacientemente la llegada de otra catástrofe. Karvel los contó dos veces.

–Tenemos que buscar a los muertos –manifestó –. Querrán enterrarlos, ¿no?

Contestó el hras Klaa, acaso tras una consulta a larga distancia con el hras Drawa.

–Sí. Los enterraremos.

No fue necesaria la búsqueda. Los hras *sabían*. Compartían sus pensamientos de una manera tan íntima y constante, que les era posible dirigirse en línea recta hasta cada pieza de equipo y hasta cada uno de los cuerpos deshechos, y referir a Karvel con exactitud lo que había sucedido hasta el preciso instante en que la muerte interrumpió la conexión telepática.

El hras Krur había emulado a Karvel y se mantuvo inmóvil valerosamente, saltando a un lado sólo en el último momento, cuando la muerte parecía inevitable. Por desgracia, el dinosaurio también se desvió en la misma dirección y en el mismo momento. El hras Maarl había huido a la carrera y se mantuvo delante de los dinosaurios a lo largo de más de cien metros, pero luego tropezó y cayó. El hras Hrul fue corneado por una de las astas semejantes a lanzas.

–El hras Hrul llevaba el detector de uranio –dijo Karvel –. ¿Qué ha sido del aparato?

Lo ignoraban. En el momento de su muerte, el hras Hrul lo tenía en su poder.

–Es cuestión de buscarlo. Si no conseguimos encontrarlo, ya no habrá problema para decidir si hemos de regresar o no a la astronave. Sería necio seguir adelante sin él.

Pronto localizaron al hras Hrul, pero no al detector. Formaron una línea e intentaron seguir el rastro de los pasos del hras Hrul, escudriñando el suelo minuciosamente. Fue Karvel quien descubrió el detector, caído entre un matojo de hierba quebradiza, presentando el aspecto de un huevo luminoso.

*Brillando.*

Su grito atrajo a todos los hras, que se congregaron a su alrededor. Contenido el aliento, Karvel lo cogió en el hueco de las manos y lo levantó. Siguió resplandeciendo.

–¿Estamos muy cerca? –preguntó Karvel.

–De unos pasos con él sugirió el hras Klaa.

Karvel anduvo en círculo. El resplandor no se hizo más brillante, ni tampoco se desvaneció. Recorrió en línea cosa de un centenar de metros. Lo mismo. Continuó. Quinientos metros. Un kilómetro. Kilómetro y medio. Los hras le seguían.

–¿No debería aumentar su brillo al aproximarse, y disminuir al alejarse? –inquirió por último.

–Sí.

–Pues, se mantiene invariable. No cambia. Supongo que eso podría significar que el uranio está debajo de nosotros, pero la verdad es que se me hace un poco cuesta arriba dar por supuesto que hay un depósito tan grande.

Los hras no le llevaron la contraria; guardaron silencio.

–Estoy seguro de que anduve por esta zona con el detector en la mano, la última vez que nos detuvimos. Entonces no dio ninguna señal. Y él hras Hrul lo llevó también por aquí. Si hubiese rutilado, nos lo habría dicho enseguida. Así que no brilló antes. Y ahora brilla.

Los hras continuaron sin tener nada que decir.

–Me parece que se ha estropeado –declaró Karvel llanamente –. ¿Brilla mucho cuando casi está pegado al uranio?

–Muchísimo –respondió el hras Klaa –. Como el sol.

–¿Qué opina el hras Drawa de todo esto?

–Que el detector está averiado.

–Informe al hras Drawa, por favor, de que emprenderemos el regreso hoy mismo. Dudo que podamos llegar a las montañas sanos y salvos, y con el detector deteriorado, tampoco merece la pena intentarlo.

Los hras excavaron una profunda fosa común y enterraron allí a sus seis camaradas muertos. Mientras se entregaban a aquella tarea, Karvel vagó por los alrededores a solas. Si los hras deseaban dar sepultura a sus muertos con

reverencia, o con alguna clase de ceremonial, no debía hallarse presente para coartarlos. Aparte de que quería pasar un rato consigo mismo y con su conciencia.

Siete hras habían fallecido por culpa de su negligencia, ya que no se molestó en estudiar las limitaciones de aquellos seres, ni en averiguar lo que habían aprendido acerca del terreno circundante. Era inexcusable, pero lo mismo ocurría con la expedición. Se preguntó cuántos depósitos importantes de uranio se conocían en el siglo XX. Menos de una docena, estaba seguro. Por término medio, apenas tocaban a dos por continente; e incluso aunque en aquella tierra mesozoica hubiese sido cien veces más, cosa que dudaba, era muy problemático que una búsqueda realizada a pie, partiendo de un punto al azar, contase con una probabilidad entre cien mil de obtener el éxito apetecido.

La expedición había costado siete vidas y la única consecuencia cierta que pudo sacar consistía en que, si uno avanzaba 10 suficiente, llegaría a encontrar terreno accidentado o montañoso. Un párvulo habría supuesto de antemano tal detalle. y se habría quedado en casa.

Entierro ya estaba concluido cuando regresó y los hras le esperaban. Tendió al hras Klaa el detector, que relucía tenuemente, y dio la señal de ponerse en camino. Los hras formaron tras él, para cubrir la larga caminata de retorno a la astronave.

Perdieron casi una jornada completa en el río. Karvel descansó y pescó, y los hras se alimentaron y absorbieron agua otra vez, aunque insistieron en que ninguna de ambas cosas les era imprescindible. Karvel les dijo que la idea estribaba en que era conveniente comer y beber cuando los alimentos y líquidos estaban disponibles.

Se alejaron del río para pasar la que Karvel confiaba fuese su última noche en terreno descubierto. La ondulada llanura, tan exenta de formas grandes de vida cuando la cruzaron la vez anterior, era ya escenario de una encarnizada batalla por la supervivencia. Los gigantes herbívoros buscaban vegetación comestible; los carnívoros se dedicaban a perseguirlos. Los tiranosaurios no acechaban a sus presas; atacaban sin más ni más, frenéticos, furibundos, sedientos de sangre, hasta que la víctima caía o lo que era más difícil. lograba escapar y ponerse lejos del alcance de su pretendido verdugo. Los dinosaurios se esparcían por la llanura, pero, a veces, la presión ejercida por los carnívoros les obligaba a formar densos grupos... y a iniciar la estampida, dominados por el pánico.

Los expedicionarios habían tardado seis jornadas en llegar al río, desde la astronave; el viaje de regreso les costó diez. Se aferraron tenazmente a las lindes de los bosques. cruzaron los espacios de terreno descubierto con suma cautela y después de un reconocimiento a fondo, y su ritmo de marcha fue mucho más lento. Los hras estaban aterrorizados y lo que era peor enfermos. El color tostado de su epidermis parecía haber desteñido y presentaba un tono gris enfermizo. Tal vez eran más susceptibles al calor debido a la debilidad de sus condiciones físicas. Se

desplomaban con tal regularidad que a Karvel empezó a obsesionarle el temor de que se desmayaran los trece al mismo tiempo... a la descubierta y de cara a una estampida de dinosaurios.

Como contrapartida, las condiciones físicas de Karvel estaban mejorando. La marcha lenta y los frecuentes altos le permitían disfrutar del descanso que necesitaba para sus velas nocturnas. Comía mucho mejor, se regalaba todas las noches con espléndidos filetes de dinosaurio. La dureza de esta carne sobrepasaba a la de cualquier otra de las que había comido, pero nunca le gustaron más unos filetes.

La compañía de hras, en peso, acudió a recibirles en la orilla del pantano, se hizo cargo de los exhaustos expedicionarios extraterrestres, y, cuando Karvel declinó la hospitalidad de la astronave, le proporcionaron una pequeña escolta capitaneada por el hras Drawa, para que le acompañase a través de la ciénaga, hasta su cabaña. La migración de dinosaurios les había precedido y el pantano albergaba una extraña fauna, que no cesaba de producir gruñidos sordos, rugidos profundos y gritos fantásticos. Mientras se apresuraban por los puentes, cabezas de formas fabulosas surgían de las lentas aguas y se arqueaban para mirarles con curiosidad.

El recinto defensivo estaba intacto, aunque los dinosaurios pastaban a su alrededor. Karvel inspeccionó la cabaña y el **ONI** y luego dejó caer cansinamente su mochila y se sentó con el hras Drawa en el tronco que había junto a la puerta de la vivienda. Los otros hras se congregaron a la sombra de la edificación y observaron a los dinosaurios.

El hras Drawa jadeó meditativamente:

–Debemos conversar acerca de esta expedición. ¿Por qué no hacerlo ahora?

Karvel lanzó un vistazo al sol poniente.

–Es posible que no dispusieran de tiempo para regresar a la astronave antes de que oscurezca. Podemos charlar mañana, o pasado mañana... No tengo intención de ir a ninguna parte.

–Podríamos quedarnos aquí para El Sueño –articuló el hras Drawa –, aunque ahora es mucho menos peligroso atravesar el pantano. Los cocodrilos tienen otros seres de los que ocuparse y ya no acechan a los hras.

–Conversemos, pues –se avino Karvel con resignación. Si los hras se quedaban allí, eso representaría otra noche en blanco para él; pero su inesperado deseo de pernoctar lejos de la nave del espacio denotaba un grado de impaciencia que Karvel no hubiese creído posible en ellos –. La expedición ha

sido un completo fracaso, desde luego. Me enteré de unas cuantas cosas, pero la mayor parte de ellas los hubiera podido aprender aquí, con menos esfuerzo y sin sufrir bajas.

–Hemos adquirido muchos conocimientos –dijo el hras Drawa –. Temo que fui yo el culpable del fracaso de la expedición, al no ocurrírseme proporcionarle más que un solo detector de uranio.

–No. Tampoco nos habría sido posible ir más lejos. No estábamos equipados para cruzar el desierto... lo cual parece una tontería, porque medio esperaba encontrar uno a nuestro paso. Debimos haber previsto por anticipado todos esos problemas. Su error más importante consistió en no darme una idea más clara y definida de la naturaleza de sus necesidades. El mío estribó en no esforzarme lo debido para averiguarlo.

–No estamos acostumbrados a esa necesidad de decir las cosas –confesó el hras Drawa francamente –. Entre nosotros, no nos molestamos en explicar las cosas, por la sencilla razón de que las *sabemos*.

Karvel asintió, meditabundo.

–Sea lo que fuere lo que hemos aprendido, el costo de tales conocimientos resultó excesivamente caro. Durante todo el camino de regreso no he hecho más que reprocharme a mí mismo el no haber pensado en la evidente solución perfecta que tiene su problema. No disponen de suficiente combustible para *alejarse* de la Tierra. Pero ¿tienen bastante para trasladarse a algún otro punto situado *en* la Tierra?

–Sí. Para eso hay suficiente.

–Me lo figuraba. Malgasté tres semanas, se han perdido siete vidas y no se consiguió nada. Y usted pudo haber llegado fácilmente a las montañas con la astronave.

–¿Por qué iba a llevar la astronave a las montañas?

–preguntó el hras Drawa.

–¡Para buscar uranio!

–¿Hay uranio en las montañas?

–Sabemos que no lo hay por aquí. No cabe duda de que, allí, no se encontrarían en peor situación que aquí.

–Es posible que estuviésemos peor. Usted ignora si hay agua en las montañas.

–Eso podría determinarse antes de aterrizar. ¿no? En el caso de que no la hubiera, siempre le quedaría el recurso de posarse junto al río o al lago más próximo.

–Lo que habíamos pensado –declaró el hras Draw, hablando con lentitud y en tono profundo –, lo que habíamos pensado es que sólo nos es posible realizar un viaje así. No hay bastante combustible para dos. No hay combustible suficiente para buscar puntos de aterrizaje alternos. Sería mejor aguardar hasta tener la certeza absoluta de que deseamos ir a un punto determinado. Valía más descubrir primero el uranio y después llevar allí la astronave. ¿No está de acuerdo?

–En eso le doy la razón –reconoció Karvel –. Si trasladase el navío espacial a las montañas y luego encontrase el uranio a ochocientos kilómetros de distancia, transportar el mineral a la astronave representaría labor de titanes.

–Exactamente.

–Por otra parte, si no traslada la aeronave a las montañas, jamás podrá llegar ochocientos kilómetros más allá.

–Eso también es cierto.

–Entonces nos enfrentamos con algo cuya solución no es sencilla. Si tiene que descubrir uranio antes de cambiar la astronave de sitio, deberá encontrarlo a pie. Tendrá que buscar en todas direcciones, alejándose todo lo que sea posible. No le queda más remedio que desarrollar nuevas técnicas de traslado y crear nuevos equipos. Puede que tarde años en alcanzar su límite. porque al conseguir habilidad y experiencia prolongará ese límite. No tienen más alternativa que la de resignarse a emprender una prueba de fuego que probablemente durará toda su existencia y les costará muchas bajas.

–Conforme. Como usted señaló, lo peor que puede suceder es que dejemos de existir lejos de nuestro mundo. Podemos morir esperando, o podemos morir buscando la salida. Y preferimos la búsqueda. ¿Nos ayudará?

–En todo lo que me sea posible.

–¿Tiene alguna idea acerca de las necesidades de ese equipo?.

–Unas cuantas. Deben contar con un albergue portátil, para El Sueño. Tal vez ese albergue pueda servirles también, convenientemente transformado, como recipiente para beber. Deben llevar reservas de alimentos y agua. No podrán considerarse realmente seguros hasta que no hayan creado un sistema eficaz para desviar las estampidas... cosa que no resultará fácil. Trabajaremos en ello. Empezaremos mañana.



Cuando el sol se ocultó, los hras desfilaron al interior de la cabaña y el hras Drawa les siguió. Formaron el clásico círculo y se sumergieron en aquel sueño que parecía de muerte. Karvel efectuó un recorrido por el recinto cercado, revisando las estacas, y luego fue a sentarse al lado de la puerta de la cabaña.

Un pequeño lagarto de aspecto desagradable asomó la cabeza por un agujero, lanzó a Karvel una mirada recelosa y se retiró. Según decrecía la luz, aumentaba su audacia. Karvel se rascó la espalda y se alivió el hormigueo del dedo inexistente. El lagarto salió del agujero, volvió a esconderse y reapareció nuevamente, subyugado por Karvel y sus movimientos.

El plan de los hras le parecía al comandante inútil por completo. No les conduciría más que a pasarse la vida buscando, sin encontrar el uranio. El sombrío optimismo del hras Drawa le sorprendió. Para los telepáticos hras, el cerebro de Karvel era un libro abierto. Indudablemente, de que todo estaba en contra suya, de que las probabilidades que tenían eran mínimas.

Pero saltaba a la vista que constituían una raza con principios éticos y probablemente serian también idealistas. Dispuestos a lanzarse a la Buena Refriega, sin preocuparse de las probabilidades que tuviesen a favor o en contra. Karvel los admiró, pero también los compadeció.

Salió la luna, llena y esplendorosa. Durante las noches anteriores, Karvel apenas pudo fijarse en el satélite, recluso como estuvo en las barricadas de los bosques. La contempló nostálgicamente. Hacia poco que estuvo allí... hacía poco que se encontraba a doscientos millones de años, en el futuro. El futuro quedaba a su espalda, el pasado era el presente, y Bowden Karvel era un paria sin destino, sin objetivo en la vida.

Se levantó de un salto, abrió la puerta extensible y se lanzó al interior de la cabaña.

–Hras Drawa –llamó.

El dormido ser extraterrestre no se movió para nada.

Karvel sacudió al hras Drawa con impaciencia, volvió a gritarle y, por último, dio una patada en el suelo, antes de retirarse, disgustado. Su brusca irrupción en la cabaña había asustado al lagarto. Se sentó en el tronco y se frotó el pie derecho con el borde del zapato izquierdo, mientras contemplaba la Luna.

\* \* \*

Llegó por fin el alba y, con ella, los primeros conatos de movimiento por parte de los hras. Los tenues hilos de luz que entraban por las troneras aún no conseguían que se batiese en retirada la oscuridad de los rincones y de los huecos que quedaban detrás de los puntales, cuando Karvel volvió a entrar en la cabaña. El hras Drawa, que todavía estaba tratando de espabilarse del todo, acogió la pregunta de Karvel con verdadero pasmo.

–¿A la Luna? ¿Quiere ir a la Luna?

Los otros hras interrumpieron sus esfuerzos para despertarse a conciencia y resonó en el aire su coro jadeante:

–¿A la Luna?

Karvel empezó a sospechar que su brillante idea quizás se difuminase entre las brumas de lo absurdo al ser expuesta a la luz del día, pero insistió con tenacidad:

–Dijo usted que no hay suficiente combustible para marchar, para alejarse de la Tierra. ¿Tiene bastante para llegar a la Luna?

–No.

La respuesta fue inmediata, tajante e incontrovertible.

–Menos mal que no logré despertarle. Sin embargo... ¿qué me dice del carburante del **ONI**? Si el promedio de consumo disminuye con la distancia, aún quedará medio depósito. ¿No tendría suficiente combustible si utilizara también ese?

–No lo sé. habría que calcularlo minuciosamente. ¿Por qué quiere ir a la Luna?

–Conozco allí la situación de unas minas. Quiero decir que sé dónde estarán situadas dentro de mucho tiempo.

–¿Qué clase de minas?

–Eso es lo que ignoro. Cuando estuve allí, se habían agotado ya. Pero la Luna había sido una fuente importantísima de minerales.

–¿De uranio? –preguntó el hras Drawa, al cabo de una prolongada pausa.

–“Compuesto de la madre Tierra, inflamado con vigor selenita”. Ignoro si eso se refería a hombres, a navíos espaciales o a cualquier otra cosa, pero me lo citaron como fragmento de una leyenda. No se me ocurrió llegar al fondo de la cuestión en aquellos momentos, pero anoche pensé que lo de “inflamado” podía ser una

alusión a cualquier posible carburante, lo que acaso significara que el hombre alcanzó las estrellas con uranio encontrado en la Luna. Debió de haber allí un depósito enorme. si los yacimientos fueron lo suficientemente importantes como para que la gente se acordara de ello mucho tiempo después de que el uranio se agotase.

–Es una interpretación más o menos plausible –repuso el hras Drawa. pensativo –  
. ¿Y conoce usted la localización de esos depósitos de uranio?

–Un momento... Ni siquiera sé que se trate efectivamente de depósitos de *uranio*. Puedo señalarles la situación de varias minas importantes y proporcionarles una idea general acerca de los puntos donde, poco más o menos, estarán localizadas unas cuantas minas y, precisamente gracias a la leyenda, opino que más de una de esas minas es de uranio serán de uranio. No afirmo que todas ellas lo sean e *ignoro* cuál o cuáles tendrán uranio.

Los otros hras parecieron perder todo su interés en el asunto. Salieron de la cabaña y, tras una pausa de reflexivo silencio, el hras Drawa hizo lo propio y se sentó junto a la puerta.

–Incluso aunque dispongamos de combustible suficiente para llegar a la Luna, una vez allí no podremos volver a despegar. Una vez alunicemos. tendremos que permanecer inmóviles en ese punto. O descubrimos uranio antes... o continuaremos aquí.

–Sería un puro juego de azar –reconoció Karvel. Me doy perfecta cuenta de ello.

–He prestado muy poca atención a su satélite, pero presiento que una expedición a la Luna tropezaría con dificultades mucho más serias que las que usted acaba de experimentar. No hay dinosaurios. pero tampoco hay atmósfera. No habrá comida. ni agua. ni aire para respirar. ¿Están muy lejos esas minas?

–A una distancia considerable. me temo. Si nos posáramos en un yacimiento que no fuese de uranio, tendríamos que permanecer allí. De acuerdo. El piso resultaría desesperadamente irregular, las extremadas temperaturas inaguantables y tendríamos que llevarnos los alimentos, el agua y el aire. No podríamos vagar de una mina a otra, hasta descubrir la buena.

Y a pesar de todo... ¿está a favor de la idea?

–Me he pasado la noche sopesando los pros y los contras. Contra el descubrimiento de uranio aquí. en la Tierra, hay varios miles de probabilidades. en el mejor de los casos. Contra el descubrimiento de ese mineral en la Luna. hay sólo veinte o treinta. poniéndose en lo peor. No estoy a *favor* de la idea... no me asiste el

derecho de poner en peligro las vidas de ustedes. Sólo opino que deben tenerla en cuenta y estudiarla. La decisión deben adoptarla ustedes.

–Gracias. Meditaremos en ello.

–Mientras lo hacen, piense también en esto: La Tierra es un planeta vivo. Cambia, evoluciona constantemente. No tengo la más remota idea acerca de donde estoy ahora, ni de cómo arreglármelas para encontrar minerales o cualquier otra cosa. La Luna es un satélite muerto. Lo que encontremos ahora en él estará casi exactamente igual que cómo lo vi en el futuro remoto –¡Maldita sea la paradoja! –, con la salvedad de unos cuantos cambios triviales, realizados por el hombre. Ustedes pueden posar su astronave encima de un campo minero importante, después de todo será cuestión de probabilidades. Una entre veinte o treinta. Reflexione en ello.

–¿Nos acompañaría en el viaje a su satélite?

–Claro que sí. ¿Qué otro podría indicarles dónde alunizar?

–A nosotros, ese juego de azar nos parece atractivo. Según su cálculo de probabilidades, aquí, en la Tierra, fracasaríamos. Si fracasásemos en su satélite, moriríamos antes. Esa es la única diferencia porque, en ambos casos, parecemos condenados a morir en un mundo extraño. Para usted, sin embargo la cosa es distinta. ¿Por qué va a embarcarse con nosotros en el juego?

–No existe ninguna razón especial. Pongamos que también me seducen los juegos de azar.

–Eso no es suficiente. –El hras Drawa se puso en pie y permaneció quieto durante unos segundos, mirando a Karvel o al lejano horizonte, ya que eso dependía del punto sobre el que enfocara sus extraños órganos visuales –. Cogeremos el combustible del **ONI** y mediremos su peso con el máximo cuidado. Si hay bastante para llegar a la Luna, volveremos a charlar otra vez sobre este juego.

Karvel acompañó a los hras al borde de la ciénaga, sin hacer caso de las protestas de los seres extrahumanos. Había llegado a la conclusión de que un hombre armado podía considerarse razonablemente seguro en aquel mundo de dinosaurios, en tanto se bañase con ciertas precauciones y evitara las emboscadas que se le pudiesen tender en las proximidades del agua. Albergaba la confianza de que le sería factible aturdir a cualquier tiranosaurio que le atacase, y tenía necesidad de permitir que uno de esos animalitos se le acercase lo bastante como para hacer la prueba.

Tenía la impresión de que se había exagerado mucho respecto a los grandes dinosaurios. Recordaba haber leído conmovedoras crónicas acerca de los diminutos

antecesores de los mamíferos, de los cuales no había visto el menor rastro por allí, que se escondían, aterrorizados, a la espera de que se extinguiesen las especies diversas de dinosaurios. Karvel dudaba de que los mamíferos estuviesen aguardando algo. Porque, al ser producto de la evolución de los reptiles, lo que ocurrió fue, simplemente, que llegaron tarde a aquel escenario.

Fue sólo un accidente en la evolución de la Tierra el que los dinosaurios muriesen antes de la llegada del hombre, lo que ahorró a éste la tarea de exterminarlos. Las sanguinarias embestidas de los tiranosaurios nada más resultaban eficaces cuando las lanzaban contra los apacibles herbívoros, pero los tiranosaurios serían dueños y señores de cualquier lugar que habitasen siempre y cuando sobre esa zona no hubiese ningún otro ser viviente con capacidad e inteligencia para devolverles los golpes.

Antes de regresar a la cabaña, Karvel se detuvo junto a un riachuelo, a fin de llenar la cantimplora. Excavó un hoyo para que se filtrase a él parte del líquido de la corriente y entonces tomó nota mental de que debía decir a los hras que preparasen alguna clase de recipientes para almacenar agua. Si no llovía pronto, iban a verse obligados a trasladar el líquido desde el pantano.

Los hras no volvieron en todo el día, ni durante la jornada siguiente. Karvel abatió a tiros a un dinosaurio pequeño, inducido por la equivocada suposición de que su carne sería más tierna. Después cortó unas cuantas lonchas delgadas, con ánimo de probar a fabricarse algo de cena. Tomó asiento en el tronco próximo a la cabaña. El lagarto de la noche anterior se había hecho muy amigo de él y le estuvo acariciando el lomo y dándole trocitos de comida, mientras ahuyentaba a los insectos y esperaba a que se asaran los filetes.

"Robinson Crusoe Karvel" –se dijo a sí mismo. –¡Y menudo sobresalto me llevaría si descubriese en el suelo la huella de un ser humano desconocido!

Debía ser un intermedio de reposo y tranquilidad anímica, pero no lo era. Se preguntó: "¿Y a mí que me importa el que esos individuos extrahumanos descubran o no el uranio que buscan?"

Ignoraba por que, pero le importaba. Le importaba muchísimo.

Los hras enviaron una delegación. Uno de los miembros de ésta era el hras Klaa, cuya piel había empaldecido notablemente. Karvel se interesó por el estado de salud de los integrantes de la partida exploratoria, rememoró con el hras Klaa las aventuras vividas y ofreció una pequeña conferencia sobre el tema de los dinosaurios de la vecindad. Los hras se mantuvieron en tina postura de distante protocolo y, cuando Karvel les dio ocasión para ello. le informaron de que hras le invitaban a efectuar una visita a la astronave.

Karvel había trazado ya sus propios planes. Sacó del **ONI** los suministros para casos de urgencia y se los pasó a los hras. Para que se encargasen de transportarlos. Si regresaba de la Luna, se los traería de nuevo, si no regresaba, al menos disfrutaría de una dieta alimenticia equilibrada, mientras le durase el aire.

Sacó también de sus orificios todos los instrumentos del cuadro de mandos del **ONI**. Tal vez a un arqueólogo afortunado en alguna época del futuro se le presentase la oportunidad de realizar por allí excavaciones. Acaso la suerte le fuera propicia y quizás en esa supuesta época del porvenir pudiera agenciarse el combustible necesario... Karvel sostenía el criterio de que la historia del género humano poseía ya más paradojas temporales de las que estaba en condiciones de solventar.

Abandonó la cabaña sin volver la cabeza para echarle una última mirada. Era un cuadro que se había hecho monótono y no estaba lo que se dice encariñado de los reptiles de sus alrededores... aunque se apreciaban síntomas de que los dinosaurios de marchaban ya. Algunas especies chapoteaban aún por la ciénaga, con sus cabezas de formas fantásticas hozando el barro en busca de alimento, pero otras habían agotado ya las escasas reservas de vegetales comestibles existentes en la llanura y emprendían la emigración.

Atravesaron el pantano sin dificultad y encontraron al hras Drawa esperándoles en la rampa de la astronave, con una comisión de bienvenida.

–Hemos tomado una... una fotografía de su satélite –anunció el hras Drawa, y se la tendió a Karvel.

El comandante se encontraba demasiado sorprendido para aceptar aquello. Se trataba de un hemisferio cóncavo, de cosa de un metro de diámetro, y su superficie constituía un perfecto mapa en relieve. con todas las elevaciones a la altitud precisa, las configuraciones exactas y los cráteres, a la escala de una punta de alfiler, claramente retratados. Karvel pasó la mano por la fotografía y exclamó:

–¡Creí que no se podía retratar a la Luna durante su plenilunio!

–¿Por qué? –preguntó el hras Drawa.

–Por la ausencia de sombras.

–Ese es el momento más adecuado... para sacar *fotografías*. Las sombras oscurecerían muchos rasgos de la superficie lunar. ¿Puede localizar aquí las minas que mencionó?

–Desde luego. Fácilmente.

Era tan real aquella reproducción, que hasta se imaginaba a sí mismo descendiendo sobre la Luna, a bordo de la astronave de lanzadera del Inspector. Tocó el círculo dentado de Platón, pasó la yema del dedo por el extraño cráter que parecía un ojo dentro de otro ojo y luego señaló confiadamente la amplia bahía abierta como consecuencia del corte del Valle Alpino, por donde éste desembocaba en el *Mare Imbrium*.

—Aquí. Una de las minas estaba situada aquí, quizás la de mayor importancia, y era —será —el solar de la base principal, —en esta cara de la Luna.

—¿Y.. las otras?

—Veamos. Hay una por aquí, más bien pequeña, en estas soledades montañosas del sudeste de Tycho. Otra que no se ve, porque queda al otro lado de la serranía occidental, al oeste de Kepler. Aquí. Y otra entre este supuesto mar de la Tranquilidad y este mar pequeñito, cuyo nombre no consigo recordar. Y otra mas...

Le observaron en silencio, mientras su índice tocaba la aserrada superficie de la esfera. Aquí, aquí y aproximadamente aquí. Retrocedió un paso y los hras examinaron el mapa, sin pronunciar palabra.

—Lo que nos temíamos —anunció el hras Drawa —. Están —demasiado separadas unas de otras.

—Me acuerdo de unas cuantas más, que se encuentran en la otra cara y que, por lo tanto, no pueden fotografiar desde aquí. Pero tengan presente una cosa: si las que he citado son lo suficientemente importantes como para justificar el establecimiento de bases de explotación permanentes. Pueden existir muchos filones de menor cuantía, sometidos a laboreo durante una temporada y después abandonados.

—Para elegir un punto de alunizaje, no tenemos más remedio que considerar únicamente las minas que conoce usted. ¿Cuál nos recomienda?

Karvel no respondió enseguida. Al cabo de un rato, articuló despacio:

—Tengo la sensación cierta de que hay uranio en la Luna, pero carezco de elementos de juicio que me permitan asegurar que es más probable que lo encuentren en un sitio determinado, con preferencia a otro.

—Usted llama a ésta "la mina más importante" —insistió el hras Drawa —. ¿Opina que debemos alunizar aquí?

—Puestos a expresar hipótesis, creo que las tuyas pueden ser tan buenas como las mías, e incluso mejores. Pero... sí. Me parece que sí. Es la base de mayores proporciones y estoy seguro de que oí aludir a ella como la mina más importante. Y

de acuerdo con la etapa en que se hallaba la tecnología humana, durante la construcción de la base, el uranio era, con mucho, el mineral más importante.

–Gracias.

–¿Qué hay, respecto a la cuestión del combustible?

–Si conseguimos una aceleración inicial alta y lo bastante precisa para prolongar durante la mayor parte de la travesía, es posible que nos quede suficiente carburante para el alunizaje.

–En otras palabras, que vendrá justo. Arriesgado, ¿no?

–Sí, arriesgado.

–Un juego de azar el intento de presentarse allí, y otro juego de azar el punto de alunizaje. Eso altera el porcentaje de probabilidades.

–Según su criterio, pues, ¿no deberíamos intentarlo?

–Lejos de mi ánimo la presunción de tomar decisiones en nombre de ustedes. Si yo estuviese en su lugar y me correspondiese a mí solo decidir, creo que iría. Si me hallase a la cabeza de una expedición, lo sometería a sufragio... y tal vez secundaría a quienquiera que prefiriese la vida aquí a una partida con la muerte en la Luna.

–Ninguno de nosotros tiene esa preferencia –repuso el hras Drawa –. Hemos decidido emprender el vuelo.

–¿Cuándo?

–Hoy. Antes del oscurecer. El momento exacto ya está calculado. Hemos almacenado agua y aire. Lo tendremos todo a punto a la hora prevista. Ahora sólo deseamos darle las gracias y despedirnos de usted.

–Tonterías –dijo Karvel –. Si ustedes van, yo les acompaño.

Los espectadores se agitaron, inquietos. El hras Drawa jadeó varias veces y, por último, interrogó con un estallido:

–¿Por qué? Ya nos ha indicado el punto donde posarnos. ¿Qué otra ayuda adicional puede proporcionarnos?

Karvel no contestó.



–No podemos consentirlo –dijo el hras Drawa –. Le hemos arrancado de su época y ha puesto en peligro su vida por nosotros. No hay ninguna razón que justifique el que se embarque en esta aventura.

–La mejor de las razones. La idea se me ocurrió a mí, así que voy a comprobar personalmente cómo se desarrolla y en qué termina... Continuaré adelante con ella, hasta donde me lleven las fuerzas. ¿Cree que sería un estorbo para ustedes?

–No...

–En ese caso, no hay ninguna buena razón que se oponga a que les acompañe.

–Está firmemente decidido. Muy bien. Le damos la bienvenida, pero no comprendemos por qué desea venir.

Karvel esbozó una sonrisa pensativa.

–Piense que se trata de otra montaña que me veo impulsado a escalar.

Era muy posible que se tratase de la última comida que Karvel tomara en la Tierra y el comandante deseaba consumirla con más ceremonia que la que hubiese conferido a la apertura de una lata de conservas de las de sus provisiones de campaña. Pidió a los hras que colaborasen con él en la peligrosa tarea de pescar un pez, que luego asó a conciencia y consumió lentamente, saboreando la vista, los sonidos y los olores que se producían a su alrededor, mientras se regalaba con aquel festín. Hasta la decadencia fétida del pantano poseía una vitalidad que recordaría con nostalgia cuando se viese atrapado dentro de la nave espacial y envuelto en su extraña atmósfera.

Había avanzado mucho la tarde, cuando acudieron a buscarle. Titubeantes, le preguntaron si se encontraba dispuesto para el viaje, como si esperasen que hubiera cambiado de idea. Karvel entró en la astronave sin lanzar una sola mirada por encima del hombro y se acomodó en la hamaca del mismo camarote cilíndrico que ya había ocupado anteriormente. Hubiera dado algo por encontrarse en el puente de mando durante el despegue, pero no se atrevió a solicitarlo. Les habría obligado moralmente a permitir su presencia y una sala de mandos, en el curso de una enervante operación de despegue con el combustible justo, no era lugar más apropiado para los curiosos.

Hubo un rumor sordo y una sacudida. La hamaca de Karvel se movió suavemente, mientras la astronave se inclinaba hasta la vertical. A continuación, la gravedad empezó a atacarle. Durante unos segundos demoledores, luchó contra la ilusión de que volvía a sufrir las angustias opresoras del **ONI**, pero enseguida se interrumpió el rumor sordo y se suavizó la aceleración, lo que le permitió respirar

libremente. Jadeó, tendido en aquel lecho, y aguardó a que el estómago decidiera ponerse a tono con el resto de su organismo, recuperando la normalidad.

De súbito, comprendió. que su peso no contaba. Notó que se estaba escapando de la hamaca y, por primera vez, se dio cuenta de la finalidad que tenían las tres muescas existentes a cada lado del lecho. Karvel engarfió un dedo en una de ellas y se revolvió para echar un vistazo al abierto diafragma de la puerta.

Los minutos fueron transcurriendo tediosamente, sin que se dejara ver un solo hras. Desconcertado, Karvel emprendió un corto vuelo y lanzó una mirada por el desierto pasillo, tenuemente iluminado por una luz rojiza. Atravesó el hueco de la puerta, tomó impulso apoyando los pies contra la pared y se proyectó hacia adelante. Llegó al extremo, exploró otro corredor. con creciente perplejidad. y. por último, regresó.

Cerca de su aposento, vio una puerta extensible que no se había cerrado del todo. Echó un vistazo por el umbral y pudo distinguir la figura de un hras. sentado al estilo canino en una hamaca. Con cuatro de sus seis extremidades se agarraba firmemente al borde del lecho, pero estaba inconsciente.

Una abrumadora sensación de pánico le dejó aplanado la misma sensación que cayó sobre él la primera noche que pasó con los expedicionarios pero aumentaba en intensidad hasta extremos paralizadores. Los hras habían despegado con el tiempo justo para poner a la astronave en ruta. antes del Sueño, e indudablemente, Karvel era el único individuo despierto que había a bordo. Si algo sucediera...

Ahuyentó los temores y regresó a su camarote. Los hras eran astronautas espaciales veteranos. A pesar del Sueño, habían llegado a la Tierra desde una galaxia remotísima y deberían de ser capaces de proyectar bien un simple vuelo a la Luna. Nada podía ocurrir mientras el vehículo se deslizara a través del espacio, y los hras estarían en pie a tiempo para el alunizaje.

Si no lo estaban, Karvel no podría hacer nada al respecto. No sabría cómo hacer frente a semejante situación y ya había comprobado que le era imposible sacar a los hras de su sueño. Flotó hasta la hamaca y trató de dormir.

Aun estaba intentándolo cuando apareció el primer hras. Karvel se había pasado en tensa vigilancia la noche teñida de claridad rojiza y acogió la aurora teñida de luz rojiza con una absoluta incomodidad, propia del agotamiento físico, mezclada con las náuseas propias de la ingravidez.

Pronto alunizaremos informo el hras, y desapareció.

Karvel se puso rígido encima de la hamaca y, un momento después. los motores empezaron a funcionar, con una sacudida que le dejó destrozado. Los hras habían

esperado hasta el último segundo posible, cuando ya no les quedaba más alternativa que la de aplicar los frenos de la puesta en marcha, so pena de que el vehículo terminase el descenso estrellándose contra el suelo de la Luna. Para Karvel, el paso brusco de la falta absoluta de gravedad a la reducción regulada de la velocidad, fue algo mucho peor que la presión que tuvo que soportar en el despegue.

Tan repentinamente como se había iniciado, la influencia opresora se interrumpió. Los motores se quedaron silenciosos y los términos "subir" y "bajar" volvieron a tener significado. Karvel se deslizó hasta el suelo y oteó el pasillo.

El hras Klaa pasó por allí, animadísimo, casi desarticulado a causa de la excitación.

–Vamos a enviar la primera partida. ¿No le gustaría verlo?

–¿Verlo? –exclamó Karvel –. ¡Lo que me gustaría es formar parte de ella!

–No disponemos de traje espacial a su medida.

–Sí, supongo que los de ustedes no me caerían bien. ¿Adónde he de ir para presenciar la maniobra?

En una torreta de la parte superior de la astronave, encontraron a un grupo de hras, que rodeaban una pantalla circular de televisión. Karvel miró hacia allí, aturdido, y su vista se extendió desde los dentados picachos de las montañas, que el sol inundaba con sus rayos, hasta el cóncavo horizonte del *Mare Imbrium*. Los hras contemplaban todo aquello con sus órganos oftalmológicos circulares. En silencio.

La astronave estaba posada en el punto que Karvel señaló previamente sobre el mapa. La proa del ingenio apuntaba hacia el valle.

–¡Perfecto! –exclamó Karvel –. Y del combustible, ¿qué?

–Sobró un poco –repuso el hras Drawa –. No lo suficiente para abandonar este sitio, pero sí lo bastante para impulsar nuestras máquinas cuando encontremos el uranio... Si lo encontramos.

Un grupo de hras, protegidos por sus trajes espaciales, apareció a la vista. Lo grotesco de sus figuras aumentaba con aquel equipo reluciente. El depósito de aire era como un abultado salchichón, que circundaba sus cuerpos a la altura de las bandas respiratorias; el aro visual tenía una dilatación menor. Las seis extremidades terminaban en otros tantos discos de bastante tamaño, que les daban el aspecto de extraños jugadores de tenis, dotados de múltiples brazos.

Avanzaban en línea recta hacia la base de las montañas, por entre peñascos, algunos de ellos tan altos como sus figuras. Se perdieron de vista, valle abajo. Los que estaban en la sala de observación aguardaron tensos, y Karvel se dedicó a mirar a los hras, más que a la pantalla. Mentalmente, aquellos seres estaban en contacto con los miembros de la partida de reconocimiento, y en el preciso instante en que el detector de uranio emitiese el más leve centelleo, se enterarían del acontecimiento.

Continuaron silenciosos.

La partida de exploración apareció de nuevo ante sus ojos, de regreso del lado opuesto del valle. Cuando se acercaban a la astronave, los hras salieron de la estancia bruscamente, dejando a Karvel a solas con el hras Drawa.

—¿Nada? —preguntó Karvel.

—No. Nada en absoluto —repuso el hras Drawa, con el jadeo de un largo suspiro.

\* \* \*

## 6

Probaron, naturalmente. Trazaron pautas con precisión geométrica, recorriendo cuadrados, dividiéndolos por la mitad y volviendo a partir en dos las mitades, hasta que Karvel tuvo el convencimiento de que ni un sólo centímetro cuadrado del piso del valle quedó sin que pasara por encima de él uno de aquellos malditos detectores inertes. Se adentraron por el *Mare Imbrium* y se aventuraron valle arriba, alejándose hasta distancias considerables. Escalaron los montes hasta la máxima altura que pudieron alcanzar, y Karvel observó con aprensión a aquellas minúsculas figuras. que trepaban penosamente y se aferraban a cualquier cosa que sobresaliera de las lisas paredes cortadas a pico que Karvel veía desde su atalaya.

Todos los hras buscaron. Karvel no consiguió nunca determinar con exactitud cuántos había, pero una vez contó más de cien, cuyas imágenes aparecían en la pantalla. Patéticas figuras, que iban trabajosamente de un lado para otro, en pequeños grupos, con la atención puesta en los preciosos cristales que llevaban bien cogidos en sus discos flexibles. Se pasaban en el exterior todo el período de tiempo que permanecían despiertos. y cuando volvían a la astronave para entregarse al Sueño, el hras Drawa siempre expresaba el mismo comentario:

—No. Nada en absoluto.

–¿Existe la posibilidad de que algo haya estropeado los detectores? –preguntó Karvel –. La explosión, quizás...

–Hemos comprobado todos los detectores –repuso el hras Drawa.

–¿Cómo?

–Con uranio. El combustible.

–¡Ah! –dijo Karvel, sintiéndose verdaderamente necio.

La línea del crepúsculo avanzaba valle arriba y los sumía en la oscuridad. La reluciente Tierra llegó a su primer cuarto y suavizó la irregularidad dentada del paisaje con sus tenues reflejos. A bordo de la astronave, nadie se molestó en disimular su convencimiento de que el juego estaba perdido.

El hras Drawa convocó a Karvel y esbozó un plan para extender la superficie de la búsqueda. Equiparían a dos pequeñas brigadas de exploración. Una marcharía hacia el norte, a lo largo de la orilla del *mare*; la otra iría en dirección sur. Llevarían una provisión de aire para cuatro jornadas terrestres; dos de ida y dos de vuelta. Posteriormente, organizarían otras partidas; pero, por desgracia, no les era posible alejarse para más de dos días. ¿Se le ocurría a Karvel alguna sugerencia?

–Pueden poner en práctica un sistema de suministros depositados en escondrijos –dijo Karvel –. Empezarían con un equipo de expedicionarios más numeroso, pero la mitad de sus miembros dejaría una reserva de aire en un punto situado a una jornada de marcha y emprendería el regreso. Cuando los demás, los que hubieran seguido, volviesen, se encontrarían ese aire esperándoles. Esto ampliaría un poco su radio de acción. Si la provisión aumentaba, entonces alguien podría adelantaría hasta un límite de dos jornadas, y así sucesivamente. Sería posible, mediante una organización meticulosa, extender el radio hasta una semana e incluso más. Los exploradores polares de la Tierra emplearon un sistema similar.

–Lo estudiaremos –aseveró el hras Drawa –. En principio, sin embargo, nos limitaremos a las dos jornadas. Ignoramos qué clase de problemas podemos encontrar. ¿No cree que merezca la pena una exploración tan reducida?

–Claro que sí. Es lo único que se puede hacer, dado que no hay uranio por estos alrededores. He estado pensando y he llegado a la conclusión de que hemos retrocedido al mismo punto que ocupábamos en la Tierra, con el agravante de que las condiciones son aquí infinitamente peores.

–Pero, al menos aquí no hay dinosaurios –jadeó el hras Drawa –. Ni cocodrilos.

Karvel retrocedió.

–No debe preocuparse por nosotros –le animó el hras Drawa –. Cuando adoptamos la determinación de venir, sabíamos que había más probabilidades de fracaso que de éxito. No nos arrepentiremos de habernos lanzado al juego, pero sí lamentamos que usted insistiera en acompañarnos.

No se arrepentían de haber entrado en aquel juego, pero antes de que los hras se desplomaran vencidos por el sueño, la atmósfera de la astronave había descendido hasta el bajo nivel de un funeral.

Las dos expediciones partieron en cuanto los hras se despertaron, a la mañana siguiente. Karvel los estuvo contemplando hasta que se perdieron de vista. Iban veinte en cada grupo, el mismo número místico que había integrado la expedición de la Tierra. A través de los sistemas ópticos de la pantalla visual de la astronave, pudo observar a las achaparradas, pero voluminosas figuras, mientras se esforzaban hacia el borde del horizonte, hasta que, finalmente, se desvanecieron.

Más tarde, cuando paseaba su impaciencia por los penumbrosos corredores, Karvel se tropezó con el hras Klaa.

–Quiero salir a explorar –manifestó el comandante –. Deseo caminar por el valle, subir a lo alto de un par de montañas y grabar mis huellas en el polvo de la Luna. ¿No podría arreglarme alguna especie de traje?

El hras Klaa reaccionó con peculiar entusiasmo, acaso porque no tenía nada más que hacer. Se reunió a una comisión de sastres y diseñadores de trajes espaciales. A Karvel nunca le tomaron las medidas tan meticulosamente, ni jamás le hicieron un traje que le sentara peor. Su cabeza representó un problema casi insuperable para los hras, porque insistieron en verle no como a un ser humano, sino como un hras deforme. Se confeccionó el traje en cuestión como una especie de cilindro, con mangas adosadas de cualquier manera, a lo que saliese. Se introdujo en él por la parte superior, a base de infinitas contorsiones y, una vez dentro, comprobó que tenía que encogerse y agacharse para mirar por el círculo visual, que casi no podía estar peor colocado. Las mangas y las perneras flexibles no se doblaban adecuadamente en las rodillas y los codos, por lo que no tardó en tener anquilosadas las piernas y los brazos. Y, si no anquilosadas, sí envaradas.

–Estupendo –comentó Karvel –. Probaré a salir.

Insistieron en someterla a una prueba prolongada de presión y, de todas formas, ya era hora de entregarse al Sueño. Pero, tan pronto se despertaron, cuatro hras, incluido Klaa, se vistieron con él y salieron al exterior. Se detuvieron en la parte superior de la rampa de la astronave y Karvel disfrutó del mayestático silencio de la superficie selenita durante unos segundos, antes de soltar un taco e indicar a sus acompañantes que entrasen de nuevo en el vehículo espacial.

–Me sentiría mejor si pudiese comunicarme con alguien dijo –. ¿Y si necesitara rascarme la espalda?

Manifestaron su estupefacción con los debidos jadeos.

–Naturalmente, ya me he dado cuenta de que nos disponen de aparatos de radio, de forma que no hay modo de que me dirijan la palabra. Pero, ¿pueden captar mi pensamiento mientras estoy encerrado en esto?

–Claro que sí–dijo el hras Klaa.

Karvel bajó de golpe la escafandra del traje y se agachó para que el hras Klaa pudiera echarle un vistazo. El diafragma de la cámara de aire, la escotilla de la astronave, se cerró a sus espaldas. Karvel formuló una pregunta en la reclusión del traje:

–¿Vamos a ir valle arriba?

Notó que le daban un golpecito en el brazo. Emprendieron la marcha, avanzando con largas zancadas, que no les costaban ningún esfuerzo.

El valle, una cortadura escarpada de los Alpes Lunares, estaba sumido en densas sombras. Karvel se detenía con frecuencia, para contemplar maravillado el juego de luces que creaba el resplandor de la Tierra sobre las tremendas alturas y para asombrarse de las deslumbrantes de las estrellas. Volvió la cabeza en una ocasión y observó que el hras Klaa escrutaba un detector de uranio.

Pensó una pregunta: ¿Es que no han revisado esta zona?

El hras Klaa se guardó el detector en una bolsa y se abstuvo de responder. La avidez del gesto descorazonó más a Karvel.

Caminaron despacio valle arriba. Armados de paciencia, los hras esperaban cada vez que Karvel se detenía para embobarse con el paisaje. En numerosos puntos, las montañas estaban hendidas por fisuras de enorme profundidad. Algunas no eran más que estrechísimas rendijas. pero otras constituían grandes barrancos, que se adentraban por el valle. Karvel divisó allí rastros que se entrecruzaban sobre el polvo selenita: la muda evidencia de la búsqueda desmoralizadora de los hras.

Al cabo de varios kilómetros, llegaron a un punto en que un enorme desprendimiento de rocas había sembrado de obstáculos el valle, en una amplia extensión. Karvel dio media vuelta, saltó para ver la longitud que podía alcanzar, se animó un poco y continuó brincando, remontándose y cayendo.

–¡Qué lugar más a propósito para jugar un partido de baloncesto! –exclamó, entusiasmado. Aguardé a los hras y vio que Klaa examinaba de nuevo el detector de uranio. Se sosegó y reanudó la marcha. despacio.

En la entrada del valle, se desvié por la pared del norte, avanzando luego con cuidado por entre los caídos peñascos. Encontró un cerro y empezó a escalarlo con torpeza. No era tan empinado como le pareció, visto de lejos, pero se cansó pronto del ejercicio, porque las perneras y las mangas del traje le estorbaban horrores. Se deslizó pendiente abajo, rápidamente, hacia el punto donde los hras permanecían inmóviles, aguardándole.

Unos cuantos metros más allá, repitió la prueba, con menos éxito todavía. Entonces encontró una proyección natural, que ascendía con bastante desnivel. La recorrió hasta el fin: unos treinta metros. Se prolongaba después en una especie de grada estrecha, por la que se aventuré un corto trecho, para volver luego sobre sus pasos. No había duda de que la inferior gravedad de la Luna y sus abruptas alturas constituirían un paraíso para los entusiastas del montañismo, pero Bowden Karvel no se encontraba entre éstos.

Regresaron a la astronave y Karvel pidió a los sastres que articularan las mangas de forma conveniente.

La vida se desarrollaba con calma y tranquilidad. Karvel le metía mano a sus víveres de campaña, cuando tenía apetito, descansaba, aunque no siempre, cuando lo hacían los hras; y salía al exterior a menudo. Llevaba su propio detector de uranio, y más de una vez se sorprendió a sí mismo, igual que el hras Klaa, observando el aparatito con mirada hipnotizada y deseando con todas sus fuerzas que se pusiera a brillar.

Si, la existencia seguía su curso sin incidentes, pero de vez en cuando brotaba algún presagio inquietante.

Regresaron las dos expediciones y no se enviaron otras. Karvel hizo algunas preguntas acerca de los planes para establecer un sistema de instalación de depósitos de suministros en puntos estratégicos, destinado a la puesta en práctica de reconocimientos del terreno que abarcaran superficies más extensas, pero el hras Drawa le respondió con evasivas.

–Más adelante –dijo, y los días fueron pasando.

Uno de los hras, que estaba en pie en lo alto de la rampa, inició de pronto una danza ridícula y descendió por la inclinación sobre su par de extremidades centrales, agitando las otras cuatro de una manera muy cómica. La ejecución de aquel extraño baile turbó a Karvel, pero los hras parecieron no darse cuenta.



En el curso de un paseo por la franja montañosa que bordeaba el *Mare Imbrium*, Karvel tropezó con un hras s1 solitario, que se dedicaba a arrojar piedras hacia el cielo y después se apresuraba a colocarse debajo, mientras caían. Karvel le estuvo contemplando durante un buen rato, asombrándose de la soltura de aquellos brazos, que lanzaban los proyectiles a distancias que el ojo humano era incapaz de percibir. El hras era menos digno de admiración en lo que se refería a su cálculo del punto donde caerían los objetos. No consiguió colocarse nunca a menos de varios metros del lugar donde las piedras que tiraba tocaban el suelo.

Un extraño letargo comenzó a afligir a los hras de modo creciente. Le contestaban cuando les dirigía la palabra, pero sólo después de un largo e inexplicable silencio. Se movían con la misma viveza de siempre, pero meditaban cualquier acto inacabablemente, antes de realizarlo. Cuando abandonaba la astronave, o cuando volvía a ella, solía encontrar un grupo de hras, apiñados e inmóviles sobre la rampa, como si les hipnotizasen las magnificas lucecitas que brillaban en el cielo, un cielo oscuro, pero tachonado de estrellas. El grupo fue haciéndose más numeroso, a medida que transcurría el tiempo y Karvel empezó a encontrar dificultades para abrirse paso por entre los apiñados seres extrahumanos.

Excepto durante el Sueño. Cuando se acercaba la hora, los hras salían de su trance con visibles estremecimientos y formaban cola, ordenadamente, esperando les tocase el turno para pasar por la escotilla.

Los contactos de Karvel con ellos, su comunicación, fue disminuyendo, lo cual se explicaba teniendo en cuenta el corrosivo aumento de la tensión, producto de la profunda desesperanza que arraigaba en aquellos individuos.

El disco de la Tierra dejó atrás su plenitud y pasó al cuarto menguante. Al salir por el hueco de la escotilla, Karvel alzó la cabeza y echó una mirada a la raya de luz que apuntaba en el cielo. Decidió que la noche lunar debía estar a punto de concluir. Los cegadores rayos de sol no tardarían en rutilar sobre las cimas de los montes. Empezaba a preguntarse cuánto les durarían las reservas de aire, cuántos amaneceres podría ver con vida. Había dejado de formular preguntas a los hras, porque no le contestaban.

Descendió por la rampa y se dispuso a pasar por entre las sombrías e inmóviles figuras. Nunca había visto tantos hras congregados allí. Daba la impresión de que toda la compañía se había reunido fuera de la astronave, a la espera del religioso impulso que los enviara otra vez adentro, para dedicar sus espíritus al Sueño.

Avanzó despacio a través de la masa de extrahumanos y casi había llegado a la otra parte, cuando un hras alargó inexplicablemente una de sus extremidades y le asestó un fuerte empujón. Karvel fue a chocar contra otro hras, que reaccionó con un envite tan violento que el hombre perdió el equilibrio. Se las arregló para recobrarlo pero cuando se apartaba de allí, otro empujón le mandó al suelo. Rodó

sobre sí mismo, se incorporó. y fue a parar a los cuatro brazos de otros hras que parecían dispuestos a atornillarle.

Karvel aplicó una rodilla al depósito de aire y después de un breve forcejeo, consiguió liberarse. Todos los hras estaban inquietos. Se removían con incertidumbre y unos cuantos iniciaron una danza fantástica, agitando los brazos y ejecutando cabriolas extrañas. Otros avanzaron en dirección a Karvel. cuando éste retrocedía lentamente.

Un hras se abalanzó sobre él y le golpeó. Karvel dio un salto lateral y de inmediato. tuvo que esquivar otro ataque. Eludió dos embestidas más con hábiles brincos de costado, y una oleada de pánico le acometió, al comprender que aquellos seres estaban trastornados. Todos ellos se habían vuelto locos. Dio media vuelta y emprendió la huida. Los hras se lanzaron en su persecución como un enjambre de bichos furiosos.

A copia de zancadas largas y rápidas, Karvel se aproximó a la lóbreguez de la parte baja del valle, animado por la idea de darles esquinazo al amparo de la oscuridad. Durante un breve espacio de tiempo, los hras anduvieron casi pisándole los talones, pero no tardó en sacarles una buena ventaja. Se desvió hacia la pared sur y cuando volvió la cabeza, apenas pudo vislumbrar el tenue resplandor plateado de sus trajes espaciales. Estaban reunidos, irresolutos, en el valle, a bastante distancia.

Titubearon sólo un momento. Enseguida reanudaron la persecución, con entusiasmo digno de mejor causa.

—¡Están siguiéndome a base de rastrear mi cerebro! —exclamó Karvel.

Apretó el paso, agarrándose a las rocas y sin oír otra cosa que no fuera su propia respiración jadeante, hasta que el muro de la montaña se interpuso en su huida. Siguió corriendo a lo largo de aquella pared, tropezando y cayendo repetidamente y temiendo de un momento a otro que las extremidades de los hras se cerrasen en torno a su cuerpo como una trampa. Lo más que se atrevía a esperar era que la corta talla de los hras les impidiese franquear los obstáculos que representaban las peñas con la misma facilidad que los franqueaba él.

Batirse en retirada fue un movimiento instintivo; no había dispuesto de tiempo para pensar en las posibles consecuencias de su abstención de fuga. Pero comenzó a preguntarse, torcidamente, que qué más daba. Todos los hras estaban sentenciados y Karvel iba a correr la misma suerte que ellos. Si en un arrebató de locura de aquellos seres le arrancaban los brazos y las piernas y bañaban en su sangre los plateados trajes espaciales, tal acto no acortaría la existencia de Karvel de una manera significativa, ni pondría coto a ninguna obra importante, ya que no la estaba realizando. La acción carecería de consecuencias apreciables. Unas cuantas

raciones de campaña que no podría comer, unas cuantas horas, días o semanas que dejaría de respirar olores extraños y de pasear a solas por la Luna... Eso es lo que iba a perderse.

Se calmé un poco y redujo el ritmo de la carrera.

Encontró un punto en el que apoyar el pie, en la pared del monte, trepó unos cuantos pasos y volvió a resbalar hasta el piso del fondo. Varios metros más adelante. efectuó otra intentona. con el mismo resultado. El impulso para subir era algo intuitivo, y la idea de los hras tratando de descubrir el origen de sus emanaciones mentales, en el fondo del valle, mientras él se encontraba a salvo en la parte alta de la ladera de una montaña, le sedujo extraordinariamente. Todo lo que tenía que hacer era mantenerse lejos del alcance de los hras, hasta que se acercase la hora del Sueño, momento en que, estaba seguro, desfilarían dócilmente regresando a la astronave.

Avanzó a lo largo del farallón, buscando puntos de apoyo para el pie. En una ocasión, logró escalar cosa de seis metros, pero sólo podía mantenerse allá arriba aferrándose precariamente a unas peñas, así que optó por retirarse. En aquel intento había malgastado unos minutos preciosos y tuvo la certeza ya de que estaban muy cerca.

Volvió a subir, encontró un saliente inclinado y se deslizó por él. La roca se quebró bajo sus pies, pero consiguió ponerse a salvo y siguió ascendiendo. Llegó al extremo de aquel andén natural y gateó hasta otro saliente situado a mayor altura.

Cuando avanzaba cautelosamente, el farallón le estalló sin ruido en la cara. Llovieron fragmentos de roca sobre él. Al cabo de unos segundos, recibió un golpe demoledor en la pierna, y un alud en miniatura se produjo encima de su cabeza enviándole esquirlas y trozos de roca.

Hizo un salto, confuso, y escudriñó la silente oscuridad. Recibió otra pedrada en un brazo, otra lluvia de fragmentos se le vino encima y entonces comprendió lo que pasaba.

Los hras le habían localizado. Se entregaban a la tarea de tirarle piedras. El vacío espacio de la Luna, carente de aire, debía de estar saturado de aquellos proyectiles, pero en la insondable noche sólo podía percibir las que fallaban por muy poco o las que le alcanzaban en alguna parte de su cuerpo.

Empezó a subir y subir precipitadamente. Los hras no podían verle, como él tampoco podía verlos a ellos, pero todo lo que necesitaban era conocer aproximadamente su situación. Y de eso se encargaba de informarles el propio cerebro de Karvel. Si arrojaban piedras continuamente, podían tener la seguridad de alcanzarle tarde o temprano y si una de las que le alcanzaban tenía tamaño

suficiente, acaso le derribara del farallón. Un peligro, todavía peor, era el de que las piedras desencadenasen un alud auténtico.

Escaló, en medio del granizo de los proyectiles, hasta que encontró otro reborde por el que seguir. Su movimiento lateral le permitió dejar a su espalda la lluvia de piedras, pero en su precipitación estuvo en un tris de perder pie y caer por el borde del saliente. Se bamboleó durante unos segundos, recobró el equilibrio y reanudó el ascenso. Aquel peldaño natural se ampliaba bajo la protección de un voladizo. Karvel se agachó en aquel punto y se dispuso a hacer un balance de la situación.

Los hras eran criaturas del sol. Se habían adaptado al ciclo de la noche y el día terrestres –quizás porque era semejante al suyo –, pero la noche de dos semanas de duración que tenía la Luna, con sólo el reflejo terrestre, que no tenía nada de vitalizador, para sustentarlos, les había inclinado hacia la demencia. Probablemente, nunca habían estado tanto tiempo seguido lejos de la cálida luz de un sol, salvo en el espacio, y una astronave convenientemente dotada de combustible podría proporcionarles alguna forma de sustituto.

En su desbarajuste mental, se revolvieron contra el arquitecto jefe de su desastre. Karvel no experimentaba ningún rencor hacia ellos... Sólo lástima.

Volvieron a dar con él. Fragmentos de roca se abatieron desde las alturas, pero el voladizo natural le protegió parcialmente en aquella ocasión. Aguardó, resignado. Le parecía una forma de morir estúpida a todo serlo, pero no más sucia que la muerte por asfixia, a la que sin duda estaba condenado, si vivía lo suficiente.

–Mi pensamiento tiene demasiado volumen –se dijo a sí mismo, en voz alta.

Batían el terreno y se le acercaban con pavorosa inminencia. Un enorme peñasco le produjo un golpe dolorosísimo en el hombro, dejándoselo inerte, y otras piedras cayeron a sus pies. Inconscientemente, recogió una de ellas, y se detuvo en el último momento, cuando ya había levantado el brazo para devolverla a sus atacantes.

Podía poner fin de manera instantánea a aquella situación con sólo levantar la escafandra y separarla del traje espacial, o con sólo arrojarla al vacío de cabeza, pero ambos métodos le repugnaban, porque equivalían al suicidio. Probablemente, la sencilla justicia exigiría que descendiese y dejara que los hras se encargasen de poner fin a su vida, pero eso también podía tildarse de suicidio, ¿o no? Era una clase de tecnicismo moral, ante el que hubiese reflexionado placenteramente si las circunstancias fuesen menos brutalmente drásticas y realistas.

Las piedras continuaban retumbando a su alrededor. De espaldas al farallón, Karvel rompió a reír histéricamente. Los primeros exploradores terrestres que llegaran aquella zona se encontrarían con un misterio sensacional entre las manos.

Tendrían que buscar la explicación lógica para la presencia allí de una extraña nave interplanetaria, una tripulación de seres extraterrestres y un hombre. Todos los seres sin vida. Llegado el caso, tal vez se les ocurriera relacionar a los individuos del navío espacial con el pasajero extrahumano del **ONI**, y entonces, Haskins, si todavía andaba por allí, presentaría todos los datos que hiciesen falta para identificar a Karvel. Este lamentaba mucho no poder encontrarse allí para leer el informe que los expertos redactarían acerca de su pie derecho, que nada más tendría cuatro dedos (sólo una copia, que me será entregada en propia mano).

La navegación espacial extraería de aquello valiosísimos informes y probablemente se adelantaría varios siglos en la conquista del espacio por el hombre. Se conseguiría...

Karvel se puso en pie de un salto y poco le faltó para que perdiese el equilibrio.

–¡Alto! –gritó –. ¡No hemos fracasado! ¡No fracasamos!

Una piedra chocó contra la marquesina y su rebote alcanzó a Karvel de lleno. Se recuperó y volvió a gritar.

–¡Alto, idiotas! –las palabras tintinearón en sus oídos –. ¡Alto! ¡Vamos a encontrarlo!

Un pedrusco le sacudió en el pecho; no le hizo demasiado daño, pero le dejó estremecido. Se movió hacia un lado y comenzó otra vez a subir. *Gritaba al mismo tiempo que tanteaba en busca de asideros o de puntos en los que apoyar los pies.*

–¡Alto! ¡Alto! ¡Escuchen, imbéciles!

Las piedras le persiguieron. Nadie con deseos de arrojarlas hubiese encontrado una cantera mejor provista. Si los hras suspendían el fuego, no cesaría por falta de municiones. A través de todos los eones, desde que alguna fuerza misteriosa irrumpió en aquella zona, las montañas se habían congelado y, despacio, acumuló enormes cantidades de cascotes. Y los hras disparaban esos proyectiles contra todo lo que se moviera.

–¡Basta ya, idiotas! –voceó Karvel –. ¿Es que no lo comprenden? El futuro no nos encontró. Sus aeroplanos y astronaves no son como los de ustedes, y si los hombres del futuro nos hubiesen encontrado aquí...

Otra piedra rebotada le hizo tambalearse y en el momento en que recuperaba el equilibrio, todo su ingenioso razonamiento se desplomó. Cien millones de años de desarrollo habrían alterado el vehículo espacial de los hras hasta convertir su identificación en algo imposible y el descubrimiento de tal astronave habría quedado enterrado profundamente, hundido en el fondo de la olvidada historia del hombre.

Dominado por una sensación de furioso desengaño, continuó subiendo. Encontró otra cornisa y determinó en seguida que no llevaba a ninguna parte. No podía ascender más y, cuando reflexionó un poco, se convenció de que tampoco le sería posible descender. No recordaba los asideros y los puntos de apoyo que unían aquellos rebordes y, en la oscuridad, nadie conseguiría localizarlos, por mucho que tantease y se destrozara los nervios buscándolos.

Una piedra se estrelló contra su rótula y le dejó retorciéndose de dolor. Comprender que los hras estaban absorbiendo ese dolor, saboreándolo vorazmente, al leerle a distancia su cerebro, fue algo que enfureció a Karvel.

–¿Eso es todo lo fuerte que pueden tirar una piedra? –vituperó.

Estaban rodeándole, ávidos de acabar con él de una vez y no paraba de recibir pedradas. Insistió en su burla

–¿Es esa toda la energía que...?

Centelleó una luz en alguna parte por encima de su cabeza. Giró en redondo, para levantar la cabeza y ver de que se trataba, pero perdió el equilibrio y cayó.

Durante unos llameantes segundos el valle quedó iluminado por completo. Los hras permanecieron inmóviles transfigurados por aquella inmensa claridad algunos con el brazo en el aire, paralizado de repente un momento antes de disparar la piedra. Las que acababan de ser despedidas surcaron el vacío, trazando un arco invisible hacia las alturas.

La luz se desvaneció con la misma brusquedad con que se había encendido, y Karvel continuó, cayendo, rodeado de tinieblas.

Estaba tendido en la hamaca que había en su camarote de la astronave. El hras Drawa se encontraba allí, lo mismo que el hras Kláa, y el pasillo, al otro lado de la puerta, rebosaba individuos extrahumanos. Karvel habló por el filo de un dolor de cabeza monstruoso.

–¿Me cogieron?

–No –repuso el hras Drawa. Lo intentamos. Pero...

–Aliviaron mi caída, por lo menos –. Me pareció que el descenso era infinito, pero supongo que, en la Luna no se choca con tanta violencia al llegar al suelo. ¿Tengo algunos huesos rotos?

–No creemos, pero sí muchas heridas.

–Sí. Es lógico –rezongó Karvel. Sería una magulladura sin fin, de los pies a la cabeza. Sacudió la cabeza, pero la jaqueca no amainó. Articuló despacio:

–Esa luz...

El hras Drawa guardó silencio.

–Debió de ser uno de esos resquicios existentes encima de donde me encontraba.

–Muy por encima –repuso el hras Drawa.

–¿Uno de ustedes arrojó el detector de uranio?

–Muchos de nosotros lo tiramos.

–Claro. Tiene la medida y el peso exactos para un lanzamiento efectivo. Pero uno de ustedes falló la puntería cosa de un kilómetro y el detector fue a colocarse por la grieta. Y antes de chocar en el suelo y romperse, detectó un buen yacimiento de uranio.

–Un depósito enorme –confirmó el hras Drawa –. En el corazón de la montaña.

–Me han decepcionado –dijo Karvel con amargura –. Les vi escalar las alturas y di por supuesto que investigaban las grietas. En realidad no buscaban como debe hacerse... sólo lo hacían superficialmente.

–Buscábamos en las alturas, lo más arriba que podíamos subir –repuso el hras Drawa –. No podíamos llegar a los resquicios.

–Llegaron ahora a éste ¿no?

El hras Drawa titubeó, y luego dijo en tono débil:

–Sí...

–Exactamente lo que digo. No miraban más que por encima. Subieron a las cumbres, echaron un vistazo y no se molestaron más. Esperaban encontrar el uranio amontonadito, aguardándoles para dejarse coger. –Levantó una pierna y dio un respingo. El hras Drawa se inclinó sobre él con expresión cuajada de ansiedad.

Karvel continuó, pensativamente:

–Sus jefes... sus *verdaderos* jefes, murieron, ¿no es cierto?

–Como consecuencia de la explosión –confirmó el hras Drawa –. Cuando aterrizamos la primera vez en el pantano.

–Supongo que eso explica la torpeza con que desarrollaron todas las operaciones de búsqueda, sus errores con el **ONI** y todo lo demás. Necesitaban alguien que les dijese lo que tenían que hacer. Si hubiese tenido un traje espacial cuando exploraban el valle, se lo habría hecho notar. –Se encogió de hombros, resignado –. En fin, encontraron su uranio. Resulta fácil comprender por qué instalaron la base en el valle. Evidentemente, no podían construirla en la hendidura y lo más probable es que costara menos abrir un túnel para llegar hasta el filón de mineral, que subir la maquinaria y trabajar en lo alto de los montes, a cielo abierto. Procuren extraer la ganga sin dejar mucho rastro, si ello es posible. Cuando llegue, el hombre va a encontrar en la Luna bastantes misterios, no hace falta que le creemos un enigma más, obligándole a preguntarse quién habrá estado aquí, sacando uranio.

–Trabajaremos con cuidado. No dejaremos señales.

Eso también tiene aplicación en lo que se refiere a todo el estropicio que han armado por el suelo, desde que alunizamos. Tal vez un centenar de millones de años cubran sus huellas. De no ser así, los primeros exploradores humanos que lleguen van a pensar que un rebaño de reses borrachas anduvieron celebrando estampidas de un extremo al otro del valle.

–Borraremos esas huellas –prometió el hras Drawa.

–Estupendo. Adelante, pues. Recojan su uranio.

El hras Drawa no se movió. Ninguno de ellos se movió. El silencio fue prologándose, mientras la mirada de Karvel iba del hras Drawa al hras Klau y a todos los hras apiñados en el pasillo, más allá del abierto círculo de la puerta del camarote.

–Está bien –manifestó por último –. No pudieron evitarlo. Me hago cargo. Lo comprendo.

Entonces se retiraron.

La mayor parte de los dinosaurios se habían ido ya. Unos cuantos rezagados pastaban o intentaban pastar a lo largo de las desnudas orillas de la ciénaga, pero las manadas numerosas habían tomado lo que pudieron de la escasa vegetación y continuaron después su camino. La sequía se intensificaba. El arroyuelo de la base de la colina no era más que un hilillo serpenteante de agua y mucha arena. En los remansos donde el agua se quedó estancada, ya no había más que barro seco.

La astronave de los hras destacaba imponente y enorme sobre la llanura.

–De ninguna manera podemos dejarle aquí –dijo el hras Drawa –. No hay agua. ¿Por qué no recapacita?



Karvel sacudió la cabeza.

–No. Me siento muy honrado y les estoy agradecidísimo, pero... no.

Pasarse la vida durmiendo en camas demasiado pequeñas, agachándose para franquear los umbrales de puertas circulares, recibiendo el servicio de platos y alimentos que no podía comer y apareciendo a la vista de los demás tan exótico y raro como los hras le parecían a él... No se necesitaba reflexionar mucho para responder negativamente a la generosa oferta de llevarle con ellos a su mundo natal.

–¿Qué va a hacer? –preguntó el hras Drawa.

–Aún no lo he pensado. En realidad, lo ignoro.

–¿Quiere regresar a su propia época?

¿Desea volver un reo convicto a la cárcel?

–Debe considerarse lo que supone la fuerza X –repuso Karvel, en tono algo frívolo.

–Ahora puede regresar sin producir daños significativos

–dijo el hras Drawa, matizando la palabra "significativos" con un jadeo ligero. De todos los hras, Drawa parecía ser el único al que le gustaba conversar con Karvel –. Podemos arreglar las cosas para que disponga de carburante en abundancia. Tendrá la posibilidad de hacer el viaje a base de muchas etapas breves y sin que se desencadene la fuerza X.

–Me había olvidado de eso.

–Y le instruiremos adecuadamente acerca del funcionamiento del **ONI**, de forma que esté en condiciones de calcular con precisión todas las distancias.

–¿De veras? me dejarían el **ONI** para mi uso exclusivo? No creo que haya ser humano que merezca tal confianza.

–No podemos dejarle abandonado en este terrible... en este terrible *medio ambiente*. –El hras Drawa jadeó las palabras con acento triste.–De cualquier modo, no podemos dejarlo aquí. No hay agua. Si quiere, trasladaremos la baliza de tiempo y el **ONI** a las montañas, donde hay agua y estará a salvo de los dinosaurios.

–Magnífico. Si no es demasiada molestia.

–En absoluto. Haremos acopio de agua, llenaremos nuestros depósitos. Le construiremos otra cabaña. Y dejaremos el **ONI** a punto, con reserva suficiente de

combustible, para que pueda usted volver a su época en el momento en que lo crea oportuno.

–Estupendo –declaró Karvel.

Volver a su época, ¿para qué? ¿Para reanudar su profesión de astronauta?

Después de lo que había visto y hecho, posarse con un cohete sobre la superficie de la Luna... anticlimático, para expresarlo de una manera suave.

Y preveía problemas.

Las autoridades, benditas fueran, habrían lamentado mucho su precipitación al despachar el **ONI**. Si se les presentaba la oportunidad de volverle a poner las manos encima y se enterasen de que era posible gobernarlo sin peligro, se apresurarían a desear hacerlo.

Al igual que el Inspector, le buscarían las vueltas al asunto, para sacarle partido, en beneficio propio.

El hras Drawa seguía jadeando palabras:

–. . le dejaremos todas las herramientas que desee, y provisiones.

–Formidable –murmuró Karvel.

–... y una reserva de carburante que se almacenará en la baliza de tiempo, para que pueda regresar aquí, en el caso de que...

–¿En el caso de que vaya a alguna parte y luego cambie de opinión? Soberbio.

Se sentía soberanamente en paz consigo mismo. Las cumbres de sus montañas continuaban siendo inaccesibles y siempre lo serían; pero había alcanzado bastante altura y el panorama era deslumbrante.

–¿Qué piensa hacer? –preguntó de nuevo el hras Drawa.

–No lo sabré hasta que haya meditado un poco –eludió Karvel.

Necesitaba mundos nuevos, o nuevas épocas, que conquistar. Podía buscar una tribu de hombres primitivos y dedicarse entre ellos a difundir la palabra divina. O sondear las profundidades del remoto pasado y reírse a carcajadas mientras contemplaba a los antecesores del hombre arrastrándose fuera del mar, por entre el limo... Había visto la Tierra de mucho antes de que la raza humana existiese; podía resultar divertido encontrarse presente otra vez, en un tiempo un que el hombre ni siquiera fuese un impuro recuerdo.

Pero antes había que realizar unos cuantos trabajos que estaban pendientes: trasladar el **ONI** y la baliza de tiempo, edificar una nueva cabaña, seleccionar el equipo y los suministros que necesitaría. Y luego, cuando los hras partiesen, debía dormir. En la astronave no había conseguido descansar a gusto y se sentía desesperadamente agotado.

Tomaría sus decisiones a la mañana siguiente.

**FIN**